

**La estructuración de la
subjetividad femenina. Una
indagación de las modificaciones
operadas entre las tesis de Freud y
Klein y aquellas derivadas del
entrecruzamiento de
conceptualizaciones
psicoanalíticas y la perspectiva de
los estudios de género**

Silvina A. Arias



TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
EN PSICOLOGÍA CALIFICADA SOBRESALIENTE

**“La estructuración de la subjetividad
femenina. Una indagación de las
modificaciones operadas entre las tesis de
Freud y Klein y aquellas derivadas del
entrecruzamiento de conceptualizaciones
psicoanalíticas y la perspectiva de los
estudios de género”**

Universidad Nacional de San Luis

Rector: CPN Víctor A. Moriñigo

Vicerrector: Mg. Héctor Flores

Subsecretaria General de la UNSL

Lic. Jaquelina Nanclares

Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950

Tel. (+54) 0266-4424027 Int. 5197

www.neu.unsl.edu.ar

E mail: unslneu@gmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial de este material sin permiso expreso de NEU





Universidad
Nacional
de San Luis

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
EN PSICOLOGÍA CALIFICADA SOBRESALIENTE

**“La estructuración de la subjetividad
femenina. Una indagación de las
modificaciones operadas entre las tesis de
Freud y Klein y aquellas derivadas del
entrecruzamiento de conceptualizaciones
psicoanalíticas y la perspectiva de los estudios
de género”**

Doctoranda: Lic. Silvina A. Arias.

Directora: Mag. Graciela E. Flores.

Co-Directora: Dra. Diana G. Poblete

Tribunal Evaluador:

Dra. Beatriz Rodríguez (Universidad de Buenos Aires - Buenos Aires)

Dra. Débora Tajer (Universidad de Buenos Aires - Buenos Aires)

Dra. Paulina Hauser (Universidad Nacional de San Luis - San Luis)

San Luis - Argentina

2019

La estructuración de la subjetividad femenina: una indagación de las modificaciones operadas entre las tesis de Freud y Klein y aquellas derivadas del entrecruzamiento de conceptualizaciones psico / Silvina Andrea Arias - 1ª ed. - San Luis: Nueva Editorial Universitaria - UNSL, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-733-327-5

1. Psicología. 2. Psicoanálisis. I. Título.
CDD 150.195

Nueva Editorial Universitaria

Dirección:

Lic. Jaquelina Nanclares

Director Administrativo:

Tec. Omar Quinteros

Administración:

Esp. Daniel Becerra

Dpto de Imprenta:

Sr. Sandro Gil

Dpto. de Diseño:

Tec. Enrique Silvage
DG Nora Aguirre Reyes

TESIS DOCTORALES EN PSICOLOGÍA SOBRESALIENTES.

Dirección:

Alejandra Taborda

Diseño de tapa:

Macarena Velasco

1ª Edición: Setiembre de 2022

ISBN 978-987-733-327-5

© 2022 Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950 - 5700 San Luis

A todas y todos los que intentamos trabajar día a día para que la igualdad entre los géneros deje de ser teoría y utopía para convertirse en realidad...

A mi compañero Hugo, mi hija Sofia y mi hijo Lucio, que me acompañaron en este camino...

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a Graciela y a Diana por haberme guiado, acompañado y sostenido en esta ardua y gratificante tarea. Por su dedicación y su predisposición para compartir sus conocimientos y experiencias...

También quiero agradecerles a Silvina, Claudia y Zuni, por el fluido y fructífero intercambio entre compañeras...

A mamá y papá por su apoyo incondicional, a mis hermanas y hermano por su ánimo y en especial a Yani por su ayuda cotidiana.

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Resumen</i>	13
<i>Abstract</i>	14
<i>Capítulo 1. INTRODUCCIÓN</i>	17
<i>Capítulo 2. DELIMITACION DEL PROBLEMA</i>	19
<i>Capítulo 3. ANTECEDENTES DEL TEMA</i>	23
<i>Capítulo 4. DISEÑO METODOLOGICO</i>	55
4.1 .Tipo de estudio	56
4.2.Unidades de Análisis	56
4.3.Técnica de recolección.....	56
4.4.Análisis de los datos.....	56
<i>Capítulo 5. ANALISIS CRÍTICO DE LOS POSTULADOS DE SIGMUND FREUD SOBRE LA PROBLEMÁTICA</i>	57
<i>Capítulo 6. REVISION DE LAS CONCEPTUALIZACIONES DE MELANIE KLEIN SOBRE LA TEMATICA</i>	161
<i>Capítulo 7. ANALISIS COMPARATIVO DE LAS TESIS FREUDIANAS Y KLEINIANAS SOBRE LA SUBJETIVIDAD FEMENINA DESDE LA PERSPECTIVA DE GENERO</i>	199
<i>Capítulo 8. A MODO DE CONCLUSION</i>	225
<i>Referencias</i>	228

Resumen

En esta investigación se aborda la temática de la construcción de la subjetividad femenina desde una perspectiva psicoanalítica. Se analizan de manera sistemática los textos freudianos y kleinianos en los que cada uno de los autores enunció sus principales hipótesis sobre la sexualidad y la constitución de la femineidad. Esta relectura crítica se realiza teniendo en cuenta las formulaciones de los estudios de género.

Es una investigación interpretativa y descriptiva, configurando un estudio teórico de tipo documental, bibliográfico y cualitativo.

Las unidades de análisis son las obras de Freud, Klein y los textos de los/las autores/as psicoanalíticos/as que realizan una articulación en su obra con la perspectiva de género.

Las teorizaciones freudianas y kleinianas, en función de sus divergencias respecto a la diferencia sexual y a sus tesis sobre la estructuración del psiquismo, ofrecen dos modelos distintos para pensar el desarrollo femenino.

Para Freud, la sexualidad y la diferencia entre los sexos es el eje central desde el cual se formulan y articulan las hipótesis referidas a la temática en estudio. El complejo de Edipo es un punto nodal y determinante en la conformación de la mente y es a partir del cual se establece la identidad sexual.

Klein hace énfasis en la importancia de las primeras relaciones de objeto caracterizadas por el intenso amor y odio presentes en todo vínculo, como factores decisivos para el desarrollo del aparato psíquico. El complejo de Edipo temprano es una conflictiva en la que es relevante la capacidad del yo para tolerar la culpa y las posibilidades de reparar el objeto.

La discrepancia más relevante para explicar la constitución de la subjetividad femenina radica en la hipótesis de la que cada uno parte, respecto al conocimiento que los niños/as de ambos géneros tienen de la diferencia sexual anatómica. Freud sostiene que la niña desconoce la especificidad de sus genitales y cree que es igual al varón. Para convertirse en mujer deberá recorrer un largo camino con varios obstáculos.

Según las conjeturas kleinianas, la niña posee un conocimiento inconciente de su vagina, a partir de las sensaciones que provienen del cuerpo. Sus formulaciones parten de una femineidad primaria. Klein construyó un modelo teórico en el que conceptualizó a la mujer como diferente al varón, pero no en desventaja. Consideró algunas situaciones específicamente femeninas como relevantes para la maduración sexual. La crítica que desde la perspectiva de género se le realiza a sus hipótesis como biologicistas y endogenistas señalan un aspecto deficiente de sus teorizaciones. Sin embargo, la autora realizó aportes que podrían ser herramientas útiles para repensar la femineidad.

Las tesis enunciadas por Freud y Klein también presentan algunas similitudes. Estas derivan del sesgo que incidió en que naturalizaran los mandatos de la época, así

como de la relación directa que establecieron entre las cualidades psíquicas y la anatomía de los sexos. Desde la perspectiva de ambos, la conformación del aparato psíquico y el establecimiento de la identidad sexual, son producto del crecimiento y de las vicisitudes individuales.

Abstract

This research work addresses the issue of the construction of female subjectivity from a psychoanalytic perspective. Along the Freudian and Kleinian texts, which are systematically analyzed, each of the authors have formulated their main hypotheses about sexuality and the constitution of femininity. This critical rereading is conducted considering the statements of gender studies.

This investigation is interpretive and descriptive, and it configures a theoretical study of documentary, bibliographic and qualitative type. The units of analysis are the works of Freud, Klein and the texts of the psychoanalytic authors who articulate their work with the perspective of gender.

Based on their divergences regarding sexual difference and their psyche structure theses, Freudian and Kleinian theorizations offer two different models for thinking about female development.

For Freud, sexuality and difference between the sexes is the central axis from which the hypotheses referring to the subject under study are formulated and articulated. The Oedipus complex is a nodal point, and it determines the conformation of the mind. It is likewise the point from which sexual identity is established.

Klein emphasizes the importance of the first object relations. These are characterized by intense love and hate in every bond as decisive factors for the development of the psychic apparatus. The early Oedipus complex is a conflict in which the ability of the ego to tolerate guilt and the possibilities of repairing the object are relevant.

The most important contrast to explain the constitution of female subjectivity lies in the hypothesis from which each author departs with respect to the knowledge that children of both genders have anatomical sexual differences. Freud maintains that girls do not know the specificity of their genitals and believe that they are equal to males. To become a woman one must go a long way with several obstacles.

According to Kleinian conjectures, girls possess an unconscious knowledge of their vagina arising from the signals of the body. Her formulations start from a primary femininity. Klein constructed a theoretical model in which she conceptualized women as different from men, but not at a disadvantage. She considered some specifically feminine situations as relevant to sexual maturation. The biologist and endogenist criticisms made to her hypotheses from a gender perspective point out a deficient aspect of her theorizations. However, the author made contributions that could be useful tools to rethink femininity.

The theses formulated by Freud and Klein also present some similarities. These derive from the bias that caused the naturalization of the mandates of the time, as well as the direct relationship that they established between the psychic qualities and the anatomy of the sexes. From the perspective of both authors, the conformation of the psychic apparatus and the establishment of sexual identity are the product of growth and individual vicissitudes.

Capítulo 1. INTRODUCCIÓN

“Los ojos del resto, nuestras prisiones; sus pensamientos, nuestras jaulas”

Virginia Woolf

Vivimos en una época de profundos cambios sociales, los cimientos de la cultura patriarcal impuesta como natural e inmutable están fisurados y la estructura que sostiene su edificio se resquebraja.

Las mujeres reclaman igualdad en cada espacio de la vida, exigen compartir todas las tareas que se les endilgaron como propias. No quieren ser las reinas del hogar, ni el sostén incondicional de su pareja y tampoco que la luz de sus ojos sean sus hijos. Luchan por ejercer su derecho a desear y concretar proyectos personales, no ceñidos por los preceptos tradicionales. Buscan vivir de manera libre sin la mirada censora de una cultura que las ubicó detrás de los hombres, a su servicio y trató de convencerlas que nada de lo que podían aspirar para sí mismas, era mejor y más gratificante que ocupar esos sitios.

Bleichmar (2003) expresa que la producción de subjetividades hace al modo en el cual las sociedades determinan las formas con la cual se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que le otorgan un lugar. En este sentido, la subjetividad femenina está siendo redefinida por las propias mujeres. Sin embargo, en la actualidad conviven diferentes ideales de género y la maternidad como obligación parece ser el mandato más difícil de desterrar.

El psicoanálisis como teoría y práctica se ha incorporado en las distintas áreas de la cultura adquiriendo un carácter performativo, al instituir y reproducir determinados estereotipos de género. Al interior de esta disciplina se ubican autoras y autores que proponen una revisión y reformulación de sus conceptos que permita dar cuenta y generar respuestas a los conflictos del presente.

Las modificaciones de costumbres, normas y el reparto de tareas entre las mujeres y los varones, le demandan al psicoanálisis una revisión de sus postulados sobre la diferencia sexual, el deseo de ser madre y padre, la capacidad de cuidar al otro y las cualidades psíquicas asignadas a cada género en función de sus diferencias anatómicas.

La teoría psicoanalítica, específicamente las conceptualizaciones de Freud y Klein han aportado modelos desde los cuales pensar y conjeturar el desarrollo del psiquismo y la constitución de la femineidad. Por ello se sostiene que una revisión de sus tesis, a la luz de la perspectiva de género, puede contribuir a diferenciar entre aquellos constructos que develan el sesgo de la cultura y los que son herramientas valiosas para pensar las mujeres de nuestra época.

En esta investigación se analizan de manera sistemática los textos freudianos y kleinianos en los que cada uno de los autores enunció sus principales hipótesis sobre la sexualidad femenina, así como aquellos en que aludieron a las mujeres, aunque ésta no fuera el objeto principal del escrito. Esta relectura crítica se realiza teniendo en cuenta las formulaciones de los estudios de género.

Capítulo 2. DELIMITACION DEL PROBLEMA

En esta investigación se aborda la temática de la construcción de la subjetividad femenina desde una perspectiva psicoanalítica. La relevancia de este estudio radica en los grandes cambios que se han operado en los roles de la mujer desde mediados del siglo XX y durante el siglo XXI.

Se plantea como objetivo principal analizar críticamente las conceptualizaciones clásicas de Sigmund Freud sobre este tema, tales como: la masculinidad inicial de la niña, la relevancia de la envidia fálica, la universalidad del complejo de castración, la maternidad como deseo último de la mujer y otros conceptos vinculados al complejo de Edipo. De igual modo, se abordan las modificaciones que realizó en los distintos momentos de su obra.

Por otra parte, se estudian de modo sistemático y exhaustivo los postulados de Melanie Klein sobre la temática, teniendo en cuenta que fue una de las primeras autoras psicoanalíticas en realizar una revisión crítica de la concepción freudiana de la femineidad. En relación con ello, se indagan en profundidad sus postulados sobre la femineidad primaria, el conocimiento de la diferencia sexual anatómica desde el comienzo de la vida, la envidia fálica como una formación secundaria en la mujer, así como su conceptualización sobre el complejo de Edipo temprano.

Se realiza un análisis comparativo entre las tesis de Freud y Klein, para identificar las convergencias y divergencias existentes en el particular abordaje que hacen de la construcción de la femineidad.

Se analizan críticamente estas teorizaciones considerando que constituyen generalizaciones que parten de descripciones del estatus que la mujer tenía en el siglo XIX y principios del XX. Se revisa el papel que el autor y la autora le otorgan a la realidad psíquica y a la realidad externa en la estructuración de la subjetividad femenina.

Se estudia de modo sistemático y crítico la obra de autores/as contemporáneos/as que, en función de articular el psicoanálisis y la perspectiva de los estudios de género, realizan una revisión de los conceptos freudianos sobre la temática, que fueron naturalizados por décadas.

Se considera que esta investigación constituye una contribución a la disciplina, en la que progresivamente desde hace algunas décadas, se indaga el impacto que la cultura tiene sobre la constitución del psiquismo femenino.

Se intenta establecer si el entrecruzamiento entre el psicoanálisis y los estudios de género, al otorgar mayor relevancia a la inter y a la transubjetividad, permite comprender más adecuadamente la estructuración del psiquismo temprano de la niña y su incidencia en la construcción de la identidad de género femenina.

Este trabajo se enmarca en el estudio de la comparación de teorías en el campo del psicoanálisis. Se asume que se puede realizar un aporte, ya que uno de los problemas metodológicos de esta disciplina en la actualidad, reside en la multiplicidad de teorías. Este fenómeno es particularmente evidente con respecto a las concepciones psicoanalíticas sobre la construcción de la subjetividad femenina.

En este sentido, se intenta detectar incompatibilidades entre distintos enfoques, para evitar la contradicción que resulta del uso simultáneo de sus respectivas hipótesis.

OBJETIVOS

1- Recolección documental.

1a - Realizar una revisión bibliográfica de modo sistemático y desde una perspectiva cronológica de las conceptualizaciones teóricas sobre la temática de la femineidad en la obra de Sigmund Freud, así como de aquellas postulaciones que permitan inferirlas.

1b - Estudiar de modo sistemático y desde una perspectiva cronológica la obra de Melanie Klein, analizando sus conceptualizaciones sobre la constitución del psiquismo femenino.

1c - Indagar de modo sistemático y exhaustivo las conceptualizaciones que realizan algunos/as autores/as desde la articulación entre la teoría psicoanalítica y los estudios de género sobre la construcción de la subjetividad femenina.

2- Aspectos interpretativos.

2a - Analizar críticamente los postulados freudianos sobre la problemática en estudio e identificar los cambios conceptuales que pudieran detectarse en las distintas etapas de su obra. Las tesis abordadas son: la masculinidad inicial de la niña, la relevancia de la envidia fálica, la universalidad del complejo de castración, la maternidad como deseo último de la mujer y algunos conceptos vinculados al complejo de Edipo, entre otros.

2b - Realizar un análisis crítico de las teorizaciones de Klein sobre la femineidad primaria, el conocimiento de la diferencia sexual anatómica desde el comienzo de la vida, la envidia fálica como una formación secundaria en la mujer así como su conceptualización sobre el complejo de Edipo temprano, entre otros.

2c - Realizar un análisis comparativo entre la producción de Freud y las hipótesis de Klein, con el fin de establecer si existen transformaciones conceptuales significativas en las postulaciones sobre la constitución de la femineidad.

2d - Analizar si los autores/as psicoanalíticos/as contemporáneos/as que incorporan los aportes de los estudios de género realizan modificaciones

relevantes de la teoría psicoanalítica sobre la subjetividad femenina.

2e - Indagar si las transformaciones operadas en las tesis relacionadas con la estructuración del psiquismo femenino podrían derivar en cambios significativos de otras conceptualizaciones centrales elaboradas por Freud.

Capítulo 3. ANTECEDENTES DEL TEMA

Se sintetizan los aportes de autoras psicoanalíticas, relevantes para la comprensión de la problemática en estudio, que en sus trabajos interpelan y/o articulan el psicoanálisis con la perspectiva de género.

Irigaray en “Speculum-espéculo de la otra mujer” (1974) realiza una lectura crítica de los textos freudianos en los que el autor postuló sus últimas conceptualizaciones del complejo de Edipo y la construcción del psiquismo femenino. Señala que al interior de la lógica falocéntrica, la mujer es ubicada como objeto de deseo y complemento de la masculinidad. Es a partir de la mirada de los hombres que ésta se constituye en un enigma. Describir la femineidad siempre será una tarea imposible si se parte de la postura del psicoanálisis clásico, que intentó investigar cómo el niño de tendencias bisexuales se convierte en una mujer.

Freud le asignó al complejo de castración un papel determinante para la constitución de la femineidad. La descripción que realizó de éste se asemeja a un proceso melancólico, ya que el reconocerse castrada afectaría la autoestima femenina, generaría la suspensión del interés por el mundo externo, la pérdida de la capacidad de amar y una inhibición de la actividad. Irigaray acuerda en que carecer de pene afecta el narcisismo de la niña, pero sostiene que no provoca una depresión.

Desde su perspectiva, la equivalencia entre hijo=pene significa que incluso cuando la femineidad está consolidada, subsiste en la mujer el deseo de poseer este órgano. El hijo aparece como producto y sustituto del pene, así como un derivado del erotismo anal, ya que es incluido en la serie sustitutiva: excremento=pene=hijo. En estas hipótesis no se reconoce la importancia y la participación de las células sexuales femeninas en la procreación. A su vez, si la mujer sólo se dirige al hombre para convertirse en madre no queda espacio para el deseo sexual femenino.

Considera que la resolución del complejo de Edipo es ideal y no sucede, porque el niño nunca renuncia por completo a su madre. La resigna como objeto de deseo sexual, pero ésta se erige en su superyó como ideal materno; a partir de lo cual no podrá pensarse al género femenino separado de su función reproductiva.

A la niña no le preocupa perder su órgano genital, pero sí la angustia que su objeto edípico deje de amarla. Si el superyó femenino se construye a partir de este temor, es lógico que nunca sea tan independiente de sus objetos, como lo sería el de los varones.

Asevera que es errónea la interpretación que Freud hizo de la pasividad como un rasgo inherente de la femineidad, basado en la hipótesis biologicista que la posesión del pene aporta sadismo a la pulsión sexual.

Respecto al narcisismo femenino, la autora manifiesta que la vanidad corporal no es producto de una compensación por su inferioridad sexual, sino una condición necesaria para que la mujer sea un objeto deseable.

Según las tesis freudianas, sublimar implica la transformación de la libido sexual en energía desexualizada al servicio del yo. Irigaray señala que en el caso de la mujer, el sentimiento de inferioridad que sufre a causa de su papel sexual y social no favorece que se desarrolle en ella libido narcisista. La decencia y el pudor que en la cultura patriarcal

se le exige al género femenino serían el equivalente a la sublimación, ya que implican renunciar a la satisfacción sexual.

Chodorow en su obra “El ejercicio de la maternidad” (1984) analiza teniendo en cuenta distintos factores, porqué son las mujeres quienes ejercen la maternidad. Formula la conjetura que las niñas y los niños construyen una subjetividad diferente entre ellos, debido a que la crianza de ambos está a cargo exclusivamente de las madres. El vínculo con este objeto es fundante para la mente, ya que el desarrollo del ser humano tiene lugar a partir de una relación interpersonal. La exclusividad que caracteriza a este primer lazo genera una tensión inevitable, entre el deseo de fusión con el objeto y la tendencia hacia la diferenciación. La relación que las niñas y los niños establecen con su padre posee cualidades opuestas a la que tienen con la madre. Con él se acentúa la discriminación y la percepción del otro como una alteridad.

Expresa que fue a partir de la modernidad que se instituyó y promovió el altruismo materno; éste determina que ellas son capaces de hacer propios los intereses de los niños. Se estructuró una modalidad vincular en la que el odio está inhibido y la confusión yo-otro aumenta.

Las teorías psicoanalíticas sobre el desarrollo psíquico temprano han negado que la mujer posee otros deseos, que pueden entrar en conflicto con el de maternizar al niño. De esta manera no sólo describieron, sino que prescribieron una subjetividad femenina capaz de ejercer el rol maternal de la forma necesaria para la reproducción del sistema sociocultural.

Desde el punto de vista de la autora, estas prácticas de crianza promueven que una vez conocida la diferencia sexual, se produzca una resignificación por la cual tanto las niñas como los niños imaginan a las mujeres como maternales y altruistas y a los hombres como propensos a la actividad y al crecimiento.

Postula que es la cualidad de la ligazón madre-hija o madre-hijo la que estructura la capacidad subjetiva de maternaje en las mujeres y no en los varones, a pesar que ambos se socializan en un vínculo intenso con ella.

La relación preedípica de la niña con la madre se caracteriza por una intensa identificación fusional, porque ésta la considera su semejante, mientras que al niño lo ve como diferente a sí misma.

Para Chodorow, la orientación heterosexual de la niña se debe al carácter indiscriminado del vínculo primario, a raíz del cual surge el deseo de otro objeto que favorezca la discriminación. La relación con el padre le ayuda a individualizarse. Este estimula la heterosexualidad de su hija ofreciéndose como objeto de amor, sin caer en la seducción. Sin embargo, a pesar del apego a su figura paterna, el lazo con su objeto materno no se interrumpe, la niña continúa observándola para saber si ha logrado diferenciarse de ella y si realmente es independiente.

Afirma que el deseo de ser madre es un organizador central de la subjetividad femenina en la cultura occidental. La estructura social procura reproducirse y es en esta tendencia en la que deben buscarse las razones para comprender la ontogénesis del

ejercicio maternal de las mujeres. En este sentido, que el género femenino ejerza la maternidad es fundamental para perpetuar la división sexual del trabajo y a su vez fomenta una ideología y una psicología del dominio masculino sobre las capacidades y naturaleza de las mujeres. A raíz del proceso de subjetivación diferente, ellas crecen con mayor capacidad para mantener la identificación primaria, lo que favorece la empatía y su heterosexualidad es triangular, por lo que necesitan al niño como tercero. La dificultad en la heterosexualización se debería a la distancia del padre por su escasa participación en la crianza, la que se compensa por el dominio social de los hombres que encauzan a las mujeres en los dispositivos de alianza.

Chodorow plantea que sólo una crianza compartida permitirá la construcción de subjetividades mejor sexuadas, lo que cree fundamental para la igualdad de oportunidades en la sociedad.

Los libros y los artículos de Dio Bleichmar constituyen antecedentes específicos para la temática que se investiga. En sus diferentes publicaciones la autora realiza una lectura crítica de las tesis freudianas sobre la constitución del psiquismo femenino.

El libro “El feminismo espontáneo de la histeria. Estudios de los trastornos narcisistas de la femineidad” (1985) es descrito por la propia Dio Bleichmar como un trabajo realizado desde una perspectiva que le otorga prioridad al fantasma y a la creencia de género de los adultos como fundamento de la identidad sexual. Realiza una articulación del género con la teoría clásica del complejo de castración. Sostiene que a la par del descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos, la niña constata el rechazo y la desvalorización de su género por parte de los varones y por los contenidos imperantes en las instituciones escolares y los medios de comunicación.

Cita a Stoller (1968) quien conjetura que la estructuración del núcleo de la identidad de género es previa al reconocimiento por parte de los niños de una diferencia anatómica genital entre el hombre y la mujer.

Dio Bleichmar enuncia que la femineidad primaria se establece por la temprana identificación con la madre, a la cual la niña conocerá, definirá y nombrará empleando el mismo discurso cultural por el cual se denominará a sí misma. El complejo de castración no origina ni altera el género, sí define y organiza el destino de la sexualidad, es decir la orientación del deseo sexual.

La principal consecuencia psíquica de este complejo para la niña es la pérdida del ideal femenino primario, la devaluación de sí misma y el trastorno de su sistema narcisista. La castración pone en tela de juicio el papel narcisizante de la madre, ahora será del padre del que la niña espera la valorización.

Desde su punto de vista, el mayor interrogante a responder no es cómo la niña cambia de objeto, es decir abandona su madre y elige a su padre, sino cómo logra desear ser mujer en un mundo paternalista, masculino y fálico.

El género es una representación privilegiada del sistema narcisista yo ideal-ideal del yo. Estas estructuras así como el superyó se organizan de forma diferente en cada uno de los géneros.

En “La sexualidad femenina. De la niña a la mujer” (1997), Dio Bleichmar analiza los textos en que Freud postuló sus últimas hipótesis sobre el complejo de Edipo y la construcción de la femineidad. Incluye los aportes de diferentes autores/as sobre la temática, entre ellos cita a Klein. Cabe señalar que de ésta última hace especial referencia a las diferencias teóricas que tuvo con Freud, pero no analiza sistemáticamente su producción.

Parte de la hipótesis que la anatomía y sus consecuencias psíquicas son insuficientes para explicar la construcción de la femineidad y la masculinidad. La sexualidad humana y la diferencia sexual se instituyen por efecto del poder estructurante de las múltiples instituciones de lo simbólico. Es un problema metodológico y epistemológico pretender aislar el desarrollo de la subjetividad de los sistemas de atribución de significados en los que se conforma.

Desde su perspectiva, incorporar el género como categoría de análisis implica reformular la teoría psicoanalítica de la sexualidad. Critica el hecho que algunos autores/as utilicen el concepto, sin haber realizado una revisión conceptual, ni un planteamiento de las contradicciones o modificaciones que esta inclusión produce en la metapsicología psicoanalítica.

El modelo que el psicoanálisis clásico ha propuesto para la descripción y la explicación de la subjetividad de la niña es heterónomo. Se ha considerado la constitución del sujeto psíquico femenino como reproducción, desviación o déficit del patrón masculino que opera como norma (déficit del superyó femenino, envidia primaria estructural del pene en toda mujer, entre otros).

Manifiesta que es necesario realizar una descripción, formulación y comprensión psicoanalítica de la niña que contribuya a superar el sesgo que se ha producido en el conocimiento de la femineidad. Para esto, es preciso que se realicen dos operaciones. Primero, una lectura crítica de la literatura psicoanalítica que permita la deconstrucción de las teorías que derivan de la premisa subyacente que en la sexualidad de la niña existe normalmente un tiempo primario de carácter masculino. En segundo lugar, la profundización de investigaciones que logren un conocimiento de la sexualidad femenina tomando como bases, características o rasgos específicos.

Afirma que la teoría psicoanalítica no es sólo descriptiva o explicativa de la subjetividad humana sino un conjunto de proposiciones que en la actualidad tienen un carácter normativo y participan en la institución y constitución de los significados de femineidad y masculinidad. Las hipótesis propuestas por el psicoanálisis para explicar la normalidad y la patología psíquica de la mujer deben ser revisados.

Remite a dos textos freudianos, que desde su punto de vista permiten pensar la masculinidad y la femineidad como independientes del complejo de castración. Menciona el capítulo VII de “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) en el que Freud

describe la naturaleza del vínculo humano más primitivo y postula el concepto de identificación primaria. El autor sostiene que a través de este mecanismo, el niño toma una actitud masculina como la que tiene su padre y quiere ser como él en todo.

En “El yo y el ello” (1923), Freud explicita que las identificaciones primarias son inmediatas y más tempranas que cualquier investidura, por lo que durante la prehistoria del complejo de Edipo, el niño puede amar al padre y simultáneamente identificarse con él.

Dio Bleichmar considera que a partir de estos enunciados freudianos puede conjeturarse que en la etapa preedípica se organiza un ideal de género, un prototipo al cual se toma como modelo y al que el yo busca asemejarse. Este es un proceso previo y ajeno a la conflictiva edípica. Sostiene que la construcción del yo no puede pensarse de manera separada de las identificaciones idealizantes. Esta estructura es desde su origen una representación del sí mismo genérico.

El género es prescriptivo, actúa como un modelo de tipificación que establece cómo debe ser una mujer y un hombre. Los niños y las niñas incorporan de forma muy temprana estos estrictos códigos de comportamiento. El doble estándar social y moral que rige en la sociedad en torno a la sexualidad establece que el hombre es inconstante, centrífugo, naturalmente poligámico y que no puede controlarse, mientras que la mujer es por definición monogámica.

Expresa que la hipótesis propuesta por el psicoanálisis clásico, respecto a que la niña renuncia a poseer un pene y acepta recibirlo del padre para tener hijos (ecuación pene=hijo), reduce la feminidad a la función reproductiva. Desde esta postura, si la mujer no desea hijos es porque no ha logrado la total feminidad.

Dio Bleichmar remite a John Money (1955) quien trasladó el término género de las ciencias del lenguaje a las sexuales. Este vocablo deriva del latín *genus*, que significa nacimiento u origen. Fue elegido para remarcar el valor del lenguaje y de la denominación en la constitución de la identidad sexual humana. Esta no está determinada sólo por la biología y la anatomía, sino sobre todo, por la creencia que los padres tienen sobre el sexo que le corresponde a ese cuerpo que crían.

Stoller (1968) introdujo el término género en el psicoanálisis. Utilizó la expresión identidad de género para referirse al sentimiento íntimo de saberse varón o nena. Este se estructura mediante la identificación al igual y complementación con el diferente, proceso a su vez circular, del niño/a con sus padres y hermanos o familiares y de éstos hacia el niño/a.

Para la autora es a partir de las relaciones intersubjetivas que la identidad de género se instituye en el psiquismo. Afirma que desde el psicoanálisis debe estudiarse el género como el troquelado iniciático, es decir la dimensión de la identidad temprana, de las relaciones intersubjetivas que determinan la organización de la sexualidad y de la elección de objeto. Este es una categoría psicoanalítica porque se construye a partir de la fantasmática y del deseo del otro que se implanta instituyendo el yo del sujeto. Las teorías posteriores a Freud han ido enfatizando el papel de las relaciones de objeto, de los adultos

en la constitución y estructuración de la subjetividad, situando al otro humano como constructor, pero simultáneamente como factor distorsionante, perturbador, abusador de la singularidad, del deseo y de la pulsión.

Plantea que el padre del psicoanálisis inició el camino para explicar cómo el ser viviente se transforma en ser humano y deviene cultura. En la actualidad, el psicoanálisis puede aportar una explicación de cómo la estructura de las instituciones de lo simbólico reaparece en el individuo y es experimentada como una naturaleza segunda, entre las que incluye el género. Para ello, debe develarse el proyecto conciente que guía a un adulto en la transmisión y construcción de la femineidad de una niña o un varón, así como los aspectos inconcientes que operan en la mente de la madre y del padre en torno a la femineidad y a la masculinidad.

En el artículo “Femenino/masculino, la roca de base de análisis terminable e interminable” (1998) Dio Bleichmar propone una relectura del texto freudiano “Análisis terminable e interminable” (Freud, 1937). En éste, el autor señala que existen dos temas que en ningún análisis pueden considerarse resueltos o finalizados. La mujer no podría superar la envidia del pene, mientras que el hombre no lograría tolerar advertir en él, una actitud pasiva o femenina hacia otro varón. Freud sostuvo en su obra, la teoría que el deseo insatisfecho que acompaña a toda mujer es la posesión del órgano anatómico del que carece. Este ejerce la mayor resistencia en su análisis y sería el límite que la biología le impone a la psique.

La autora manifiesta que todas las líneas teóricas psicoanalíticas posteriores, perpetuaron este concepto, comprendiéndolo de forma literal, es decir lo que se desea es el órgano. Desde su punto de vista, la envidia del pene debe entenderse como un símbolo de cualquier forma de poder. En este sentido, lo que se envidiaría es la posición, las atribuciones, las condiciones y las posibilidades, de las que el hombre goza por pertenecer al género masculino y no el hecho que posea un pene.

Desde su perspectiva, el género es conceptualmente equivalente al par femenino/masculino propuesto desde el psicoanálisis como un componente de la identidad del yo. Es este par el que entraña una asimetría, pero ésta no es de naturaleza biológica sino simbólica. Esta desigualdad deja sus huellas en la constitución del yo, en el sistema yo ideal- ideal del yo y en el sistema narcisista. Estos se conforman en el seno de la intersubjetividad y por la prioridad del adulto, quien instituye y configura las diferencias entre ser hombre o mujer.

Freud postuló que la masculinidad es un contenido psíquico con fuerza motivacional; en el varón ésta aparece desde el comienzo y es por entero acorde al yo. Por el contrario, en la niña la tendencia a una mayor actividad es acorde con el yo sólo durante la fase fálica.

Dio Bleichmar sostiene que la masculinidad preedípica del varón surge a partir de la distinción entre masculino y femenino, que realiza tempranamente. Esta no se remite a los órganos sexuales sino a la fisonomía de cada uno y a las actividades que las mujeres

y los hombres desarrollan. Esta discriminación tiene un gran valor motivacional para las identificaciones que el niño y la niña realizan.

Enuncia que el yo como instancia es el órgano ejecutivo y el desarrollo del infante exige la acción psíquica, motriz y lingüística. En este sentido, la actividad es acorde con el yo, independientemente de que se trate de una niña o un niño, es el adulto quien aporta la categorización de femenina o masculina para la acción y su valoración como adecuada o no.

Respecto al deseo femenino inconsciente de una mayor masculinidad, Dio Bleichmar asevera que este anhelo debe ser comprendido como lógico ya que implica mejores condiciones y posibilidades para el yo.

Sostiene que la identificación de la niña con la madre la dota de facultades para la intersubjetividad y las relaciones. Estas aptitudes las convierten en seres atractivos, inteligentes, graciosos, conectados y con habilidades lingüísticas que superan a los varones de su edad. La capacidad de la niña de reproducir con las muñecas todas las actividades relacionadas con el rol materno, es una actitud activa que no debe ser calificada como masculina, sino entendida como acorde y potenciadora del yo.

Para la autora, la palabra correcta para referirse a lo que el varón experimenta ante el sexo femenino, no es repudio sino desautorización de la femineidad. De acuerdo a la teoría clásica, la niña cuyo padre la distinga por la gracia y la belleza será quien tenga garantizada una expansión del yo en la línea tradicional de la femineidad. Esta implica la represión exitosa de la masculinidad y la búsqueda del hijo.

Afirma que a partir de la segunda mitad de este siglo se han ampliado las metas que se conciben como acordes con el yo de las niñas. Se han admitido formas de femineidad que distan de la tradicional. Estas al ser frecuentes y compartidas por un número creciente, van siendo valoradas como normales o modelos. Este proceso de transformación exige la reacomodación de la masculinidad de los hombres. Esta como conjunto de prescripciones y prohibiciones socialmente instituidas, comparte universalmente la desautorización de la femineidad.

Considera que los análisis interminables podrían reducirse, en la medida en que se logre comprender no sólo los trastornos de la femineidad y la sexualidad femenina, sino también los del narcisismo de la masculinidad.

En otra de sus publicaciones “Las teorías implícitas del psicoanalista sobre el género. Teorías implícitas de los analistas sobre la femineidad” (2009), Dio Bleichmar hace mención a diversos párrafos del artículo “El enigma de la femineidad: el interjuego de la femineidad y el complejo de castración en la escucha analítica” (2001) de Frisch y colaboradoras. El objetivo es poner en evidencia las dificultades que existen a pesar de la aceptación intelectual de las perspectivas contemporáneas sobre el desarrollo femenino, para asimilarlas en la escucha clínica.

Reitera su hipótesis que la femineidad primaria de la niña está compuesta por un grupo de representaciones de su cuerpo y de identificaciones primarias con el de su madre,

más la diferenciación del de su padre. Señala que no se pueden separar las representaciones del cuerpo y las identificaciones como procesos diferentes, ya que en el vínculo intersubjetivo del desarrollo temprano, los adultos intercambian con los niños mensajes repletos de significados de género en el curso del cuidado corporal. Las representaciones concientes e inconcientes que la madre y el padre tienen de lo femenino y lo masculino son transmitidos a sus hijos e hijas de muchas maneras: mediante sus expectativas y deseos, sus modalidades de interacción y por el modo en que los miembros de la pareja se relacionan entre sí.

Postula que las identificaciones de la niña con su padre o su madre no pertenecen sólo al complejo de Edipo, es decir al padre como objeto sexual y a la madre como rival, o a la pareja parental como pareja sexual, sino a su funcionamiento en general como hombre y como mujer. Si la representación materna sólo se entiende como una figura de apego preedípica o un rival edípico, la madre como modelo de femineidad no es tomada en cuenta por lo que múltiples capacidades cognitivas, instrumentales, hedonistas o limitaciones quedan recortadas, como si no fueran parte de las identificaciones con ella. La discriminación de la relación con ésta como modelo de género, permite distinguir el vínculo de apego seguro, aún cuando no se reproduzca el modelo de femineidad ofrecido por la madre.

Propone comprender la envidia del pene en los términos de Grossman (1976), como una metáfora de las desigualdades entre lo masculino y lo femenino en nuestra cultura.

Enfatiza que si se incorpora el concepto de género es necesario ampliar la escucha, sintonizar más con el modo en que las mujeres hablan de las restricciones de su self, las dificultades que afrontan cuando deciden diferenciarse del modelo materno tradicional y la importancia de comprender y separar estas ansiedades de los conflictos edípicos. Es necesario incluir en la escucha psicoanalítica un deseo legítimo de expansión del self femenino y de diferenciación de las formas de femineidad tradicionalmente devaluadas.

Para Dio Bleichmar, la dificultad para la incorporación plena por parte del psicoanálisis de las perspectivas contemporáneas sobre el desarrollo femenino está basada en la idea de que el género es una cuestión sociológica. Afirma que éste es una estructura amplia y compleja del self, configurada desde su comienzo en el intercambio intersubjetivo inconciente del niño y de la niña con sus figuras parentales.

En 2010, la autora publica un nuevo artículo: “Otra vuelta más sobre las teorías implícitas del psicoanalista sobre el género”. Señala que en la literatura psicoanalítica de las últimas décadas se ha discutido y debatido sobre la femineidad primaria, el lugar del complejo de castración, la envidia del pene y la importancia de la maternidad en la subjetividad de las mujeres. Comparte con Meissner (2005) que se ha avanzado en la comprensión sobre estos temas. Sin embargo, persiste la dificultad para incorporar enteramente el concepto de género en la situación clínica.

Respecto a la discusión sobre el significado con el que debe utilizarse el término femineidad primaria, cita a Elise (1997), quien propone usar mujer para referirse al cuerpo

y reservar el concepto en cuestión para denominar las identificaciones y la identidad de género, aunque reconoce que no puede separarse el sentimiento primario de ser mujer de los significados sociales del género.

Sostiene que para comprender y esclarecer las relaciones entre el género y la sexualidad femenina se deben tener en cuenta los desarrollos psicoanalíticos que se refieren a la estructura intersubjetiva del self y la sexualidad, así como concebir el desarrollo como un proceso intersubjetivo, en lugar de considerarlo exclusivamente de orden intrapsíquico.

Hace referencia al trabajo de Laplanche “Género, sexo y lo sexual” (2007) en el que el autor postula que el género precede a la sexualidad, es decir lo social antecede a lo biológico. Esta asignación no está limitada a una acción concreta, sino que es un conjunto complejo de actos que se extiende al lenguaje expresivo y a la conducta del entorno familiar. Según esta perspectiva, el niño recibe de los adultos: deseos, expectativas y demandas sobre cómo ser una niña o un niño. El proceso identificatorio es iniciado y mantenido por los adultos en la relación con sus hijos y a la par tiene lugar una identificación activa de la niña con la femineidad de su madre.

Menciona a Lyons-Ruth (1991) para quien los niños no necesitan separarse para individuarse, lo que precisan es transformar el apego temprano al tiempo que preservar la relación. Para esto es esencial que las mujeres diferencien a su madre como modelo de femineidad, de la madre como figura de apego y cuidado, a quien pueden continuar amando sin perder el vínculo.

Enfatiza que aún no se logra comprender al género como una estructura amplia y compleja del self, configurado desde el inicio en el intercambio intersubjetivo inconciente entre las figuras parentales y sus hijos e hijas.

Burin en: “Género y Psicoanálisis: Subjetividades femeninas vulnerables” (1996), señala que a partir de los años sesenta los estudios de género colocaron en el escenario académico, investigaciones que versan sobre los diversos modos de construcción de la subjetividad femenina. Se han generado debates sociales, políticos y económicos que pusieron de relieve la exclusión de las mujeres de dichos espacios.

Señala que el concepto de género está presente en las ciencias sociales con una acepción e intencionalidad explicativa.

Cita a Gomáriz (1992) quien sostiene que de manera amplia pueden entenderse como reflexiones sobre género, a todas aquellas que se han hecho en la historia del pensamiento humano, sobre las consecuencias y significados que tiene el pertenecer a cada uno de los sexos. De este modo, podría hablarse de forma abarcativa de estudios de género para referirse al segmento de la producción de conocimientos, que se han ocupado de los sentidos atribuidos al hecho de ser varón o ser mujer en cada cultura.

Desde la perspectiva de género se afirma que los modos de pensar, sentir y comportarse de los varones y las mujeres no poseen una base natural e invariable, sino que se deben a construcciones sociales que aluden a características culturales y

psicológicas, asignadas a cada uno. A través de los recursos de la socialización temprana se incorporan ciertas pautas de configuración psíquica y social que hacen posible la femineidad y la masculinidad. Para Burin, el género se define como: la red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian a las mujeres y los varones. Esta distinción es producto de un largo proceso histórico de construcción social e implica desigualdades y jerarquías entre ambos.

Manifiesta que cuando se realizan estudios de género se pone énfasis en analizar las relaciones de poder entre varones y mujeres, así como en las implicancias que esto conlleva en la construcción de la subjetividad de ambos.

Explicita que las críticas más frecuentes por parte de los estudios de género hacia los postulados del psicoanálisis respecto a la mujer, se basan en que los califican de esencialistas, biologists, individualistas y a-históricos. Sin embargo, señala que el entrecruzamiento entre psicoanálisis y género ofrece un enriquecimiento así como una profunda complejización de las estructuras teóricas, producto de la incorporación de conocimientos provenientes de la sociología, la antropología, la historia, la psicología social, entre otras disciplinas.

Los estudios de género han enfatizado la construcción de la subjetividad como un proceso multideterminado, que fue sufriendo variadas transformaciones a lo largo del tiempo y de los distintos grupos de mujeres.

Desde la revolución industrial, en los países occidentales puede reconocerse la división de dos ámbitos de producción y de representación social: el ámbito doméstico y el ámbito extradoméstico. Esta diferenciación conlleva la distinción entre dos áreas de poder, el racional y económico para los varones y el de los afectos para las mujeres. Esta distribución ha tenido efecto sobre la salud mental de cada género. Para ellas, la centración en el poder de los afectos les representó un recurso y espacio específico, dentro del ámbito doméstico, mediante la regulación y control de las emociones que circulan en la familia. Este ejercicio también les significó modos específicos de enfermar y de expresar su malestar. El rol familiar de las mujeres fue centrándose cada vez más en el cuidado de los niños y de los hombres (padres, hermanos, maridos). Se configuraron prescripciones sobre la moral familiar y maternal que requerían subjetividades femeninas que fueran receptivas, capaces de contener y de nutrir, no sólo a los niños sino también a sus esposos. La moral del mundo doméstico, donde prevalece el amor, la generosidad, el altruismo, la entrega afectiva, se opone a los afectos inmorales del mundo del trabajo extradoméstico (con rivalidades, egoísmos e individualista).

Los roles de género específicamente femeninos son: el maternal, el de esposa y el de ama de casa. Cada uno de ellos requieren de condiciones afectivas específicas para poder desempeñarlos eficazmente: para el de esposa, la docilidad, la comprensión y la generosidad; para el rol maternal, la amorosidad, el altruismo, la capacidad de contención emocional y para el rol de ama de casa, la disposición sumisa para servir, la receptividad y ciertos modos de agresividad aceptables, controlables y de dominación para el manejo de la vida doméstica. Con el tiempo, la aparición de múltiples espacios para los niños

fuera del hogar, la tecnología que invisibilizó el trabajo doméstico, los anticonceptivos que otorgaron mayor libertad a la sexualidad femenina, la experiencia en trabajos extradomésticos, provocó que los roles de género femeninos tradicionales dejaran de tener el valor y el sentido social que se les asignaba. Esto implicó una crisis de la subjetividad femenina tradicional. Las mujeres vieron cuestionado su poder afectivo, que comenzó a perder significación histórica y social, a lo cual contribuyeron numerosas teorías y prácticas psicológicas que cuestionaban este poder, dando cuenta de numerosas fallas, abusos e incumplimientos en el ejercicio de éste por parte de ellas.

Propone el concepto techo de cristal para dar cuenta de los factores que inciden en la detención y estancamiento de las carreras laborales de las mujeres. Este opera como una realidad cultural opresiva y como una realidad psíquica paralizante, es una superficie superior invisible que les impide seguir avanzando. Es intangible en tanto que no existen leyes ni dispositivos sociales, ni códigos establecidos que les impongan esta limitación, sino que está construido sobre la base de otros rasgos difíciles de detectar. Para su comprensión, es necesario analizar los factores culturales y las particularidades de la construcción del aparato psíquico femenino, que contribuyen a la internalización de este límite en el desarrollo laboral de la mujer. Hace referencia a la constitución del deseo hostil y del juicio crítico.

La autora considera que el análisis de la construcción social de la subjetividad femenina podría contribuir a modificar el dispositivo social del techo de cristal. Esto supone una puesta en crisis de los paradigmas tradicionales sobre los cuales se han construido hasta ahora los discursos acerca de la femineidad.

En su artículo “Género y salud mental: construcción de la subjetividad femenina y masculina” (2010), Burin retoma algunos de los conceptos que abordó en el trabajo previamente citado. Manifiesta que en nuestro país según una perspectiva tradicional, se concebía la salud de las mujeres como indisolublemente ligada a las vicisitudes de su aparato reproductor. Las problemáticas específicamente femeninas estaban relacionadas con el embarazo, el parto, el puerperio y el climaterio; su bienestar dependía de su función reproductiva. Los temas que se abordaban eran: la psicoprofilaxis obstétrica, la depresión puerperal, las ansiedades de la lactancia, los trastornos psíquicos de mujeres menopáusicas, entre otros.

Sugiere que el modelo más adecuado para abordar la salud mental de las mujeres es el tensional-conflictivo. Desde este paradigma las crisis en especial las vitales constituyen situaciones óptimas para abordar las problemáticas de la salud mental.

Expresa que los roles del género femenino: maternal, conyugal, de ama de casa, así como el doble rol social de trabajadora doméstica y extradoméstica afectan los modos de enfermar de las mujeres.

Las expectativas sociales respecto al cumplimiento del rol materno hacen que éste constituya un factor de riesgo severo para la salud mental de las mujeres. El cansancio que el ejercicio de la maternidad provoca no se reconoce, por lo que el agotamiento se

presenta como angustia, sentimientos de culpa, hostilidad reprimida o trastornos psicosomáticos.

A partir de la revolución industrial y la división sexual del trabajo se construyó un ideal maternal que las mujeres interiorizaron. Este se convirtió en el elemento central de su definición como sujetos. La subjetividad femenina quedó identificada con características psíquicas de receptividad, capacidad de contención y de nutrición.

Señala que desde la psicología se ha definido a la función materna como aquella que debe satisfacer las necesidades nutricias, de sostén emocional y de cuidados personales. Winnicott (1978) llamó madre suficientemente buena, a un tipo de madre que, mediante el desempeño de estas funciones, estaría en condiciones de ponerse uno a uno con las necesidades del bebé, anticipándose a ellas para satisfacerlas.

Con estas características, el rol materno se convierte en un trabajo repetitivo, rutinario, de máximo esfuerzo y dedicación, que no implica secuencias específicas ni progresiones. Es una tarea invisible que sólo se percibe cuando se realiza mal o de forma insuficiente.

En función de este ideal maternal, la subjetividad de las mujeres se ha centrado en el trabajo reproductivo, en la producción de sujetos. Esta se rige por las leyes del intercambio afectivo estrecho, por las relaciones personales íntimas y exclusivas. Por el contrario, el trabajo extradoméstico del hombre es contractual y delimitado específicamente. Este contiene la noción de progresión y del producto que se espera obtener. El rol paterno predominante es el de proveedor económico y se le adjudica escasa importancia a su contribución emocional.

Burin expresa que la niña se identifica con la madre y aprende de ella el rol maternal y familiar. Sin embargo, a partir de la pubertad, ésta requiere de un modelo identificatorio para ser mujer, no sólo madre, lo que genera una crisis en el vínculo identificatorio con ella. Afirma que en los modos de organización cultural familiar existe un exceso de madre y una falta de padre en la crianza de los niños. Esta situación provocaría el reforzamiento de la división sexual del trabajo y la reproducción social-familiar de la desigualdad entre hombres y mujeres.

Para desempeñar adecuadamente el rol conyugal, la mujer debe poseer ciertas características que permitirían sostener el vínculo matrimonial. Estas incluyen la prestación de servicios afectivos y sexuales, además de las funciones nutricias descriptas para el rol maternal. Ella debe tener la capacidad de postergar sus necesidades y de propiciar el crecimiento del otro, con la convicción que ayudando al cónyuge logra la satisfacción de un ideal.

El trabajo del ama de casa propicia una subjetividad vulnerable. Es un rol poco prestigioso y el que sea un trabajo gratuito, contribuye a que se considere de bajo status social. Las mujeres con trabajo extradoméstico, conservan la responsabilidad y la decisión por lo que sucede en el ámbito doméstico. Esto genera en ellas sensaciones de tensión y de agotamiento, que son productoras de estrés.

Ante estas situaciones contextuales que generan ansiedad y depresión, las mujeres reaccionan con afectos desbordantes e imposibles de controlar. Este malestar es percibido por sí mismas y por quienes las rodean como un problema, como una falla de su personalidad que deben remediar. Burin señala que es fundamental la discusión sobre si es verdaderamente necesaria la prescripción de medicamentos, en estos casos o si esto forma parte de una única manera, estereotipada y patriarcal, de diagnosticar y tratar los conflictos femeninos.

En “La diferencia en psicoanálisis ¿teoría o ilusión?” (1992), Fernández puntualiza que en la actualidad el movimiento feminista reconoce la importancia de los postulados psicoanalíticos para la indagación de la construcción de la subjetividad. Quienes tienen esta postura consideran necesario realizar un análisis crítico del cuerpo teórico de esta disciplina para que devenga un instrumento de valor para los/las especialistas en la sociedad patriarcal.

Un eje para realizar esta deconstrucción teórica es la revisión de la lógica de la diferencia, desde donde el psicoanálisis ha organizado sus conocimientos.

A partir de ésta se homologó Hombre=hombre se invisibilizó lo específicamente femenino y lo diferente se pensó como inferior. Cuestionar desde qué campo epistémico es pensada la diferencia sexual en psicoanálisis implica realizar una reflexión sobre los a priori históricos, desde los que se constituyeron tanto las condiciones de posibilidad de tal saber, como sus principios de ordenamiento. El campo epistemológico es propio de una cultura y delimita las condiciones de producción de las disciplinas, así como las estructuras lógicas que ordenan sus conocimientos en determinado momento histórico.

Desde la modernidad se construyeron discursos sobre lo humano, desde el a priori de lo mismo. En consecuencia, los saberes se fundaron en un principio de ordenamiento que consiste en la exclusión y segregación de la alteridad.

Freud realizó sus teorizaciones a partir de este a priori y desde un orden de exclusión de lo diferente. Pensó la sexualidad en estos términos, lo que implicó que homologara lo humano a lo masculino y lo diferente lo percibiera como complemento de lo mismo o equivalente menos, pero no en su especificidad.

Estudiar la diferencia sexual desde el a priori de lo mismo implica organizar los instrumentos conceptuales desde las analogías, las comparaciones jerarquizadas y las oposiciones dicotómicas. El conjunto de estos procedimientos lógicos hará posible lo que Irigaray (1974) llamó la ilusión de simetría, aludiendo al obstáculo conceptual que se genera al pensar la sexualidad de las mujeres desde los parámetros masculinos.

Fernández sostiene que en la teoría freudiana se detecta una insistencia de instrumentos conceptuales a través de los que se buscan identidades forzadas, como por ejemplo suponer que el clítoris es el equivalente menos del pene. Manifiesta que al invisibilizar los órganos femeninos se omite también el proceso psíquico inconsciente de imaginización de dichas zonas y prácticas, con lo cual se borra el trabajo psíquico de investimento y la inscripción simbólica de toda esta actividad psíquica.

Puntualiza que sólo en una sexualidad cuyo eje principal sea la reproducción y no el placer puede pensarse que la vagina es el único órgano propiamente femenino. El cambio de zona que según Freud la niña debe realizar, constituye uno de los principales soportes de la monogamia unilateral. Este tiene una gran importancia estratégica para sostener la reproducción de la familia patriarcal. Una de sus consecuencias es la pasividad femenina, que no es un rasgo normal de la mujer, sino efecto de la violencia simbólico-institucional que se ejerce sobre el erotismo de las mujeres en el patriarcado.

Fernández en su obra “La mujer de la ilusión” (1993), manifiesta que comprender que el conflicto de los sexos es político, implica exponer que involucra relaciones de poder entre ellos. Es decir que los posicionamientos sociales, culturales, subjetivos y eróticos de cada género son el resultado histórico de la dinámica de su correlación de fuerzas en el orden del poder.

Analizar la dimensión política de la diferencia, significa incluir en el debate la producción de legitimación de las desigualdades sociales. Estas se sustentan desde una ecuación simbólica: diferente = inferior (o peligroso o enfermo).

Desde su perspectiva es indispensable reconocer la dimensión política en la construcción de la subjetividad. El otro desde donde se constituye el sujeto no es otro en general, sino que es uno superior o inferior.

Señala que existen manifestaciones visibles de maltratos y otras invisibles, pero igual de eficaces. Estas se ponen en práctica de forma cotidiana en las familias, mediante la desigualdad en la distribución del dinero, del poder, de las responsabilidades domésticas, de las opciones de realización personal. Los contratos conyugales constriñen las prácticas y el sentido del erotismo femenino. Estos violentamientos económicos, políticos, laborales, legales, eróticos, simbólicos o subjetivos, constituyen una de las estrategias de la producción de la desigualdad de género, en tanto producen consenso con respecto a la naturalización de la inferioridad femenina.

Según su punto de vista es necesario y en especial en el caso de las mujeres, distinguir discriminación de marginación. Los discriminados no son algo extraño y exterior a la formación social, sino que participan de la producción, del consumo, de la educación, los cuales son procesos claves para la reproducción de ésta y se los utiliza para reforzar las restricciones estructurales. Para evaluar el impacto de este proceso sobre la obediencia, hay que analizar la parte de ésta que no está motivada por temor o resignación sino por la creencia en la legitimidad de la desigualdad.

En su artículo: “Los géneros al desnudo: subjetividad, poder y psicoanálisis” (1998), Fernández afirma que la articulación entre psicoanálisis y género invita a pensar la relación entre deseo y poder. El psicoanálisis clásico articuló la relación deseo-ley, pero prohibir-permitir es sólo uno de los recursos del poder. Considera necesario incluir la dimensión política de la subjetividad para reflexionar sobre las relaciones de poder en la constitución misma del psiquismo.

“Las lógicas sexuales: amor, política y violencias” (2009) es otro de los trabajos de Fernández en que analiza el vínculo entre la diferencia sexual y el ejercicio del poder.

Postula que podría incluirse el poder de género como una de las formas de dominación simbólica, incluyendo, junto a las formas éticas, sociales y religiosas, la dominación patriarcal.

La segunda mitad del siglo XX ha puesto en evidencia en occidente, complejos y variados procesos de transformación de los lugares sociales de las mujeres. Sin embargo, la persistencia de desigualdades salariales, la escasez de ellas en puestos directivos, así como también el incremento de la violencia doméstica, las violaciones y abusos diversos descubren la permanencia de la discriminación de género, pese a los avances tanto en lo público como en lo privado.

Plantea que los diferentes modos históricos de subjetivación han sido y son elementos estratégicos en el disciplinamiento de cada sociedad. Los soportes narrativos son el conjunto articulado de significaciones imaginarias instituidas que inventan lo que la mujer es en una época determinada (naturalismo, biologismo, esencialismo). Se piensan las diferencias como esencias universales, condiciones inherentes y fijas para cada sexo.

Sostiene que la mujer actual se encuentra entre dos lógicas diferentes, la del ámbito laboral y la del privado-familiar. La eficacia en cada uno de estos mundos exige modos de subjetivación diferentes (habilidades prácticas, grados de tolerancia a la frustración, formas diferentes de narcisización y distintos modos de ensoñar el futuro, entre otros.). Para comprender este dilema es importante que el psicoanalista pueda posicionarse desde una escucha de género, es decir, que pueda estar advertido, por ejemplo, de ciertas especificidades en los modos de transitar por lo público de las mujeres en análisis.

Las transformaciones socio históricas del lugar de la mujer ha tenido efectos sobre el modo en que se entablan las relaciones heterosexuales. Para la autora, estamos en presencia de un tránsito lento, difícil y costoso, pero también placentero, de posicionamientos eróticos fijos y estereotipados –propios del modo en que la modernidad instituyó la sexualidad- a otros más flexibles donde hombres y mujeres jugarían de modos más intercambiables y transitorios los pares activo-pasivo, sujeto-objeto, deseo-reconocimiento.

En el artículo “Hacia una crítica de la maternidad como eje de construcción de la subjetividad femenina en psicoanálisis” (1992), Martínez expresa que el ejercicio maternal de las mujeres como hecho de la estructura social no puede ser explicado desde un sólo campo disciplinario. Destaca que el momento histórico en el que surge el psicoanálisis coincide con un reforzamiento de la familia nuclear en su papel reproductor del sistema patriarcal. Es necesario un análisis crítico que permita revisar cuál es el papel de esta teoría en la naturalización de este rol femenino. Los aspectos del desarrollo psicosexual, tal como los describe Freud, plantean la maternidad como un intento de restitución narcisista frente a la envidia del pene.

El ideal social de género femenino que comparte la cultura occidental es el de mujer= madre. Estas como esposas y madres contribuyen a la reproducción física y

psicológica de los trabajadores masculinos y maternizan a hijas que, cuando llegan a ser adultas, cumplirán los mismos roles.

Martínez expresa que la teoría psicoanalítica propone una lectura teleológica de la feminidad intrínsecamente comprometida con la maternidad. Esta forma parte de las estrategias simbólicas que imponen una división entre los géneros, que perpetúan las ideologías sobre los roles masculinos y femeninos. El psicoanálisis como campo de saber instituyó el ideal maternal como eje de subjetivación y de organización de la economía deseante femenina.

El sistema económico capitalista y el nuevo orden social que se estableció, crearon el mito social de la maternidad. La familia dejó de ser productora para orientarse a la reproducción de la fuerza de trabajo, se fortalecieron las relaciones entre los cónyuges, los hermanos así como entre padres e hijos. El matrimonio empezó a ser un acto voluntario, se comenzó a tener menos hijos, pero aumentó la preocupación por su preservación. La esposa-madre adquirió el rol central de resguardar la estabilidad del núcleo familiar, convirtiéndose en la responsable moral del cuidado y la educación de los niños.

La inclusión del afecto en las relaciones familiares se transformó en un modelo mistificado de dominación, siendo el amor romántico y la maternidad los dos ejes principales de este proceso. A través de los sentimientos amorosos se instituyeron nuevos mandatos sobre el erotismo femenino, como la virginidad, la fidelidad conyugal y la procreación. Nació una nueva moral femenina que orientó la subjetividad hacia la maternidad controlada por la institución médica y psiquiátrica. A la vez surgieron las teorías psicológicas que enaltecían el rol materno.

La autora considera que la exclusividad en los cuidados del niño por parte de la madre contribuye a generar la idea de que las mujeres han nacido para ser madres, que éste es su destino, que concuerda con sus propios intereses y es inherente a la estructuración de su psiquismo. Este discurso social en parte se basa en el hecho biológico del embarazo, el parto y la lactancia, que son capacidades específicas de la anatomía femenina, que por naturalización se extienden a las actividades de cuidado maternal. A su vez, esta ideología se asienta en la afirmación que la mujer encuentra placer en la maternidad. El psicoanálisis ha explicado y resaltado los sentimientos de profunda gratificación que las mujeres experimentan en el ejercicio de la maternidad y lo instauró como parte de la constitución de la subjetividad.

Martínez propone que si la maternidad es comprendida como una reedición, desde un nivel adulto, de la relación infantil con la madre y no sólo como resarcimiento de la envidia fálica, es posible rescatar lo específicamente femenino. Sin embargo, esa postura abre el interrogante de por qué sólo las niñas ejercitan luego la maternidad. Una posible respuesta es que la identificación primaria y la simbiosis es más fuerte entre la madre y la niña, porque ésta la siente como un doble. La igualdad de género favorece el sentimiento de unidad y los fenómenos de identificación. Los niños, en cambio tienden a ser experimentados como diferentes.

Asevera que el supuesto freudiano de la primacía masculina tiene consecuencias para la maternidad. Los deseos de ser madre son desjerarquizados porque se los considera exclusivamente producto de la envidia del pene. Por otro lado, al homologar sexualidad femenina con femineidad se sitúa a la maternidad como el objetivo privilegiado en la vida de las mujeres, invisibilizando otros aspectos de su vida sexual y distintas posibilidades de sublimación.

“Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación” (1996) es una obra en la cual Benjamin analiza porqué en la sociedad occidental, la masculinidad y la femineidad han quedado asociadas con las condiciones de amo y esclavo. Propone estudiar el problema de la dominación masculina partiendo de los términos de la complementariedad sujeto=varón y objeto=mujer. Esta vinculación sería el resultado de las diferentes maneras en que se relacionan los niños y las niñas con la madre y el padre. Plantea la necesidad de complementar una perspectiva intrapsíquica con una intersubjetiva para entender la desigualdad y la tensión entre los géneros.

La autora realiza una revisión del concepto de complejo de Edipo. Para Freud, la conflictiva edípica constituye un punto nodal del desarrollo, a partir del cual el niño acepta la diferencia generacional y sexual. Según estas tesis el padre se constituye en el protector y salvador del niño, ante una madre que lo retrotraería al narcisismo ilimitado de la infancia.

Benjamin postula que esta conceptualización de la diferencia distorsiona el reconocimiento del otro, ya que se rige por el código de la dominación. De este modo, la polaridad se intensifica ya que lo bueno de la madre pre-edípica es redefinido en el contexto edípico como una amenaza seductora a la autonomía. Se forma un ideal paterno de separación, que en el ordenamiento de los géneros reproduce el repudio de la femineidad. Esto promueve la escisión entre el sujeto masculino y el objeto femenino, así como la unidad dual de dominación y sumisión.

La internalización de la autoridad paterna en el superyó es concebida como un proceso fundamental para la creación del individuo independiente, que ha reemplazado el miedo al padre por la culpa interna, alcanzando la autorregulación de las pulsiones y buscando la aprobación de la conciencia moral. La autora sostiene que esta conceptualización del Edipo desvaloriza el aspecto positivo del narcisismo del niño inherente al vínculo temprano con la madre, ya que lo plantea como regresivo, arcaico y peligroso, enfatizando el papel de la ley paterna como único camino a la civilización.

Asevera que al aceptar el repudio de la femineidad como “roca de base” (Freud, 1937), el psicoanálisis la ha normalizado encubriendo sus graves consecuencias, no sólo para la teoría sino para el destino de la relación entre hombres y mujeres. El daño que esto provoca a la psique masculina es comparable a la falta de la mujer, aunque se disfrace de dominio e invulnerabilidad.

En la etapa preedípica, el ideal del yo del varón puede incluir la identificación con la madre, pero con la resolución edípica se establece un ideal exclusivamente masculino: debe renunciar a las dos vías de retorno a la madre, es decir, al amor incestuoso y al

identificadorio. Los mandatos edípicos que se encarnan en el ideal del yo y en el superyó, arrancan al varón de la dependencia, la vulnerabilidad y la intimidad con la madre.

De este modo, el niño no tiene más opción que superar su infancia mediante el repudio de la dependencia. Por ello, el ideal edípico de la individualidad excluye toda dependencia en la definición de autonomía.

Manifiesta que en estas teorías la madre no es reconocida como sujeto con existencia independiente, ésta es a lo sumo un objeto deseado que uno no puede poseer porque está bajo el control de otro sujeto, el padre, que es tomado como ideal.

Para Benjamin, el complejo de Edipo no resuelve el problema de la diferencia, que implica el reconocimiento del otro. La madre es desvalorizada, su poder y su deseo se transfieren al padre idealizado. El género se organiza como polaridad con un lado idealizado y otro desvalorizado. Este repudio impide el desarrollo de una identificación materna más madura. Por el contrario, la coexistencia de identificaciones femeninas y masculinas (bisexualidad) posibilita a los varones diferenciarse de la madre sin necesidad de recurrir a defensas como el rechazo, la distancia y el control.

Para ella la diferencia sólo se establece cuando existe en tensión con la semejanza, cuando es posible reconocer al otro en nosotros mismos. Señala que la pérdida del reconocimiento mutuo es una de las consecuencias de la polaridad de los géneros. La otra es la constitución del ideal masculino de individualidad y de autosuficiencia. La idealización de los valores masculinos y el menosprecio de los femeninos aún subsisten intactos, aunque el hombre y la mujer, como individuos, tienen mayor libertad para pasar por sobre ellos.

Respecto del ideal maternal, expresa que en la sociedad se afirma que el cuidado materno es vital para el desarrollo, sin embargo, sus valores son casi inaplicables en la vida pública.

La autora asegura que es necesario pensar en una lógica distinta a la que opone sujeto y objeto. Propone la noción de sujetos iguales, que implica sostener la tensión entre la necesidad de reconocimiento e independencia.

Rubí Cid en su artículo “La femineidad en el psicoanálisis. Una revisión crítica” (1998) realiza una lectura de la obra de Freud, en especial de los textos en que considera, permiten identificar las teorías del autor sobre la femineidad.

Expresa que la mujer en su singularidad y especificidad de género no fue objeto del interés del autor. Las opiniones científicas y actitudes hacia ella que se conocieron mediante sus escritos y en especial por su correspondencia, revelan un pensamiento impregnado por los valores y la ideología social imperante en la Viena de fin de siglo.

Freud no mantuvo inalterables sus convicciones y pensamientos sobre la mujer, ya que a partir de los años 20 se aprecian giros significativos respecto a su visión sobre la subjetividad femenina. Sin embargo, el creador del psicoanálisis tuvo una visión mucho menos progresista y revolucionaria respecto de ella que sobre el hombre en general.

La idea central que sostuvo en sus escritos es que hombres y mujeres poseen un destino diferente. Ellas deben ocuparse del mantenimiento del hogar familiar (casa, cuidado y educación de los hijos) y ellos tienen que ejercer una profesión y garantizar el sostenimiento económico. Esta concepción freudiana estuvo acorde con los valores conservadores de la época y de la tradición judía sobre los papeles familiares.

En el amor, la mujer debía ser la adorable amada en la juventud y la querida esposa en la madurez. Esta asignación de roles pone de manifiesto el ideal pasivo sobre lo femenino.

Desde su perspectiva, la principal contribución del psicoanálisis a la psicología femenina fue su enfrentamiento con la ortodoxia médica y psiquiátrica vienesa, acerca de las causas de la histeria en los hombres y en las mujeres.

Freud utilizó una doble moral para valorar la normalidad o la patología de las conductas de los varones y de las mujeres, disculpando unas y sancionando como patológicas a otras.

En 1905 en “Tres ensayos para una teoría sexual”, el autor formuló por primera vez la oposición entre psiconeurosis y perversiones. Sus postulaciones implicaron una ruptura con el pensamiento de la época. Sin embargo, mantuvo una visión convencional de las características psicológicas atribuidas a los sexos. En ese texto sostuvo que la timidez, entendida como modestia y necesidad de ayuda, es una cualidad típica y exclusiva de la mujer y señaló que ellas pueden asumir características mentales masculinas, pero los hombres nunca presentan rasgos femeninos. Realizó una distinción entre el niño y la niña, manifestando que ellos niegan las diferencias anatómicas y ellas son más realistas, la reconocen y desarrollan la envidia del pene.

En diversos artículos de su obra, expresó que las mujeres eran menos dotadas de libido, por causas naturales o constitucionales. La pulsión sexual en las mujeres es reprimida más fácilmente, volviéndose inactiva.

La autora destaca que en el último momento de su producción, Freud continuó reflexionando sobre lo que consideraba los misterios de la diferenciación sexual, la ansiedad de castración en los varones y la envidia del pene en las mujeres.

En el artículo “El género en la construcción de la subjetividad. Un enfoque psicoanalítico” (2000), Allegue y Carril sostienen que la introducción del concepto de género por Money (1955) en la medicina y luego en las ciencias sociales, permitió hacer visible que la femineidad y la masculinidad dependen de factores psicosociales. Entienden por género, la construcción socio cultural e histórica que se realiza sobre uno y otro sexo. Toda sociedad prescribe, proscribiza y normativiza formatos de masculinidad y femineidad.

Las autoras citan a Scott (1990) para quien el género es una categoría social impuesta a un cuerpo sexuado: creencias, sentimientos y conductas que toda sociedad se ha dado frente a la diferencia sexual. Rubin (1986) denomina sistema sexo/género a la

compleja relación entre lo que es determinado por la biología y lo que es producto de la ideología.

Puntualizan que los estudios de género surgieron en la década de los 80 dentro de la corriente feminista y las ciencias sociales. Su objetivo es el estudio de las condiciones socio históricas de la producción de subjetividades sexuadas, así como investigar las marcas que la desigualdad entre hombres y mujeres ha producido en la subjetividad de cada uno de ellos.

Allegue y Carril señalan que el género como categoría de análisis es siempre relacional, permite pensar los vínculos entre los géneros, la circulación de poder y pone de relieve las variaciones históricas y culturales sobre las categorías femenino y masculino. Es una dimensión de análisis social pero también psicológica en el estudio de la subjetividad.

Afirman que el entrecruzamiento de los estudios de género con la teoría psicoanalítica genera una nueva mirada que complejiza aún más la comprensión de la subjetividad femenina y masculina. Se aprehende la multidimensionalidad del ser humano como unidad biológica, cultural y psicológica, como parte de la cultura y a su vez productor de la misma. El psicoanálisis aporta las hipótesis teóricas que permiten explicar los procesos intrapsíquicos por los cuales el infante humano deviene sujeto psíquico y adquiere su identidad sexuada.

Recuerdan que fue Stoller (1968) quien estableció una diferencia entre el concepto de rol de género e identidad de género. El primero hace referencia al conjunto de conductas atribuidas a mujeres y varones por cada cultura y sociedad. La identidad de género comprende el sentimiento de saberse perteneciente al conjunto hombre o mujer. Esta se establece precozmente, antes del conocimiento que cada niño/a tiene de la diferencia sexual anatómica y el papel de los genitales en la reproducción. Es previa al conflicto edípico, cuya resolución o fracaso determinaría la orientación del deseo, pero no el género.

Allegue y Carril toman los aportes de Dio Bleichmar (1985, 1994, 1997), quien conjetura que el concepto de narcisismo es clave para la comprensión de la subjetividad femenina. Desde su perspectiva, el género forma parte de la estructura intrapsíquica.

En “Claves feministas para la negociación en el amor” (2001) Lagarde explicita que mujeres y hombres aman de diferentes maneras. Para las mujeres el amor es una cualidad de identidad y un medio de valoración personal de autoestima. La experiencia amorosa está circunscripta a la pareja como el espacio simbólico privilegiado.

Desde su punto de vista, de pareja es una de las relaciones más dispares y complejas, porque en ella se sintetizan relaciones de dominio y opresión, lo público y lo privado. Se conjugan lo social y lo personal en ámbitos que abarcan la intimidad afectiva y sexual, el contacto cuerpo a cuerpo, la convivencia, la corresponsabilidad vital, la economía, el erotismo, el amor y el poder.

El género femenino ha sido configurado socialmente para el amor, por una cultura que lo coloca como el centro de la vida de las mujeres. En este sentido el amor es un mandato, un deber. De acuerdo con las concepciones tradicionales sólo surge, no hay que analizar nada, no es necesario conocer y nace espontáneamente del corazón. Por el contrario, desde una perspectiva moderna se enfatiza que para amar es imprescindible conocer, en especial poseer un autoconocimiento.

Lagarde manifiesta que para amar el primer interés tiene que estar situado en una misma, para lo cual es necesario poder responderse preguntas tales como: quién soy, qué quiero, qué deseo, qué necesito, qué anhelo, entre otras.

La cultura patriarcal se ha esmerado en crear una moral amorosa para el género femenino. La autora propone una filosofía alternativa: la feminista. Esta plantea una nueva perspectiva sobre la vida, las relaciones, las personas y los vínculos amorosos. Enfatiza que es necesario comprender que el amor es histórico, está condicionado por las épocas y por las culturas, tiene normas y mandatos diferentes para cada género y va de la mano con el poder.

Según perspectiva que poder y amor estén vinculados quiere decir que el afecto es fuente de dominio.

Para las mujeres, amar implica considerar al otro como lo más importante del mundo, incluso más que sí misma. Este accionar es denominado colonización amorosa, mediante la cual una persona ejerce poder sobre la otra. Esta manera de amar es un amor patriarcal, que ha sido y sigue siendo funcional al mantenimiento de la dominación del género femenino por los hombres.

Las mujeres han sido educadas de tal forma que si no son amadas, se responsabilizan a sí mismas, con la creencia de que hicieron algo mal, o algo les falta, por ejemplo, la belleza física. Se espera que ellas sean abnegadas, benevolentes, con una generosidad ilimitada, obedientes, leales y fieles. Estos valores se corresponden con mujeres subordinadas que no tienen vida propia y que giran en torno a su pareja. Estos requisitos se les imponen a ellas, pero no a los hombres.

Para Lagarde en el amor son necesarios los pactos, para lo cual es indispensable que las mujeres se reconozcan a sí mismas como pactantes. Pactar implica tener la capacidad de crear normas para la vida y las relaciones.

La propuesta feminista para el amor, supone mujeres capaces de ponerse condiciones a sí mismas y a los demás. Si éstas no se cumplen no se ama. Señala que a las mujeres modernas, los mitos y las fantasías patriarcales les hace mucho daño. Expresa que por un lado hacen grandes esfuerzos transformadores en distintos ámbitos de la vida y en contradicción con ellos, mantienen intacta la fidelidad interna con el patriarcado en lo que respecta al amor. Esta es subjetiva, afectiva, e intelectual en las relaciones personales, en el amor, en la sexualidad y en la intimidad de cada una. El enamoramiento ideológicamente construido para el género femenino instituyó que amar exige sacrificarse. Para revertir esta situación es preciso que las mujeres tengan una determinada

conciencia para poder negociar en las relaciones de amor y de pareja. Es fundamental que el género femenino se reconozca como personas con derechos.

Lagarde en su artículo “Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción” (2003) postula que cuidar es el verbo más necesario frente al neoliberalismo patriarcal y la globalización inequitativa. Sin embargo, la capacidad de cuidar se le asigna como condición natural sólo al género femenino.

Las mujeres son las que cuidan vitalmente a los otros sean hombres, familia, hijas e hijos, parientes, comunidades, escolares, pacientes, personas enfermas y con necesidades especiales, al electorado, al medio ambiente y a diversos sujetos políticos y sus causas. Velan por su desarrollo, su progreso, su bienestar, su vida y su muerte.

Los poderes del cuidado, conceptualizados en conjunto como maternazgo por estar asociados a la maternidad, no les sirven para su desarrollo individual y tampoco pueden trasladarlos del ámbito familiar al del poder político institucional.

El uso principal del tiempo de las mujeres, de sus mejores energías vitales, sean afectivas, eróticas, intelectuales o espirituales y la inversión de sus bienes y recursos, está destinado a los otros. Esto ha generado el descuido propio para garantizar el cuidado. Han desarrollado una subjetividad alerta a las necesidades de los demás, dando lugar a la solidaridad y abnegación que caracteriza al género.

Desde su perspectiva, los cambios del siglo XX han llevado a que las mujeres realicen un sincretismo de género, es decir que convivan en ellas aspectos más tradicionales como el cuidar a los otros, tratando de compatibilizarlo con el desarrollo personal para formar parte del mundo moderno.

La cultura patriarcal fomenta en el género femenino la satisfacción del deber de cuidar, convertido en ahistórico y natural. Al mismo tiempo provoca la necesidad social y económica de participar en procesos educativos, laborales y políticos para sobrevivir en el capitalismo salvaje.

Los hombres contemporáneos no califican como valioso cuidar porque de acuerdo con el modelo predominante significa descuidarse. Es decir, usar su tiempo en la relación con los otros, dejar sus intereses, usar sus recursos subjetivos, bienes y dinero en alguien más, pero sobre todo no aceptan dejar de ser el centro de su vida y colocarse en posición subordinada frente a los demás.

Enfatiza que el cuidado como deber de género es uno de los mayores obstáculos en el camino a la igualdad por su inequidad. El feminismo ha realizado una crítica a la superwoman y ha denunciado la explotación de las mujeres a través del trabajo invisible y de la desvalorización de muchas de sus actividades, incluso del trabajo asalariado, de la exclusión de la política, entre otros logros. Sin embargo, aún queda por desmontar el deber ser cuidadoras de las mujeres, la doble jornada y la doble vida resultante. Esto implicaría realizar cambios profundos en la organización socioeconómica: en la división del trabajo, de los espacios, en el monopolio masculino del dinero, de los bienes económicos, así como en la organización de la economía, de la sociedad y del Estado.

La autora expresa que en los últimos tiempos, el cuidado ha de dejado de ser para otros y se ha centrado en las mujeres mismas. En el siglo XXI se debe cambiar el sentido del cuidado; propone que se maternice la sociedad y desmaternice a las mujeres. Es necesario valorar el cuidado, su dimensión empática y solidaria sin que esté articulado a la opresión. Es fundamental la resignificación del contenido del cuidado como el conjunto de actividades y el uso de recursos para lograr que la vida de cada persona esté basada en la vigencia de sus derechos humanos.

El reparto de la tarea de cuidar debe ser equitativo entre los géneros y la sociedad con el estado.

Tajer en el capítulo “Modos de subjetivación: modos de vivir, enfermar y de morir” incluido en su obra “Heridos corazones: Vulnerabilidad coronaria en varones y mujeres” (2009), afirma que el impacto de los cambios históricos y vinculares en los modos de subjetivación de ambos géneros se expresa en las modificaciones de las exigencias e ideales sociales a partir de las que se conforma el psiquismo. Es decir, las formas de desarrollo de los afectos, deseos y modelos a partir de los cuales los sujetos conforman su identidad y su autoestima.

Toma como ejes para el análisis de los distintos modos sociales en las formas de constitución del psiquismo: el despliegue libidinal (pulsión hostil y erótica), la conformación del sistema de ideales, la estructuración narcisista, las habilidades del yo y la representación del propio cuerpo. A partir de estos factores propone una clasificación de las formas de subjetivación de género en tradicional, transicional e innovador, partiendo, de lo propuesto por Meler (1995, 1997).

El término tradicional hace referencia a la manera en la cual las mujeres de la modernidad han estructurado su vida en relación con los valores de la maternidad y la conyugalidad como áreas fundamentales del desarrollo vital. Sus proyectos de vida no incluyen el perfeccionamiento laboral o profesional. Para ellas las relaciones de género conllevan una división asimétrica de roles y poderes. Los varones gozan de mayores posibilidades y son los encargados de la provisión económica y simbólica de los hogares.

La mujer doméstica y sentimentalizada es una representación hegemónica que ha tenido un fuerte impacto en la conformación del ideal de las mujeres.

Estas tienden a la expresión indirecta de su hostilidad, debido a la inhibición del despliegue de esta pulsión, exigida por los mandatos culturales desde la primera infancia. En relación con la sexualidad han aprendido que no deben manifestar abiertamente su deseo sexual, sino convocar pasivamente la expresión del deseo masculino sobre ellas. Valorán la persistencia del vínculo y mantener el estatus de mujer casada, porque perderlo puede implicar serios perjuicios en relación con su grupo de pertenencia y a su inserción económico-social.

El sistema de ideales de estas mujeres está conformado por la prescripción de la maternidad y la conyugalidad basada en los valores de fidelidad y honra femenina. A raíz de ello desarrollan habilidades sociales para los lazos afectivos, pero carecen de las mismas en el mundo público. La representación de su cuerpo está ligada a los ideales de

belleza y juventud, deben cumplir con ellos para poder ser elegidas e ingresar en el contrato conyugal.

Con la expresión modo de subjetivación femenino transicional hace referencia a las mujeres que se incorporaron de forma masiva y entusiasta al mundo público, pero conservan en su interior y desde la exigencia social, el modelo de mujer=madre. En sus vínculos de pareja suponen que el varón debe ser el principal proveedor económico y simbólico. Expresan sus sentimientos hostiles mediante el rencor y la envidia. El erotismo es valorado como un bien conyugal y el disfrute sexual es considerado importante dentro de los vínculos amorosos. Su sistema de ideales está basado en la maternidad y la conyugalidad, pero combinados con expectativas en el mundo público.

Desde la perspectiva de la autora, estas mujeres presentan habilidades domésticas y maternales instrumentales. En el mundo público tienen dificultades para entablar contratos, respetar roles y jerarquías porque maternalizan las relaciones laborales. Le otorgan gran importancia a que su cuerpo perdure joven, un valor relativo a las representaciones vigentes.

Para Tajer en el modo de subjetivación femenino innovador la maternidad y la conyugalidad se plantean como una opción, ya no son mandatos en la construcción del proyecto de la feminidad. La inclusión laboral, con variaciones según el sector social, es una condición para el auto sustento propio, ya sea que la mujer viva sola, en pareja o en familia. Ellas tienen la capacidad de expresar de manera adecuada y lógica lo que las enoja, a quienes son fuente de esos sentimientos. Tienen mayor facultad para disfrutar de su sexualidad, con su pareja o con personas a quienes no aman.

El tener mayor libertad y menor coerción externa les impone a estas mujeres la necesidad de tomar decisiones, lo cual, como colectivo genérico, es aún reciente. El género femenino tiene poca trayectoria en el campo de la responsabilidad subjetiva y la autonomía.

Postula que quienes se han subjetivado de un modo innovador sufren al sostener dos o más ideales fuertemente demandantes (por ejemplo, ser excelentes madres en simultáneo con maravillosas esposas y excepcionales trabajadoras). Esta coexistencia les produce una sobreexigencia que conlleva la sensación de fracaso aún en mujeres con altos logros. Desde su punto de vista, este sentimiento se encuentra influenciado por la dificultad como sociedad para resolver de forma equitativa entre los géneros la articulación entre las cargas productivas y reproductivas.

Con respecto a las habilidades que han desarrollado cuentan con capacidades para lo doméstico-expresivo y para lo laboral-instrumental.

Tienen una mayor apropiación de su cuerpo como fuente de placer. Este ya no es valorado sólo como objeto de belleza.

En el artículo “Las relaciones de género: su impacto en la salud mental de mujeres y varones”, incluido en “La crisis del patriarcado” (2012), Meler analiza este último concepto. Considera que es un sistema que tiende a reestructurarse a través de las

mutaciones social-históricas, manteniendo sus características básicas. El significado literal del término hace referencia al poder de los padres. Su sentido pone de manifiesto que han sido los varones mayores quienes ejercieron dominio sobre las mujeres, los niños, los jóvenes y aquellos hombres que no pudieron calificar para integrar los estamentos dominantes de la masculinidad social. La dominación patriarcal manifiesta el carácter jerárquico de las estructuras sociales humanas.

Distingue entre el concepto de patriarcado, término que enfatiza el carácter asimétrico de las jerarquías sociales basadas en el sexo, y el de dominación masculina (Bourdieu, 1998). Este último hace referencia al hecho que la pertenencia al género masculino implica ventajas, más allá que cada varón logre o no efectivizar los desempeños requeridos para integrar el género dominante.

Respecto a los estudios de género, señala que han sido producidos por los sujetos incómodos con el statu quo de los ordenamientos vigentes sobre el estatus social de los varones y las mujeres. Parten del supuesto que en los humanos, el peso relativo del aprendizaje supera de modo decisivo las improntas de las disposiciones biológicas diferenciales. La comprensión de la subjetividad sexuada no se sustenta en los estudios sobre las diferencias sexuales biológicas, sino en un análisis sobre la condición social de mujeres y varones.

Afirma que el género como categoría, permite dar cuenta de uno de los órdenes fundantes de modo lógico y cronológico, de las jerarquías sociales.

En occidente la condición femenina ha experimentado transformaciones vertiginosas y revolucionarias. Sin embargo, aún las mujeres padecen los efectos de la inestabilidad familiar de modo más agudo y en el ámbito laboral su inserción está lejos de ser igualitaria.

Sostiene que el desarrollo evolutivo no es neutro ni ocurre exactamente igual en niñas o varones. Por ello los estudios acerca de la psicología infantil y juvenil deberían reestructurarse incluyendo la perspectiva de género.

Desde su vértice, mujeres y varones presentan patrones epidemiológicos distintos en lo que hace a su salud física y mental. Estos no pueden explicarse en base a la diferencia sexual anatómica, sino que se sustentan en los contratos culturales que prescriben las formas en que cada sexo debe organizar su psiquismo y sus prácticas sociales.

Entre los varones se observa una marcada tendencia a padecer accidentes, en comparación con las mujeres. Esta se explica por las conductas de riesgo, que son especialmente notables en la adolescencia y la juventud de los hombres. Estas actitudes se vinculan con la efectividad de las prescripciones sociales correspondientes al género masculino para promover actividades que deterioran la salud y comprometen la vida.

Las mujeres se deprimen el doble o el triple que los varones. En situaciones ante las cuales las mujeres se entristecen, los varones se enojan. Son varios los factores que permiten explicar la prevalencia de la depresión en el género femenino. El primero de

ellos es que presentan por lo general, una tendencia a identificarse con el otro de forma profunda y duradera, transformando los conflictos interpersonales en sufrimiento intrapsíquico.

Otro aspecto predisponente es que los destinos de pulsión son diferentes entre varones y mujeres. Amor y odio son las tendencias más poderosas y los dominan a ambos. Sin embargo, los varones buscan consumir su deseo a través de la actividad sexual, mientras que las mujeres reprimen su sexualidad. Estas diferencias también están presentes en lo que respecta a la hostilidad. La práctica de la maternidad ha favorecido la inhibición de la agresión femenina, siendo esto indispensable para atender la demanda irrestricta de los niños pequeños. Otra razón que contribuye a la inhibición de la hostilidad es el temor que sienten de perder el amor de sus objetos. A su vez la agresión franca por parte de las mujeres es juzgada como poco femenina y esta representación colectiva favorece la represión de los sentimientos negativos. La hostilidad se vuelve contra sí misma y se expresa bajo la forma de autorreproches.

A diferencia de lo que sucede con el género femenino, en los hombres la hostilidad es considerada como expresión de firmeza y resulta sintónica con el modelo aceptado de masculinidad.

Un tercer factor depresógeno es la división sexual del trabajo. Señala que mientras que el mundo laboral es valorizado, el cuidado de los niños y de la casa carece de valor. Otro aspecto predisponente es la dependencia emocional de las mujeres respecto de las relaciones amorosas. La limitación ancestral de la autonomía de las mujeres ha cultivado la tendencia a reafirmar el propio valor a través del deseo de amor que despiertan en los hombres.

La práctica de la maternidad en condiciones tradicionales en las que la mujer es la responsable del desarrollo personal de los hijos y se tiende a responsabilizarlas de las dificultades de los niños, también genera mayor predisposición a la depresión.

En relación a la histeria, expresa que las mujeres seductoras pero frías y las mujeres aniñadas van desapareciendo. En la actualidad se ven con frecuencia mujeres audaces con capacidad de liderazgo, energía y ambición. Estas modalidades caracterológicas se han denominado histerias fálico-narcisistas. En ellas la preocupación central es la excelencia y la perfección.

Señala que la masculinidad social se asocia con la pretensión de omnipotencia, la audacia y el coraje. El varón que se ajusta al ideal para su género es fálico narcisista, es alguien más preocupado por el logro que por los afectos y los vínculos. Esas características son deseables y apropiadas para un hombre.

Manifiesta que en todos los grupos humanos, sobre la base del dimorfismo biológico, se ha construido un sistema de representaciones sociales que constituye un dispositivo de regulación social acerca del género. Las subjetividades construidas en esas redes de prescripciones y prohibiciones viven, aman, trabajan, se enferman y se curan de formas diferentes.

Otra de las obras de Meler es “Recomenzar: amor y poder después del divorcio” (2013). Sostiene que es necesario reconocer que el sistema de géneros funciona como dispositivo de regulación social y económico, así como su relevancia en la construcción de la subjetividad de hombres y mujeres.

Al interior de las teorías psicoanalíticas destaca el trabajo de Dio Bleichmar (1985, 1997) quien, desde su punto de vista, hizo un gran esfuerzo para refutar las posturas que apuntan que el concepto de género es exterior y no es pertinente para el campo psicoanalítico.

Meler explicita que tras la antinomia de natura versus nurtura, lo que se discute es la posibilidad del cambio social. Afirma que si se continúa sosteniendo un psicoanálisis endogenista e individualista, los márgenes para la transformación de los roles de género y de las prácticas sociales convalidadas se estrechan. En el psicoanálisis clásico se ha representado al inconciente como conformado por pulsiones, que no acceden a la representación por causa del conflicto entre instancias psíquicas. Estas hipótesis implican el supuesto de un inconciente que es endógeno, biológico y /o estructural-atemporal.

Propone comprender el inconciente tomando los aportes de las teorías psicoanalíticas que enfatizan las relaciones de objeto cargadas de afectividad, deseos amorosos y hostiles. Estas permiten pensar un inconciente relacional, cuyo contenido varía de acuerdo con los criterios históricos, o sea con los modelos de pensamiento de cada época.

Es necesario reconocer que el sujeto adviene a un mundo regulado por el sistema sexo-género (también de clase y de etnia). Esto implica que si bien los grandes principios organizadores del psiquismo son semejantes para todos, los proyectos identificatorios de los padres y las alternativas previamente instituidas favorecen que los destinos de las pulsiones presenten tendencias diferenciales por género.

Expresa que la relación entre los desarrollos psicoanalíticos y el campo interdisciplinario de los estudios de género ha sido conflictiva y creativa a la vez. Los escritos freudianos sobre la sexualidad femenina han revelado al análisis feminista, los sesgos androcéntricos y sexistas del edificio teórico del psicoanálisis. Freud logró una descripción de muchos procesos subjetivos, pero erró cuando trató de establecer los factores determinantes de éstos. Enfatiza que el mismo autor expresó que estos conceptos o modelos podrían ser modificados si la experiencia los pusiera en cuestión. En la actualidad, la realidad ha llevado a discutir, no los grandes modelos teóricos sobre los enfoques tópic, dinámico y económico, pero sí las conjeturas freudianas acerca de las mujeres.

Asevera que la revisión de los sesgos sobre la femineidad implicará la modificación de algunos supuestos básicos del marco teórico psicoanalítico.

Meler realiza un análisis crítico de algunos conceptos freudianos como la envidia fálica, la atribución de pasividad a las mujeres, el masoquismo femenino, el narcisismo femenino y el superyó de las mujeres.

Respecto a la envidia fálica, considera que se trató de una percepción construida sobre la base de prejuicios ancestrales, vinculados con la devaluación de la femineidad y la idealización de la condición masculina. El prestigio imaginario y simbólico asignado a la masculinidad ha ocultado la envidia masculina hacia la maternidad.

Critica el hecho que Freud haya explicado las tendencias pasivas en las mujeres, haciendo referencia exclusivamente a la anatomía genital femenina, sin relacionar las características subjetivas de las mujeres de su época con los mandatos culturales vigentes. Estas eran pasivizadas por un contexto social que les negaba la adultez, promoviendo su pasaje de la tutela del padre a la del marido.

La autora no comparte la vinculación que el padre del psicoanálisis realizó entre la meta sexual femenina, caracterizada como pasiva, con la obtención del placer en el dolor, generando la categoría de masoquismo femenino. Valora el concepto psicoanalítico de masoquismo erótico, porque permite captar el aspecto pulsional de las relaciones de dominio y maltrato. Propone utilizar el término erogeneidad de subordinación, para hacer referencia al hecho que los sujetos inmersos en situaciones penosas, potencialmente traumáticas, recurren como forma de ligar la cantidad de estímulo que los desborda, a la coexcitación erótica. Este es extensible a los niños varones, los ancianos u otros sujetos expuestos a abusos o torturas.

Manifiesta que un enfoque teórico que enfatiza unilateralmente la pulsión, parte de la concepción de un ser humano aislado, narcisista, que busca al semejante como proveedor de satisfacciones eróticas, de las que disfruta sin percepción ni consideración hacia la alteridad.

Menciona a Daniel Stern (1992) quien hipotetiza la existencia de un interés social inicial en el niño. La concepción intersubjetiva parte de la suposición que el individuo crece en las relaciones con otros sujetos y a través de ellas. Plantea un modelo teórico que estudie, en lugar de la relación de un sujeto con su objeto, la relación de un sujeto con otro sujeto.

Meler comparte con Stoller (1968), Greenson (1968, 1995), Chodorow (1984) y Dio Bleichmar (1985) sus tesis sobre el proceso de diferenciación reactiva del varoncito respecto de su madre. Mediante este proceso la empatía se dificulta y el dominio masculino se ve facilitado. Existe en el niño una tendencia a objetivar a la madre y luego a las mujeres. La empatía supone ponerse en el lugar del otro y eso es lo que los varones buscan evitar, por temor a perder su identidad.

En la actualidad existen modelos alternativos para explicar el masoquismo femenino que naturalizó la tendencia femenina al sometimiento y la búsqueda del dolor a través del autosacrificio. Esta tendencia subjetiva puede ser comprendida hoy, como el correlato de los arreglos culturales que establecen la dominación masculina y sus modos peculiares de inscribirse en el psiquismo.

En relación a la tesis freudiana que el género femenino es más narcisista, sostiene que el autor confundió la inhibición erótica, producto de la doble moral sexual con la autosuficiencia y la indiferencia amorosa de la mujer.

Postula que en todo sentimiento amoroso se encuentra una dosis de amor al otro y al propio ser; estos componentes no se reparten de modo diferencial a través de la línea marcada por la diferencia entre los sexos.

Las teorías freudianas ubicaron a las mujeres del lado de la psicosis, la perversión, la enfermedad y la hipocondría. Le asignó a los varones la capacidad de amar a los demás, el altruismo, la donación, la salud mental y la generación de la cultura. Estos constructos teóricos son la expresión de un imaginario social de dominación masculina, del cual las teorías psicoanalíticas quedaron prisioneras, por la dificultad para hacer conciente ese inconciente cultural.

Freud planteó que la diferencia sexual anatómica determinaba una constitución diferencial de la formación del superyó para varones y mujeres. La autora expresa que ningún ideal es tan absorbente y tiránico, como el de la maternidad, basado en el imperativo altruista de la anulación del sí mismo en aras de la construcción de la subjetividad del hijo. Se advierte que la severidad de la conciencia moral femenina es mucho mayor que la del hombre.

El psicoanálisis ha establecido un nexo entre la ética y la creatividad. El modelo propuesto por Freud para explicarla es exclusivamente energético. Rescata la perspectiva kleiniana respecto a la sublimación, en la que ésta se vincula con la relación de objeto.

Para Meler el amor al sí mismo y al otro no se contraponen, sino que convergen en el acto creativo.

Glocher Fiorini en “La diferencia sexual en debate. Cuerpos, deseos y ficciones” (2015), expresa que en el siglo XXI se han producido importantes cambios en los códigos simbólicos que ordenan los lazos sociales. Las modificaciones en la configuración del modelo de familia nuclear, del deseo y las identidades, generan cuestionamientos sobre las concepciones de lo masculino y lo femenino, que interpelan la noción de diferencia sexual.

Las teorías sobre la diferencia sexual atraviesan el psicoanálisis, están incluidas en el complejo de Edipo, el de castración y en la resolución ideal de éste, en términos de identificaciones y elección de objeto sexual.

La autora supone necesario analizar las teorías y metateorías sobre la diferencia sexual y el par masculino/femenino en el campo psicoanalítico. Es fundamental repensar no sólo las explícitas sino también las implícitas, que se manifiestan en narrativas y creencias que infiltran los discursos vigentes y el lenguaje.

Esta revisión requiere a su vez de un abordaje epistemológico e interdisciplinario, ya que es necesario repensar las lógicas que se expresan en las herramientas de las que se dispone para analizar los discursos sobre la diferencia sexual. Propone la deconstrucción de supuestos básicos, percibidos como inmutables para lograr nuevas construcciones al respecto. Para ello, es necesario incluir en el debate las ideologías, los prejuicios y las mitologías, que forman parte del discurso y el lenguaje y se plasman en normativas sociales.

Afirma que hay que apartarse de las respuestas prefijadas, de los sistemas cerrados, de las teorías esencialistas, en pos de un acercamiento a la clínica y a las realidades contemporáneas, a través de una escucha que se abra a interrogantes.

Propone que deconstruir el concepto de diferencia sexual implica abordar distintas perspectivas sobre la diferencia, analizar las aporías masculino-femenino, revisar otras opciones para poder repensar el deseo de hijo y las consecuencias que tienen para hombres y mujeres las distintas conceptualizaciones sobre la diferencia sexual, cualquiera sea su orientación sexual e identidad de género.

Glocher Fiorini puntualiza que el enunciado soy hombre o soy mujer es diferente a deseo a un hombre o una mujer. Realizar esta distinción implica cuestionar consensos dentro del psicoanálisis respecto a las teorizaciones sobre la diferencia sexual, el complejo de Edipo, la envidia del pene en la mujer, el complejo de castración, que atañen a la concepción que se tiene en esta disciplina sobre lo masculino y lo femenino. Otros conceptos derivados de éstos son la maternidad, la paternidad y el deseo de hijo. También están implicadas la violencia sexual y las relaciones de poder entre los géneros.

Este análisis implica revisar la resolución de los procesos de subjetivación sexuada, los itinerarios del deseo y su relación conflictiva con los ideales y legalidades vigentes.

El concepto de diferencia sexual en psicoanálisis tiene un tope al estar sustentado en una lógica binaria estricta (fálico-castrado, presencia-ausencia), homologados a masculino-femenino.

La autora propone pensar esta categoría con otras lógicas que permitan descentrarlas e incluir esa lógica dualista en complejidades mayores. Por ello, enmarca su trabajo en el paradigma de la complejidad, desarrollado por Prigogine (1988) y Morin (1990). Señala que el objetivo no es sólo identificar los toques teóricos sino crear otras lógicas para pensar la diferencia.

Glocher Fiorini postula el modelo triádico para pensar la diferencia, con el cual se avanza en la perspectiva de una concepción ampliada de la diferencia, con distintos planos y niveles de significación, entre los cuales la diferencia sexual es uno de ellos. En este sentido, considera que el acceso a la diferencia y a las diferencias implica un reconocimiento de la otredad, del otro y los otros, y ésta es una condición para la inserción en la trama simbólica de lazos sociales. Asimismo, conlleva una concepción del deseo como producción deseante y no sólo como sustitución de una carencia fundamental atribuida a la mujer. Manifiesta que la función simbólica que se ha denominado función paterna debería llamarse función tercera para evitar las connotaciones patriarcales.

La autora conjetura que el complejo de Edipo debe ser comprendido como ampliado, es decir que excede la tríada familiar: De esta forma, se podrán incluir los sutiles mecanismos performativos que hacen a la inscripción de la diferencia y se mostrará con mayor fuerza el complejo de Edipo completo, como un aporte que proporciona otras variantes, más complejas de resolución de éste. Analizar de esta manera la conflictiva

edípica conlleva revisar la noción del complejo de castración y la envidia del pene en la niña, como única teoría explicativa sobre la construcción de la subjetividad en la mujer.

Capítulo 4. DISEÑO METODOLÓGICO

4.1 .Tipo de estudio

Dadas las características epistemológicas del objeto de estudio que están presentes en la descripción del problema, este trabajo se constituye en una investigación interpretativa y descriptiva, configurando un estudio teórico de tipo documental, bibliográfico y cualitativo.

En relación con ello, cabe señalar que numerosos autores contemporáneos como Bachelard (1979) y Althusser (1967, 1968) entre otros, representantes destacados de la tradición filosófica francesa, elaboran valiosas reflexiones epistemológicas de la metodología de la investigación propia de un trabajo teórico.

Bachelard describe la noción de problemática para referirse a la construcción conjunta, a partir de un interrogante explícito, de conceptos, lenguajes, teorías y técnicas. El proceso transcurre desde ubicar el sentido del problema, el interrogante, hasta la construcción de la problemática.

Althusser, por su parte, plantea que la práctica teórica es un proceso de producción que partiendo de una materia prima dada (teorías y conceptos anteriores) y mediante un trabajo humano apoyado en herramientas conceptuales arriba a la elaboración de un producto, que podría configurar una nueva respuesta teórica a cierto tema. Este autor retoma de Bachelard los tres momentos de construcción de un problema: el posicionamiento en determinadas coordenadas teóricas, el examen y la solución.

4.2.Unidades de Análisis

Las unidades de análisis son las obras de Freud y Klein, especialmente aquellas que se refieren a las temáticas en estudio, tanto explícita como implícitamente, como así también ciertos textos de autores/as estudiosos/as de sus obras.

De igual modo, constituirán unidades de análisis los textos de aquellas autoras/res psicoanalíticas/os contemporáneas/os que realizan una articulación en su obra con la perspectiva de género, Burin, Benjamin, Chodorow, Dio Bleichmar, Fernández, Glocer Fiorini, Irigaray, Lagarde, Meler, Rubí Cid, Tajer, entre otras/os.

4.3.Técnica de recolección

La técnica de recolección es documental, dado que las unidades de análisis son los textos de Freud, Klein y de los/as autores/as psicoanalíticos/as que incluyen la perspectiva de género.

4.4.Análisis de los datos

El análisis de los datos es de tipo documental, dado que se trata de una investigación cualitativa, interpretativa y bibliográfica.

Capítulo 5. ANALISIS CRÍTICO DE LOS POSTULADOS DE SIGMUND FREUD SOBRE LA PROBLEMÁTICA

En 1905 Freud publica el artículo “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, en el cual relata un historial clínico y las conclusiones a las que arriba a partir de su labor.

Manifiesta que a lo largo del análisis con la paciente llamó por sus verdaderos nombres a los órganos genitales masculinos y femeninos e hizo mención de distintas funciones y relaciones sexuales. Señala que no se atemorizó al tratar estos temas, ni al utilizar este lenguaje con ella. Explica y fundamenta porqué procedió de esta forma que considera correcta y en nada ofensiva. Sin embargo, no realiza ninguna crítica a las costumbres que prohibían que las damas tuvieran información sobre temas relativos a la sexualidad. Se advierte la profunda influencia de la cultura patriarcal no sólo en las teorías que formuló sobre la femineidad, sino también en su trabajo como analista.

Considera que en los historiales clínicos debe prestarse atención a las condiciones humanas y sociales de los enfermos, como así también a los datos somáticos y a los síntomas patológicos que éstos presentan. En este punto parece incluir en la determinación para la contracción de la enfermedad, no sólo los aspectos individuales, sino también la cultura en que cada uno se encuentra inmerso, haciendo referencia a las circunstancias sociales en que la persona se desarrolla. A pesar de ello, a lo largo del análisis, éstas no parecen haber influido en la interpretación que realizó de los síntomas que Dora presentaba. Las condiciones sociales son acotadas a los vínculos que la paciente tenía con distintas personas, sin que se haga mención al arquetipo de mujer establecido y a las dificultades de la joven para adecuarse a él, a causa de lo que ello implicaba.

Meler (2013) afirma que a partir del modelo freudiano del psiquismo se representó al inconsciente como conformado por pulsiones que no acceden a la representación, por causa del conflicto entre instancias psíquicas. Se trataría de un inconsciente endógeno, biológico y atemporal. Estas hipótesis teóricas permitirían explicar la ausencia de una lectura crítica por parte de Freud, respecto de las cualidades y preceptos establecidos para el género femenino en su época.

La familia de Dora, de 18 años, estaba compuesta por sus padres y un hermano, un año y medio mayor que ella. Freud considera que en el círculo familiar la persona dominante era el padre. Las cualidades que menciona de cada uno de los progenitores de la joven, ponen en evidencia la existencia de modelos masculinos y femeninos que poseían profundas diferencias entre sí. Burin (1996) señala que a partir de la revolución industrial puede reconocerse una división de dos ámbitos de producción y de representación social: el doméstico y el extradoméstico. Esta diferenciación conlleva la distinción entre dos áreas de poder, el racional y el económico para los varones y el poder de los afectos para las mujeres. Afirma que esta distribución ha tenido efectos sobre la salud mental de las mujeres y de los varones. Para ellas la concentración en el poder de los afectos les representó un recurso y espacio de poder específico, mediante la regulación y control de las emociones que circulaban dentro de la familia. Este ejercicio también les significó, modos específicos de enfermar y expresar su malestar.

Freud describe al padre de Dora como una persona inteligente, que poseía una vivacidad y dotes nada comunes; un gran industrial, con una situación material muy

holgada. Menciona que la hija estaba apegada a él con particular ternura. Respecto a la mamá de la paciente, el autor expresa que si bien no la conoció personalmente, a través del relato de su marido e hija infería que se trataba de una mujer de escasa cultura y poco inteligente. Debido a la enfermedad de su marido y el consecuente distanciamiento íntimo entre ambos, ésta había concentrado todos sus intereses en la economía doméstica. Era incapaz de comprender los intereses de sus hijos, ocupaba todo el día en limpiar y en mantener impecable la vivienda, los muebles y los utensilios; a extremos que casi imposibilitaban su uso y goce. Todas estas características sustentaban la hipótesis del autor de que la mamá de Dora padecía de “psicosis de la ama de casa” (Freud, 1905, p. 19). Desde su perspectiva, era común encontrar indicios de este estado mental en las amas de casa normales.

Se advierte que al género masculino se le atribuían características tales como: inteligencia, capacidad para desempeñarse satisfactoria y exitosamente en el ámbito de los negocios y en la sociedad. La mujer está calificada como una persona de escasa inteligencia, incapaz de poseer un bagaje cultural rico y limitada a desempeñarse dentro del ámbito doméstico, cuyas actividades principales eran la crianza de los hijos y las labores hogareñas.

La femineidad está vinculada en el discurso del autor, a síntomas y patologías que por su frecuencia y generalización eran consideradas normales o características del género. Cabe señalar, que la tía paterna de la paciente que aparece mencionada como un modelo importante para ella, también se encontraba afectada por una forma grave de psiconeurosis, sin los síntomas característicos de la histeria.

Freud relata que la relación entre madre e hija era desde hacía unos años poco amistosa. La hija no hacía caso a su madre, la criticaba duramente y se había sustraído por completo a su influencia. Las dificultades de Dora y su madre para vincularse, son interpretadas por el autor en relación con el amor de ella por su padre y por la rivalidad que sentía con ésta, es decir en términos del complejo de Edipo.

Desde el punto de vista de Dio Bleichmar (2010) analizar la relación entre madre e hija sólo teniendo en cuenta la representación materna como figura de apego preedípica o rival edípico, resulta escaso. La autora sostiene que se debe incluir en el análisis a la madre como representante del mismo género y como modelo de femineidad. A partir de estas teorizaciones podría conjeturarse que, en el caso de Dora, sus dificultades para vincularse afectivamente con su mamá residían en su negativa e imposibilidad de aceptar el modelo de mujer que ésta le ofrecía como representante del género femenino, más que a la rivalidad edípica experimentada hacia ella.

En los últimos años las relaciones entre los hermanos se habían vuelto más distantes. Dora le reprochaba a su hermano que se sustrajera de las disputas familiares y que cuando se veía obligado a tomar partido, lo hiciera siempre del lado de la madre. Freud considera que esta tendencia de cada uno de los hijos a apoyar al padre del sexo opuesto era consecuencia de la atracción sexual que aproximaba a padre e hija, por un lado, y a madre e hijo, por el otro.

La paciente destacó en su relato que su hermano contraía primero las enfermedades en grado leve y luego enfermaba ella, con manifestaciones más serias. Cabe señalar que ella misma indicó que él había sido, por muchos años, el modelo al cual ambicionaba parecerse. El autor conjetura que, en su afán de asemejarse a éste, en tanto hombre contraía sus mismas enfermedades con mayor intensidad. Vincula este deseo de ser como su hermano al complejo de masculinidad de Dora, motivado por la envidia fálica, conceptos que postulará en sus textos posteriores.

Desde la perspectiva de Dio Bleichmar (1998), este deseo de ser como su hermano podría comprenderse como el anhelo de poder poseer las cualidades y acceder a las posibilidades que le eran reservadas al género masculino. La autora sostiene que existe en las mujeres un deseo legítimo de expansión del self femenino y una deseable diferenciación de las formas de femineidad tradicionalmente menospreciadas.

La joven comenta que hasta que contrajo su primera enfermedad, ella y su hermano tenían un desarrollo similar, pero que desde entonces se retrasó respecto de él en el aprendizaje. El autor afirma que es como si hasta ese momento hubiera sido un varón y sólo a partir de allí se hubiera convertido en una niña. La contracción de esta enfermedad marcó en ella la frontera entre dos fases de la vida sexual. La primera tuvo carácter masculino y la segunda femenina. Esta diferenciación que Freud realiza entre dos etapas de la sexualidad femenina, de las cuales sólo la segunda corresponde realmente a la femineidad, será sostenida por el autor a lo largo de su obra. Esta concepción que implica que todas las mujeres han transitado por una fase masculina en el desarrollo de su sexualidad, ha sido objeto de numerosas críticas por parte de los/as autores/as que trabajan incluyendo en sus lecturas la perspectiva de género.

Freud describe una floreciente muchacha, de rostro inteligente y agradable, pero que causaba a sus padres serios cuidados. Los signos principales de su enfermedad eran una desazón y una alteración del carácter. Dora no estaba satisfecha consigo misma ni con los suyos, enfrentaba hostilmente a su padre y no se entendía con su madre, que a toda costa quería atraerla a las tareas domésticas. Buscaba evitar el trato social, pero cuando le era posible acudía a conferencias para damas y cultivaba estudios más serios. A partir de la caracterización realizada por el autor, se conjetura que este trastorno del carácter que aparece como síntoma, se relacionaba con la negativa de la muchacha de aceptar y tomar como modelo a las mujeres de su época, limitando sus intereses y actividades a las preestablecidas como adecuadas para el género femenino.

Para Freud, la inconformidad de Dora consigo misma, el distanciamiento de su madre y el habitual enfrentamiento con su padre eran signos de un trastorno que le impedía adecuarse a su condición de mujer. Es significativo que incluso a pesar de resaltar la inteligencia de ella, no haya podido vincular su negativa a aceptar el modelo de femineidad impuesto por la sociedad, con las limitaciones que éste presentaba, justamente para una muchacha con otros intereses.

Dio Bleichmar (1985) considera que la dificultad que poseen las mujeres para adecuarse a lo propuesto para su género es el resultado de un conflicto narcisista. Este

surge desde el momento en que la niña en desarrollo comienza a percibir una imagen devaluada de su sexo, así como de las múltiples desigualdades entre los varones y las mujeres. Sostiene que las niñas son expuestas a un continuo, permanente y poderoso proceso social de depreciación de su género. Señala que para que la femineidad sea deseada debe consistir en algo idealizado. Desde esta perspectiva, lo que le ocurría a Dora puede comprenderse como una dificultad para desear ser la mujer que se esperaba en esa época.

El padre de la muchacha le había relatado a Freud que él y su familia habían trabado íntima amistad con un matrimonio que denomina K., que vivía en esa ciudad. El señor K. siempre se había mostrado muy amable hacia Dora. Se les permitía salir de paseo juntos, éste le hacía pequeños obsequios, sin que nadie considerara reprochables estas actitudes. A su vez, ella atendía a los dos hijos pequeños del matrimonio de manera solícita. Cabe destacar, que la relación que existía entre ambos era, según las normas de esa época, más propia de un hombre que cortejaba y pretendía a la joven, que de amistad.

Dora le relató a su madre, para que ésta se lo transmitiese al padre, que durante un viaje, el señor K. se había atrevido a hacerle una propuesta amorosa. Cuando su padre y su tío supieron lo sucedido, pidieron explicaciones de su proceder al señor K. Este desconoció toda acción de su parte que pudiera haber dado lugar a esa interpretación y empezó a arrojar sospechas sobre la muchacha. Señaló como argumento a su favor, que él sabía por la señora K., que Dora sólo mostraba interés por asuntos sexuales e incluso en su casa había leído la *Fisiología del amor* de Mantegazza y otros libros de ese estilo. Les sugirió al padre y al tío de la joven, que ésta probablemente encendida por tales lecturas, se había imaginado toda la escena que contaba.

La utilización del conocimiento de Dora sobre sexualidad para desacreditar la palabra de ésta, evidencia que la información sobre temas sexuales estaba vedado a las mujeres, en especial a las más jóvenes. El hecho de poseerlo parecía ser razón suficiente para dudar de la moral y la credibilidad de la muchacha.

Freud en diversos fragmentos del caso hace mención a la información que la joven poseía. Se interroga respecto de cuál sería su fuente, teniendo en cuenta que no era lo habitual que una muchacha de su edad conociera ciertos temas, pero en ningún momento realiza una crítica respecto a la prohibición cultural que negaba a las mujeres la posibilidad de recibir esta información. Cabe señalar que sí estaba permitido y era alentado que los varones tuvieran distintas experiencias sexuales y mostraran interés por el tema. Meler (2012) plantea que la sexualidad en el hombre está promovida, mientras que en la mujer se espera que sea reprimida.

Al respecto, Dio Bleichmar (1985) sostiene que la sexualidad es un aspecto narcisista que en la mujer no se encuentra narcisizado, valorado, debido a que ceder a estos deseos la devalúa como mujer.

El padre de Dora, estaba seguro de que lo ocurrido con el señor K., era la razón de su irritabilidad y de sus ideas suicidas. Sin embargo, a pesar del pedido de su hija, él no estaba dispuesto a terminar con el vínculo que lo unía a la señora K. Se consideraba a

sí mismo y a esta señora como dos pobres seres que se consolaban mutuamente. Expresó que encontraba en ella el apoyo que no le ofrecía su propia mujer. Es significativo que en su discurso, su propia mujer y las fallas de ésta como tal sean la justificación de su infidelidad.

Burin (1996) manifiesta que las mujeres para desempeñar satisfactoriamente los roles prescritos para su género debían ser esposas dóciles, comprensivas y generosas, tenían que poder contener sus emociones y estar dispuestas a servir. Es posible que la mamá de Dora, subjetivada de un modo acorde a este modelo femenino, compartiera con su esposo la creencia que sus dificultades para cumplir su rol de esposa como estaba establecido, justificaba que su marido mantuviera otras relaciones.

El padre de Dora le realizó a Freud explícitamente el pedido que procurara poner en buen camino a ésta, aludiendo a que la indujera a no interferir en su relación con la señora K. El vínculo que mantenía con ella era de carácter sexual y aparece en su discurso justificada, por la dificultad de su esposa para acompañarlo como él consideraba que debía hacerlo. La doble moral de la época le permitía a los hombres, insatisfechos en sus matrimonios, obtener placer mediante otras relaciones sin recibir por ello sanción alguna.

Freud afirma que el trauma psíquico a raíz del cual habían surgido los síntomas de Dora, al menos los más recientes, era la vivencia de ella con el señor K., es decir el requerimiento amoroso de éste y la consecuente afrenta.

Una vez comenzado el análisis, la paciente le relató otra situación que vivió también con el señor K. cuando ella tenía 14 años, en la que la besó en la boca. El autor sostiene que la reacción de asco de Dora ante este hecho era una conducta histérica. Explicita que él denomina histérica a toda persona sea o no capaz de producir síntomas somáticos, que ante una excitación sexual experimenta predominante o exclusivamente sentimientos de displacer.

Señala que cuando Dora estaba de mal humor, afirmaba que había sido entregada al señor K., como precio por la tolerancia que éste mostraba hacia las relaciones entre su padre y la señora K. Detrás de su ternura hacia el padre se vislumbraba la furia que le provocaba a la paciente semejante uso. Desde la perspectiva de Dio Bleichmar (1985) el reclamo que Dora le hacía a su padre, era que éste la incitara a olvidarse de su castidad, ignorando su papel de garante de la honorabilidad de su hija adolescente, en pos de su propio beneficio.

El autor señala que era difícil comprender porqué si Dora estaba enamorada del señor K., lo rechazó. Es decir, cómo esta muchacha enamorada, vio un ultraje en el cortejo amoroso, que no fue torpe. Cuando Dora comprendió los propósitos del señor K., no lo dejó explicarse, le dio una bofetada y escapó. Su conducta tiene que haberle parecido al hombre incomprensible, ya que no podía menos que haber inferido desde mucho antes, por numerosos indicios que tenía asegurada la predilección de ella.

La negativa de Dora a aceptar la propuesta del señor K. parece resultar incomprensible, debido a que según los parámetros culturales, la mujer debía sentirse halagada y agradecida de que un hombre la requiriera como objeto de su deseo sexual.

Esto revela el lugar que ocupaba la mujer en la sociedad, necesitaba de un hombre que le reasegurara su condición femenina.

Meler (2012) postula que las mujeres debían constituirse como objeto, pero no como sujeto de deseo. Considera que la limitación ancestral de la autonomía de las mujeres ha cultivado la tendencia a reafirmar el propio valor a través del deseo de amor que despiertan en los hombres. El formar una pareja es el proyecto de toda mujer, el no lograrlo produciría un colapso de la autoestima. Cabe señalar que este modelo del género femenino era el imperante en la cultura patriarcal, lo cual permite comprender que se haya interpretado como un síntoma, producto de un conflicto con su sexualidad, el que Dora no accediera a la petición de este hombre.

Freud entiende que esta negativa a aceptar las propuestas del señor K. y su reacción ante ella, se debía a la imposibilidad de Dora de aceptar sus deseos sexuales, los cuales eran opuestos a los preceptos morales. A causa de este conflicto ella contrajo una histeria de conversión.

Dio Bleichmar (1985) sostiene que la joven se negó a asumirse como objeto de deseo para el hombre, debido a un conflicto narcisista. Dora encontraba la satisfacción narcisista no en ser elegida por un hombre, sino impidiendo que el deseo del otro se realice.

Ella manifestaba que no podía pensar en otra cosa que en la relación de su papá con la señora K. Incluso expresaba que en cierta forma le hubiese gustado poder actuar como su hermano, quien sostenía que los hijos no tenían derecho a criticar esos actos del padre. Alegaba que quizá debían alegrarse que contara con una mujer que lo comprendiera a diferencia de su mamá. Se advierte que su hermano compartía lo establecido por la doble moral existente, el hombre insatisfecho tenía derecho a buscar en relaciones extramatrimoniales lo que no encontraba con su esposa. Sin embargo, ella no podía perdonárselo. Freud afirma que su conducta rebasaba la esfera que corresponde a una hija, más bien sentía y comportaba como una mujer celosa, tal como se lo podría haber esperado de la madre. Dora se identificaba con las dos mujeres amadas por el padre: con la que amaba ahora y con la que habría amado antes.

A partir de lo analizado, el autor arriba a la conclusión que se sentía inclinada hacia su padre en mayor medida de lo que sabía o querría admitir, ya que estaba enamorada de él. Al respecto plantea que tales vínculos amorosos inconcientes entre padre e hija, y entre madre e hijo, de los cuales había tomado conocimiento por sus consecuencias anormales, son en realidad la reanimación de unos gérmenes de sentimiento infantil. Postula que esta temprana inclinación de la hija por el padre y del hijo por la madre, es más intensa en los niños constitucionalmente destinados a la neurosis, de maduración precoz y hambrientos de amor. Freud hace referencia al complejo de Edipo positivo en cada uno de los sexos, enunciando conceptos que desarrollará más extensamente en artículos posteriores. Cabe señalar, que el complejo de Edipo es para el autor central en la constitución del psiquismo y para la subjetivación

como hombre o mujer, que cada uno construirá a partir de cómo transite a través de este complejo.

En el caso de Dora, su disposición la hacía sentirse atraída por el padre y las numerosas enfermedades que éste contrajo, acrecentaron su ternura hacia él.

Freud advierte que tras el itinerario de pensamientos hipervalentes que la hacían ocuparse de la relación de su padre con la señora K., se escondía una moción de celos cuyo objeto era esa mujer. Es decir, una moción que sólo podía basarse en una inclinación hacia el mismo sexo. Postula que a menudo en el varón y en la niña se detectan durante la pubertad, aún en casos normales, claros indicios de la existencia de una inclinación hacia el mismo sexo. La amistad apasionada con una compañera de escuela, signada por juramentos, besos, la promesa de eterna reciprocidad y todas las susceptibilidades de los celos, suele ser la precursora del primer enamoramiento intenso de la muchacha por un hombre. En circunstancias favorables, la corriente homosexual se abandona, pero cuando no se obtiene la dicha en el amor por el hombre, es despertada de nuevo por la libido en años posteriores y acrecentada con diversos grados de intensidad. Freud plantea que si en las personas sanas se la puede comprobar sin esfuerzo, las observaciones anteriores que hizo acerca de los gérmenes normales de perversión, más acusados en los neuróticos, hacen esperar también una fuerte disposición homosexual en la constitución de estos últimos. En mujeres y muchachas histéricas cuya libido dirigida al hombre ha experimentado una sofocación energética, por regla general se haya reforzada vicariamente, y aún conciente en parte, la libido dirigida a la mujer.

Dora había mantenido con la joven señora K. siendo ella una adolescente, una relación de gran confianza. La paciente hablaba de ella con un tono que era más el de una enamorada que el de una rival vencida.

Freud consideraba que había cometido un error durante el tratamiento, al omitir que la moción de amor homosexual hacia la señora K. era la más fuerte de las corrientes inconcientes de la vida anímica de Dora. Habría debido conjeturar que ninguna otra persona más que la señora K., podía ser la fuente principal del conocimiento que ella tenía sobre los temas sexuales. Era la señora K. quien la había traicionado y denigrado, sólo con ella había hablado sobre Mantegazza y sobre temas prohibidos. Esta no la había amado por su propia persona, sino por la del padre.

Dio Bleichmar (1985) sostiene respecto a las hipótesis de Freud sobre el amor de Dora por la señora K., que efectivamente, ésta estaba más interesada en la mujer que en el hombre, pero no como objeto de su deseo sexual, sino en su femineidad. La autora sostiene que Dora se dirigía hacia esta mujer en la búsqueda de un ideal del yo femenino, completamente distinto al que le ofrecía su madre. Esta aparecía en su discurso como una mujer de pocas luces, cuyo padre descalificaba totalmente y para quien no significaba nada, que sólo podía reinar sobre los objetos del mundo doméstico. La señora K. parecía más indicada para ser y representar el modelo de femineidad admirada, elegida por su padre y lectora de temas sexuales; constituía un prototipo más valorizado.

Freud relata dos sueños que Dora aportó en el transcurso del tratamiento. En el análisis que realiza de ambos, están presentes de forma predominante referencias a los deseos sexuales reprimidos y fantasías inconcientes.

A través de la interpretación del primero de los sueños, conjetura que Dora estaba dispuesta a obsequiarle al señor K.; lo que su mujer le rehusaba. El sueño corrobora su hipótesis de que la joven reactivó el amor por su papá, a fin de protegerse de su amor por K. El contenido del sueño revelaba que Dora no sólo había sentido temor ante el señor K., su mayor temor era a sí misma, a ceder a su tentación.

Freud señala que el sueño mediante cuyo análisis obtuvo las anteriores informaciones corresponde a un designio que Dora retomó durmiendo. Según este designio, la joven debía alejarse de esa casa en la cual su virginidad corría peligro. Tras estos pensamientos de vigilia se ocultaba la tentación de entregarse al hombre en agradecimiento por el amor y la ternura que él le había demostrado en los últimos años. La niña resuelve huir con su padre. Huye a refugiarse en esta figura por la angustia que experimenta frente al hombre que la asedia. Convoca una inclinación infantil hacia el padre, destinada a protegerla de su inclinación reciente hacia el extraño.

Freud considera que en Dora luchaban entre sí la tentación de ceder al hombre que la cortejaba y la renuencia a hacerlo. Esta última está compuesta por motivos de decoro y prudencia, por mociones hostiles como resultado de los celos, el orgullo herido y por un elemento neurótico; la repugnancia sexual a que estaba predispuesta y que tenía raíces en su historia infantil. El autor concluye que la incapacidad para cumplir la demanda real de amor es uno de los rasgos de carácter más esenciales de la neurosis. Los enfermos están dominados por la oposición entre la realidad y la fantasía. Aquello que anhelan con máxima intensidad en sus fantasías es justamente de lo que huyen cuando la realidad se los presenta y se abandonan a sus fantasías con mayor gusto cuando ya no es de temer que se realicen. Esto es lo que había sucedido con Dora.

Por su parte, Dio Bleichmar (1985) propone comprender sus síntomas como muestras de conflictos narcisistas. Afirma que las razones de respetabilidad y cordura permiten pensar que lo que se opone como repulsa como asco, es decir lo que le provoca indignación a Dora, no es solamente la transformación de un impulso sexual en su contrario, sino que el asco es una conversión de un sentimiento de humillación narcisista. El narcisismo herido no deja que el deseo sexual se organice, porque a pesar de todo Dora vislumbra que el valor máximo de la femineidad se vincula con el sexo.

A lo largo del análisis se advierte la importancia atribuida a la virginidad de las jóvenes, la cual debía ser resguardada por ellas y también por sus padres. Es decir, una dama que se preciara como tal, debía ser capaz de contener sus deseos sexuales. Sin embargo, también tenía que ser capaz de despertar ese deseo en los hombres. Para Dio Bleichmar (1985) es la incompatibilidad entre ambas prescripciones, lo que dificulta severamente la relación del género femenino con su sexualidad.

Las hipótesis freudianas que se plasman en el análisis del caso relatado, develan la importancia que el autor le atribuía a la sexualidad y a las mociones que se oponían a

la satisfacción de éstos en la generación de los conflictos psíquicos, que derivaban en la contracción de las neurosis, específicamente en la histeria en las mujeres.

Dio Bleichmar (1985) desde su lectura, aporta otro punto de vista para comprender la sintomatología y el desarrollo de la histeria en esta joven. Considera que la reacción de Dora se debía a su negativa a ser sólo un objeto al servicio del narcisismo de los personajes del drama. Objeto de transacción para el padre, vendida al señor K. a cambio del silencio de aquél sobre sus relaciones con la señora K., objeto del capricho sexual para el señor K., objeto encubridor para la señora K., ya que cultivando la amistad con Dora se le facilitaba el acercamiento al padre. Los sentimientos que predominaban en ella eran la indignación, la rabia narcisista y la humillación. La autora sostiene que Dora no aceptaba el menosprecio al género. No quería ser reducida a la mujer-mucama que mantiene limpia la casa, ni tampoco a la que accede al erotismo libre de ataduras superyoicas, pero no sólo por la moral victoriana, sino por un hondo conflicto narcisista, en que el sexo se constituye en signo de degradación para la mujer. Los hechos le mostraban a Dora que para la época, la sexualidad en la mujer no era un atributo que la engrandeciera y la valorizara, no era virtud. Aquello que ella llamó la traición de la señora K., consistía en la propia traición que la mujer se hace a sí misma, al no reconocerse el derecho a la actividad sexual, identificada con los paradigmas y sistemas de representaciones del hombre de nuestra cultura.

El artículo “Tres ensayos de teoría sexual” publicado por Freud en 1905 es considerado una de las más trascendentes y originales contribuciones del autor al conocimiento de lo humano. En este texto postula sus hipótesis sobre el desarrollo psicosexual en ambos géneros. En los distintos ensayos plantea divergencias respecto a cómo la niña y el niño transitan por éste, hasta la sexualidad genital.

Tubert (2010) enfatiza que Freud siempre sostuvo que la femineidad y la masculinidad son producto de un desarrollo y no categorías dadas desde un comienzo. Desde su punto de vista, el psicoanálisis no ofrece una concepción reduccionista de la mujer. Sostiene que las críticas a las teorías freudianas sobre la mujer, se deben a que se interpretaron las diferencias que existirían entre géneros, como sinónimos de superioridad e inferioridad.

El autor señala que en la cultura griega la homosexualidad no era considerada una perversión. Conjetura que lo que despertaba el amor de los hombres por los muchachos más jóvenes, no era su carácter masculino, sino su semejanza con las mujeres. Freud (1905) expresa: “su semejanza física a la mujer, así como sus propiedades anímicas femeninas: pusilanimidad, timidez, necesidad de enseñanza y de ayuda” (p. 131).

Se advierte en la descripción que realiza de la mujer, las características psíquicas que él consideraba propias del género femenino. Estas aparecen como inmutables en el tiempo, desde la Grecia antigua hasta el siglo XX. La femineidad estaría vinculada a la necesidad de tutela y protección.

Burin (1996) señala que la concepción a-histórica de las cualidades atribuidas a cada uno de los géneros, niega que a lo largo de la historia, se generaron transformaciones

sobre la definición de la femineidad, producto de cambios económicos y sociales por los que han atravesado las mujeres, postulando un eterno femenino.

En este artículo, Freud manifiesta que realizó un mejor estudio de la vida amorosa del hombre ya que sólo ésta era accesible a la investigación. Por el contrario la de la mujer “permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable” (1905, p. 137). Sostiene que el desconocimiento de la sexualidad del género femenino se debía en parte a la atrofia cultural de las mujeres, pero también a la reserva y a la insinceridad convencionales de éstas. A partir de sus expresiones puede inferirse que el autor reconocía la influencia de las costumbres y preceptos, respecto a cómo las mujeres de su época experimentaban su sexualidad y la posibilidad de hablar de ello. En “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” de 1908 también analiza la importancia de la cultura en la génesis de las enfermedades nerviosas. Señala que la educación que recibían las señoritas, las inducía a mantener en secreto sus experiencias sexuales e incluso a permanecer ellas mismas en un desconocimiento de su sexualidad.

En 1905 Freud considera que la mayoría de los varones exhiben en su sexualidad un componente de agresión que se expresa en la inclinación de éstos a someter al objeto. Le atribuye a esta característica de la sexualidad masculina un valor biológico, vinculándolo con la necesidad de vencer la resistencia del objeto. Conjetura que el sadismo sería un componente de la sexualidad, que se vuelve autónomo, exagerado y se eleva por desplazamiento al papel principal.

En este párrafo el autor relaciona la masculinidad con el uso de la fuerza, lo cual posee desde su punto de vista un fundamento biológico. De esta manera quedaría naturalizada la agresión, al menos un porcentaje, por parte del género masculino.

Meler (2012) señala que culturalmente la hostilidad es considerada como expresión de firmeza y resulta sintónica con el modelo aceptado de masculinidad.

Freud sostiene que el niño, a quien caracteriza como un “perverso polimorfo” (1905, p.173) se comporta igual que la mujer ordinaria y no cultivada. Esa misma disposición polimorfa es la que explotan las prostitutas y aquellas que poseen la aptitud para la prostitución, aunque no la ejerzan.

El autor considera que a partir de la pubertad, la sexualidad adquiere sus características definitivas. En este momento evolutivo se produce una separación entre el carácter masculino y femenino. Cada sexo tendrá funciones diferentes y el desarrollo sexual de cada uno presentará significativas divergencias. El proceso de maduración que experimenta el hombre es más invariable y también es el más accesible a la comprensión, a diferencia de la mujer que presentaría una involución en su sexualidad.

Rubí Cid (1998) señala que el autor enunció cuál es el propósito sexual puberal masculino, la descarga de su excitación sexual, pero no se pronunció sobre cuál sería el propósito femenino.

Tubert (2010) comparte el supuesto freudiano que es en la pubertad cuando se accede a la genitalidad; el momento en el cual se estructura el sujeto masculino o

femenino según los moldes preestablecidos. Destaca que desde el comienzo, el autor reconoció que masculinidad y femineidad no son propiedades del punto de partida del desarrollo del sujeto, sino puntos de llegada, términos ideales de ese desarrollo.

Freud sostiene que en la niñez pueden diferenciarse disposiciones masculinas y femeninas así como ciertas diferencias entre un género y otro respecto a cómo se desarrolla su sexualidad. Manifiesta que en la niña las inhibiciones de la sexualidad como la vergüenza, el asco y la compasión se instalan antes y con menores resistencias que en el varón. Postula que ellas presentan una mayor inclinación a la represión sexual y que las pulsiones parciales que se muestran, lo hacen de forma pasiva. Sin embargo, la activación autoerótica de las zonas erógenas es la misma en ambos sexos. Esta similitud entre niñas y niños suprime la posibilidad de alcanzar en la infancia una diferencia entre los sexos como la que se establece en la pubertad.

Para Tubert (2010), los deseos y también los rasgos psicológicos infantiles se significan como masculinos o femeninos a posteriori, lo que impide suponer una femineidad o una masculinidad ya constituidas, antes que el niño transite el complejo de Edipo.

Dio Bleichmar (1997) plantea diferencias con la postura de Freud. La autora postula que ya en la etapa preedípica se organiza un ideal del género, un prototipo al cual el yo toma como modelo. Sostiene que el género es un troquelado iniciático, una dimensión temprana de la identidad, a partir de la cual se estructura el deseo edípico, la organización de la sexualidad y la elección de objeto.

En este artículo de 1905, Freud considera que las manifestaciones autoeróticas y masturbatorias de la sexualidad de la niña tienen un carácter enteramente masculino.

Manifiesta que si fuera posible otorgarles un contenido preciso a los conceptos de masculino y femenino podría defenderse su afirmación que la libido es de naturaleza masculina, independientemente que se presente en el hombre o en la mujer y que su objeto sea masculino o femenino.

En una nota a pie de página, incluida en 1915, el autor señala que es necesario distinguir al menos tres acepciones en las que se utilizan los conceptos masculino y femenino. Estos conceptos pueden emplearse en sentido psicológico (actividad y pasividad), en sentido biológico y en sentido sociológico. Puntualiza que el que se utiliza en psicoanálisis es el primero de los tres. La libido se define como masculina, porque la pulsión es siempre activa, incluso cuando la meta es pasiva.

Para Freud la acepción de masculino y femenino desde la biología remite a la presencia del semen o del óvulo respectivamente. La mayor actividad, el desarrollo muscular, la agresión y la intensidad de la libido, suelen en general estar unidos a la virilidad biológica. Sin embargo, en ciertas especies animales estas propiedades corresponden a la hembra.

En relación al tercer significado, el sociológico, el autor señala que éste cobra contenido por la observación de los individuos masculinos y femeninos existentes en la

realidad. Expresa que en los seres humanos no se puede hallar una virilidad o una femineidad puras ni en sentido psicológico ni en sentido biológico. Considera que todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos.

Sostiene que la bisexualidad es el factor decisivo para comprender la femineidad y la masculinidad y sin tenerla en cuenta, difícilmente se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y de la mujer como ofrece se a la observación de los hechos.

Rubí Cid (1998) considera que Freud se refirió a la libido como masculina haciendo mención a que ésta es siempre activa.

Dio Bleichmar (1998) critica la equiparación que se ha realizado entre acción y masculinidad, a raíz de la cual Freud y autores/as posteriores han caracterizado la libido como masculina. Señala que la igualdad entre actividad y el género masculino es una cuestión categorial, nocional y valorativa.

Tubert (2010) manifiesta que el objeto de estudio del psicoanálisis es el proceso por el que se llega a ser masculino o femenino. En el caso de la mujer, se desarrolla como sujeto sexuado a partir del niño de disposición bisexual o más bien polimorfa. Afirma con el término bisexualidad se alude a la indiferencia de la libido, a la multiplicidad de sus fuentes y fines y no a la presencia de características masculinas y femeninas combinadas a priori.

Freud (1905) manifiesta que en la niña la zona erógena rectora es el clítoris, órgano homólogo a la zona genital masculina, el glande. La masturbación en las niñas pequeñas es clitorídiana y no involucra a los genitales externos, los cuales sólo adquieren relevancia para la sexualidad adulta. La excitación sexual se exterioriza en contracciones del clítoris y las erecciones de éste, le permiten a la nena inferir con acierto las manifestaciones sexuales del varón.

Tubert (2010) sostiene que el autor se refiere al clítoris como homólogo al pene, en el sentido de una zona activa que muestra su excitabilidad a través de contracciones y erecciones. Desde su punto de vista, la sexualidad de la niña es masculina en tanto el referente es el falo, fundamentalmente en tanto se trata de fines sexuales activos.

Las hipótesis de Freud respecto a una etapa masculina del desarrollo sexual de la niña ha sido objeto de numerosas críticas por parte de autores/as postfreudianos, en especial de quienes incluyen en sus perspectivas los estudios de género.

La lectura cronológica de los artículos del autor, permite advertir que a pesar de haber sistematizado las diferencias entre niñas y niños respecto al desarrollo sexual en textos posteriores, éstas ya formaban parte de sus concepciones.

El autor considera que para comprender el proceso por el cual la niña se convierte en mujer, se deben analizar los destinos de la excitabilidad del clítoris. Afirma que a

diferencia del varón quien en la pubertad experimenta un gran empuje de la libido, esta etapa en la muchacha se caracteriza por una nueva oleada de represión, que afecta la sexualidad del clítoris. Freud (1905) expresa: “es un sector de vida sexual masculina el que así cae bajo la represión” (p. 201).

Conjetura que esta represión refuerza las inhibiciones sexuales de la mujer y proporciona un estímulo a la libido del hombre que se ve forzada a intensificar sus operaciones.

Expresa que durante el acto sexual el clítoris es excitado y éste deberá transmitir esa excitación al resto de los órganos genitales femeninos. Se requiere cierto tiempo para que se pueda realizar esta transferencia, mientras esto no ocurre, la joven es anestésica. Esta anestesia puede perdurar si la zona del clítoris no cede su excitabilidad, lo que puede deberse a una activación intensa de esta zona erógena en la niñez. Señala que esta anestesia femenina es local, afecta a la vagina pero el clítoris conserva su excitabilidad.

Manifiesta que a estas anestias se suman otras con orígenes psíquicos, debidas a la represión.

Freud postula que las mujeres deben realizar un cambio de la zona erógena rectora. Esta junto a la oleada represiva de la pubertad, eliminarían la virilidad infantil. A diferencia de ellas, el hombre conserva desde la infancia la zona erógena rectora.

Sostiene que en esta mudanza y represión residen las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria. Desde su perspectiva, las condiciones para enfermar están íntimamente relacionadas con la naturaleza de la femineidad.

Rubí Cid (1998), considera que el autor relacionó la involución de la sexualidad femenina en la pubertad, con su hipótesis que la pulsión sexual en la mujer es reprimida de manera más fácil que la del varón.

Meler (2013) afirma que Freud consideraba que existían mecanismos de defensa predominantes en hombres y en mujeres. La represión sería propia del género femenino, por lo cual las mujeres presentarían mayores padecimientos neuróticos

En otro artículo de 2012 esta autora señala que es necesario incluir el concepto de género en el campo de la salud mental. Expresa que los patrones epidemiológicos entre varones y mujeres no pueden explicarse en base a una diferencia sexual anatómica sino que se sustentan en los contratos culturales, que prescriben las formas en que cada sexo debe organizar su psiquismo y sus prácticas sociales.

Freud manifiesta que de manera simultánea al doblegamiento y la desestimación de las fantasías incestuosas, presentes tanto en las niñas como en los niños, tiene lugar uno de los logros psíquicos más importantes y dolorosos de la pubertad, como es el desasimiento de la autoridad de los padres. Este es el único que crea una oposición entre la nueva generación y la antigua, de suma relevancia para el avance de la cultura.

El autor sostiene que un cierto número de individuos puede retrasarse en las distintas estaciones de la vía de desarrollo que todos recorren. Señala que algunas

personas no logran superar la autoridad de sus padres y tampoco pueden retirarle su ternura o lo hacen sólo de modo parcial.

Es significativo que desde el punto de vista de Freud, quienes no logran cumplir con estas instancias del desarrollo son por lo general las jóvenes. Si desasirse de la autoridad paterna es lo que permite realizar aportes a la cultura y las jóvenes no pueden hacerlo, se deriva como consecuencia que las contribuciones de éstas a la sociedad sean escasas. Estas diferencias serán plasmadas por el autor en las características que le atribuirá luego al superyó femenino.

Estas muchachas conservan su amor infantil incluso más allá de la pubertad. Una vez casadas no poseen la capacidad de brindar a sus esposos lo que es debido, son frías y permanecen sexualmente anestésicas.

En el artículo “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908), Freud describe tres teorías sexuales infantiles que estarían presentes en todos los niños y las niñas.

El autor manifiesta que el material a partir del cual elabora las conclusiones expuestas, proviene de tres fuentes. En primer lugar, de la observación directa de las exteriorizaciones y del pulsionar de los niños, en segundo, de las comunicaciones de neuróticos adultos y en tercero, de las inferencias, fruto de los psicoanálisis con neuróticos.

Plantea que la diversa intensidad de la pulsión sexual y la presión pedagógica pueden generar grandes variaciones individuales en la conducta sexual del niño, sobre todo en cuanto al momento en que emerge el interés sexual infantil. En función de ello, no se ocupa de especificar las edades en que estas teorías sexuales surgen, sino que sintetiza lo que en cada niño adquiere vigencia, más tarde o más temprano. Afirma que todos los niños se ocupan de los problemas sexuales antes de llegar a la pubertad.

Cabe señalar que si bien el autor sostiene que el factor constitucional (la intensidad pulsional) es determinante, también reconoce que por la incidencia de la educación y la cultura se pueden imprimir modificaciones en las conductas sexuales infantiles. La influencia de estos factores sobre la pulsión es destacada por Meler (2013), quien considera que si bien los grandes principios organizadores del psiquismo son semejantes para todos, los proyectos identificatorios de los padres y las alternativas previamente instituidas, favorecen que los destinos de las pulsiones presenten tendencias distintas para cada uno y en especial para cada género.

Freud enuncia que debido a circunstancias externas e internas poco propicias, las comunicaciones que realiza en este artículo se refieren predominantemente al desarrollo sexual de uno de los sexos, el masculino. Es significativo que si bien en principio, aclara que en su mayoría las conjeturas se refieren al varón, a lo largo del texto generaliza para ambos géneros las ideas propuestas. Las inferencias realizadas respecto a la sexualidad femenina a partir de lo observado en los varones han sido objeto de diversas críticas. Dio Bleichmar (1997) considera que el modelo que el psicoanálisis ha propuesto para la descripción y la explicación de la subjetividad de la niña es heterónimo. La constitución

del sujeto psíquico femenino es concebido como reproducción, desviación o déficit del patrón masculino que opera como norma.

En este texto, Freud sostiene que los niños escogen la existencia de dos sexos, como punto de partida para sus investigaciones sobre los problemas sexuales.

La primera pregunta que el niño se hace es de dónde vienen los hijos, la que es motivada por la llegada de un hermano o de alguien cercano. Postula que el pensar del niño se independiza de este interés personal y continúa su trabajo como una pulsión de investigar.

La investigación que emprenden los niños, los lleva a preguntarles a sus padres por estos temas. Las respuestas que reciben son evasivas y en algunos casos reprimendas, lo que los incita a abandonar sus averiguaciones. Esta situación provoca en el niño un conflicto psíquico. Las opiniones por las que éste siente una predilección pulsional son consideradas incorrectas por los adultos. Se genera así una escisión psíquica. La opinión que conlleva el ser bueno pero también la suspensión del reflexionar, deviene dominante, conciente; la otra, deviene inconciente. Esta situación conflictiva es vivida por todos los niños, es decir que también los varones tienen una predisposición a las neurosis y pueden ver afectado su deseo de saber.

Freud afirma que las teorías sexuales infantiles no nacen del albedrío psíquico ni de impresiones causales, sino de las necesidades de la constitución psicosexual. Esto permite formular teorías sexuales típicas en los niños y explicar porqué se hallan las mismas opiniones erróneas en todos ellos.

Postula que la primera teoría sexual infantil busca dar respuesta a la diferencia entre los sexos, desconocida por los niños. El niño les atribuye a todos los seres humanos, incluida las mujeres un pene como el que él posee. Este es ya en la infancia, la zona erógena rectora y el principal objeto sexual autoerótico. Considera que debido a la estima que el niño tiene por este órgano, es lógico que sea incapaz de representarse a una personalidad parecida al yo, “sin ese esencial ingrediente” (Freud, 1908, p.192).

La importancia que el niño pequeño le otorga al pene, según las conjeturas freudianas fue el punto de partida para la elaboración de diferentes hipótesis sobre el desarrollo sexual de ambos sexos. En función de considerar esencial este órgano, sostiene que la mujer experimenta una fuerte envidia del pene y que ésta es incompleta al no poseerlo.

El niño gobernado por la excitación del pene se procura placer estimulándolo con la mano. Sus padres o las personas encargadas de su cuidado al observarlo, lo amenazan con que su miembro será cortado. El efecto de esta amenaza de castración es profundo y duradero. Los genitales de la mujer, percibidos luego y concebidos como mutilados, recuerdan aquella amenaza. El horror que experimenta el niño ante los genitales femeninos puede derivar en una elección de objeto homosexual por parte del varón.

En textos posteriores en los que sistematiza sus hipótesis sobre el complejo de Edipo y sobre el desarrollo sexual tanto de varones como de mujeres, Freud le otorga a la

amenaza de castración en los varones y a la falta del pene en las niñas, un papel relevante para la resolución de este complejo y en el desarrollo del superyó.

En este artículo de 1908 puntualiza que el niño se horroriza ante los genitales de la niña. Propone más tarde que el varón puede sentir horror o desprecio por la mujer.

Dio Bleichmar (1998) sostiene que la palabra desautorización sería la más adecuada para referirse a lo que experimenta el hombre frente a la mujer. Considera que existe por parte de los adultos que intervienen en la subjetivación de niños y niñas, una desautorización de lo femenino que puede deberse a distintas causas.

Freud hace referencia a que la anatomía considera el clítoris como un órgano homólogo al pene. Este órgano se comporta en la infancia de la mujer como un pene, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la niña un carácter masculino. Manifiesta que es necesario que en la pubertad se produzca una represión de esta sexualidad masculina para que surja la mujer.

La vinculación de la masculinidad con la actividad y la pasividad con el género femenino implicó que el autor considerara masculina la actividad masturbatoria de las niñas y otras actividades que éstas realizan durante su infancia, en las que tienen un rol activo.

Su hipótesis que la femineidad no está presente desde el comienzo sino que es el resultado de un largo desarrollo, con diferentes obstáculos, es reafirmada a lo largo de toda su obra.

La tesis de que toda mujer atraviesa por una fase masculina es refutada por diferentes autores/as psicoanalíticos/as. Estos/as incluyen el concepto de género como fundamental dentro del cuerpo teórico, porque lo consideran necesario para explicar el desarrollo y la constitución de la subjetividad de ambos sexos.

Dio Bleichmar (1997) sostiene que a partir de las relaciones intersubjetivas se instituye desde muy temprano en el psiquismo del infante, el sentimiento de ser nena o nene. Considera que es necesario realizar una descripción y comprensión de la niña que contribuya a superar el sesgo que se ha producido en el conocimiento de la femineidad.

La autora señala la existencia de una femineidad primaria, compuesta por un grupo de representaciones que la niña posee de su propio cuerpo y de identificaciones primarias con el cuerpo de su madre, más la diferenciación del cuerpo de su padre.

En este artículo de 1908 Freud afirma que la ciencia explica que muchas mujeres tienen menoscabada su función sexual porque persiste tenazmente la excitabilidad del clítoris, lo cual las vuelve anestésicas en el coito. Postula que esta dificultad también puede deberse a que la represión ha sido hipertrófica.

Considera que la niña pequeña comparte la estimación que su hermano tiene por el pene. Esta desarrolla un gran interés por este órgano. Conjetura que ese interés pronto pasa a estar regido por la envidia. La niña se siente perjudicada por no poseer un pene. Plantea que la expresión enunciada por las niñas que preferirían ser un muchacho, pone de manifiesto la falta que estas experimentan por no poseer un pene.

Es significativo que a pesar de haber anunciado que sus observaciones eran casi exclusivamente de varones, mencione como punto de partida para estas tesis la indagación de niñas pequeñas.

En esta descripción que realiza de la niña, están presentes conceptualizaciones sobre la sexualidad femenina que desarrolla más extensamente en textos posteriores. La envidia del pene que según estas teorizaciones toda mujer experimentaría en mayor o menor medida, ocupa para Freud un papel central en la constitución de la subjetividad femenina. Otra hipótesis esencial es la masculinidad primaria por la que las niñas atraviesan y deberán reprimir para que surja su femineidad.

En relación a la envidia fálica, Meler (2013) postula que se trató de una percepción construida sobre la base de prejuicios ancestrales, vinculados a la devaluación de la femineidad y a la idealización de la condición masculina. El prestigio imaginario y simbólico asignado a la masculinidad ha ocultado la envidia masculina hacia la maternidad.

Se puede inferir que la estima experimentada por los hombres hacia este órgano dentro de una cultura patriarcal, fue sobreestimada y universalizada. Esto dio como resultado que quien no gozara de su posesión no tuviera otro camino que envidiarlo y anhelarlo, sorteando diversos artilugios para compensar su falta.

Dio Bleichmar (1997) critica el hecho que numerosos autores/as psicoanalíticos/as continúen entendiendo la envidia del pene como literalmente el deseo de poseer el órgano. Desde su perspectiva, ésta debe comprenderse como envidia por la posición, las atribuciones, las condiciones y las posibilidades que el varón tiene por pertenecer al género masculino.

En “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908) Freud sostiene que la excitación del pene se conecta con impulsiones que el niño no sabe interpretar, impulsos oscuros que lo inclinan a un obrar violento, a penetrar, a despedazar, a abrir en alguna parte un agujero. En esta descripción que realiza el autor, pueden reconocerse cualidades que le fueron atribuidas a los hombres, considerando que formaban parte de su naturaleza.

Meler (2013) señala que existen diferencias respecto al destino de la hostilidad, en uno y otro género. En la mujer la hostilidad se vuelve contra el propio ser, lo que explicaría, la elevada prevalencia de estados depresivos entre las mujeres. En los varones la hostilidad ha sido estimulada y su actitud confrontadora se transformó en un emblema del narcisismo masculino. La hostilidad es considerada como expresión de firmeza. El coraje, la violencia, la represión del miedo y una cierta tendencia al desprecio por la propia vida son características que se han incorporado de forma muy extendida, a lo que se estima que es deseable para la masculinidad.

Burin (1996) afirma que en las mujeres no sólo se reprime la hostilidad como emoción sino todo deseo hostil. Este propicia la diferenciación y la gestación de otros deseos como el de saber y el de poder.

Freud sostiene que la ignorancia de la vagina, posibilita al niño convencerse de la segunda teoría sexual. Esta es la teoría de la cloaca, según la cual el hijo crece en el vientre de la madre y es sacado de allí por la única vía posible, la abertura del intestino, es decir, es evacuado como un excremento, una deposición.

En función de esta teoría, el niño no le concede a la mujer el doloroso privilegio de parir. Si los hijos nacen por el ano, el varón puede parir igual que la mujer. El muchacho podía fantasear que él mismo concebía hijos, sin que por eso pudieran adjudicársele inclinaciones femeninas.

Numerosos/as autores/as acuerdan en que Freud no explicitó la envidia que los varones sentían por la capacidad de gestar que poseen las mujeres, a pesar de contar con indicios tales como el mencionado.

Al respecto, Meler (2013) manifiesta que en la actualidad se dispone de material clínico que permite afirmar que los varones envidian dolorosamente los senos de la madre y su capacidad para albergar una nueva vida.

La tercera teoría sexual es la concepción sádica del coito. Freud enuncia que los niños ven en él, algo que la parte más fuerte le hace al más débil con violencia. Es comparado sobre todo por los varones con una riña, como las que conocen del trato entre niños, que no dejan de estar contaminadas por una excitación sexual.

El autor considera que la teoría sádica del coito es la expresión de uno de los componentes sexuales innatos, impresos con mayor o menor intensidad según los niños. Se advierte cómo nuevamente, aparecen vinculados con la naturaleza del hombre, características que culturalmente fueron relacionadas a la masculinidad.

Manifiesta que en muchos matrimonios es común que la esposa se resista a mantener relaciones sexuales con su esposo, porque no le aporta placer alguno y le trae el peligro de un nuevo embarazo. Otras veces el matrimonio entero brinda al niño el espectáculo de una querrela continua, entonces a él no le asombra que ésta persista durante la noche. Las huellas de sangre que el niño puede observar en la cama o ropa interior de su mamá, son para él la prueba de que a la noche se ha vuelto a producir una embestida del padre sobre la madre.

En este párrafo se advierte la obligación a la que aparece sujeta la mujer de mantener relaciones sexuales con su esposo, sin desearlo. Es una figura femenina indefensa que no puede negarse a satisfacer los deseos del hombre y apela a la intervención de su hijo para liberarse de esta obligación. Esta descripción del autor, en la que enumera los motivos por los cuales la mujer no desea mantener relaciones con su esposo, no es objeto de crítica por parte de él. Esta concepción de las obligaciones de la esposa es propia de la cultura patriarcal.

Freud señala que en conexión más laxa con el problema de saber de dónde vienen los hijos, el niño se ocupa de averiguar la esencia y el contenido de lo que llaman estar casado. Conjetura que lo común a tales respuestas es creer que el estar casado implica una satisfacción placentera y la remoción de la vergüenza entre ambos.

Considera que las opiniones infantiles sobre la naturaleza del matrimonio, poseen un valor significativo para la sintomatología de una neurosis. A pie de página, el autor destaca que los juegos infantiles significativos para la neurosis posterior, son los de jugar al doctor y jugar al papá y la mamá.

Menciona una teoría que sólo estaría presente en las mujeres, según la cual se recibe un hijo a través de un beso. Sostiene que esta teoría exclusivamente femenina, muchas veces produce efectos patógenos en las muchachas, cuya investigación sexual experimentó las más poderosas inhibiciones en la infancia.

El autor sitúa como edad aproximada en la que se informa sobre la sexualidad, los 10 u 11 años. Expresa que el niño que ha crecido en condiciones sociales más desinhibidas comunica a los otros lo que sabe, porque ello le permite sentirse maduro. A partir de lo enunciado se puede advertir el valor que se le otorga al conocer, el poder que genera y su importancia para la autoestima. En este punto parece referirse al varón específicamente, quien sería informado por sus padres, mientras que la niña según lo que él manifestó y criticó, permanece ajena a este conocimiento, producto de su severa educación.

Este desconocimiento real por parte de las muchachas respecto a la sexualidad, aparece ejemplificado por Freud. Comenta que una doncella inocente puede mostrarse indignada con su marido, luego de tener relaciones sexuales, porque ha orinado dentro de ella, debido a que desconoce el semen.

Es posible inferir que la actitud pasiva en la sexualidad que describió en la mujer pueda vincularse en gran parte con el temor y la pasividad de quien está próximo a una situación que desconoce y de la cual no posee información certera, más que a la función receptiva equiparada a pasiva que tendrá la vagina con el pene.

En este artículo aparece una mayor referencia a los perjuicios que la represión de lo sexual y del deseo de saber sobre el tema, acarrea para ambos géneros.

En “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1908), Freud intenta dilucidar de una manera más exhaustiva la relación entre fantasías y síntomas neuróticos.

Postula que las fantasías están presentes de manera regular en todas las psiconeurosis, en especial la histeria, y que entre ellas y el síntoma existe una vinculación directa.

Cabe señalar que a pesar de que en el título del artículo menciona la bisexualidad, no se ocupa específicamente de ésta.

Sostiene que los sueños diurnos de los jóvenes son fuentes comunes y arquetipo normal de las fantasías. Considera que la frecuencia con que se presentan estos sueños diurnos es igual en ambos sexos. Sin embargo, su contenido es diverso en hombres y mujeres. Este es sólo erótico en muchachas y señoras. En el varón pueden ser de naturaleza erótica o ambiciosa.

Es significativa la diferencia que establece respecto al contenido de estos sueños diurnos y fantasías para un género y otro. El hombre aparece como capaz de desear y

fantasear no sólo con contenidos sexuales y románticos sino también con aquellos vinculados al poder y a la ambición, buscando logros en diversos ámbitos. La mujer de acuerdo a estos postulados, sólo tendría deseos sexuales, fantaseando relaciones amorosas con el otro sexo.

En relación a esta limitación de los deseos e intereses de las mujeres, Burin (1996) afirma que a partir de la revolución industrial se diferenciaron dos áreas de producción específicas para hombres y mujeres. El ámbito extradoméstico estaba destinado al género masculino y el ámbito doméstico al femenino. Las mujeres tenían un espacio de poder específico dentro del ámbito doméstico, contando con el recurso de la regulación y el control de las emociones, que circulaban dentro de la familia. Sostiene que la dependencia de la mujer respecto al hombre, primero del padre y luego de su esposo, se ha propiciado a través de las costumbres. En este sentido la mujer, que necesita una tutela masculina, debe poder conformar una pareja.

Meler (2012) manifiesta que esta dependencia emocional respecto de las relaciones amorosas es un aspecto de la subjetividad femenina que predispone a la mujer a padecer depresiones. La limitación ancestral de la autonomía de las mujeres ha cultivado la tendencia a reafirmar el propio valor a través del deseo de amor que despiertan en los hombres. Si formar una pareja es el proyecto de su vida, una pérdida sentimental tiene consecuencias devastadoras y produce un colapso de la autoestima.

Freud enuncia en este artículo, la tesis que un síntoma histérico es la expresión de una fantasía sexual inconsciente masculina, por una parte y femenina por la otra.

Considera que el significado bisexual de los síntomas histéricos es una prueba de la aseveración que el autor realiza respecto a que la disposición bisexual de los seres humanos se puede discernir con particular nitidez en los psiconeuróticos, por medio del psicoanálisis.

Sostiene que mediante el análisis de los síntomas de un ataque histérico se revela la presencia en la fantasía del rol femenino y masculino. Freud (1908) expresa: “con una mano aprieta el vestido contra el vientre (en papel de mujer) y con la otra intenta arrancarla (en papel de varón)” (p. 147).

A través de este ejemplo puede observarse la actitud que el hombre y la mujer tendrían en las relaciones sexuales.

Meler (2013) afirma que la fantasía de la posesión sexual es una metáfora que expresa fantasías eróticas asociadas al hecho de ser dominada. Estas fantasías donde existe una referencia a la entrega, son parte de una amplia gama de deseos parciales propios de la sexualidad humana. La dominación intergenérica ha propiciado estos deseos en las mujeres y los ha reprimido severamente en los hombres. Considera que la asimilación generalizada de la posición femenina al deseo de ser poseída, está basada en afirmaciones construidas de modo ideológico, e implica una replicación de la violencia patriarcal dentro de la teoría psicoanalítica. Esta violencia consiste en la denegación de la existencia de deseos activos y aún sádicos en las mujeres, que pueden ponerse en juego de forma flexible según el momento y las características del vínculo.

Se detecta en este texto, las hipótesis que Freud ya tenía en estos años respecto a los deseos, el lugar de la mujer y la actitud de ellas en las relaciones sexuales, las cuales fueron desarrolladas en años posteriores.

En “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” (1908), Freud realiza un análisis de las consecuencias que tiene para el individuo, el antagonismo entre la cultura y la vida pulsional.

Cita al filósofo Von Ehrenfels, quien en su obra “Ética sexual” (1907) se había abocado al estudio de la moral sexual natural y la cultural. Comparte lo que éste postuló respecto a los perjuicios que la obediencia a la moral cultural conlleva para los hombres y las mujeres.

Freud (1908) expresa:

“si se consideran las genuinas formas de enfermedad nerviosa, el influjo nocivo de la cultura se reduce en lo esencial a la dañina sofocación de la vida sexual de los pueblos de cultura por obra de la moral sexual cultural que en ellos impera” (p.166).

Enfatiza el rol que la cultura y la educación desempeña en la contracción de las neurosis. Considera que el factor sexual es esencial en la causación de la nerviosidad.

El autor hace referencia a la determinación que la cultura y la moral tienen sobre el desarrollo psíquico de los hombres y las mujeres. Estas teorizaciones respecto al papel que las costumbres de su época tenían en la generación de las características del género femenino y masculino, ponen en evidencia que reconocía la importancia de la intersubjetividad en la formación del psiquismo humano. Las hipótesis respecto a cómo ciertas cualidades de la mujer de su época eran consecuencia de la educación que ésta recibía, han sido retomadas y valoradas por diversos/as autores/as psicoanalíticos/as, que realizan una relectura de su obra desde la perspectiva de género.

Las conclusiones que Freud propone en este texto, difieren de lo que postulará más tarde respecto a la mujer y las cualidades que le atribuye. En este sentido, Rubí Cid (1998) sostiene que el autor tuvo una involución en su pensamiento, si se compara este artículo con sus tesis posteriores.

Freud manifiesta que una característica de la moral cultural era la transferencia a la vida sexual del varón, de requisitos propios de la mujer y prohibir todo comercio sexual fuera del matrimonio monogámico.

Explicita que la consideración de la diversidad natural de los sexos implica que las faltas del varón a la moral, sean penadas con menor rigor, consintiéndole una doble moral. Se advierte que el autor ya sostenía su tesis respecto a una diferencia natural entre los sexos. Si bien critica la doble moral permitida a los hombres, la considera una consecuencia de esta diferencia natural entre un género y otro.

La hipótesis que las diferencias entre hombres y mujeres deben reconducirse a las diferencias biológicas entre los sexos fue reafirmada y afianzada a lo largo de la obra

freudiana. Esta postura es objeto de críticas por parte de distintos/as autores/as, que consideran que la visión del psicoanálisis sobre las diferencias de género es esencialista y biológica.

Meler (2013) señala que la doble moral permitida para el hombre implicó que las mujeres se constituyeran en objetos de deseo masculino. Esta debía ser deseable pero no deseante.

Freud sostiene que la cultura se edifica sobre la sofocación de las pulsiones. Hace especial énfasis en la pulsión sexual que posee la capacidad de desplazar su meta sexual originaria a otra ya no sexual, poniendo al servicio de la cultura grandes montos de energía. Sin embargo, ésta también puede experimentar una fijación que genere anomalías.

Postula que la intensidad de esta pulsión varía de un individuo a otro, por lo tanto el monto apto para la sublimación, también es distinto en cada uno. Plantea que las mujeres en general poseen una libido menos intensa, proponiendo una diferencia entre géneros respecto a la pulsión sexual.

Es importante destacar, que si bien en este artículo considera la influencia que la educación tiene en la capacidad e interés de la mujer por conocer, también expresa la idea que constitutivamente la mujer posee una libido menos intensa y por ende, una menor posibilidad de sublimar.

Manifiesta que por la influencia de la educación y los reclamos sociales, el individuo logra una cierta sofocación de sus pulsiones. Sin embargo, para no enfermar es necesario obtener en cierto grado la satisfacción directa de la pulsión. En función de la diversa intensidad libidinal entre hombres y mujeres, estas exigencias culturales tienen consecuencias distintas para cada género. Freud (1908) expresa: “en una misma familia el hermano es un perverso sexual, en tanto que la hermana, dotada de una pulsión sexual más débil en su calidad de mujer, es una neurótica” (p.172). En consecuencia los varones son sanos pero inmorales, mientras que las mujeres son nobles e hiperrefinadas pero sufren afecciones nerviosas. A partir de estas teorizaciones puede observarse cómo el autor va relacionando los distintos rasgos de carácter de los hombres y las mujeres con la educación y los preceptos culturales pero también con su naturaleza. Esta define en última instancia qué podrá hacer cada uno con las exigencias impuestas.

Meler (2013) sostiene que Freud a través de estos postulados propuso que hombres y mujeres utilizan mecanismos de defensa distintos. La represión sería propia del género femenino, por lo cual las mujeres presentarían mayores padecimientos neuróticos. Los varones recurrirían mayoritariamente, a la desmentida, por lo cual presentan rasgos de perversión o trastornos de carácter, más lesivos para su entorno que para ellos mismos.

La autora considera que de esta manera, el camino de la sexualidad femenina ha tenido un destino de inhibición, mientras que la masculina ha sido estimulada.

Freud postula que la moral sexual cultural exigía la abstinencia hasta el matrimonio para ambos sexos y durante toda la vida para todos aquellos que no hayan

contraído matrimonio legítimo. Afirma que si bien el matrimonio era presentado como la panacea, dentro del mismo el comercio sexual también era limitado según los preceptos impuestos. La satisfacción sexual era posible sólo durante unos años a los cuales debía restarse los períodos en que la esposa estaba “vedada por razones higiénicas” (Freud, 1908, p. 174).

El autor considera en este texto, que cada uno de los sexos posee distintas posibilidades para hacer frente a la desilusión anímica y privación corporal, implicada en un matrimonio de estas características. Señala que el varón podría hacer uso de la libertad sexual que le era concedida por la doble moral.

Respecto a la mujer, Freud sostiene que posee en menor grado la capacidad de sublimar. Su hijo podía ser sustituto del objeto sexual sólo mientras fuera un lactante; por lo tanto el camino posible para ellas era contraer neurosis. Afirma que el remedio para la nerviosidad de la mujer sería la infidelidad conyugal. Sin embargo, debido a la severa crianza y al sometimiento de ésta al reclamo cultural, esta opción era inviable por lo que buscaba amparo en la neurosis.

Considera que la menor intensidad libidinal no favorece a la mujer ya que no evita que enferme. Por el contrario, al limitar sus posibilidades de sublimar, le deja como única posibilidad ante la falta de satisfacción sexual, el contraer una neurosis.

En relación a la abstinencia sexual que la moral exigía para ambos sexos durante la juventud, el autor plantea que no era la mejor preparación para el matrimonio que podían tener los muchachos. Esta idea es criticada por Meler (2013) quien señala que la estimulación exacerbada de la sexualidad masculina se transformó en una presión hacia un ejercicio sexual destinado al alarde narcisista, caracterizado por el coleccionismo sexual y por la degradación del objeto erótico.

Freud postula que la abstinencia sexual tenía efectos nocivos para las mujeres y modificaba la naturaleza de la mujer. La educación que éstas recibían, tenía como objetivo sofocar la sensualidad de la muchacha hasta que se casara, prohibir el comercio sexual e hipervalorizar el mantenimiento de la inocencia femenina. En consecuencia, ésta maduraba en una total ignorancia respecto del papel que le estaba destinado. Expresa que debido a esta educación, cuando las autoridades parentales le permitían enamorarse, la muchacha era incapaz de consumar esa operación psíquica. La artificial demora de la función amorosa propiciaba que la mujer continuara dependiendo de sus padres y que su conducta corporal fuera frígida, lo cual impedía en el varón cualquier goce sexual de elevado valor. Sostiene que estas mujeres que concebían sin placer, mostraban una escasa disposición a parir con dolor.

La hipótesis planteada sobre la dependencia de la mujer respecto de sus padres a lo largo de toda su vida es retomada por el autor para caracterizar el superyó femenino. Esta ligazón con los progenitores sería uno de los motivos que hace que el superyó de la mujer posea atributos menos valorados que el del varón.

Se advierte el papel que le otorga en este texto a la mediación de la educación en la constitución del psiquismo femenino, la cual imprimía en ellas cualidades diferentes a

las del varón. Sin embargo, cabe señalar que también explicita que era posible que mujeres con estas particularidades existieran fuera de la cultura en la que estaban inmersos.

El autor considera que la preparación para el matrimonio que recibían las mujeres llevaba al fracaso de éste, ya que cuando ellas superaban su demora en el desarrollo la relación con su marido ya estaba arruinada.

Freud critica cómo se preparaba al género femenino para el matrimonio pero no cuestiona que éste sea concebido como el único destino posible para la mujer.

Desde el punto de vista de Rubí Cid (1998), el lugar que Freud le otorgó a la mujer en la sociedad de criar los hijos, cuidar y mantener el hogar, era acorde a los preceptos y costumbres de su época.

En este artículo de 1908, el autor postula que la conducta sexual de un ser humano es arquetípica respecto de todos sus otros modos de reacción en el mundo. Esta tesis puede comprobarse en las mujeres, en quienes su vida sexual es el modelo para el ejercicio de otras funciones. Freud (1908) expresa: “La educación les deniega el ocuparse intelectualmente de los problemas sexuales, para los cuales empero traen congénito el máximo apetito de saber... Ello las disuade del pensar en general, les desvaloriza el saber” (p.177).

Manifiesta que se las aterroriza con el juicio condenatorio de que el deseo de saber vinculado a la sexualidad sería indigno de la mujer. La prohibición de pensar rebasa la esfera sexual, es decir cercena su deseo y su capacidad para conocer en general. Este deseo no es sofocado en el varón, que no es objeto de esta educación. El autor plantea de esta forma la existencia de diferentes deseos para cada uno de los géneros, proponiendo que el de saber está vedado para las mujeres.

Freud (1908) afirma: “el hecho indudable de la inferioridad intelectual de tantísimas mujeres debe reconducirse a la inhibición de pensar que se requiere para sofocar lo sexual” (p.177).

La vinculación que establece en estos párrafos del artículo, entre las prescripciones morales con las que se instruía a las mujeres de su época y cómo estas sobrepasaban el ámbito de lo sexual, impregnando el resto de sus vidas, es valorada como un aporte del creador del psicoanálisis que muestra que la intersubjetividad es definitoria para el género. Cabe señalar que en textos posteriores, las razones por las que explica la falta de deseo de saber en la mujer, difieren de los postulados en este momento.

El autor considera que los matrimonios conformados por personas con afecciones nerviosas, no sólo tenían consecuencias para cada cónyuge sino también para los hijos. Sostiene que la mujer neurótica como madre es hipertierna e hiperangustiada. Esta transfiere sobre su hijo su necesidad de amor, lo que despierta en el niño una prematura madurez sexual. Las desavenencias entre los padres sobreestimulan la vida afectiva de los hijos, les hacen sentir intensamente amor, odio y celos. Sin embargo, la educación severa no tolera ninguna expresión de la vida sexual a una edad tan temprana. Este

conflicto a tan corta edad tiene todo lo que se requiere para la contracción de una neurosis para toda la vida.

Si bien Freud se refiere a ambos padres, se detiene y enfatiza en particular cómo la actitud materna puede perjudicar al niño. La ausencia de la descripción de la relación del padre con su hijo se vincula con las costumbres de la época, ya que era la madre quien se ocupaba del cuidado y la crianza de éstos.

El autor para ejemplificar cómo las exigencias culturales atentan contra sus propias metas, describe el caso de una mujer neurótica. La hipótesis que las mujeres tenían una mayor predisposición para enfermar era apoyada por los casos que llegaban a su consultorio. Vincula las exigencias culturales con la sofocación de la sexualidad. Esta última es la causante de las neurosis, por consiguiente, la mujer se enfermaba a raíz de las altas pretensiones de la educación. En cambio el varón debido a la doble moral que le era permitida, no se veía obligado a renunciar a su sexualidad de la misma forma que éstas.

El ejemplo expuesto por Freud es el de una mujer que no ama a su esposo pero querría hacerlo, porque es lo que corresponde al ideal de matrimonio en que fue educada. Sofoca en su interior todas las mociones pulsionales y pone particular empeño en hacer el papel de una esposa amante, tierna y solícita. Sin embargo, a consecuencia de esta sofocación contraerá una neurosis. El autor sostiene que la enfermedad de la esposa le provocará al esposo todo el descontento y la inquietud que le habría creado la confesión de que no lo amaba.

En distintos pasajes del texto, Freud hace referencia a los perjuicios que la educación que recibía la mujer generaba en la obtención de placer por parte del varón. Considera que las características femeninas conducían al deterioro del matrimonio. Cabe señalar que ante la insatisfacción de la pulsión sexual dentro del vínculo conyugal, el hombre tenía permitido por la doble moral establecida, buscar este placer con otras mujeres. En este sentido, la mujer aparece como incapaz de cumplir con el rol prescripto de adorable amada y querida esposa.

En “Apreciaciones generales sobre el ataque histérico” (1909) Freud sintetiza algunas de sus hipótesis respecto a los ataques histéricos.

Postula que estos son fantasías inconcientes proyectadas sobre la motilidad, figuradas de una manera pantomímica. El ataque se vuelve incomprensible porque la enferma pone en escena las actividades de las dos personas que emergen en la fantasía. Reitera el ejemplo mencionado en el texto “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1908). En él alude a que con una mano arrancaba su ropa, escenificando el papel de varón y con la otra oprimía sus prendas contra sí, en el rol de mujer.

El autor considera que los ataques histéricos obedecen a leyes fáciles de entender. Señala que el ataque puede estar al servicio de la ganancia secundaria que se ha vinculado a la condición patológica. En este caso, el ataque parece estar premeditado, dirigido hacia ciertas personas, puede ser desplazado en el tiempo hasta que ellas estén presentes y produce la sensación de ser una simulación conciente. Esta última ley, propuesta por

Freud, se ha utilizado en varios casos para desestimar los síntomas padecidos por las mujeres, haciendo énfasis en esta aparente simulación. En nuestra sociedad persiste la relación entre femineidad e histeria. La denominación de histérica suele utilizarse casi a modo de insulto o de forma despectiva para referirse a ciertas cualidades consideradas inherentes a la mujer, tales como el hacer teatro, exagerar entre otras. Diferentes autores/as plantean la necesidad de una revisión de la psicopatología a la luz de la perspectiva de género. Meler (2012) señala que las mujeres seductoras pero frías y las mujeres aniñadas van desapareciendo. Afirma que en este momento varios analistas hablan de histerias fálico-narcisistas debido a las características de las mujeres actuales.

Freud sostiene que la exploración de la historia infantil de los histéricos, muestra que el ataque está destinado a ser el sustituto de una satisfacción autoerótica realizada durante la infancia, que debió ser abandonada.

Manifiesta que en ciertos casos durante el ataque histérico el enfermo puede provocarse daño a sí mismo. Explicita que este tipo de ataque es más frecuente en los hombres. En éstos la fantasía que se representa es la de una pelea. Cabe mencionar que en su artículo anterior sostuvo que en el varón, el contenido de la fantasía podía ser amorosa o ambiciosa, cualquiera de estos motivos podría derivar en un enfrentamiento con otro. En las mujeres, las fantasías sólo responden al deseo amoroso y es poco frecuente que escenifique una riña. En estas apreciaciones se traslucen las características atribuidas a cada género, un hombre capaz de enfrentar a un rival, de luchar por sus intereses, y por otro lado, una mujer delicada, más dispuesta a ceder que a rivalizar.

Meler (2012) asevera que en nuestra cultura la mujer que agrede es calificada como poco femenina. Este juicio social favorece la represión de la hostilidad. Por el contrario, ciertas conductas masculinas como el desafío físico y la incitación a la pelea son consideradas como propias del género masculino, que manifiesta mediante ellas su hombría.

Freud en este artículo sostiene que el dispositivo que señala a la libido reprimida el camino hacia la descarga motriz en el ataque es el mecanismo reflejo de la acción del coito. Manifiesta que es así en todos los casos, también en la mujer que se entrega sin barreras a la actividad sexual.

Considera que el ataque histérico, como la histeria en general, reintroduce en la mujer un fragmento de quehacer sexual que existió en la infancia y al cual en esa época se le podía discernir un carácter masculino por excelencia.

Afirma que las muchachas que hasta la pubertad mostraron un ser y unas inclinaciones varoniles devienen histéricas desde la pubertad en adelante. Desde su punto de vista, en la mayoría de los casos la neurosis histérica es el resultado de un sesgo excesivo de la típica oleada represiva, que hace nacer a la mujer por remoción de la sexualidad masculina.

En función de las hipótesis planteadas por el autor, la niña debe poder reprimir su sexualidad masculina para devenir mujer. Señala que si esta represión es demasiado intensa puede afectar por completo su sexualidad. Al respecto, Dio Bleichmar (1997)

asegura que desde esta concepción, la mujer estaba destinada a sufrir por no poseer un pene y por no ser masculina, pero también padecería si su masculinidad era demasiado intensa y no podía reprimirse o si lo hacía en demasía.

En “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Contribuciones a la psicología del amor, I. (1910)”, Freud describe y analiza distintas conductas amorosas que había identificado a través de su trabajo con pacientes neuróticos. Expresa que éstas también pueden observarse en personas sanas.

Cabe señalar que en este texto el autor utiliza por primera vez la denominación complejo de Edipo. Este es un concepto central de la teoría freudiana. Es estructurante del aparato psíquico y de su resolución o no, depende en gran medida la salud mental del individuo.

Freud postula que la predilección de algunos hombres por mujeres con características disímiles a las esperadas en damas respetables, son producto de la no elaboración de este complejo.

La elección de mujeres casadas o comprometidas, que atraviesan difíciles situaciones económicas o morales, así como por aquellas de dudosa reputación tiene una vinculación directa con las dificultades que estos hombres habían tenido para resolver el complejo de Edipo. Es de destacar que estas elecciones de objeto eran concebidas como anormales.

El autor no realiza ninguna crítica a los preceptos morales y culturales que ubicaban a estas mujeres en un lugar degradado, convirtiéndolas en no merecedoras de que un hombre normal las deseara. La mujer debía poseer o ser capaz de cultivar aquellas características, que de acuerdo a la época, las convertían en una buena opción para el género masculino.

Se advierte que toda aquella mujer que mostrara indicios de desear a un hombre y obtener placer en las relaciones sexuales era considerada inmoral, ya que el prototipo de la mujer de la época, no permitía que pudieran expresarse como sujetos deseantes.

En su análisis, Freud explica de forma exclusiva estas elecciones de objeto a raíz de la no resolución del complejo de Edipo o de su escasa elaboración, es decir, por dificultades individuales sin tomar en cuenta aspectos culturales.

El complejo de Edipo al que Freud hace referencia en este texto de 1910, es el positivo y como su nombre lo indica sólo se ocupa de lo que sucede en el varón. Describe y analiza las actitudes masculinas hacia sus objetos de amor. Las mujeres son mencionadas en tanto objeto de deseo de los hombres, especificando qué características de éstas movilizan y explican el comportamiento masculino.

Gloer Fiorini (2015) afirma que en la teoría freudiana la mujer ha sido definida por la negativa. Manifiesta que en diversos textos del autor se refleja el lugar de objeto que le es atribuido a éstas.

Desde su punto de vista, el género femenino es objeto de conocimiento para el hombre, esta situación se traslada al campo del deseo, quedando establecida una relación entre un sujeto deseante, hombre, y un objeto de deseo, la mujer.

Freud postula que las cualidades que se buscan o exigen en el objeto de amor y las actitudes particulares que se tienen para con éste, conforman un prototipo de elección de objeto.

Meler (2013) comparte lo propuesto por Seidler (1995) que plantea que a través la historia, al género masculino se le ha atribuido la capacidad de razonar, estableciendo que los hombres son seres racionales y que han logrado controlar sus sentimientos e impulsos. Según esta perspectiva, los deseos sexuales serían experimentados por los hombres como una fuerza o necesidad irresistible que nace desde su cuerpo y les recuerda su parte animal. Se considera que una vez que éstos son excitados sexualmente ya no son responsables de sus actos. De acuerdo con este principio se ha responsabilizado a las mujeres por la excitación masculina y las conductas realizadas a partir de ésta.

La descripción de Freud restringida al accionar masculino pero especificando los rasgos que deben estar presentes en los objetos de amor, permite inferir que el autor compartía esta concepción propia de la cultura patriarcal.

En este artículo de 1910, el creador del psicoanálisis identifica y analiza lo que denominó un tipo particular de elección masculina de objeto. Esta se caracteriza por una serie de condiciones de amor. La primera es la del tercero perjudicado.

Freud afirma: “la persona en cuestión nunca elige como objeto amoroso a una mujer que permanezca “libre”, sino siempre a una sobre quien otro hombre pueda pretender derechos de propiedad en su condición de marido, prometido o amigo” (1910, p. 160).

La expresión utilizada permite inferir la equiparación entre la mujer y una mercancía, un bien patrimonial del cual sólo podía disponer su dueño, es decir, como un objeto inanimado, sin independencia ni autonomía.

El autor hipotetiza que esta condición de amor, la del tercero perjudicado, le permite al hombre satisfacer también mociones hostiles que estarían dirigidas al rival con quien se disputa la mujer amada.

Meler (2013) considera que el rivalizar con otros hombres por una mujer, también puede comprenderse teniendo en cuenta que una característica de la sexualidad masculina es la jactancia ante los otros hombres. En este sentido, la mujer funcionaría como un pretexto para generar la codicia y la admiración de éstos.

Freud señala que la segunda condición que caracteriza esta particular elección de objeto es que la mujer elegida sea aquella cuya conducta sexual tiene mala fama y de cuya fidelidad y moral se puede dudar. La necesidad que el objeto cumpla con esta condición implica que la mujer casta y de reputación intachable no resulta atractiva para estos hombres. Denomina a este requisito como el del amor por mujeres fáciles.

Considera que este segundo requisito la liviandad de la mujer, se relaciona con la necesidad que tendrían los hombres que realizan esta elección de sentir celos. El poder experimentar este sentimiento sería una condición para que la pasión llegue a la cima y la mujer adquiera valor. Manifiesta que estos hombres no sienten celos del poseedor legítimo de la amada, sino por otros de los cuales pueden sospechar.

Meler (2013) señala que la contrafigura de la promiscuidad masculina son los celos. Cada hombre es un potencial predador de las mujeres propiedad del otro, no sólo porque la desee eróticamente, sino porque acceder a ellas es un equivalente del triunfo sobre un rival odiado. Sostiene a su vez, que detrás de estos celos aparece el fantasma de la homosexualidad. Si la dama es infiel expone a su poseedor a ser sometido a otro varón, perdiendo así su estatuto social. Afirma que los celos masculinos son más evidentes y violentos que los femeninos, porque la infidelidad amenaza su dominio sobre esa mujer.

Critica aquellos autores/as que haciéndose eco de los usos y costumbres del sentido común, afirman que el hombre desea poseer a todas las mujeres, mientras que la mujer es representada como no deseante y anhela poder unir deseo con amor. Estas actitudes forman parte de la masculinidad y la femineidad convencional, evidenciando el doble código de la moral sexual, diferente para cada género.

En este texto, Freud analiza también ciertas conductas que los hombres suelen tener hacia el objeto de amor elegido.

Manifiesta que en la vida amorosa considerada normal el valor de la mujer es regido por su integridad sexual y el rasgo de la liviandad lo rebaja. Sin embargo, hay hombres que eligen como objeto de amor a mujeres que presentan esta característica.

Conjetura que en este tipo de vínculos amorosos se evidencia de forma clara, el carácter obsesivo que en cierto grado es propio de todo enamoramiento. En este párrafo, el autor haría referencia a la necesidad de controlar el objeto amado.

Freud considera que en los hombres que realizan estas elecciones de objeto está presente la tendencia a rescatar a la amada. Ellos están convencidos que las mujeres los necesitan. La manera en que las salvan es no abandonándolas. En algunos casos, este rescate se justifica por la dudosa escrupulosidad sexual de la amada o su posición social. Sin embargo, explicita que esta tendencia puede estar presente, independientemente de las condiciones reales de las mujeres.

Meler (2013) manifiesta que poder ofrecer protección es considerado un emblema de la masculinidad. Para la autora, lo que el hombre busca enfrentando peligros, involucrándose en conflictos y haciendo uso de su físico es obtener reconocimiento por su heroísmo.

Freud sostiene que a pesar de parecer improbable, las condiciones que la amada no sea libre, que posea cierta liviandad, la necesidad de sentir celos, la autoexigencia de fidelidad, la larga serie de vínculos y el propósito de rescatar a la mujer; derivan de una sola causa. Enuncia que esta elección de objeto y las conductas raras, tienen su origen en

la fijación infantil a la ternura de la madre, constituyendo uno de los desenlaces de esa fijación.

Expresa que en la vida amorosa normal, el arquetipo materno de las elecciones de objeto se hace evidente mediante ciertos rasgos que se buscan en éste. Conjetura que en estos casos, el desasimiento de la libido respecto de la madre se consumó con rapidez. Por el contrario, hipotetiza que la libido de los hombres que realizan las elecciones de objetos descriptas permaneció ligada a la figura materna por un lapso de tiempo prolongado, incluso después de sobrevenida la pubertad. Es a raíz de ello que los objetos de amor elegidos son subrogados de la madre y poseen características similares a las de ésta.

El autor postula que la condición que la mujer no sea libre, se vincula con el hecho que el niño crece dentro de una familia en la que la madre le pertenece al padre, entonces en la fantasía, el tercero perjudicado es el padre. La sobrestimación que realizan del objeto a partir de la juventud, por la que la mujer amada es única e insustituible, también se vincularía con la relación del niño y su madre, ya que nadie posee más que una madre. Si todos los objetos de amor están destinados a ser un subrogado de la madre, es comprensible que estos hombres tengan diferentes relaciones, conformando una larga serie; con objetos que comparten las mismas características.

Meler (2013) señala que Freud en este artículo ofreció una razón que colaboró para validar la promiscuidad masculina. De acuerdo a la teoría freudiana, la fijación con respecto a la madre como objeto de amor, generaría una insatisfacción constante ya que ninguna mujer es ella. En busca de este objeto, estos hombres viven una larga serie de relaciones, en las que la mujer es sospechosa de infidelidad o está casada, reeditando la situación edípica.

Freud afirma que la segunda condición de amor, la liviandad del objeto elegido, también deriva del complejo materno, a pesar que en el pensar conciente del adulto la madre es considerada una persona de moral intachable. Expresa que nada resulta tan ofensivo cuando proviene desde fuera, ni tan penoso cuando surge internamente, como la duda sobre la moral de la madre. Sin embargo, al analizar el nexos que une a los polos de esta oposición: la madre y la mujer fácil, concluye que en el inconciente coincide en una misma cosa, lo que en la conciencia se presenta escindido en dos opuestos.

El autor manifiesta que cuando el varón tiene por primera vez información más completa de las relaciones sexuales entre sus padres, le resulta inconciliable la autoridad de los adultos, con el descubrimiento de su quehacer sexual. Al mismo tiempo que recibe esta información, también se entera que existen mujeres que ejercen el acto sexual a cambio de una paga y eso las convierte en objeto de universal desprecio. El joven concluirá luego, que no es tan grande la diferencia entre la madre y la prostituta, ya que ambas hacen lo mismo.

Bajo el imperio del complejo de Edipo, el joven no le perdona a su madre el que le haya sido infiel regalándole al padre y no a él, el comercio sexual.

A partir de estas hipótesis, Freud sostiene que no resulta inconciliable ni contradictorio que la condición de liviandad de la amada se derive directamente del complejo de Edipo.

Considera que rasgos aislados del tipo de elección que ha descrito, se pueden observar en numerosos hombres, es decir, reconoce que este tipo de elección de objeto es más frecuente y se observa en un mayor número de varones de lo que planteó en un primer momento.

Respecto a la iniciación sexual de los adolescentes con prostitutas, Meler (2013) sostiene que esta práctica que continúa siendo común, acarrea un aprendizaje para los hombres respecto a su sexualidad. A partir de esta experiencia, éstos aprenden que la sexualidad es algo de lo que no se habla mucho pero se debe practicar a escondidas, que de ellos se espera que puedan cumplir y tengan un desempeño sexual adecuado, para demostrar que ya no son niños y no serán homosexuales. La autora manifiesta que también aprenden que las mujeres son objetos utilizables para fines narcisistas y que las relaciones sexuales clandestinas enaltecen al varón, pero rebajan a la mujer.

En “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II) de 1912, Freud se aboca al estudio y análisis de la impotencia psíquica. Expresa que ésta era la afección por la que más se solicitaba atención.

Esta perturbación afecta a los hombres, impidiendo que puedan llevar a cabo el acto sexual a pesar que lo deseen y que los órganos sexuales estén sanos. Destaca que el propio enfermo puede advertir que esta imposibilidad sólo aparece con ciertas personas y vincula la inhibición de su potencia viril a ciertas propiedades del objeto sexual.

Postula que el origen de esta afección es, como en todas las neurosis, una inhibición en el desarrollo de la libido.

Señala que la conducta amorosa plenamente normal reúne dos corrientes: la tierna y la sensual. Quienes sufren de impotencia psíquica no han logrado que éstas confluyan una en la otra.

La corriente tierna está presente desde la primera infancia y se dirige a los objetos que se encargan del cuidado del niño, se expresa en la elección infantil primaria de objeto. Esta permanece a lo largo de la infancia y comienza a sumársele el erotismo, que en ese momento es desviado de sus metas sexuales.

El autor manifiesta que en la pubertad surge la corriente sensual. Los objetos de la primaria elección infantil ahora son investidos con montos libidinales más intensos. A raíz de la barrera del incesto, que ya se ha erigido, surge el deseo de realizar una elección de objeto con los cuales sí pueda tener una vida sexual real.

Estos objetos exogámicos siempre se escogen basados en el arquetipo de los infantiles, por lo cual con el tiempo, serán capaces de atraer sobre sí la ternura que estaba ligada a los objetos filiales. Si eso sucede, se habrá logrado conjugar la corriente tierna y la sensual, dirigiéndolas a un mismo objeto de amor.

Se advierte cómo la posibilidad de establecer relaciones de objeto normales y poder mantener relaciones sexuales con éstos, depende de cómo cada individuo pueda resolver su complejo de Edipo. No hay mención a las costumbres de la cultura que regían y prestablecían el contrato matrimonial con ciertas características y la influencia de éstas en la elección de objeto y la relación entre los cónyuges.

Respecto a ello, Fernández (1998) explicita que aún hoy, el matrimonio es el lugar de apropiación y de control del erotismo de la esposa. El matrimonio monogámico que implica el derecho exclusivo del marido sobre la sexualidad de la esposa se ha sostenido a lo largo del tiempo. Esto ha sido así porque mediante un proceso histórico-social se ha producido una particular subjetividad femenina, caracterizada por la pasividad, que aliena a la mujer de la propiedad y exploración de su cuerpo, del registro de sus deseos y de la búsqueda activa de sus placeres.

Freud manifiesta que el grado máximo de enamoramiento sensual conllevará la máxima estimación psíquica del objeto, la cual es normal de parte del varón. Considera que serían dos los factores decisivos para el fracaso del desarrollo de la libido. El primero de ellos es el nivel de frustración que se experimente en el momento de realizar la elección de objeto. Señala que no tendría sentido volcarse a la elección de objeto si en realidad no se puede elegir nada o no hay posibilidad de realizar una elección conveniente.

En este sentido, no se detecta ningún análisis respecto a la situación de la mujer quien no podía realizar una elección libre, más bien elegían por ella. Estas por pertenecer al género femenino, ya tenían casi asegurada esta frustración, lo que evidencia una vez más el lugar de objeto y no de sujeto de deseo que ocupaban las mujeres.

El segundo factor, descrito por el autor, es el grado de atracción que pueden continuar ejerciendo los objetos infantiles que deben abandonarse. Esta es proporcional a la investidura erótica que tuvieron en la niñez.

En la impotencia psíquica, la corriente sensual se ha conservado, sin embargo la actividad sexual de quien la padece, es perturbada con facilidad y le proporciona un goce escaso. La característica más relevante de esta patología es que debe evitarse la expresión de la corriente tierna. Esto conlleva una limitación en la elección de objeto. La corriente sensual busca objetos que no recuerden a las personas incestuosas prohibidas.

Freud sostiene que la vida amorosa de estas personas permanece escindida en las dos orientaciones, que el arte ha personificado como amor celestial y terrenal o animal.

Manifiesta que para evitar la impotencia, los hombres recurren a la degradación psíquica del objeto sexual, como principal recurso. Estos reservan para el objeto incestuoso y sus reemplazos la sobrestimación. En el momento en que logran degradar el objeto pueden llevar a la práctica conductas sexuales que les proporciona un elevado placer.

Señala que quienes no han logrado que la corriente tierna y la sensual hayan confluido una en la otra, por lo general tienen una vida amorosa “poco refinada”

(Freud,1912, p.177). Alude a que éstas han conservado metas sexuales perversas, cuya satisfacción sólo es posible con el objeto sexual degradado, menospreciado.

El autor considera que estas elucidaciones también permiten comprender porqué en las fantasías los muchachos rebajan a su madre a la condición de una mujer fácil, lo que ya ha planteado en el texto previamente analizado. Sostiene que éstas serían intentos de unir al menos en la fantasía, estas dos corrientes de la vida amorosa, logrando ubicar a su madre como objeto para la sensualidad mediante la degradación de ella.

Afirma que la impotencia psíquica es una característica de la vida amorosa del hombre de la cultura. Las consecuencias y los malestares ocasionados por los preceptos culturales que se oponían a una libre satisfacción sexual fueron abordados por el autor con anterioridad. Cabe destacar que se centra en comprender las afecciones que de ella derivan y en especial, cómo afecta al género masculino.

Asevera que la corriente sensual y la tierna se encuentran fusionadas en menor medida en las personas cultas. El hombre se limita en sus prácticas sexuales por respeto a la mujer y sólo lleva a cabo ciertas conductas cuando está frente a un objeto sexual degradado. Sólo obtiene un pleno goce sexual si se entrega a la satisfacción sin contemplaciones, lo cual no se atreve a hacer con su esposa. Considera que de esta situación, deriva la necesidad que poseen estos hombres de tomar como objeto sexual a una mujer inferior éticamente, a quien no se vea precisado a atribuirle reparos estéticos. A una mujer con estas características, dirigen la corriente sensual, mientras su ternura pertenece por entero a una mujer de su misma condición.

El autor afirma que ésta, también puede ser la causa por la que hombres de clases sociales elevadas, eligen a una mujer de inferior nivel social y económico, como amante permanente e incluso como esposa.

Freud intenta explicar una conducta no aceptada socialmente recurriendo a los procesos intrapsíquicos relacionados al desarrollo individual, entendiendo como patológica esta elección, sin realizar una revisión de las costumbres de la época que impedían y juzgaban estas relaciones.

Meler (2013) sostiene que la sexualidad masculina fue objeto de una estimulación exacerbada que se transformó en una presión hacia un ejercicio sexual destinado al alarde narcisista, caracterizado por el coleccionismo sexual y por la degradación del objeto erótico. En este aspecto, la autora ofrece otro vértice desde el cual repensar la degradación del objeto sexual que muchos hombres llevan a la práctica, ya no sólo a partir de una dificultad individual y remitida al complejo de Edipo, sino incluyendo la perspectiva de género.

Freud manifiesta que quienes logran ser felices en su vida amorosa es porque han logrado superar el respeto a la mujer y admitido la representación del incesto con su madre o hermana.

Señala que la cultura genera en las mujeres un efecto parecido a la impotencia psíquica, producto de la educación que recibe, a la cual se suma la secuela de la conducta

de los hombres. Expresa que para las mujeres es tan desfavorable que el varón no las aborde con toda su potencia sexual, como también lo es, que a la inicial sobrestimación del enamoramiento, le siga luego el menosprecio.

Explicita que la mujer no tiene necesidad de degradar el objeto sexual porque tampoco realiza una sobrestimación del objeto.

Se advierte el lugar adjudicado a la mujer como objeto sexual. Si bien el autor puede detectar lo dañino que resulta para la mujer las exigencias culturales y las dificultades que puede tener su marido, no realiza ninguna revisión crítica del posicionamiento asignado a éstas. El no ser sujetos de deseo les impediría manifestarse de manera activa ante ciertas situaciones, quedando sujetas a lo que el hombre pueda o no hacer con ellas.

Freud sostiene que la prolongada coartación de lo sexual y la reclusión de la sensualidad a la fantasía tienen grandes consecuencias para el género femenino. La principal es que la mujer no puede deshacer el enlace establecido entre el quehacer sensual y la prohibición, razón por la cual cuando se le permite el quehacer sexual se revela frígida.

Considera que a ello se debe que muchas mujeres prefieran mantener en secreto aún relaciones permitidas y que otras puedan sentir placer cuando tienen un amorío secreto, siéndole infieles al marido. Esta necesidad de lo prohibido es equiparable a la necesidad del varón de denigrar el objeto sexual.

Cabe señalar que si bien el autor menciona la cultura y los prejuicios que ésta genera en la vida sexual de las mujeres, no realiza cuestionamiento alguno respecto a este ideal femenino que proponía a una mujer no deseante, sino sólo con anhelos de amar y merecedora de un respeto, que implicaba dejar fuera de su relación, el goce sexual.

Es importante destacar que estas dos operaciones conllevan distintas consecuencias para cada género, mientras el hombre denigra al objeto sin costo para su persona, la mujer al incurrir en una infidelidad es objeto de duras sanciones morales.

Freud afirma que las consecuencias son distintas entre hombres y mujeres a causa de una diferencia en la conducta de cada uno de los géneros. La mujer culta no suele transgredir la prohibición del quehacer sexual durante ese lapso de espera previo al matrimonio y adquiere un íntimo enlace entre prohibición y sexualidad. El varón infringe la norma en la mayoría de los casos bajo la condición de la degradación del objeto y por eso, retoma esta última en su posterior vida amorosa.

La doble moral instalada en la cultura patriarcal, que el mismo autor analiza en textos previos, también permitía y avalaba esta diferencia entre el género femenino y el masculino, respecto al cumplimiento de la norma establecida sobre la virginidad antes del matrimonio.

Freud plantea que a raíz del prolongado desarrollo de la pulsión sexual se destacan dos factores a los que se podría responsabilizar de la dificultad para lograr una satisfacción plena. En primer lugar, a consecuencia de la acometida de la elección de

objeto en dos tiempos, separados por la interposición de la barrera del incesto, el objeto definitivo de la pulsión sexual ya no es nunca el originario, sino sólo un subrogado de éste. Una vez que el objeto originario de una moción de deseo se ha perdido por obra de una represión es subrogado por una serie interminable de objetos sustitutivos, de los cuales ninguno satisface plenamente.

Dio Bleichmar (1997) sostiene una tesis opuesta a la freudiana. Considera que culturalmente se le ha atribuido al género masculino las características de ser inconstante, centrífugo y poligámico.

Freud extiende la impotencia psíquica sufrida por el género masculino a causa de las dificultades de éstos para resolver su complejo de Edipo. Ha esclarecido, desde su punto de vista, el porqué de las elecciones de objeto particulares en los hombres, señalando para ellas el mismo origen que para esta patología. En ambos casos son dificultades personales, de carácter intrapsíquico, las que derivan en la contracción de una enfermedad o a una mala elección de objeto. No se encuentran referencias a la influencia de la cultura, tampoco revisiones respecto al modelo establecido por ésta, de la mujer que debía elegirse para casarse. Es significativo que no realice una revisión crítica de la separación tajante de un tipo de mujer con aquella otra que pertenecía también al género femenino, pero con la cual por su condición, podía buscarse satisfacción sexual plena.

Es importante señalar que esta división entre ambos tipos de mujeres continua vigente, haciéndose evidente en aquellos casos en que el hombre recurre a prostitutas o amantes para pedirle prácticas que no puede solicitarle a su esposa por respeto o a su novia antes del casamiento. Aparece una figura femenina degradada y que no tiene deseos sexuales propios.

En “Introducción del narcisismo (1914), Freud describe tres vías por medio de las cuales pudo acceder al estudio del tema. La tercera de éstas es la vida amorosa de los seres humanos. Conjetura que existe una variada diferenciación entre el hombre y la mujer, en lo que a las elecciones de objeto respecta.

Las divergencias entre la vida amorosa de un género y otro ya habían sido mencionadas por el autor en textos analizados previamente. En ellos, sostiene que debía abocarse al estudio de la de los hombres, por la inaccesibilidad de ésta en el caso de las mujeres.

En 1914 realiza una distinción entre los géneros, señalando una diferencia en el desarrollo de la libido en cada uno de ellos, que daría por resultado la prevalencia de un tipo de elección de objeto en el hombre y otro en la mujer. Cabe mencionar, que en la mayoría de sus artículos describe los procesos psíquicos del desarrollo, utilizando como patrón genérico al varón, sugiriendo que algo análogo sucede en las mujeres.

Freud señala que en un principio las pulsiones sexuales se apuntalan en la satisfacción de las pulsiones yoicas y luego se independizan de éstas. Este apuntalamiento lleva a que las personas encargadas de proveerle al niño todos los cuidados, sean también sus primeros objetos sexuales.

El autor denomina a las elecciones de objeto basadas en este modelo, por apuntalamiento o anaclítica.

Este tipo de elección ya había sido descrita en “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” (1912), sin utilizar esta denominación.

En “Introducción del narcisismo” (1914) manifiesta que existe otro tipo de elección de objeto, en la cual los progenitores no son tomados como modelo. Plantea que las personas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación, como los perversos y los homosexuales, eligen su objeto de amor según el modelo de su propia persona, realizando una elección de objeto narcisista.

A partir de la conceptualización de estos dos tipos de elección de objeto, sostiene que todo ser humano tiene la posibilidad de realizar uno u otro tipo de elección.

Considera que entre el hombre y la mujer existen diferencias fundamentales respecto al tipo de elección de objeto que realiza cada uno de los géneros.

Desde su punto de vista, sólo el hombre es capaz de realizar una elección por apuntalamiento, logrando el pleno amor de objeto. De allí deriva la sobrestimación sexual que realiza del objeto de amor. Esta es producto de la transferencia del narcisismo originario del niño hacia el objeto sexual. La sobreestimación sexual es la génesis del enamoramiento y provoca un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto.

Postula que en la mujer el desarrollo puberal genera un acrecentamiento del narcisismo originario. Este aumento va en detrimento de la constitución de un objeto de amor, dotado de sobrestimación sexual.

Meler (2013) toma las tesis de Bourdieu (1998) quien sostuvo que Freud ubicó a las mujeres del lado de la psicosis, la perversión, la enfermedad y la hipocondría y asignó a los varones, el amor hacia los demás, el altruismo, la donación, la salud mental y la cultura. Esta perspectiva sería una expresión del imaginario social, producto de la dominación masculina.

Freud postula que, cuando producto de su desarrollo, la mujer se hace hermosa, siente una complacencia consigo misma. Esta satisfacción le permitiría resarcir las limitaciones que la sociedad le impone en la elección de objeto. Podría pensarse que el autor reconoce cómo afectaba al género femenino, que de acuerdo a las costumbres, no fueran ellas con total libertad quienes eligieran su objeto de amor. Sin embargo, no realiza ninguna crítica respecto a estas normas sociales ni a la posición de objeto de la mujer que no podía elegir, sino que debía ser elegida.

Sostiene que las mujeres que han experimentado el acrecentamiento de su narcisismo primario, sólo se aman a sí mismas, así como las ama a ellas el hombre que es su pareja. Manifiesta que necesitan ser amadas más que amar. Señala que las mujeres con estas características son sumamente atractivas para los hombres, tanto por razones estéticas como por sus cualidades psicológicas.

Considera que su narcisismo genera una gran atracción sobre las personas que han renunciado en gran parte al narcisismo propio y buscan el amor de un objeto.

Compara en este aspecto a las mujeres con los niños y los felinos, cuya atracción reside en su narcisismo, en su complacencia consigo mismos y en su inaccesibilidad.

Freud sostiene que gran parte de la insatisfacción que experimenta el hombre enamorado, se debe a que su objeto de amor es una mujer con estas características.

Dio Bleichmar (1985) afirma que estas mujeres que hacen sufrir a los hombres no se han aceptado como objeto causa de deseo y obtienen placer narcisista, no en ser elegidas sino en que el deseo del otro no se realice.

Freud expresa: “nada más lejos de mí, en esta pintura de la vida amorosa femenina, que la tendencia a menospreciar a la mujer” (1914, p. 86). Conjetura que las divergencias que menciona son producto de la diferenciación de funciones biológicas, es decir remite las diferencias existentes entre los géneros a la de los sexos.

Dio Bleichmar (1985) manifiesta que la niña aprende a través de la relación con su madre y con su padre que mientras más bella sea, máspreciada, amada y deseada será. Desde pequeña sabrá que sólo la mujer que logra casarse y tener hijos es vista como triunfadora y logra cumplir las expectativas de sus padres y de la sociedad, para lo cual es indispensable ser atractiva y despertar el deseo masculino.

Freud afirma que incluso las mujeres narcisistas, que permanecen frías hacia el hombre, logran el pleno amor de objeto con el hijo que dan a luz. Ellas pueden amar al niño porque éste ha sido parte de su propio cuerpo y una vez nacido, se convierte en un objeto al que pueden brindarle, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto. Dio Bleichmar (1985) señala que dentro del sistema narcisístico de la mujer no existe otra circunstancia que acreciente el narcisismo femenino como el nacimiento de un hijo. Cabe destacar que la autora analiza cuáles son según los ideales femeninos trazados, las situaciones que generan un mayor narcisismo en la mujer.

Freud sostiene en este texto, que antes de la pubertad, las jóvenes se sintieron varones y se desarrollaron como tales. Considera que la aspiración de ser un hombre es interrumpida por la maduración de la femineidad, y ante esta situación, a las jóvenes sólo les queda desear un ideal masculino que es la continuación del varón que una vez fueron.

La tesis freudiana de una masculinidad primaria en la mujer será profundizada y desarrollada en textos posteriores de la obra, siendo de gran importancia dentro de su teoría, para comprender y explicar el desarrollo de la femineidad.

Meler (2013) manifiesta que el narcisismo está vinculado para Freud, a la psicosis, al estado infantil, la mentalidad primitiva, la enfermedad orgánica y la hipocondría; es decir a la patología o a menores grados de desarrollo. A pesar de que sostiene que un cierto grado de amor al sí mismo es necesario, el creador del psicoanálisis ubica la salud mental del lado de la capacidad de amar al semejante. Desde este punto de vista, el género femenino que realiza elecciones de objetos narcisistas, estaría más cerca de la enfermedad que de la salud mental.

La autora refuta la hipótesis que los hombres logran un pleno amor de objeto ya que es frecuente que ellos realicen elecciones de objeto narcisistas.

Manifiesta que entre las mujeres es fácil encontrar un tipo de elección amorosa donde el hombre amado representa lo que ella hubiera deseado lograr para sí misma y no se atrevió a intentar.

En función de estos ejemplos, señala que la elección heterosexual de objeto, incluso en sus formas más usuales y convencionales revela aspectos narcisistas. Sostiene que todo sentimiento amoroso está compuesto en parte por amor al otro y por amor al propio ser, y que estos componentes no se reparten de modo diferencial a través de la línea marcada por la diferencia entre los géneros. Postula que la taxonomía amorosa freudiana hace evidente los prejuicios misóginos y homofóbicos del autor.

Para Meler (2013) Freud ha confundido la inhibición erótica producto de la doble moral sexual, con la autosuficiencia y la indiferencia amorosa. Las mujeres de su época estaban educadas para disimular con cuidado cualquier manifestación de deseo. Su aparente indiferencia es en realidad la pasividad que se le imprime a su sexualidad. Manifiesta que en toda cultura existe un guión erótico que pauta los rituales del cortejo.

“El tabú de la virginidad” publicado en 1918, es el tercer artículo que compone lo que Freud denominó “Contribuciones a la psicología del amor”.

En este texto, el autor aborda la temática recurriendo a los mitos de diversos pueblos originarios para comprender su existencia y discernir el porqué de la vigencia en su cultura de algunos de los elementos que componían este tabú.

Señala que en su cultura presuponer la virginidad de la mujer a desposar era lógico, estaba establecido y era considerado lo natural por el varón cortejante. Este requisito respondía a la exigencia de que la novia no trajera al matrimonio el recuerdo del comercio sexual con otro hombre. Esta condición es la aplicación del derecho de propiedad exclusiva sobre una mujer, esencia de la monogamia, en su extensión al pasado de la mujer.

Fernández (1998) considera que el matrimonio es y ha sido el lugar de apropiación y de control del erotismo de la esposa. El matrimonio monogámico, que implica el derecho exclusivo del marido sobre la sexualidad de la esposa, tal como describe Freud en su texto, ha podido sostenerse a lo largo de la historia, porque conjuntamente se ha producido una particular subjetividad femenina. Esta se caracteriza por la pasividad, que aliena a la mujer de la propiedad y exploración de su cuerpo, del registro de sus deseos y de la búsqueda activa de sus placeres.

Respecto a la virginidad de la mujer, Freud enuncia una diferencia cultural que permitiría realizar una revisión de las costumbres de la sociedad patriarcal, como la exigencia e hipervalorización de la doncellez. Ubica esta exigencia en el devenir histórico, desnaturalizando esta obligación, sin embargo el padre del psicoanálisis toma otro rumbo en su texto.

Sostiene que el primer hombre que satisface la añoranza de amor de la joven, le permite a ésta superar las resistencias que los influjos del medio y de la educación habían erigido en ella respecto a su sexualidad. Con este varón establecerá una relación duradera.

Freud conjetura que a raíz de esta vivencia se establece en la mujer un estado de servidumbre que le garantiza al hombre su ulterior posesión y la vuelve capaz de resistir a nuevas tentaciones provenientes de extraños.

Manifiesta que la expresión servidumbre sexual fue utilizada para designar el hecho que una persona pueda adquirir respecto de otra con quien mantiene comercio sexual, un grado insólitamente alto de dependencia y heteronomía.

El autor considera que es indispensable que se produzca esta servidumbre para mantener el matrimonio cultural y poner diques a las tendencias poligámicas que lo amenazan. Señala que esta actitud es mucho más frecuente e intensa en la mujer que en el varón, vinculando esta situación con que en ellas es mayor la resistencia sexual superada tras el coito.

Freud concibe esta conducta femenina tomando en cierto grado el influjo de la cultura en su generación, ya que como explícita, las resistencias a la sexualidad son causadas en las mujeres por la cultura y la educación.

Sin embargo, deja fuera de su análisis otros factores culturales que contribuirían a que la mujer experimente esta dependencia respecto a su esposo. Cabe recordar que el género femenino necesitaba, según las costumbres de época, la tutela de un hombre. Si la joven ya no estaba bajo los cuidados de su padre porque había contraído matrimonio era entonces su esposo quien debía protegerla. La mujer pasaba a depender de él, no sólo en el plano amoroso sino también en lo económico. Otro aspecto a tener en cuenta es la dura sanción moral de la que eran objeto aquellas mujeres que se separaban de sus maridos o no se casaban con quien habían mantenido por primera vez relaciones sexuales.

Es significativo que el autor destaque que esta servidumbre tan necesaria para lograr una relación estable es en general propia de la mujer. Esta lectura es acorde a la doble moral sexual que imperaba en la cultura de su época; según la cual no se le exigía al hombre la misma fidelidad que a la mujer, ni se esperaba que éste llegara virgen al matrimonio. Puede conjeturarse que tras esta exigencia de fidelidad por parte de la mujer, se encuentra el presupuesto que el género femenino no puede mantener relaciones sexuales sin amor, es decir, la mujer no desea sino que ama.

Freud recuerda que en los pueblos primitivos la desfloración de la joven no estaba reservada al marido, sino por el contrario trataban mediante distintos medios de evitarle al hombre esa operación. Esto no se debería a una falta de valor de la virginidad sino a un tabú que recaía sobre este acto.

El autor intenta comprender el tabú de la virginidad describiendo distintos factores que podrían estar en su base. Señala que en la desfloración de la muchacha se derrama sangre, lo que permitiría relacionar este tabú con el horror de los primitivos a la misma. Esta concepción articularía a su vez el tabú de la virginidad con el de la menstruación, observado casi sin excepciones en estos pueblos. Un segundo factor sería al apronte angustiado experimentado ante toda situación nueva y no habitual, que se acrecentaría ante esta experiencia. Manifiesta que estos dos factores no se contradicen entre sí, sino más bien se complementan. Propone una tercera explicación, que ubica al tabú de la

virginidad en una vasta trama que abarca la vida sexual entera de la mujer que ha sido objeto de diferentes tabúes: la menstruación, el embarazo, el parto y el puerperio. Freud (1918) expresa: "...Casi podría decirse que la mujer es en todo un tabú..." (p. 194).

Sostiene que los pueblos primitivos habían erigido un tabú porque la desfloración les generaba un temor, exteriorizando un "horror básico a la mujer." (Freud, 1918, p. 194). Considera que este horror podría tener su origen en la diferencia de éstas con los varones, que las convierte para ellos en incomprensible; misteriosa, ajena y hostil. Glocer Fiorini (2015) afirma que esta descripción de la mujer realizada por el autor, pone en evidencia su punto de vista epistemológico: el de un sujeto del conocimiento frente a un objeto a conocer. Esta concepción fue trasladada por Freud al campo del deseo, dando como resultado el planteo de una relación entre sujeto deseante y objeto de deseo.

El autor expresa que lo que el varón teme es ser debilitado por la mujer y contagiarse de su femineidad, transformándose en incompetente. Señala el efecto adormecedor que genera el coito como el arquetipo de estos temores. El hombre percibe en estas situaciones, la influencia que la mujer consigue tener sobre ellos, mediante el comercio sexual. Advierte que este miedo perdura hasta esa época.

Dio Bleichmar (1985) manifiesta que este temor se debe a que el género femenino está devaluado a diferencia de la masculinidad, que se encuentra narcisizada.

Freud sostiene que mediante el psicoanálisis pudo discernir el fundamento principal de la desautorización narcisista que recibe la mujer y que se vincularía mucho con el menosprecio, éste es el complejo de castración.

En la base del tabú de la virginidad se encuentra el propósito de denegar o ahorrarle al futuro esposo, algo que es inseparable del primer acto sexual. Menciona que la reacción normal tras el coito, es que la mujer abraza al varón oprimiéndolo contra sí, como muestra de su agradecimiento y su promesa de duradera servidumbre. Sin embargo, el primer comercio sexual, la mayoría de las veces es un desengaño para la mujer, que resulta insatisfecha de esta experiencia.

Considera que son esclarecedores para comprender el porqué de la frigidez en la mujer, aquellos casos en que ésta, tras el primer coito y los sucesivos, expresa sin tapujos su hostilidad al varón, insultándolo, levantándole la mano o incluso pegándole. Desde esta perspectiva, el peligro que acarrea la desfloración de la mujer consistiría en atraer su hostilidad, por lo cual resulta lógico que se trate de evitar que su marido sea objeto de ésta. Analiza distintas mociones que colaborarían para producir aquella paradójica conducta femenina. Señala que el dolor que experimenta la joven virgen durante el primer coito podría justificar esta reacción, aunque es más bien la afrenta narcisista generada por la destrucción de un órgano, lo que generaría esta reacción más, que el dolor físico. Otro factor que incidiría es que en la mujer culta, expectativa y cumplimiento nunca coinciden en el primer acto sexual.

El autor afirma que el motivo más fuerte para esta reacción está vinculado al desarrollo de la libido. Los deseos sexuales que persisten desde la infancia conllevan la fijación de la libido de la mujer al padre o a un hermano, de los cuales el marido sólo es

un sustituto. Esta podría ser la razón por la cual, en muchos pueblos primitivos, quien se encarga de la desfloración es un anciano, sacerdote u hombre sagrado, es decir un sustituto del padre.

Asevera que a partir del análisis de muchas mujeres neuróticas arribó a la conclusión de que éstas atraviesan un estadio temprano en que envidian a su hermano el signo de virilidad y se sienten perjudicadas y relegadas a raíz de su falta. Durante esa fase las muchachas no ocultan su envidia, ni la hostilidad derivada de ésta hacia, el hermano favorecido. Esta etapa es previa a la elección de objeto y sólo después de ella, la libido de la niña se volcará al padre y deseará un hijo en lugar de un pene. Subordina al complejo de castración esta envidia del pene.

Dio Bleichmar (1985) sostiene que se ha sobrestimado la envidia de la niña hacia los varones por poseer un pene. Manifiesta que a esa edad los niños desean todo lo que el otro tiene, y es en ese contexto en el que la nena expresa su deseo de poseer lo que ellos tienen.

Freud denomina fase masculina de la mujer a la etapa en la que conjetura que ésta, envidia al varón su pene. Considera que tras la envidia del pene se reconoce el rencor hostil de la mujer hacia el varón, el cual estaría presente en cierto grado, en todas las relaciones entre los sexos. Desde su perspectiva, muchas de las dificultades de las parejas podrían ser explicadas por este rencor de la mujer.

Afirma que si la sexualidad inacabada de la mujer se descarga sobre el hombre que le hace conocer por primera vez el acto sexual, es lógico que mediante el tabú de la virginidad se buscara evitarle al esposo, quien compartiría el resto de la vida con la mujer, ese peligro. Considera que en la cultura a la que pertenecía la importancia de este peligro había sido relegada, teniendo más relevancia la perspectiva de la servidumbre sexual. La virginidad era considerada un bien al que el hombre no debía renunciar.

Manifiesta que la desfloración no sólo tiene la consecuencia cultural de atar duraderamente la mujer al hombre sino que también desencadena una reacción hostil hacia el varón, que se exterioriza frecuentemente en inhibiciones en la vida amorosa del matrimonio.

El autor introduce en este artículo conceptos sobre la femineidad que desarrollará en textos posteriores, tales como la envidia del pene, la fase masculina, la mujer como incompleta e inacabada. Estos son centrales en sus teorizaciones sobre la mujer y su temprana mención, revela la concepción que el autor mantuvo respecto al género femenino a lo largo de su obra.

Dio Bleichmar (1997) sostiene que el padre del psicoanálisis sumó su experiencia clínica, en la que constató la hostilidad de ciertas mujeres hacia sus maridos, a la existencia del temor a las vírgenes de los primitivos y obtuvo en consecuencia, un modelo femenino que caracterizaba a la mujer como peligrosa y castradora. Esta imagen del género femenino fue postulada como una cualidad inherente a la mujer, producto del complejo de castración. Sin embargo, expresa que es producto del imaginario masculino.

Esta autora ofrece otra perspectiva desde la cual comprender la hostilidad femenina. Manifiesta que deben tenerse en cuenta los sentimientos de angustia, temor por su integridad corporal y expectativas de alerta, entremezcladas con la excitación que experimenta la adolescente o joven, durante el primer coito. Destaca que a pesar que los temores de las mujeres ante el sexo, inundan el saber popular e incluso el científico, no han recibido legitimación ni comprensión. Considera que no se le ha otorgado relevancia al esfuerzo de indagación que debe desplegar la mujer para erogeneizar el órgano masculino de la micción. Afirma que la reacción de la mujer ante la sangre producto de la desfloración, su desconocimiento y la penetración son minimizadas desde una alteridad, que desconoce por completo la experiencia femenina.

Respecto a la castración y a la envidia del pene femenina como origen de la hostilidad de la mujer, postula que una vez más se han invertido los significados. No sólo la violencia real del hombre al cuerpo de la mujer se oscurece y no se evalúan sus efectos psíquicos, sino que se conciben los temores masculinos, partiendo de la mente de la mujer.

Dio Bleichmar (1997) enfatiza que desde una perspectiva masculina no se han contemplado los temores femeninos, el susto sobre su cuerpo expuesto y las consecuencias indeseables de la genitalidad. Además se ha destacado en la experiencia de la desfloración, el supuesto deseo de venganza de la mujer para con el hombre, porque envidia el pene. Esto generó que en las prácticas sexuales, no sea el hombre quien deba cuidar a la joven virgen, teniendo en cuenta su temor, sino que es ella quien tendrá que actuar de modo tal que no se malogre la erección.

Freud a lo largo de su extensa obra abordó de forma específica el tema del masoquismo en dos artículos: “Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales” (1919) y “El problema económico del masoquismo” (1924). En el primero de ellos sostiene que todo masoquismo es producto de una vuelta sobre el sí mismo del sadismo.

Enuncia: “el masoquismo no es una exteriorización pulsional primaria, sino que nace por una reversión del sadismo hacia la persona propia, o sea por regresión del objeto al yo” (Freud, 1919, p. 190).

En su escrito posterior, habiendo postulado ya el segundo dualismo pulsional, conjetura que existe un masoquismo primario, anterior a la deflexión de la pulsión de muerte. Manifiesta que siempre un resto de ésta permanece en el yo, ligada a la pulsión de vida.

En el texto de 1919, como su nombre lo señala, se ocupa del masoquismo como perversión. En el análisis que realiza, parte de la fantasía pegan a un niño, la cual según sus historiales era frecuente en las personas que acudían a consulta. Esta era acompañada por sentimientos placenteros, era reproducida en reiteradas oportunidades y por lo general, llevaba a una satisfacción onanista, en principio por voluntad de la persona pero luego adquiriría un carácter compulsivo.

Freud puntualiza que las conclusiones vertidas en este texto surgen de su trabajo con seis casos, cuatro mujeres y dos hombres.

Afirma que las fantasías de paliza poseen una historia evolutiva compleja, en la que cambia: el vínculo con la persona fantaseadora, su objeto, su contenido y significado.

Puntualiza que circunscribe su estudio a los casos de las mujeres. En ellas, la primera fase de la fantasía surge en la temprana infancia. El niño que recibe los golpes no es quien tiene la fantasía, este lugar es ocupado en general por un hermano. El que pega es un adulto que representa la figura paterna.

En la segunda fase, el que azota es siempre el padre y quien recibe las nalgadas es el propio niño fantaseador. La expresión que describe esta fantasía masoquista, sería: “soy azotado por el padre” (Freud, 1919, p. 186). La tercera y última fase se caracteriza porque quien pega es siempre un sustituto del progenitor y el niño fantaseador no aparece como protagonista, no es quien recibe los golpes.

Es interesante destacar que a pesar de enunciar que analizará puntualmente este tipo de fantasías en las niñas, el autor continúa utilizando el vocablo niño a lo largo de su escrito.

Señala que en las fantasías de las niñas, por lo general el azotado es un varón, que no es para ellas familiar o cercano, es decir, un desconocido. La paliza puede ser sustituida por otros tipos de castigos y humillaciones. Estas generan una intensa excitación sexual que busca su descarga mediante la masturbación.

Considera que en la época en que surgen estas fantasías, la niña está atravesando el complejo de Edipo.

Freud (1919) expresa:

“la niña pequeña está fijada con ternura al padre, quien probablemente lo ha hecho todo para ganar su amor, poniendo así el germen de una actitud de odio y competencia hacia la madre, una actitud que subsiste junto a una corriente de dependencia tierna y que puede volverse cada vez más intensa y más nítidamente conciente a medida que pasen los años, o motivar una ligazón amorosa reactiva, hipertrófica, con aquella. Ahora bien, la fantasía de paliza no se anuda a la relación con la madre.” (p.184).

En este párrafo, Freud describe una actitud paterna activa, es decir que propiciaría mediante acciones concretas el amor de la hija hacia él. Cabe destacar que lo que predomina en las descripciones que realiza del vínculo entre padre e hija es la actitud de ésta con su papá, enfatizando cómo ella debe tomarlo como objeto de deseo para continuar su desarrollo como mujer. La ausencia de referencia al comportamiento paterno y su importancia para la niña en su subjetivación como mujer, ha sido objeto de críticas.

En función del momento en que estas fantasías nacen, Freud sostiene que el contenido de la primera fase es que el padre no ama a ese otro niño, sino que sólo la ama a ella. Esta satisface por un lado los celos y también sus intereses egoístas.

Puntualiza que esta temprana elección de objeto de amor incestuoso, coincide con el momento en que la vida sexual del niño alcanza el estadio de la organización genital infantil. Conjetura que éste vislumbra de algún modo, la meta sexual normal definitiva y

que los genitales ya desempeñarían un papel en el proceso excitatorio. El varón siente el deseo de tener un hijo con la madre y la niña el de recibir un hijo de su padre. Aunque no sepan cuál sería el camino concreto para cumplir ese deseo, saben que los genitales juegan un papel importante. Esta referencia es previa a 1923, cuando el autor postula la organización genital infantil, enfatizando que el único genital que posee importancia en esta etapa es el falo. Cabe recordar, que Freud sostiene en distintos artículos que la niña no conoce la existencia de su vagina hasta la pubertad. Sin embargo, en este artículo afirma que los niños y las niñas presuponen que los genitales cumplen un rol importante.

Manifiesta que estos deseos incestuosos son luego reprimidos. Enuncia los distintos motivos que impulsarían esta represión, los cuales desarrolla en su artículo “El sepultamiento del complejo de Edipo” en 1924. Cuando este proceso se consuma surge la conciencia de culpa.

Postula que el contenido de la fantasía en la segunda fase, cuando es el propio niño quien recibe los golpes, es la expresión de la conciencia de culpa por el amor al padre. La conciencia de culpa impulsaría la mudanza del sadismo en masoquismo.

El que sea un varón a quien se azota en las fantasías de las niñas es explicado por Freud debido a un complicado proceso que atraviesa la niña. Sostiene que cuando éstas abandonan su amor por el padre es frecuente que lo hagan dejando por completo su rol femenino, reavivan su complejo de masculinidad y sólo desean ser varones. Por eso, en sus fantasías son reemplazadas por niños.

Desde el punto de vista del autor, los niños que expresaron de manera prematura el componente sádico, tendrían mayores posibilidades de realizar un retroceso a la organización sádico-anal. Señala que la represión a raíz de la cual el amor incestuoso permanece inconciente puede afectar la organización genital recién alcanzada, generando una regresión a la anterior. De acuerdo a estas teorizaciones, la fantasía de ser azotado es producto de la conciencia de culpa y el erotismo, no es sólo un castigo por los deseos incestuosos sino también un sustituto regresivo de éste.

Puntualiza que en el caso del varón debería producirse una inversión más, por la cual se sustituye la actividad por la pasividad. Esta en la niña no sería necesaria. Expresa: “Pulsiones de meta pasiva son dadas desde el comienzo mismo, sobre todo en la mujer” (Freud, 1919, p. 190).

Respecto a los hombres, señala que tanto en las fantasías masoquistas como en las escenificaciones, éstos se sitúan en el papel de mujeres, es decir su masoquismo coincide con una actitud femenina. La fantasía de paliza del varón es desde un comienzo pasiva, porque nace de su actitud femenina hacia el padre. Freud concluye que: “En ambos casos la fantasía de paliza deriva de la ligazón incestuosa con el padre” (1919, p. 195).

Manifiesta que en los casos femeninos, la conciencia de culpa “acaso más exigente en sí misma” (Freud, 1919, p. 187) se calma por la cooperación entre la regresión y la represión.

Dio Bleichmar (1997) considera que la explicación de porqué la niña fantasea con que se pega a un niño, es una anticipación de las tesis freudianas sobre la envidia del pene y el rechazo de la niña a su cuerpo. En relación a la fantasía de la escena primaria, manifiesta que de acuerdo a su contenido, la niña supone a la madre padeciendo el coito y gozando con ello. Aquella presupone entonces, que desear tomar el lugar de su madre y recibir el pene del padre implica violencia. Esta fantasía pasiviza a la niña, ya que las fantasías masoquistas serían una representación de la forma habitual en que se sexualiza a la mujer.

La autora sostiene que la sexualidad es para la mujer doblemente amenazante, porque es una pulsión implantada e implica padecer violencia. Desde su perspectiva, la niña frente a la angustia de persecución que le provoca la fantasía de la escena primaria, recurriría al romanticismo, a la mistificación y al encubrimiento de la violencia recurriendo al amor. La violencia del hombre hacia la mujer no es una teoría infantil como lo es la castración fantaseada por el varón.

Dio Bleichmar (1997) destaca que además de la fantasía infantil y la escena primaria deben tenerse en cuenta también el papel, según su postura, cada vez más importante de los medios de comunicación. En ellos aparecen héroes que unen violencia con erotismo. La erotización de la figura del hombre poderoso y violento incidiría en la elección de parejas con estas características.

Desde su punto de vista, Freud ya enuncia en este artículo, la idea que un sufrimiento autoinflingido permitiría expiar sentimientos de culpa. Este sostiene que existiría una equivalencia entre hacerse pegar y el papel que tiene la mujer en las relaciones sexuales. Debido a ello, el varón fantasearía que su padre le pega, ocultando el deseo de que lo ame. La autora sostiene que en la niña, la pasividad no ocultaría un deseo genital sino que implicaría la aceptación de su destino pasivo-femenino.

Plantea que hay interrogantes esenciales que aún no han sido respondidos, respecto no sólo a la violencia de esta fantasía, sino también en cuanto a la culpa. Manifiesta que según las teorías freudianas, el deseo sexual hacia los padres genera en el varón el temor a la castración y en la niña culpa. Propone indagar los motivos por los que en las fantasías de las niñas no habría lugar para el temor al daño a su cuerpo, la amenaza a la integridad física. Cabe interrogarse si ambos géneros reprimen su deseo hacia los progenitores, porqué sólo la niña siente culpa por su sexualidad.

Para Dio Bleichmar (1997) la sexualización que hace la madre a través de los cuidados, transcurre durante un período de la vida de los niños, tanto varones como nenas, en que el significado sexual no se ha instalado en la mente del niño/a. El momento en que el niño comprende este significado coincide temporalmente, con la renuncia que hace el varón del deseo incestuoso y con el sepultamiento de su complejo de Edipo. La niña recién en ese tiempo organiza su relación edípica con el padre y comienza a vivir el deseo incestuoso. Postula que ésta en su estética y gracia no resulta indiferente a la mirada o al gesto de algún hombre adulto. Este dirige hacia ella “una fugaz mirada erótica que genera en la niña un efecto difícil de precisar, pero que hace sentir a la niña desnuda y excitada”

(Dio Bleichmar, 1997, p.170). La iniciativa parte de un adulto pero la niña interpreta esa experiencia en términos de una supuesta provocación de su parte. De acuerdo a la postura de la autora, comienza a construirse en la mente de la niña la teoría sexual infantil de la mujer provocadora. Esta se acompaña de sentimientos como vergüenza, temor y culpa.

Dio Bleichmar (1997) considera que la niña se siente culpable por su sexualidad porque se asume como seductora, como si realmente ella provocara en las relaciones interpersonales al padre, al hombre adulto.

Enfatiza que la relación entre culpa y sexualidad es una cuestión femenina, el varón por su parte tiene un conflicto entre deseos incestuosos y culpa, pero no afecta a toda su sexualidad.

La autora acuerda con Hugo Bleichmar (1997) respecto a la distinción que debe realizarse, según su perspectiva, entre lo que puede entenderse como masoquismo, de otras situaciones y/o condiciones que llevan a que la persona sufra y se autoperjudique, pero que no se deberían a una intencionalidad inconsciente. Afirma que el masoquismo se caracteriza porque se busca el displacer o existe una tolerancia patológica al dolor, porque en otra instancia se genera placer. A diferencia de éste, en el pseudo-masoquismo lo que sucedería es que la persona cae en el displacer. El resultado no es algo que se desea pero no se puede evitar. Distingue de esta forma, lo que él llama dependencia amorosa patológica de masoquismo.

Dio Bleichmar (1997) manifiesta que cuando un hombre sufre, en especial en una relación amorosa, puede solicitar ayuda para tratar de remediarlo. Por el contrario, la mujer considera este sufrimiento como propio de su género.

El segundo artículo en el que Freud desarrolla este tema es “El problema económico del masoquismo” de 1924.

Este trabajo es posterior a “Más allá del principio de placer” (1920), en el cual postuló la pulsión de muerte, a raíz de lo cual revisa su tesis de que todo masoquismo es un sadismo vuelto sobre sí mismo y plantea la existencia de un masoquismo primario.

Sostiene que el masoquismo se presenta en tres formas diferentes. Freud (1924) expresa: “como una condición a la que se sujeta la excitación sexual, como una expresión de la naturaleza femenina y como una norma de la conducta en la vida” (p.167). En base a esto, distingue entre un masoquismo erógeno, uno femenino y uno moral.

El masoquismo erógeno es definido como el placer, el gusto por recibir dolor y está en la base de los otros dos tipos de masoquismo. Lo relaciona con ciertas bases biológicas y constitucionales.

Afirma: “el masoquismo femenino, es el más accesible a nuestra observación, el menos enigmático.” (Freud, 1924, p. 167). Cabe señalar que el autor describe este masoquismo a partir de su experiencia clínica con hombres.

Expresa: “el contenido manifiesto de estas fantasías es ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado... La interpretación más

inmediata es que el masoquista quiere ser tratado como un niño pequeño, desvalido y dependiente pero en particular como un niño díscolo... es fácil descubrir que ponen a la persona en una situación característica de la femineidad, vale decir significa ser castrado, ser poseído sexualmente o parir” (Freud, 1924, p.168).

Manifiesta que debido a ello denomina a esta forma del masoquismo como femenino, a pesar de que muchos de sus elementos apuntan a la vida infantil. Enuncia que luego dará una explicación simple sobre la estratificación superpuesta de lo infantil y lo femenino. Sin embargo, esta equiparación entre los aspectos infantiles, menos desarrollados y la femineidad no es explicada.

En el contenido manifiesto de las fantasías masoquistas se expresa también un sentimiento de culpa, cuando se supone que la persona afectada ha infringido algo que debe expiarse mediante todos esos procedimientos dolorosos y martirizadores.

A través de la descripción que realiza Freud, se advierte que adjudica como propias de la subjetividad femenina, situaciones de humillación y maltrato. Desde esta perspectiva, ser mujer significaría soportar y exponerse a vivencias de este tipo.

Retoma su tesis que la excitación sexual se genera como efecto colateral a raíz de una gran serie de procesos internos. De acuerdo a esta hipótesis, también las experiencias dolorosas y displacenteras podrían generar una excitación sexual. Esta sería la base fisiológica del masoquismo erógeno. La libido desvía esta pulsión destructora hacia afuera, utilizando la musculatura; de esta forma la dirige a los objetos del mundo exterior. Una vez deflexionada, se expresa como pulsión de destrucción, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Considera que parte de ésta es puesta al servicio de la función sexual. Sin embargo, cierto monto de la pulsión permanece en el interior del organismo y es ligada libidinosamente. Esta es la base del masoquismo erógeno, originario.

Freud (1924) expresa:

“El masoquismo erógeno acompaña a la libido en todas sus fases del desarrollo y le toma prestados sus cambiantes revestimientos psíquicos. La angustia de ser devorado por un animal totémico (padre) proviene de la organización oral, primitiva; el deseo de ser golpeado por el padre, de la fase sádico-anal, que sigue a aquella; la castración si bien desmentida más tarde, interviene en el contenido de las fantasías masoquistas con sedimento del estadio fálico de organización, las situaciones de ser poseído sexualmente y de parir, características de la femineidad, derivan de la organización genital definitiva” (p. 170).

El autor propone una íntima vinculación entre el masoquismo y el género femenino. En base a su explicación de cómo se genera éste en su expresión originaria, cabe preguntarse sobre la influencia que puede tener el hecho de que culturalmente la mujer tenga menores posibilidades de dirigir la pulsión de muerte hacia afuera. De acuerdo a su teoría, la pasividad que caracteriza a las mujeres contribuye a las actitudes

masoquistas. Esta actitud pasiva es considerada natural en la mujer. No tiene en cuenta en su lectura la presión y la determinación que poseen las pautas sociales sobre los comportamientos pertinentes para cada género, para comprender esta falta de acción por parte de las mujeres.

Respecto a la tercera forma de masoquismo, el moral, Freud señala que éste parece haber aflojado su vínculo con la sexualidad. Su forma patológica se observa en los pacientes que presentan una reacción terapéutica negativa a causa de su culpa inconciente.

Realiza una distinción entre el masoquismo moral y la inconciencia de una hipermoral. En esta última, el sadismo acrecentado está en el superyó, al cual el yo se somete. En el masoquismo moral, este sadismo ha recaído sobre el yo, quien pide castigo sea de su superyó o de los padres. En ambos casos, se trata de una relación entre el yo y el superyó. El resultado es una necesidad que se satisface mediante castigo y padecimiento. El sadismo del superyó deviene conciente a diferencia del afán masoquista del yo, que permanece oculto y se reconoce a través de las conductas.

Freud manifiesta que se puede reemplazar la expresión sentimiento inconciente de culpa por necesidad de ser castigado por un poder parental. El deseo de ser golpeado por el padre tan frecuente en las fantasías, está relacionado con otro deseo, el de entrar con él en una vinculación sexual pasiva femenina. Arriba a la conclusión que la conciencia moral y la moral nacieron luego del sepultamiento del complejo de Edipo. En el masoquismo moral, este complejo es reanimado. Conjetura que para provocar el castigo por parte de esta última subrogación de los progenitores, el masoquista se ve obligado a hacer cosas inapropiadas, a trabajar en contra de su propio beneficio, a destruir las perspectivas que se le abren en el mundo real y eventualmente a aniquilar su propia existencia real.

El autor sostiene que la reversión del sadismo hacia la propia persona se debe a la sofocación cultural de las pulsiones.

Dio Bleichmar (1997) enfatiza que en este artículo el autor propone una equivalencia entre masoquismo y femineidad, partiendo de sus experiencias con hombres neuróticos que se imaginaban padeciendo el coito y el parto. Destaca que la palabra padecer parece ser utilizada con la intención de subrayar el componente doloroso y sufriente del placer. Instala la idea que quien sea penetrado por el pene paterno deberá soportar una dosis de dolor. Este sufrimiento implicaría tanto el dolor físico como la pasividad en el acto.

La calificación de femenino es utilizada para explicar escenas de maltrato que no necesariamente coinciden con escenas de coito, castración o parto, sino que éste es un significado que Freud le atribuye.

Dio Bleichmar (1997) señala que el autor postula en “Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la Genesis de las perversiones sexuales” (1919) y “El problema económico del masoquismo” (1924) hipótesis respecto a la femineidad, previas a sus escritos más específicos sobre la mujer. La mujer es biológicamente pasiva, sumisa y masoquista. Estas cualidades se deberían a las experiencias psicobiológicas de la regla,

desfloración, parto y cuidado del bebé. La tríada del masoquismo de la mujer: castración y parto-maternidad va a constituirse e instituirse en la normalidad obligada de su desarrollo psicosexual. La niña debe abandonar su complejo de masculinidad a través de una posición masoquista.

Respecto al masoquismo moral, Dio Bleichmar (1997) sostiene que la ley de género sanciona a la mujer desde su propio interior por medio, del sentimiento de autopercepción, sensación de falta y de culpa. Si como mujer no cuida sus relaciones, sean filiales, fraternas y conyugales será castigada, “no siendo una buena mujer” (Dio Bleichmar, 1997, p. 176).

Manifiesta que la niña, la joven y la mujer pasan por distintas experiencias que son acompañadas por el displacer y que fue a éstas, a las que el psicoanálisis calificó de masoquismo.

Acuerda con Freud en que en el género femenino diversas situaciones o acontecimientos displacenteros se encuentran erotizadas o investidas de valor narcisista, lo cual lleva a la mujer a reproducirlas en lugar de oponerse y luchar contra ellas. Considera que es necesario realizar un análisis de la convergencia que existe entre las fantasías, los mitos y las instituciones de lo simbólico que han llevado a caracterizar la femineidad mediante figuras de sufrimiento, de castigo y de vergüenza. Postula el concepto de masoquismo defensivo para referirse a un sufrimiento que permite neutralizar, disminuir y controlar al menos en parte, otro peligro o sufrimiento mayor. Desde su punto de vista, éste sería de utilidad para comprender las múltiples formas y funciones del masoquismo en la mujer.

Meler (2013) sostiene que Freud al estudiar la particularidad humana de obtener placer del dolor, se alejó de la versión funcional de la sexualidad y del psiquismo. Sin embargo, no comparte la vinculación que realizó entre la meta sexual femenina, caracterizada como pasiva, con la obtención del placer en el dolor, generando la categoría de masoquismo femenino.

La autora señala que si se acepta que la meta sexual normal femenina es pasiva y la pasividad se transforma en deseo de castigo por regresión, se está propiciando la hipótesis que muchas mujeres soportan el castigo por encontrar en él, un equivalente de la satisfacción erótica. Se desplegaría de esta forma una escena de carácter extremadamente humillante, ya que al hecho de ser objeto de malos tratos se agrega el supuesto de que esa condición complace a la víctima.

Para Meler, la posesión sexual es una metáfora que expresa fantasías eróticas asociadas al hecho de ser dominada. Estas fantasías en las que existe una referencia a la entrega, son parte de una amplia gama de deseos parciales propios de la sexualidad humana. Afirma que la dominación intergenérica ha propiciado estos deseos en las mujeres y los ha reprimido severamente en los hombres. La asimilación generalizada de la posición femenina al deseo de ser poseída, está basada en afirmaciones construidas de modo ideológico, e implica una replicación de la violencia patriarcal dentro de la teoría psicoanalítica. Esta violencia consiste en la denegación de la existencia de deseos activos

y aún sádicos en las mujeres, que pueden ponerse en juego de forma flexible, según el momento y las características del vínculo.

Asevera que se ha confundido la sexualidad femenina con las fantasías masculinas respecto de la posición sexual femenina, fantasías teñidas de sadomasoquismo, que son prototípicas de los varones durante la pubertad.

La autora valora el concepto de masoquismo erótico, que permite captar el aspecto pulsional de las relaciones de dominio y maltrato. Sin embargo, propone utilizar el concepto de “erogeneidad de subordinación” (Meler, 2013, p.209). Este hace referencia al hecho que los sujetos inmersos en situaciones penosas, potencialmente traumáticas, recurren como forma de ligar la cantidad de estímulo que los desborda, a la coexcitación erótica. A diferencia del concepto de masoquismo femenino, que naturaliza la asociación entre feminidad y sufrimiento, el de erogeneidad de subordinación presenta la ventaja de ser extensible a los niños varones, los ancianos u otros sujetos expuestos a abusos o torturas.

Afirma que en la actualidad existen modelos alternativos para explicar el masoquismo femenino, que naturalizó la tendencia femenina al sometimiento y a la búsqueda del dolor a través del autosacrificio. Esta tendencia subjetiva puede ser comprendida hoy, como el correlato de los arreglos culturales que establecen la dominación masculina y sus modos peculiares de inscribirse en el psiquismo.

Benjamin (1996) sostiene que fue el mismo Freud quien brindó las herramientas para analizar la dominación como un problema que no es de la naturaleza humana sino de las relaciones, de la interacción entre la psique y la vida social. Considera que éste es un problema que no debe definirse sólo en términos de agresión y exigencias civilizadas, sino también como una extensión de las cadenas del amor. Propone un análisis del interjuego que existiría entre el amor y la dominación.

Asevera que lo extraordinario en la discusión de la autoridad a lo largo de todo el pensamiento psicoanalítico es que se refiere exclusivamente a un mundo de hombres. La mujer no tiene parte en esta lucha, salvo como premio. La subordinación del género femenino al masculino se da por sentada, es invisible.

Manifiesta que es a partir de las teorizaciones psicoanalíticas que puede iluminarse la génesis de la estructura psíquica en la que una persona representa al sujeto y la otra debe servirlo como su objeto. La masculinidad y la femineidad están asociadas con las condiciones de amo y esclavo. Desde su punto de vista, estas posiciones son el resultado de la diferente relación de los varones y las niñas con su madre y su padre.

La autora explicita que trabaja desde una postura intersubjetiva. Desde ésta se propone pensar las relaciones humanas como una interacción intersubjetiva entre partenaires activos, con el objetivo de evitar la unidad dual complementaria objeto-sujeto, en la cual no queda espacio para la igualdad. Desde su perspectiva, el “estar con anula las posiciones entre el poderoso y el desvalido, el activo y el pasivo, contrarresta la tendencia a objetivar y negar reconocimiento al más débil o diferente, al otro” (Benjamin, 1996, p. 67).

Es a partir de estas hipótesis que propone una lectura del masoquismo que difiere con la propuesta por Freud.

Benjamin (1996) conjetura que en las fantasías de dominio erótico está presente tanto el deseo de independencia como el de reconocimiento, ambos fundamentales en el desarrollo del niño.

Postula que lo que se ve en el sometimiento voluntario al dominio erótico es una paradoja en la cual el individuo trata de liberarse por medio de la esclavitud, a través del sometimiento al control.

El masoquismo es una búsqueda de reconocimiento a través de otro poderoso como para otorgarlo. Este tiene el poder que el sí mismo anhela. Cuando este otro reconoce, el sujeto siente que obtiene ese poder por sustitución. El placer sádico no consiste en el goce directo del dolor, sino en el reconocimiento del poder sobre el otro.

Considera que el problema del masoquismo fue simplificado por Freud cuando afirmó que el masoquista obtiene placer en el dolor. Explicita que la teoría psicoanalítica actual entiende que el dolor, sólo conduce al placer cuando involucra el sometimiento a una figura idealizada. Sostiene que las relaciones de dominación se nutren del mismo deseo de reconocimiento que el amor.

Manifiesta que el interrogante central es cómo el sadismo y el masoquismo llegaron a asociarse con la masculinidad y la femineidad. Para comprender los orígenes del dominio masculino y la sumisión femenina se debe tener en cuenta el curso característico de cada género en el proceso temprano de diferenciación.

Benjamin (1996) expresa: “los varones descubren que no pueden llegar a convertirse en ella, sólo pueden tenerla. Este descubrimiento conduce a una ruptura de la identificación que las niñas no tienen que sufrir. Los varones logran su masculinidad negando la identificación o unidad originales con la madre” (p. 99).

A raíz de ello, la madre no es reconocida como una persona independiente, es decir como otro sujeto, sino como un objeto o instrumento. y el amor. La autora enfatiza que la identidad masculina “privilegia la diferencia por sobre el compartir, la separación por sobre la conexión, los límites por sobre la comunión, la autosuficiencia por sobre la dependencia” (Benjamin, 1996, p.100).

El complemento de la negativa masculina a reconocer al otro es la aceptación por la propia mujer de su falta de subjetividad, su disposición a ofrecer reconocimiento sin esperarlo a cambio. El ideal clásico de la maternidad es un prototipo de abnegación encubre esa falta de subjetividad. Enfatiza que el hombre niega al otro y la mujer se niega a sí misma. La mujer no pone énfasis en la independencia. La relación de la niña con la madre que enfatiza la fusión y la continuidad a expensas de la individualidad y la independencia, proporcionaría un terreno propicio para el sometimiento.

Desde su perspectiva, el masoquismo refleja la incapacidad para expresar el propio deseo y la propia capacidad de acción. La mujer masoquista resigna su voluntad porque el ejercicio de la independencia es experimentado como peligroso. En el

sometimiento erótico, el miedo al poder del amo ocupa el lugar del temor más profundo, el de la separación que se siente como muerte.

En el artículo “El yo y el ello” de 1923, Freud postula un nuevo modelo de aparato psíquico compuesto por tres estructuras: el ello, el yo y el superyó.

A partir de esta segunda tópica: inconciente, preconciente y conciente ya no serán sistemas sino cualidades de lo psíquico.

Conjetura que sólo el ello está presente desde un comienzo; el yo y el superyó se desarrollarían de manera progresiva.

Cabe señalar que el autor describe un proceso de constitución del aparato que sería válido, desde su punto de vista, para todos los individuos independientemente de su género y la cultura en la que se encuentren inmersos. El varón es tomado como modelo para explicar y ejemplificar el modo en que se conforman y desarrollan las estructuras psíquicas. En este momento de su obra, Freud considera que en la mujer todo sucede de manera análoga a éste.

Dio Bleichmar (1985) sostiene que las estructuras que componen el aparato psíquico propuesto por el padre del psicoanálisis tienen un desarrollo diferente según sea niña o niño. Considera que el género actúa como un articulador que imprime diferencias en la constitución del yo y el superyó. El resultado de las divergencias en el desarrollo del aparato deriva en diferencias en los modos de acción así como de pensamiento de hombres y mujeres. Afirma que el género es una estructura amplia y compleja que se configura desde un comienzo en el intercambio intersubjetivo inconciente del niño y la niña con sus figuras parentales.

Este artículo freudiano es valorado por diferentes estudiosos como un hito a partir del cual, el autor le otorgó mayor importancia al otro en la constitución del psiquismo.

Dio Bleichmar (1997) considera que esta tópica es precursora de las teorías que pusieron el acento en la intersubjetividad como elemento fundamental en el desarrollo psíquico. Desde esta perspectiva, la noción de yo cobra toda su importancia. Sostiene que los descubrimientos del narcisismo, de la importancia de las identificaciones en la constitución del psiquismo y la instancia del ideal, lo condujeron a complejizar la tópica psíquica. Señala que el yo es desde su origen una representación del sí mismo/a genérico. Es decir, el género es uno de los atributos constitutivos del yo desde su origen.

Freud plantea que el yo es una parte del ello que se vio alterada por la influencia directa del mundo exterior, mediante el sistema percepción conciencia. Manifiesta que además de las experiencias, otro factor de gran importancia para el desarrollo y diferenciación del yo es el propio cuerpo. Desde su superficie surgen simultáneamente percepciones internas y externas que proporcionan dos clases de sensaciones. Freud (1923) expresa: “El yo es sobre todo una esencia-cuerpo, no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie” (p. 27).

La importancia que el autor le otorga al cuerpo y a las sensaciones que desde él fluyen también son tenidas en cuenta por las teorías que incluyen la perspectiva de género.

Estas critican la teoría freudiana por reducir en última instancia las divergencias entre masculino y femenino a la diferencia anatómica. Sin embargo, no desconocen la importancia del cuerpo en la constitución del psiquismo. Elise (1997) propone reservar el término mujer para designar el cuerpo femenino y el concepto de femineidad primaria para referirse a las identificaciones e identidad de género.

Dio Bleichmar (2010) considera que la femineidad primaria de la niña es un grupo de representaciones de su cuerpo y de las identificaciones primarias con el cuerpo de la madre, antes de conocer la diferencia entre los sexos. Enfatiza que no debe intentar separarse las representaciones del cuerpo y las identificaciones como procesos diferentes, porque la comunicación intersubjetiva tiene lugar dentro de la relación de apego temprana.

Glocer Fiorini (2015) afirma que la forma de delimitar un yo corporal nunca es neutra, sino sexuada, deseante y genérica. Sostiene que al analizar el espacio intersubjetivo relacional generado entre el otro materno y el recién nacido, puede advertirse que se despliegan variables diferentes para el varón o la niña. Expresa que el lenguaje, los silencios, los contactos y las miradas entre la madre y su hija/o son diferentes según sea una niña o un niño.

En el capítulo III de este artículo, Freud utiliza el concepto de identificación para describir la formación del superyó. Este proceso psíquico inconciente ya había sido utilizado por él en “Duelo y melancolía” (1917) para explicar cómo una investidura de objeto es relevada por una identificación. También se había referido al concepto en “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921). En este texto, específicamente en el capítulo VII se refiere a la identificación como el vínculo humano más primitivo. Propone diferenciar este tipo de identificación a la que denomina primaria, de las que había postulado en 1917, a las que llama secundarias. Esta disquisición tiene el fin de distinguir entre aquéllas que son previas a la constitución del yo y resultan decisivas para su conformación, del resto que tendrán lugar en momentos evolutivos posteriores y que podrán generar mayores o menores modificaciones en esta estructura.

Destaca que este proceso identificatorio también ocurre en momentos muy tempranos y es fundamental en la constitución del yo. El carácter de éste, sería producto de una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contendría la historia de las elecciones de objeto. En la fase oral del individuo, no se puede distinguir entre investidura de objeto e identificación. El ello, que siente las aspiraciones eróticas como necesidades inviste a los objetos que las satisfacen. El yo que es en un principio sumamente endeble no puede rechazar las acciones del ello. Las identificaciones primarias son directas e inmediatas y más tempranas que cualquier investidura de objeto. Los efectos de éstas serán universales y duraderos. En momentos posteriores del desarrollo, cuando el objeto sexual debe ser resignado, sobreviene una alteración del yo producto de que el objeto se erige en éste.

Freud expresa: “En los rasgos de carácter de mujeres que han tenido muchas experiencias amorosas, uno cree poder pesquisar fácilmente los saldos de sus investiduras de objeto” (1923, p. 31).

Podría conjeturarse que el autor considera que el yo de las mujeres tenía una mayor propensión a modificarse como resultado de las relaciones de objeto. También afirma que el vínculo de éstas con los hombres era tan significativo que tenía la capacidad de introducir cambios en el yo de ellas. Si se tiene en cuenta que identificación y relación objetal pueden convivir, puede relacionarse esta hipótesis con la teoría popular que la mujer se hace a semejanza de su marido o que cada hombre hace a su mujer.

Es importante destacar que también indica que lo normal es que el yo a medida que se fortalece, desarrolle cierta resistencia a las identificaciones, evitando variaciones constantes.

Postula que en la génesis del ideal del yo, se encuentra la identificación con el padre de la prehistoria personal. Cabe destacar que a pie de página, Freud señala que tal vez se debería decir con los progenitores, ya que padre y madre no se valoran como diferentes antes de conocer la diferencia de los sexos, es decir la falta de pene en la mujer. Esta conjetura no es compartida por autores/as postfreudianos que trabajan incluyendo la perspectiva de género. Ellos consideran que el niño y la niña pueden diferenciar a su padre y a su madre como representantes de géneros disímiles, a una edad temprana y sin conocer la diferencia sexual anatómica entre ellos.

Dio Bleichmar (2010) plantea que desde el paradigma de la intersubjetividad, el concepto de identificación ha adquirido mayor relevancia y complejidad. La autora comparte la postulación de Laplanche (2007), quien propone cambiar el concepto de identificado con por identificado por. Considera que de esta manera se hace mayor énfasis en cómo la madre identifica a la niña o al niño, además de cómo ellos se identifican con su madre. Destaca así que el proceso identificatorio es bidireccional.

Dio Bleichmar (2010) explicita que tal como lo señaló Freud en el capítulo VII de “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) y retoma en este artículo de 1923, el proceso de identificación primaria tiene lugar muy pronto, pero es un proceso iniciado y mantenido por los adultos en la relación con sus hijos, que a su vez iniciará la identificación activa de la niña con la femineidad de su madre.

Freud recurre al varón para describir cómo ocurriría el proceso que da lugar a la formación del superyó. Afirma que éste en una época temprana desarrolla una investidura de objeto hacia la madre y simultáneamente se identifica con su padre. Ambos vínculos conviven por un tiempo, hasta que por el refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre y por la percepción que el padre es un obstáculo para estos deseos, surge el complejo de Edipo.

Cabe destacar que en este artículo, el autor introduce por primera vez el concepto de un Edipo completo, es decir positivo y negativo, tanto para el varón como para la niña.

Manifiesta que a raíz de la disolución del complejo de Edipo la investidura de objeto de la madre debe ser resignada. Este proceso puede tener dos resultados, el niño puede identificarse con la madre, o bien reforzar su identificación con el padre. Este último desenlace sería para Freud el más probable y le permitiría conservar el vínculo tierno con la madre.

El autor afirma que de este modo la masculinidad experimentaría una reafirmación en el carácter del varón por obra del sepultamiento del complejo de Edipo. Esta conjetura ha sido retomada por quienes sostienen que la masculinidad y la femineidad se constituyen de manera temprana y de forma independiente de la diferencia de los sexos. Parece reconocer que el género estaría presente desde antes de atravesar el complejo de Edipo, cuya resolución daría como resultado una acentuación o no de estos caracteres, ya presentes de manera incipiente.

Dio Bleichmar (1997) sostiene que con esas conjeturas Freud ofreció la posibilidad de pensar el origen y estructuración del par femineidad/ masculinidad, independientemente del complejo de castración. Considera que el autor hace referencia a la identificación primaria como un proceso constitutivo de la masculinidad, previo al complejo de Edipo. Expresa que los aspectos masculinos con los que el niño se identifica son los aspectos inherentes al padre como ser social. Estos incluirían las conductas de cuidado de los niños o la ausencia de éstas, el dominio del cuerpo vinculado con la fuerza de acción en el espacio público, la selección de actividades y preferencias así como su prestigio por ser una persona no doméstica.

Esta autora considera que si el niño quiere parecerse a su padre es porque éste se ha convertido en su ideal, ha realizado una identificación al idéntico, al doble. Esto significaría que en la etapa preedípica se organiza un ideal de género, un prototipo, al cual se toma como modelo y el yo tiende a conformarse de acuerdo a éste.

Freud realiza una distinción respecto a lo que sucede con la niña. Expresa que de forma análoga al varón, la actitud edípica de ésta, puede desembocar en un refuerzo de su identificación con la madre o en el establecimiento de esta identificación, dando como resultado una afirmación de su carácter femenino. Desde este punto de vista, existiría una masculinidad presente desde los primeros momentos pero no así la femineidad, que podría surgir en algunos casos, sólo luego del Edipo. Estas conjeturas concuerdan con lo sostenido por el autor, respecto a la masculinidad primaria en las niñas y su concepción de que la femineidad sólo se logra luego de un largo proceso que incluye el complejo de Edipo.

Dio Bleichmar (1997) a diferencia de Freud manifiesta que como resultado del complejo de Edipo el niño y la niña definirán hacia qué sexo dirigirán su deseo, es decir se establecerán los cimientos de su futura heterosexualidad u homosexualidad. Pero tanto, una como la otra descansan sobre un núcleo que no se cuestionará, que es el género del niño y el de sus padres, establecido de forma previa.

El fundador del psicoanálisis postula que cuando la niña debe renunciar a su padre como objeto de amor, retoma y destaca su masculinidad y se identifica no con la madre

sino con el padre. Manifiesta que esto puede ocurrir o no, en función de la intensidad de las disposiciones masculinas de la niña. En sus textos posteriores, este comportamiento será considerado como parte de la etapa de masculinidad primaria por la que toda niña atraviesa.

Al describir el complejo de Edipo completo, el autor señala que el niño no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre y una elección tierna de objeto en favor de la madre, sino que se comporta también simultáneamente, como una niña, mostrando una actitud femenina, tierna hacia el padre. A través de esta distinción entre las actitudes femeninas y masculinas, se advierte que la ternura es considerada por Freud como propia de la mujer, mientras que el desear es una posibilidad del varón.

El autor señala que a raíz del complejo de Edipo completo, las cuatro aspiraciones se desdoblan de tal manera que de ellas surgen una identificación padre y madre. La identificación con el padre retendrá como objeto a la madre y la identificación madre retendrá como objeto al padre. La diversa intensidad con que se realicen estas identificaciones mostrará la desigualdad de ambas disposiciones sexuales. Postula que como resultado de la disolución del complejo de Edipo tendría lugar en el yo una sedimentación de las dos identificaciones descriptas, unificadas entre sí. Esta alteración del yo toma una posición especial, se enfrenta al yo como ideal del yo o superyó.

Considera que el superyó conserva el carácter del padre y que cuanto más intenso haya sido el complejo y más rápido se hayan reprimido estos deseos, más riguroso será éste. Dentro de los factores que inciden para que se produzca la represión, menciona la influencia de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza y la lectura. Podría pensarse que en este texto el autor le otorga a los factores externos y culturales un peso mayor al que les atribuirá más tarde en su obra.

Freud describe la constitución del superyó de la misma forma para niñas y niños. En artículos posteriores, señalará divergencias en la manera en que esta estructura se conforma en varones y en mujeres, lo que daría como resultado profundas diferencias éticas entre unos y otras.

Gloer Fiorini (2015) sostiene que existe una diversidad entre los ideales masculinos y femeninos, tanto preconcientes como inconcientes. Estos se constituyen como ideales del yo y demarcan un campo identificador antes del acceso a la diferencia sexual. La autora vincula éstas con el género y no con la anatomía, como postula el autor.

En el artículo “La organización genital infantil” de 1923, Freud señala que si bien en un principio sostuvo que la sexualidad infantil era muy distinta a la adulta, luego advirtió que la aproximación entre ambas era superior a lo que había discernido en un comienzo.

Había conjeturado previamente que el niño también realiza una elección de objeto, lo cual antes era pensado como propio del adulto. Durante la infancia el conjunto de las aspiraciones sexuales se dirigen a una persona única y en ella quieren alcanzar su meta.

La diferencia entre la sexualidad infantil y la adulta radicaba entonces en que la unificación de pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no se establecía durante la infancia.

En este texto, el autor postula una nueva fase de la libido: la organización genital infantil. Manifiesta que en ella no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales. Sin embargo, el interés por éstos y la masturbación adquiere una significatividad dominante. Lo que caracteriza a esta organización es que para ambos sexos el genital que cobra gran importancia es el masculino. Es decir, no hay una primacía genital sino un primado del falo. Los niños y las niñas no poseen una representación de la diferencia sexual.

Cabe destacar, que el autor ya había mencionado en textos previos que la niña desconoce la existencia de su vagina, postura que sostiene, afirmando que sólo existe un sexo para ambos, el masculino. Desde esta conjetura, podría pensarse que las niñas y niños no notan entre sí diferencia alguna, a tal punto que se consideraban incluso iguales anatómicamente.

Esta hipótesis es criticada y revisada por distintos/as autores/as que han incluido en sus estudios la perspectiva de género. Estos planean que la nena y el varón de forma muy temprana reconocen la diferencia entre géneros y su pertenencia a uno u otro.

Dio Bleichmar (1997) manifiesta que la dificultad para concebir a la mujer como diferente, con procesos de subjetivación propios y no análogos a los de los hombres, sesgó los estudios y las conclusiones a las que arribó el padre del psicoanálisis.

Fernández (1992) propone una deconstrucción de las teorías freudianas, centrando el análisis en los a priori históricos desde donde se construyeron éstas. Intenta dilucidar las categorías de pensamiento, a partir de las cuales el autor pudo pensar, ordenar y postular sus hipótesis sobre la sexualidad femenina.

La autora adhiere a la tesis de Foucault (1969) que postula que a partir de la modernidad, el hombre se constituyó en la medida de todas las cosas. A partir de esta perspectiva ya no se trabajó y pensó sobre las identidades y diferencias entre los seres humanos, sino que se propició un pensamiento de lo mismo. A partir de este a priori se conformó un principio de ordenamiento lógico que implicó la exclusión, segregación y jerarquización particular de lo otro, de lo diferente. Señala que fue dentro de estos parámetros que Freud pensó la identidad y la diferencia sexual. Esto habría generado la homologación de lo genérico humano con lo masculino, invisibilizando la subjetividad femenina y dejando fuera del campo de estudio todos los aspectos femeninos no análogos a los de los varones.

Para Fernández (1992) pensar la diferencia sexual desde el a priori de lo mismo implica organizar los instrumentos conceptuales desde las analogías, las comparaciones jerarquizadas y las oposiciones dicotómicas. Acuerda con Irigaray (1974), en que éstos fueron los procedimientos lógicos que hicieron posible la ilusión de la simetría. Considera que pensar la sexualidad de las mujeres desde parámetros masculinos ha generado un obstáculo conceptual. Este provocó que quedaran por fuera de la teoría freudiana aspectos

de la sexualidad femenina tales como la libidinización de su anatomía sexual y prácticas placenteras que no tienen un símil con el varón.

En este artículo de 1923, Freud hace mención a las creencias que poseen los niños y que había descrito en “Sobre las teorías sexuales infantiles” de 1908. Ubica la teoría fálica, de castración y de la cloaca en la organización genital infantil, aunque aclara que la última la excede en duración. Afirma que éstas están presentes en todos los niños y las niñas, es decir no existe desde su perspectiva, ninguna diferencia por género.

Es importante destacar que reconoce que sólo puede describir lo que sucede con el varón y que carece de un conocimiento respecto a los procesos correspondientes en la niña. Sin embargo, generaliza sus hipótesis a ambos sexos.

En relación a la conceptualización y a la generalización que Freud realizó de las teorías sexuales infantiles, Dio Bleichmar (1997) sostiene que es importante tener en cuenta que fueron hechas en base al análisis de adultos y los datos que el padre de Juanito le proporcionó.

Señala que los estudios realizados por varios/as autores/as que trabajan desde la perspectiva de género se basan en la observación de niñas pequeñas. Esto se realiza con el objetivo de construir conceptos específicos y propios que permitan dar cuenta del desarrollo sexual femenino.

Considera que es necesario aclarar que son teorías y no fantasías. Estas son producciones del yo, pensamientos manifiestos procesados de acuerdo a la lógica secundaria y a la capacidad cognoscitiva propia de la edad y del nivel de información que dispone el niño.

La autora piensa que es preciso plantearse el interrogante, sobre la cuestión de si estas teorías son iguales en niñas y en niños.

Sostiene que las hipótesis propuestas por el padre del psicoanálisis parten de las experiencias y los significados sexuales procesados por el varón. Esto habría implicado que permaneciera oculto el significado del papel diferente de los sexos en las tareas reproductivas, los deseos sexuales infantiles y los modelos de femineidad/masculinidad hacia los cuales dirigen su mirada las niñas para conformar su identidad de mujer.

Desde su perspectiva, como producto del desconocimiento de la experiencia y subjetividad de la niña, se ha generado en la propuesta teórica un sesgo de género, lo que convertiría las teorías freudianas sobre la sexualidad femenina en una teoría de los adultos, encubridora, represiva y que segrega la femineidad de la sexualidad femenina.

Este es el último artículo en que el autor describe el desarrollo sexual como semejante para niñas y niños. La primacía del falo en ambos géneros tendrá consecuencias psíquicas diferentes e importantísimas para el futuro hombre y mujer. Su presencia o ausencia será la razón por la cual luego de atravesar la organización infantil cada uno de los sexos continuará por caminos diversos su evolución.

Manifiesta que el varón percibe que hombres y mujeres no son iguales, pero carece de conocimientos que le permitan relacionarlo con una diversidad de sus genitales. Podría

conjeturarse que en esta oración hace referencia a la diferencia que los niños reconocen entre géneros, por la vestimenta, las conductas, las actividades que realizan, entre otras.

En este sentido, Dio Bleichmar (1997) enfatiza que tanto los niños como las niñas desde muy pequeños distinguen entre sí a su mamá y su papá, pero no por sus diferencias genitales sino por el género, papá es hombre y mamá es mujer.

La autora comparte lo sostenido por Money (1998) respecto a que los órganos del niño para la identificación y diferenciación del género son en primer lugar los ojos, los oídos, la piel y en menor grado el gusto y el tacto.

Freud expresa que para el niño es natural presuponer que todos los otros seres vivos, humanos y animales, poseen un genital parecido al suyo. Este busca hasta en las cosas inanimadas una forma análoga a su pene. A pie de página señala que el varón le presta escasa atención a los testículos. Esta aclaración pone en evidencia que en esta organización tampoco habría un primado del genital masculino sino del falo.

Dio Bleichmar (1997) destaca que no debe olvidarse que falo remite en última instancia al pene, haciendo referencia a su presencia o ausencia, pero siempre remite al órgano concreto.

Freud postula que esta parte del cuerpo que se excita con facilidad es fuente de numerosas sensaciones y despierta el interés del niño planteándole de manera continua nuevas tareas a su pulsión de investigación. Se advierte el íntimo vínculo que establece entre este órgano y el deseo de saber. Cabría preguntarse sobre qué sucede con la curiosidad en la niña. Esta no posee pene y por lo tanto, carecería de sensaciones que despierten su interés por conocer. En el símil que el autor establece entre pene y clítoris no hace referencia a si este órgano inacabado es capaz de generar sensaciones que pongan en movimiento la pulsión epistemofílica.

Sostiene que producto de sus indagaciones, el niño llega a descubrir que el pene no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él. Su reacción frente a las primeras impresiones de la falta de pene es desconocer esta ausencia. Los niños creen verlo, disimulan la contradicción entre su observación y el prejuicio, creyendo que aún es pequeño y ya va a crecer. El autor introduce mediante esta descripción un nuevo mecanismo de defensa, la desmentida.

Cuando el varón acepta que el pene no está, concluye que estuvo presente y fue removido. La falta de pene es entendida por el niño como el resultado de una castración. Esta es la segunda teoría sexual infantil, con la cual el niño puede responder al interrogante de la diferencia de los sexos. Esta a su vez genera en él la angustia de sufrir el mismo ese castigo.

Afirma que es necesario para poder comprender el significado del complejo de castración tener en cuenta que éste surge en una fase en que el falo tiene su primado.

El complejo de castración y la actitud de cada uno de los géneros ante él, debido a sus diferencias anatómicas, es un concepto central en la teoría freudiana para comprender y explicar la constitución de la femineidad.

Dio Bleichmar (1997) manifiesta que la teoría de la castración es dependiente en tanto producción cognitiva, lógica y consciente de la inteligencia preoperatoria, es decir de lo engañoso de los datos sensorio-perceptivos. Señala que todas las explicaciones a las que los niños y niñas arriban en este momento son reelaboradas posteriormente mediante datos que aporta la inteligencia operatoria, que actúa de manera independiente respecto de los datos de percepción. Sostiene que ésta debería ser descartada como lo son tantas otras explicaciones falsas que elaboran los niños en el curso de su desarrollo evolutivo. Sin embargo, advierte que según las proposiciones freudianas, ésta permanecería en el inconsciente.

Freud considera que del convencimiento por parte del niño de la ausencia de pene en la mujer puede surgir en éste, un menosprecio por la mujer, horror a ella y disposición a la homosexualidad.

Postula que el niño no generaliza rápidamente su observación de que el sexo femenino no posee pene. Él cree que sólo mujeres despreciables, culpables de las mismas mociones prohibidas en las que él también incurrió, perdieron el genital. Pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene.

El concepto de mujer o madre fálica propuesto por el autor se encuentra en revisión y ha sido objeto de numerosas críticas.

Dio Bleichmar (1997) sostiene que el artículo freudiano “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” de 1910, es central para comprender el desarrollo de la tesis sobre la fantasía de la madre y/o mujer con pene, en la teoría psicoanalítica.

Considera que este término adquirió relevancia en el cuerpo teórico, producto del sesgo de género que tuvo el autor, en el proceso de la reconstrucción a posteriori de los recuerdos del caso que analiza.

Critica este concepto afirmando que surgió porque se le atribuyó al poder real de las mujeres, la calificación de fálico. La autora hace referencia a la posibilidad de gestar, amamantar, la belleza de la mujer, entre otras capacidades y cualidades femeninas.

Expresa que las instituciones nominan la experiencia y la violentan desde lo simbólico, otorgando un sentido fálico donde sólo existen atributos femeninos.

Manifiesta que en la teoría psicoanalítica, la ecuación activa=omnipotente=masculina=fálica ha sido sostenida y repetida por los autores/as postfreudianos/as sin crítica alguna.

La teoría de la madre fálica en el varón no puede ser anterior al reconocimiento de la diferencia sexual.

Conjetura que en la niña no existiría la suposición de que todos poseen un pene, no al menos hasta antes de descubrir la diferencia sexual. Cuando posteriormente ésta le atribuye a alguna mujer la posesión de un pene lo hace como símbolo de poder o de inteligencia. Esto revelaría que está presente en esa asignación, un juicio de valor de género.

Desde su punto de vista, tanto la niña como el varón desarrollan la teoría de la madre fálica, para restituir una imagen de poderío materno. El poder que para ellos posee su madre es producto del vínculo que se establece entre madre e hijo. Es cuando la madre en tanto mujer, se instituye como incompleta e imperfecta que la masculinidad le es atribuida, buscando que no pierda por completo su poder.

Freud plantea que para el niño ser mujer no coincide aún con la falta de pene. Cuando el niño aborda los problemas del nacimiento de los niños y comprende que sólo las mujeres pueden parir hijos, aceptará que la madre tampoco posee un pene. Sin embargo, esto no deriva en el descubrimiento de los genitales femeninos. Mediante la teoría sexual infantil de la cloaca, el niño sostiene que el bebé vive en el intestino de la madre y es parido por el ano. Considera que durante el desarrollo sexual infantil la polaridad sexual experimenta distintas mudanzas. La primera oposición se conforma con la elección de objeto que presupone un sujeto y un objeto. En el estadio de la organización pregenital sádico anal, ésta es activo pasivo.

En la organización genital infantil hay algo masculino pero no algo femenino por lo tanto la oposición es masculino o castrado.

En la pubertad la polaridad sexual es entre masculino y femenino. Para Freud, lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene, lo femenino, el objeto y la pasividad.

Se advierte en esta equiparación, la distribución de características que realiza para un género y otro. El hombre es sujeto de deseo y posee una actitud activa, mientras que la mujer es objeto de deseo y pasiva.

El autor considera que a partir de esta etapa evolutiva, la vagina que no era conocida de forma previa, es apreciada como albergue del pene.

En “El sepultamiento del complejo de Edipo” de 1924, Freud afirma que su desarrollo es el fenómeno central del período sexual de la infancia.

Cabe señalar que de acuerdo a las hipótesis freudianas, éste desempeña un papel fundamental en la estructuración del psiquismo, determina la masculinidad o la femineidad así como la orientación del deseo. Es a raíz de atravesar este complejo, que el niño conoce la diferencia de los sexos y su mayor o menor resolución, está vinculada estrechamente con la salud mental.

En este artículo por primera vez, el autor establece diferencias entre el desarrollo masculino y el femenino. En sus trabajos posteriores, discriminará aún más, qué sucede en uno y otro género, atribuyéndole de forma mayoritaria a la anatomía sexual, la responsabilidad de estas diferencias.

Considera que el complejo de Edipo cae sepultado debido a razones internas y externas. Entre las primeras, menciona la imposibilidad física que tienen los niños, por falta de maduración biológica, para poder cumplir sus deseos. Estos serían, en el caso del varón poseer a su madre y en la niña recibir un hijo del padre. Postula que sobre el complejo recae una represión. Freud expresa: “el complejo de Edipo tiene que caer porque

ha llegado el tiempo de su disolución, así como caen los dientes de leche...” (1924, p. 182). Esta sería la última represión de condicionamiento orgánico.

La razón externa es la desilusión que experimentan los niños, producto de la negación de sus padres a cumplir sus anhelos, lo cual es inevitable.

Los motivos por los cuales se disuelve el complejo son propuestos como válidos para ambos géneros. Sin embargo, en este mismo texto y en los posteriores, hará hincapié en las diferencias que existen entre los niños y las niñas en relación al sepultamiento.

El complejo de Edipo se desarrolla durante la fase fálica, momento evolutivo en que los niños no conocen la diferencia de los sexos y uno solo de los genitales el masculino, ejerce la primacía. El valor narcisista que tiene para el varón el poseer el falo, cumplirá un rol determinante para que éste renuncie a sus deseos edípicos.

Distintos/as autores/as postfreudianos/as acuerdan en sostener que la relevancia que el autor le otorgó a este órgano, fue producto del androcentrismo propio de la cultura patriarcal, en la que Freud se encontraba inmerso. Meler (2013) considera que se idealizó la condición masculina y se devaluó la femenina.

La organización fálica, la última del período infantil, se hunde, dando lugar a la latencia. Freud señala que en esta etapa, el gran interés del niño por sus genitales se revela en la masturbación. Esta actividad es sancionada por parte de los adultos que lo rodean. Estos amenazan con cortar este órgano, es decir con castrarlo. A pesar de estas advertencias el varón continúa con su actividad masturbatoria, sin otorgarle relevancia al posible castigo.

Cabe destacar que en este texto el autor parece referirse a la amenaza de castración concreta. Sin embargo, en sus trabajos posteriores la incluirá entre las fantasías primordiales u originarias. Estas son estructuras fantaseadas típicas, que actúan de manera independiente de la experiencia personal. Es decir, todos los varones sentirán el temor de ser castrados, reciban o no de manera explícita la sentencia de este castigo.

Para Freud, frecuentemente la amenaza proviene de las mujeres, aunque éstas invocan a una figura masculina de autoridad para amedrentar al niño.

Explicita que es el género femenino el que pronuncia estas advertencias a los varones, sin otorgarle, en apariencia, alguna significación. Esta situación resulta evidente si se tiene en cuenta que sólo ellas eran las encargadas de la crianza de los hijos y compartían todas las actividades cotidianas. Es significativo que a pesar que fuera la madre la responsable de prodigarles a los hijos los cuidados necesarios, necesitara recurrir a una figura masculina para que su palabra adquiriera valor. Se revela la falta de autoridad y de poder de las mujeres, incluso dentro del ámbito doméstico, considerado como el específico del género femenino.

Sostiene que la organización fálica del niño se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración. La región genital de la niña que desde la mirada del varón carece de un pene, lo convence de que también el suyo puede ser removido. Ante este hecho, las

amenazas de castración previas adquieren significado para él. La posibilidad de perder este órgano provoca en el niño la angustia de castración.

Considera que la masturbación genital, objeto de reprimendas y a raíz de la cual recibe la amenaza que se lo va a castrar; es expresión de la excitación sexual cuyos objetos son los padres. El niño teme ser castigado por sus deseos incestuosos.

El complejo de Edipo le ofrecía al varón dos posibilidades de satisfacción: una activa y una pasiva, coincidentes con el Edipo positivo y negativo, que ya Freud había descrito en “El yo y el ello” de 1923.

El varón podía situarse de manera masculina en el lugar del padre y mantener relaciones sexuales con la madre, a raíz de lo cual su progenitor era experimentado como un rival. La otra posibilidad era ubicarse en el lugar de mujer para ser amado por su padre, situando a su madre como rival.

Se advierte que cuando se refiere a la posición activa y pasiva hace mención a la masculinidad y a la femineidad como equivalentes. La correspondencia que establece entre ambos términos ha recibido múltiples críticas por parte de diferentes autores/as. Meler (2013) manifiesta que la asociación entre pasividad y femineidad fue realizada por el padre del psicoanálisis en función de la meta sexual de las mujeres, que él mismo definió como pasiva, el ser penetrada por el padre. Postula que ha sido un error epistemológico tratar de explicar las conductas pasivas de las mujeres refiriéndolas a sus órganos, concebidos de forma imaginaria con esta característica. Señala que el autor no pudo relacionar estas cualidades femeninas con el contexto social y cultural propio de su época, en la cual la subjetividad del género femenino estaba signada por la dependencia de los hombres.

Cuando Freud describe lo que se desea según se esté en una posición masculina o femenina, adjudica al hombre el deseo erótico, el varón quiere poseer genitalmente a su madre. La mujer, en cambio, desea que su padre la ame. No habría entonces un deseo sexual, sino más bien se dirige a él con un requerimiento afectivo. Podría conjeturarse que esta diferencia en lo que cada uno de los géneros busca en el objeto, no sólo se debe a factores intrapsíquicos determinados por el complejo de Edipo, sino que se encuentra fuertemente impregnado por las prescripciones de la época. La práctica de la sexualidad estaba permitida a los hombres pero era sancionada en el caso de las mujeres. Estas no debían manifestar sus deseos si querían ser damas respetables. Cabe destacar que el mismo autor denunció en textos anteriores, la existencia de la doble moral y sus efectos patológicos para las mujeres. Sin embargo, no toma en cuenta estos mandatos cuando teoriza respecto a estas diferencias entre hombres y mujeres. En este sentido, Dio Bleichmar (2010) enfatiza que el psicoanálisis ha contribuido a replicar y a mantener las desigualdades entre los géneros.

Meler (2013) afirma que la limitación ancestral de la autonomía de las mujeres, ha cultivado la tendencia a reafirmar el propio valor, a través del deseo de amor que despiertan en los hombres.

Freud expresa que la posibilidad de ser castrado pone fin a los dos modos de satisfacción que ofrecía el complejo, ya que ambas significarían la pérdida del pene: la primera a consecuencia de un castigo y la segunda porque ser mujer implica no poseerlo. El niño se encuentra en un conflicto entre la investidura libidinal de sus objetos parentales y el interés narcisista que tiene para él su órgano. Privilegia la posesión del falo y renuncia a sus deseos edípicos para conservarlo.

Considera que este complejo se sepulta, haciendo referencia a que es más que una represión lo que recae sobre él. El proceso equivale a una destrucción y cancelación cuando se consume de forma ideal. Establece en este punto la frontera tajante entre la normalidad y la patología. Afirma que si sólo se reprime el complejo, éste se mantendrá en el inconsciente generando efectos patógenos.

Explicita que todo lo que ha descrito respecto a la disolución del complejo de Edipo es válido sólo para el varón. La niña también atraviesa por uno, forma un superyó y tiene un período de latencia pero lo hace de manera diferente que el niño.

Freud (1924) expresa: “la exigencia feminista de igualdad entre los sexos no tiene aquí mucha vigencia, la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico..la anatomía es el destino” (p. 185). Esta vinculación de las diferencias de la subjetividad femenina y masculina, exclusivamente con los genitales, dejando por fuera del análisis los factores culturales, ha incidido en que se consideren biologistas las teorías freudianas sobre la sexualidad. Dio Bleichmar (1997) acuerda en que las diferencias físicas conllevan un desarrollo distinto pero cuestiona que éstas fueran interpretadas de modo desfavorable para el género femenino. El hecho que se haya tomado como modelo al hombre, indefectiblemente implicó que la mujer fuera calificada como incompleta, portadora de una falta, inferior y no simplemente distinta. Enfatiza que es necesario elaborar teorías que expliquen el desarrollo femenino, no en comparación con el varón, sino desde las particularidades propias de la subjetividad femenina.

Freud sostiene que en un principio, el clítoris de la niña se comporta como un pene. Esta al compararse con un varón percibirá como demasiado corto el suyo y sentirá este hecho como un perjuicio y una razón de inferioridad. Por un tiempo, mantendrá la esperanza de que cuando crezca tendrá un órgano como el del varón. La niña no puede percibirse como perteneciente a un sexo diferente, porque desconoce la vagina, por ello cree que una vez tuvo un pene y lo perdió producto de la castración.

Dio Bleichmar (1997) considera que equiparar el clítoris con un pene ha sido un error que carece de fundamento biológico. Señala a su vez, que es frecuente que las niñas no logren ni siquiera identificarlo entre los labios y demás órganos que forman sus genitales. Si ésta desea en un primer momento poseer un pene es porque en este período anhela tener lo que tenga el otro, pero no porque le atribuya un valor esencial. Manifiesta que si ésta se siente luego inferior, no es por carecer del órgano, sino por lo que significa ser mujer en una cultura patriarcal. El pertenecer al género femenino implicará una limitación de sus intereses y posibilidades de desarrollo así como de su autonomía. Desde

su perspectiva, éste es el motivo que genera en ella una envidia a los hombres, y no porque tengan un pene.

Podría pensarse que el sentimiento de inferioridad que Freud le atribuye a las niñas y mujeres partió de una observación correcta de la realidad de su época, aunque estaría equivocado en el motivo que lo genera.

El autor señala que por encontrarse atravesando la fase fálica al igual que el varón, la niña sostiene la teoría que todos poseen un falo. En función de ello interpreta su carencia como un castigo, pero cree que otras mujeres adultas, en especial su madre posee un genital “grande y completo” (Freud, 1924, p.186). Al respecto Dio Bleichmar (1997) enfatiza que tanto el varón como la niña sentirán la necesidad de adjudicarle a su madre un falo, cuando aprehendan que para la sociedad, la femineidad es sinónimo de incompletud. La desvalorización del género materno, los lleva a concluir que su madre a la que consideraban omnipotente, producto del vínculo que habían establecido con ella, posee un pene. Para la autora, la madre fálica es un intento de restituírle a ésta, algo del poder que parece haber perdido sólo por el hecho de ser mujer.

Freud sostiene que el hecho que la niña no posea un pene establece una diferencia fundamental respecto al varón. Expresa: “acepta la castración como un hecho consumado... mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación” (1924, p. 186). Al asumirse ya castrada no siente la angustia propia del niño, por lo tanto carece de este poderoso motivo para interrumpir la organización genital infantil y disolver el complejo de Edipo, lo cual afectaría la estructuración del superyó.

En las niñas la disolución del complejo parece ser el resultado de la educación y del temor a perder el ser-amado. Afirma que en la niña el Edipo es más unívoco, ya que no suele ir más allá del deseo de sustituir a la madre y de la actitud femenina hacia el padre.

Considera que cuando la futura mujer renuncia a poseer un pene, lo hace porque se desliza por una ecuación simbólica del pene al hijo. Esta será resarcida cuando reciba de su padre un hijo; de este modo su complejo de Edipo culmina en el deseo de ser madre.

Dio Bleichmar (1997) sostiene que a través de esta ecuación se redujo la femineidad a la función reproductiva. La sexualidad femenina ha sido concebida desde la infancia en torno a la indisolubilidad entre goce y procreación. Enfatiza que esta estrecha relación, ocultó cómo la posibilidad de un embarazo no deseado, fue generadora de numerosas angustias y limitó la libertad para el placer sexual de las mujeres, hasta el descubrimiento de los métodos anticonceptivos.

Manifiesta que la descripción freudiana establece claras diferencias sexuales entre el varón y la niña. Para el niño, la renuncia al objeto incestuoso le permitirá gozar de otras mujeres. La niña es concebida como deseando hijos y la ausencia de éste, será interpretado como una dificultad para lograr su femineidad. Afirma que imponerle un fin reproductivo a los deseos sexuales, contribuye al padecimiento de las mujeres de anestesia y frigidez, confundiendo maternidad y sexualidad. Expresa que desde esa concepción, no queda lugar para pensar a una mujer adulta en relación con un hombre, ya que ésta

siempre se dirigirá a él en busca de un hijo, el que no le dio su padre; entonces todo objeto sexual será en definitiva un sustituto paterno.

La autora advierte que aún no se ha cuestionado al interior de la teoría psicoanalítica, porqué la renuncia al objeto incestuoso por parte del niño, parece implicar el rechazo a toda forma de atención y cuidado doméstico del futuro hombre para con sus hijos.

Freud postula que en la niña el complejo de Edipo es abandonado de manera lenta. Ambos deseos, poseer un pene y recibir un hijo permanecen en el inconciente femenino y contribuyen a preparar a la mujer para su posterior papel sexual. Cabe señalar que en este mismo texto, indicó que de no lograrse un sepultamiento del complejo, la salud mental se vería comprometida. Es significativo que los deseos incestuosos cuya permanencia en el inconciente masculino podrían generar patología, sean considerados como necesarios en el género femenino para constituir su subjetividad. Desde esta perspectiva, la mujer sería más propensa a sufrir trastornos o malestares, producto de las particularidades del desarrollo de su psiquismo.

Afirma que la menor intensidad de la contribución sádica a la pulsión sexual, que es lícito conjugar con la mutilación del pene, facilita la mudanza de las aspiraciones directamente sexuales en aspiraciones tiernas de meta inhibida. El autor ofrece de esta forma, una explicación intrapsíquica que permitiría comprender porqué los varones parecen poseer de forma natural una mayor agresividad a diferencia de las mujeres, que son más dóciles y tiernas. Al respecto, Meler (2013) manifiesta que la agresividad al igual que la sexualidad en las mujeres ha sufrido un destino de represión. El género masculino exterioriza la agresividad como símbolo de hombría, por el contrario, que la mujer la exprese es mal visto por la sociedad.

Es significativo, que a pesar de expresar que sus intelecciones respecto a los desarrollos de estos procesos en las niñas son “insatisfactorias, lagunosas y vagas” (Freud, 1924, p. 185), el creador del psicoanálisis generalice las hipótesis a las que arriba.

Dio Bleichmar (1997) cuestiona el lugar central que Freud le otorgó al complejo de Edipo dentro de su teoría. Señala que éste fue propuesto como el modelo desde el cual comprender la construcción de la subjetividad y la estructuración del psiquismo. Postuló la universalidad del complejo, basado en la cualidad mítica de la historia y en su repetición en múltiples versiones.

La autora alude a las conceptualizaciones de Graves (1959), quien sostiene que el mito posee dos aspectos: el intento de dar respuesta a los enigmas de la vida que los niños y el ser humano se hacen, así como el ocultamiento de la violencia para la justificación política del sistema social.

Considera que el psicoanálisis ha hecho hincapié en una sola de sus funciones, la de otorgar una respuesta. El segundo aspecto, la justificación del poder parece no haber recibido atención.

Para la autora esta disciplina se ha ocupado de revelar la similitud que existe entre el contenido de los relatos mitológicos y las fantasías inconcientes individuales. Expresa que si se analizan las relaciones humanas al interior del mito de Edipo, se advierte que se ha realizado un deslizamiento de la responsabilidad y la culpa por la violencia, que recayó por completo sobre la madre.

Sostiene que la teoría que se basa en Edipo para explicar la diferencia de los sexos oculta la rivalidad y la dificultad que tiene el padre para ceder el poder, los deseos filicidas de éste y la falta de autoridad que tiene la madre ante su hijo. En el mito, recae sobre el niño la culpa por haber cometido parricidio e incesto; está escindida la violencia del adulto y sus dificultades para cuidar de su hijo.

En 1985, Dio Bleichmar plantea que desde su perspectiva, el género ya está establecido antes de los tres años, es decir, en una etapa previa al complejo de Edipo. Expresa que luego de atravesar este complejo, en el mejor de los casos el niño establecerá una definida orientación hacia qué sexo dirigirá su deseo, es decir se construirán los cimientos de su futura heterosexualidad u homosexualidad

Afirma que el psicoanálisis hasta la actualidad, debido a las teorías que ha elaborado, ha reforzado la subordinación de las mujeres, ya que propone hipótesis a partir de las cuales se normativiza un modelo de femineidad y masculinidad. Este confunde y superpone sexualidad e identidad, sexo y género.

Dio Bleichmar (2010) manifiesta que el modelo edípico clásico supone que en la díada madre/hijo toda diferenciación es imposible y que sería función del padre intervenir, para imponer el corte necesario para la organización subjetiva del sujeto. Sin embargo, investigaciones recientes realizadas con niños pequeños, ya han demostrado que éstos desarrollan vínculos con ambos padres, diferenciando a uno y a otro. Plantear la figura paterna como de apego, modifica el Edipo tradicional. Incluir al padre implicaría que de forma muy temprana se conforma una tríada. La autora diferencia este término del de triangularidad, haciendo hincapié en que el niño se relaciona con ambos padres, sin conocer el vínculo sexual existente entre ellos como pareja.

Considera que conformar una tríada conlleva que se esté expuesto a diferentes situaciones de exclusión, como recibir menos atención, no ser quien domine el espacio, entre otras. Estas son previas al sentimiento de exclusión sexual que experimentará luego el niño. Sostiene que esta configuración posee importantes consecuencias para la construcción de la subjetividad. Estas nuevas teorizaciones no invalidarían la relevancia que tiene para un niño la intimidad sexual entre sus padres, la escena primaria, pero sí cuestionan la hegemonía que se le había atribuido para la organización psíquica.

Existe consenso entre los estudiosos de la obra freudiana, en considerar el artículo “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925), como el primero en el cual el autor realiza una reformulación de sus concepciones sobre la mujer y la constitución de la femineidad. En sus trabajos previos se había referido al varón, utilizándolo como modelo para explicar el desarrollo psicosexual de ambos.

Las conjeturas que propone en 1925 son retomadas y profundizadas en los escritos posteriores de 1931 y 1933.

El énfasis que Freud realiza en este texto de la importancia que poseería la diferencia anatómica entre los sexos para la constitución del psiquismo, ha sido objeto de múltiples críticas. Estas divergencias físicas conllevan, según su postura, distintas consecuencias tanto para el varón como para la mujer. Esta sería la razón que explica porqué el yo, el superyó, la sexualidad y las posibilidades de enfermar son disímiles en cada uno de los géneros.

Las feministas y también las psicoanalistas que han incluido la perspectiva de género, enfatizan que estas teorizaciones ocultan tras el discurso de lo natural, la utilización de las diferencias anatómicas para justificar la primacía masculina y la subordinación de la mujer.

Dio Bleichmar (1997) considera que en este artículo, Freud parece haber recaído en un naturalismo pre-psicoanalítico. Expresa que no es posible comprender a la niña a partir de sus teorizaciones. Según éstas, la futura mujer debe realizar un procesamiento psíquico que se origina exclusivamente en una confrontación entre sus genitales y los del varón, cuyos efectos se desplegarían durante toda la vida.

Asevera que todas las objeciones que estos postulados psicoanalíticos han recibido se deben a que es un edificio teórico endeble, construido sobre la base de la diferencia anatómica.

Chodorow (1984) destaca que Freud fue capaz de elaborar teorías que permitieron diferenciar la sexualidad humana del instinto, postulando que la masculinidad y la femineidad no son innatas, sino que se desarrollan producto de múltiples vicisitudes. Sin embargo, sus conjeturas respecto al desarrollo psicosexual, en especial el femenino, parecen haber estado influenciadas por un determinismo biológico. Este lo llevó a proponer que la distinción morfológica se expresa en diferencias del desarrollo psíquico.

La autora considera que este determinismo tiene una característica funcional. Para el psicoanálisis, el desarrollo que realiza un sujeto para convertirse en varón o mujer, tiene particularidades debido a la diferenciación sexual anatómica, la que está destinada en última instancia, a servir a la reproducción biológica.

Freud en este texto explicita que cuando trató de describir la vida sexual infantil, tomó como objeto de estudio al varoncito. Manifiesta que en un principio, supuso que en la niña este proceso ocurría de forma análoga al niño. A partir de sus estudios, advirtió que el desarrollo es semejante pero con ciertas diferencias, hasta arribar a las conclusiones que expone. Desde su punto de vista, éstas le permitieron identificar y explicar a qué se debían las divergencias entre uno y otro sexo.

En este artículo se ocupa de la prehistoria del complejo de Edipo, a la que había aludido en otros escritos pero no había descripto.

El autor no especifica porqué decide llamar de esta forma, al período del desarrollo psicosexual previo al complejo de Edipo. La hipótesis que sostienen distintos estudiosos

de su obra, vinculan esta denominación con el hecho que en la fase de la sexualidad infantil en la que se desarrolla y sepulta el complejo de Edipo, también se termina de constituir el preconiente y se adquiere el lenguaje. En este sentido, habría utilizado el término prehistoria para referirse a los acontecimientos previos de los cuales no hay registro verbal y que han caído bajo la amnesia infantil.

Manifiesta que la prehistoria del varón posee tres características. La primera de ella es que existe una identificación de naturaleza tierna con el padre, ya que aún está ausente la rivalidad por la madre.

La segunda es la masturbación genital, vinculada a los deseos edípicos. Las amenazas de los adultos de cortar el pene si no desiste de esta práctica, generarían en el niño el complejo de castración.

La acción de espiar con las orejas el coito de los progenitores es la tercera característica de este período. Esto sucedería a una edad muy temprana y provocaría la primera excitación sexual.

Explicita que ésta constituye una de las fantasías originarias junto con la de castración, puntualizando que no necesariamente debe ocurrir un hecho concreto, para que éstas emerjan en el niño.

Considera que el complejo de Edipo del varón es fácil de comprender, porque el niño retiene el mismo objeto al que en el período precedente, había investido con libido aún no genital, es decir su madre. El de la niña no seguiría una evolución sencilla; para entender su desarrollo hay que analizar cómo y por qué ella abandona a su madre y se dirige a su padre, convirtiéndose éste en el objeto de su deseo.

Postula que el complejo de Edipo tiene en las niñas una larga prehistoria y es una formación secundaria. Se advierte la importancia que le otorga a la fase preedípica de la niña y al vínculo de ésta con el objeto materno. Esta significación sería menor en el caso del varón.

Chodorow (1984) sostiene que el complejo de Edipo es secundario en ambos géneros, ya que la etapa preedípica caracterizada por una intensa ligazón de los niños con sus madres, es central en el desarrollo de ambos y no sólo en el de la niña.

Freud manifiesta que los niños descubren la zona genital generadora de placer, sea el pene o el clítoris, durante el mamar y que en un primer momento esta actividad no se acompaña de un contenido psíquico específico.

Durante la fase fálica la niña realiza un descubrimiento que acarrea grandes consecuencias para su posterior desarrollo. La observación del pene de un hermano o un compañero de juegos, que es bien visible y de notable tamaño, la llevan a considerarlo como superior a su propio órgano, pequeño y escondido. Esto promueve en ella la envidia del pene.

Afirma que el varón ante los genitales femeninos, una vez que acepta la ausencia de pene, puede tener dos reacciones: “sentir horror ante la criatura mutilada, o

menosprecio triunfante hacia ella” (Freud, 1925, p. 271). Estos sentimientos conjugados con otros factores determinarán sus futuras relaciones con las mujeres.

Benjamin (1996) manifiesta que es significativo que no se haya cuestionado aún, las consecuencias que acarrea el hecho que el varón sienta horror y/o desprecio por la femineidad. Critica que este repudio por la mujer no se haya vinculado con las pautas sociales y culturales propias del patriarcado, sino a una condición física de éstas, la falta de pene.

Señala que en la teoría psicoanalítica el deseo de la mujer de ser hombre es considerado patológico, pero el miedo de los hombres a ser como las mujeres es juzgado como un simple hecho, sin reconocer en ello nada de enfermizo.

Asevera que incluso las teorías feministas, que critican que el deseo del pene sea el núcleo de la femineidad, parecen estar de acuerdo con que el rechazo de ésta, es central para la masculinidad. Sostiene que la aceptación de esta condición para convertirse en hombres, acarrea graves consecuencias para las relaciones entre los géneros. Enfatiza que el daño que este repudio genera en la psiquis del varón es comparable al que se cree que la envidia del pene tiene para la mujer.

La autora manifiesta que la mayoría de los/as autores/as psicoanalíticos han negado la magnitud de la envidia y los sentimientos de pérdida que subyacen en la denigración o la idealización de las mujeres.

Al respecto, Dio Bleichmar (1997) afirma que el varón define la femineidad como una amenaza narcisista y ello lo conduce a su repudio universal. El género masculino ha hecho de la posesión y el goce del pene, el soporte central de la identidad, lo que normativiza su masculinidad a través del rechazo de la femineidad de las niñas, separándose de su madre y despreciando toda forma de debilidad.

Freud postula que la niña cuando ve los genitales masculinos acepta que ella no tiene un pene y quiere tenerlo. La envidia que siente genera en ella el complejo de masculinidad. Producto de éste, la futura mujer puede mantener la esperanza de recibir alguna vez un órgano como el masculino, por un largo tiempo. También plantea que la niña puede desmentir la realidad, y comportarse como un varón, es decir como si tuviera el órgano deseado.

El autor destaca que, si ésta no logra superar el complejo de masculinidad, el desarrollo de su femineidad quedará perjudicado.

Enumera y describe otras consecuencias de la envidia del pene en la mujer, que van más allá del complejo descrito.

El reconocimiento de su falta provoca en ella una herida narcisista, generando un sentimiento de inferioridad. Distintos/as autores/as acuerdan en que no es la ausencia del órgano lo que genera en la niña este sentimiento. Es la valoración social y cultural de la diferencia entre los géneros, transmitida a niños y niñas por los adultos, lo que provocaría sentimientos de inferioridad o superioridad según sea varón o mujer.

Enuncia que los celos como rasgo de carácter, si bien no son exclusivos del sexo femenino, tendrían en la mujer un papel mayor en su vida anímica, porque reciben un enorme refuerzo desde la envidia del pene.

La tercera consecuencia del sentimiento envidioso experimentado por la niña es el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto madre. Conjetura que la pequeña, culpa a ésta por haberla dotado de manera insuficiente, por no haberla hecho con un pene. Dio Bleichmar (2010) manifiesta que, desde esta propuesta teórica, no se ha dejado espacio para el vínculo tierno de la niña con su madre. Esta para convertirse en mujer debe alejarse con hostilidad de su objeto materno.

Para Freud, otro efecto del descubrimiento de la inferioridad del clítoris es el abandono de la masturbación. Relata que previamente había notado que la mujer recurre menos a esta práctica que el varón. La masturbación del clítoris sería una acción masculina y el desarrollo de la femineidad tendría como condición la remoción de la sexualidad clitorídea.

Esta conjetura tiene como base la suposición de que el clítoris es el equivalente fisiológico del pene. Esta equiparación ha sido refutada por diferentes autores/as, que argumentan que, ni siquiera biológicamente esta tesis tiene validez. También puede vincularse a la adjudicación de la actividad al género masculino y la pasividad al femenino. En este sentido, la masturbación activa es considerada propia de los varones.

Freud considera que el abandono de la masturbación durante la fase fálica es un preanuncio de la oleada represiva que durante la pubertad, eliminará gran parte de la sexualidad masculina presente en ella, para dar lugar al desarrollo de la femineidad.

La hipótesis freudiana que la primera fase de la sexualidad de la niña es masculina, está presente a lo largo de toda su obra. Se advierte que la femineidad no se establece, según su postura, hasta la pubertad.

Sus teorizaciones son criticadas por los/as autores/as que incluyendo la perspectiva de género, postulan que la identidad femenina o masculina se establece antes de atravesar el complejo de Edipo. Consideran que el pertenecer a un género u otro, imprime diferencias en cómo se desarrolla y resuelve éste.

El autor deja fuera de su análisis de la masturbación femenina, los factores culturales que influirían en el rechazo y abandono por parte de la mujer de esta práctica. Si bien menciona la influencia de los padres, a la que cree insuficiente, no lo vincula a la prohibición cultural de la expresión de la sexualidad femenina, así como de su deseo de obtener placer.

Dio Bleichmar (1997) expresa que por la descripción que Freud realiza y el significado que le atribuye al complejo de castración femenino, la envidia del pene no parece ser la consecuencia de una teoría sexual infantil. Es decir, si ésta surge como producto del desconocimiento de la existencia de dos sexos y por la necesidad de los niños de responder a los primeros interrogantes que se les plantean, debería diluirse o resignificarse y no acarrear las consecuencias que se le asignan.

Manifiesta que es necesario sustituir la envidia del pene por la envidia al poder que éste simboliza. Señala que si la niña a medida que se despega de su mamá, descubre que las mujeres que la rodean son consideradas por los padres, esposos y hombres como inferiores que ellos, en lo cultural, intelectual y político, entre otras áreas, no es extraño que desee desplegar alguna forma de masculinidad para sí misma.

La autora sostiene que la niña no transita obligatoria y universalmente por el complejo de castración. No tiene que transformar su sexualidad, porque desde un principio es femenina, no tiene que cambiar de órgano de placer porque el clítoris no es masculino y no todas desarrollan una envidia del pene. Esto es variable y depende, desde su punto de vista, principalmente de la valoración de la femineidad y la masculinidad que hagan los padres y otros adultos significativos. Enfatiza que es necesario distinguir entre conflictos vinculados a la orientación del deseo sexual y los de género. En este sentido, si se trata de disconformidades de género, la envidia de la niña no recae en los atributos anatómicos del varón, sino en los privilegios que se le otorgan a la masculinidad.

Irigaray (1974) afirma que la teoría de la envidia del pene propuesta por Freud, tiende a perpetuar el falocentrismo. Si la mujer no tuviera envidia de lo que el hombre tiene, su poder se vería disminuido. Enuncia que es difícil que ésta no luche por condiciones más equitativas entre ella y el hombre, por acceder a privilegios que aún están reservados a ellos.

Freud expresa que hasta que la diferencia anatómica no impulsa a la niña a abandonar la sexualidad masculina, no ingresa en el complejo de Edipo. Cuando ésta se desliza a lo largo de la ecuación simbólica pene=hijo, resigna el deseo del pene para reemplazarlo por el de un hijo y con este propósito toma al padre como objeto de amor. La madre se convierte en una rival, por lo que siente celos, y la niña deviene una pequeña mujer. Conjetura que esta nueva situación puede estar acompañada de sensaciones corporales que podrían apreciarse como un prematuro despertar del aparato genital femenino. Cabe recordar que el autor sostiene que la mujer no conoce su vagina hasta la pubertad.

Chodorow (1984) asevera que según lo teorizado por el autor, la mujer jamás deseará tener relaciones sexuales por el placer que podría obtener de ellas. En un primer momento, querrá poseer un pene como órgano propio, luego se dirigirá a su padre para recibir el pene, finalmente va a desear un bebé de su padre, como sustituto del órgano que no podrá poseer. En este sentido, la mujer mantendrá relaciones sexuales no por placer, sino que lo hará para reproducirse o resarcir una herida narcisista.

Critica los postulados freudianos respecto a la sexualidad femenina. Señala que la definición que realizó de ésta como pasiva y vaginal, orientada a los hombres, es falocéntrica.

Para la autora las formulaciones de Freud sobre la primacía de la masculinidad, distorsionaron sus teorías sobre los sexos y la psicología femenina. La maternidad fue degradada, en tanto que sus tesis impiden reconocer que los deseos de ser madre, pueden

desarrollarse a partir de otra motivación que no sea la envidia de pene y el deseo de la niña de ser masculina.

Martínez (1992) propone analizar aquellos aspectos del desarrollo psicosexual femenino, propuestos por el psicoanálisis. Señala que éstos han invisibilizado lo genérico femenino, llevando a considerar a la maternidad como un modo de resarcimiento frente a la envidia del pene y un intento de restitución narcisista.

Considera que la teoría freudiana debido a la lectura teleológica que propone de la femineidad, intrínsecamente comprometida con la maternidad, ha formado parte de las estrategias simbólicas que intentan imponer una visión de las divisiones del mundo social entre los géneros. Estas se asientan sobre fórmulas que perpetúan las ideologías sobre los roles masculinos y femeninos.

Sostiene que es necesario poder pensar la maternidad no sólo como resarcimiento de la envidia fálica, para rescatar lo específicamente femenino y reinscribir la sexualidad femenina en una economía deseante propia.

Respecto al nexo entre el complejo de castración y el de Edipo, Freud postula que existe entre los sexos una diferencia fundamental. En el caso del varón, el primero de éstos genera que el segundo se vaya al fundamento. En la niña, el complejo de castración la introduce al complejo de Edipo. La divergencia entre varón y mujer es una consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella. La distinción radica entre castración consumada y amenaza de ser castrado.

Chodorow (1984) conjetura que no es la ausencia o presencia de un pene, el elemento que influye para que cada género resuelva de manera diferente su complejo de Edipo. Pone el énfasis en las divergencias entre la relación que posee el niño con su madre y la que la niña tiene con su padre. Ubica en la estructura parental asimétrica, las razones de que niñas y niños atraviesen de modo diferente esta fase del desarrollo psicosexual.

Destaca que el Edipo femenino no consiste simplemente en la transferencia del afecto de la madre al padre y la renuncia a ésta. La niña permanece vinculada a su madre, durante el desarrollo del complejo edípico. Esta no abandona completamente la relación preedípica con su madre, sino que por el contrario, construye su relación con el padre tomando como base su vínculo previo. Este proceso genera una complejidad relacional en la autodefinición y personalidad femenina que no debe transitar el varón. Plantea que el complejo de Edipo masculino coarta las capacidades relacionales de los niños.

Enuncia que por ser las mujeres quienes ejercen la maternidad, las niñas se experimentan a sí mismas como menos separadas de sus madres, a diferencia de los niños, que son reconocidos y se definen como diferentes.

Esta particularidad de la relación con sus progenitoras derivaría en que éstas se definan en mayor relación con los otros y desarrollen mayores capacidades para relacionarse que los varones. Estos rasgos de la personalidad se reflejan en la evolución del superyó.

En este artículo, Freud retoma los postulados enunciados en 1924 respecto al complejo de Edipo en el varón y explicita que el pene debe su investidura narcisista extraordinariamente alta, a su significación orgánica para la supervivencia de la especie.

Irigaray (1974) enfatiza que el valor otorgado al pene por el autor, sólo puede comprenderse como producto de la influencia de la cultura patriarcal en la que se encontraba inmerso. El pene no posee una importancia fundamental en la reproducción, porque no es más que un conducto para el semen. Señala que éste, no desconocía la importancia de los órganos femeninos para la reproducción. Sin embargo, no lo reconoció y le denegó de esta forma, el valor narcisístico a la mujer en la continuidad de la especie.

En este artículo de 1925 el autor sostiene que en la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo, ya que se asume castrada. Este puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión. Considera que el deseo y su vínculo con su padre pueden perdurar por mucho tiempo y que es normal para la mujer.

A raíz de estas particularidades en la finalización del complejo de Edipo, conjetura que existen diferencias entre el superyó masculino y femenino.

Postula que en la mujer: “el superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos, como lo exigimos en el caso del varón” (Freud, 1925, p. 276). Desde su punto de vista, ésta posee un menor sentimiento de justicia e inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida. Afirma que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles.

Aclara que no se dejará extraviar por las objeciones de las feministas que quieren imponer una total igualdad e idéntica apreciación de ambos sexos. Freud (1925) expresa: “todos los individuos, a consecuencia de su disposición (constitucional) bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y femineidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto” (p. 276).

Chodorow (1984) manifiesta que la mayor longitud temporal del período preedípico de la niña, la historia de su ingreso en el complejo de Edipo y su diferente configuración edípica, implican que la resolución de éste, también sea distinta.

Afirma que las conclusiones que extrajo el autor sobre el superyó femenino, no pueden demostrarse y son incorrectas. Considera que la resolución masculina del complejo edípico está idealizada. Sin embargo, sostiene que la represión que el varón realiza de su apego maternal edípico y su dependencia preedípica, parece ser mayor que la que puede realizar una niña. Los varones y las niñas resuelven de modo diferente este complejo, sin que esto signifique que una de las maneras es mejor que la otra. Cada una tendrá distintas consecuencias que se evidenciarán en la personalidad masculina y femenina.

Desde su perspectiva, el apego de la niña al padre no es ni tan exclusivo ni tan intenso, como lo es el del varón con su madre. El de aquella es mitigado por el amor y la dependencia a la figura materna que fue el primer objeto de amor para ambos niños.

Para la autora, que la niña tome como objeto de deseo a su padre se debe a la búsqueda de independencia, de separación de la madre omnipotente. El vínculo que establece con la figura paterna no poseería la misma ambivalencia, que el que desarrolló con el objeto materno. Estas particularidades en la relación, derivan en que ésta tenga un menor temor a recibir un castigo paternal o maternal por sus deseos, por lo cual no se ve compelida a reprimir con urgencia su amor edípico.

Asevera que las diferencias que Freud propone entre el superyó masculino y el femenino están destinadas a apoyar un desarrollo libidinal patriarcal y evolucionista, que él consideraba necesario. De allí que la formación del superyó femenino sea concebida como menos importante; son los hombres quienes deben poseer uno más fuerte.

Dio Bleichmar (1997) sostiene que la dependencia de la mujer hacia el hombre no se debe a un desarrollo incompleto de su superyó. Conjetura que es el componente de género que se incluye en la estructura del ideal del yo y le impone a la joven cumplir con el mandato de tener una familia y cuidarla, lo que asegura su dependencia.

Gilligan (1982) postula que el ideal del superyó femenino es diferente que el del varón. La mujer no tiende a la separación, sino más bien a la preocupación por los otros. El sentido de la responsabilidad promovida por el superyó femenino y no el sentido de separatividad, es lo que dobliga la agresión y el deseo.

Benjamin (1996) acuerda con esta concepción del superyó femenino. Señala que ésta es completamente diferente a la teoría propuesta por Freud. Puntualiza que la capacidad para la preocupación por el otro y la responsabilidad, hace posible que la niña tenga sentido de iniciativa y competencia en las relaciones personales, aunque quizás con una inclinación al autosacrificio. En la cultura occidental, las madres dedican la mayor parte de su energía a alentar la independencia. Son las que inculcan los valores sociales y morales que constituyen el contenido del superyó del niño. También establecen un límite al vínculo erótico con éste.

Afirma que la identificación de las niñas con sus madres no perjudica su madurez social ni la conformación de su superyó.

Al final de este texto de 1925, Freud expresa que sus elucidaciones respecto a las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos tendrán valor si los descubrimientos que logró a partir de pocos casos, se corroboran universalmente y demuestran ser típicos. De lo contrario, sólo serán una contribución al conocimiento de los múltiples caminos que sigue el desarrollo de la vida sexual.

Dio Bleichmar (1997) enfatiza que es necesario resituar el psicoanálisis de las diferencias anatómicas, desde la perspectiva de su interpretación por el sujeto humano, por los adultos que preexisten a la niña. La fuerza y el poder son los primeros significados atribuidos a las figuras de apego por el niño pequeño. La inferioridad y la superioridad admiten cualquier registro de la experiencia. El pene puede erigirse en representación concretizada de toda desigualdad, de toda inferioridad o superioridad.

El artículo “Sobre la sexualidad femenina” (1931) es considerado por diversos/as autores/as, una reformulación de los postulados que Freud realizó en 1925 sobre el desarrollo de la femineidad.

Freud (1931) expresa: “la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina” (p. 227).

A lo largo de su obra, Freud sostuvo que el clítoris era un órgano análogo al pene, por lo que la actividad sexual en torno a éste fue entendida como masculina. La vagina, único órgano femenino, es desconocida por la niña, ésta cobra importancia recién llegada la pubertad.

Fernández (1992) señala que el psicoanálisis buscó continuamente identidades entre un sexo y otro. Desde su punto de vista, considerar al clítoris como un equivalente menor del pene es una equiparación forzada, producto de la dificultad para concebir a la mujer como distinta pero no inferior. Afirma que sólo en una sexualidad cuyo eje sea la reproducción y no el goce, se puede percibir únicamente a la vagina como órgano femenino. Plantea que en lugar de normativizar que las mujeres deben ceder su sensibilidad del clítoris a la vagina, Freud debería haberse cuestionado e interrogado respecto a las razones por las que esto sucedía. En este sentido, el psicoanálisis se convirtió en uno de los dispositivos simbólicos que ejercen violencia sobre el erotismo de las mujeres.

El cambio de zona que la niña debe realizar según la teoría freudiana es considerado por Fernández (1992) uno de los principales soportes de la monogamia unilateral. Esto es de gran importancia para la reproducción de la familia patriarcal y es uno de los elementos que genera la pasividad femenina.

En 1931, Freud enuncia: “ahora se nos aparece una segunda mudanza... el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la mujer” (p. 277).

De acuerdo a estas formulaciones, la niña para poder ingresar al complejo de Edipo y continuar el desarrollo de su femineidad, debe realizar dos cambios de zona erógena rectora y de objeto. De este modo, la constitución de la subjetividad femenina se convierte, dentro de la teoría freudiana, en una tarea cada vez más difícil. Cabe señalar que el autor consideraba que el varón no debía realizar ninguna de estas mudanzas, por lo tanto, podría pensarse que su desarrollo era menos conflictivo. Diversos estudiosos pertenecientes tanto al psicoanálisis como a otras disciplinas, sostienen que estas teorizaciones respecto a la femineidad, favorecieron la patologización de la vida sexual de las mujeres.

En relación con el cambio de objeto que la niña debe realizar, Chodorow (1984) puntualiza que de acuerdo a la teoría clásica del complejo de Edipo, la tarea central para las niñas es su preparación para las relaciones heterosexuales adultas, es decir, debe culminar esta fase del desarrollo orientada a los hombres. La expresión freudiana orientación hacia los hombres adquirió un significado preciso en el psicoanálisis. La

heterosexualidad femenina concebida de esta manera, posee características victorianas que incluyen la pasividad de las mujeres y la subordinación del sexo a la reproducción.

Dio Bleichmar (2010) manifiesta que las condiciones primordiales de la elección del primer objeto son idénticas para ambos niños, es la mujer que desempeña el rol materno, quien los cuida, los alimenta, etc. Postula que la niña no se dirige al padre para el establecimiento de su femineidad, porque ésta ya se construyó en base a la relación preedípica con su madre, que tiene el mismo género. La futura mujer cambia de objeto para la organización de su heterosexualidad. Puntualiza que si bien el varón conserva a su madre como objeto de su elección sexual, debe realizar un cambio de objeto modelo para la construcción de su masculinidad, tendrá que desidentificarse de su madre y hacerlo con su padre. Conjetura que este proceso conlleva dificultades para los niños varones, que no han sido tenidas en cuenta en la teoría clásica.

Freud señala a partir de sus observaciones clínicas y las de sus discípulas, que la relación intensa de la niña con el padre es siempre precedida por un vínculo con iguales características entre ella y su madre, durante la fase preedípica. Esta relación abarcaría la parte más prolongada del período de la sexualidad infantil, incluyendo hasta el quinto año de vida. Para el autor, algunas mujeres permanecen a lo largo de su vida atascadas en este vínculo, sin poder dirigirse al varón como objeto de deseo. Dio Bleichmar (1997) enuncia que las dificultades en el proceso de separación-individuación entre madre e hija, son fomentados por el ideal de mujer propuesto en nuestra cultura. Los valores que rigen el estereotipo del género femenino son: el de buena esposa es decir, que sigue y acompaña a su marido, así como el de buena madre, que permanece al cuidado exclusivo de sus hijos, por lo tanto, en una constante relación de dependencia y entrega a los otros. Enfatiza que estas características consideradas propias de la femineidad, están en contradicción con ciertos criterios de salud mental.

Freud le atribuye a la fase preedípica de la mujer una gran importancia, hasta el punto de pensar que era necesario revisar su enunciado respecto a que el complejo de Edipo es el núcleo de las neurosis. En el caso de la niña, sería durante esta primera etapa en la que se producirían todas las fijaciones y represiones que derivarían luego en la contracción de una enfermedad. Establece un nexo entre esta fase y la etiología de la histeria, ya que ambas se encuentran entre los caracteres particulares de la femineidad. Además, conjetura que la intensa dependencia de la niña con su madre, sería la causa de una posterior paranoia en la mujer.

Señala que de acuerdo a las características del vínculo entre madre e hija puede considerarse que ésta última se encuentra transitando el complejo de Edipo negativo, razón por la cual el lugar otorgado a este complejo no se vería menoscabado. En esta fase, el padre es vivido por la niña como un rival con el que se disputa la atención y el cariño materno, a pesar que la hostilidad que muestra hacia él, nunca es tan intensa como la que muestra el varón. El autor no elabora en este punto ninguna hipótesis sobre las razones por las que la niña se muestra menos agresiva con su rival que el niño. Podría conjeturarse que este comportamiento revela lo pronto que ambos interiorizan los comportamientos que se consideran adecuados para cada género, según las prescripciones de la época. El

varón tiene permitido luchar, incluso de manera violenta, por el objeto de su deseo. La niña deberá desarrollar otros mecanismos para atraer la atención de éste, que no incluyan la expresión de agresividad, entendida como un rasgo poco femenino.

En relación a la íntima vinculación que realiza el autor entre la fase preedípica femenina y las patologías, Benjamin (1996) manifiesta que a través de las teorías psicoanalíticas se ha generado una concepción de la madre como figura patologizante para sus hijos. Por el contrario, el padre quien poseería la capacidad de separar la díada madre-hijo, es considerado como quien permite la individuación y promueve el desarrollo. Expresa que la madre, su función e importancia ha quedado vinculada a la etapa narcisista de ambos géneros, la cual desde el punto de vista psicoanalítico es un momento evolutivo anterior al complejo de Edipo y con un menor grado de desarrollo. La idea de un padre liberador, salvador, protector ante una madre narcisizante que retrotrae al niño a etapas previas, ha permitido la idealización del padre y la denigración de la figura materna.

Es significativo que Freud, a pesar de formular en el artículo que ya se ha resignado a la imposibilidad de encontrar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y femenino, enuncie que la comparación entre uno y otro permite obtener mayor claridad. A partir de ello, se advertiría la predominancia del hombre como modelo, desde el cual se describe la mujer por diferencia o similitud.

El autor postula que la bisexualidad que es parte de la disposición constitucional de los seres humanos es más nítida en la mujer que en el varón. Este posee una sola zona genésica rectora, el pene; la mujer en cambio tiene dos: la vagina propiamente femenina y el clítoris, análogo al miembro viril. Enfatiza que la sexualidad infantil de la niña se desarrolla en torno al clítoris. Conjetura que así es visto por ésta y en base a ello se comporta como un niño. Reitera su tesis que la vagina comienza a tener un papel importante cuando la futura mujer llega a la pubertad.

Freud (1931) afirma:

“la vida sexual de la mujer se descompone por regla general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino, sólo la segunda es la específicamente femenina... otra complicación nace de que la función del clítoris viril se continúa en la posterior vida sexual de la mujer” (p. 230).

Señala que desconoce la base biológica de estas particularidades de la mujer y que tampoco puede atribuirle un propósito teleológico.

Dio Bleichmar (1997) sostiene que dentro del psicoanálisis son frecuentes las recaídas en hipótesis intermedias entre lo psicológico y el fundamento biológico. Una de ellas es la bisexualidad, considerada una característica biológica del ser humano. Manifiesta que los conocimientos logrados en la ciencia biológica refutan esta conceptualización. Respecto a la masculinidad inicial en ambos niños, las teorías que provienen de estas ciencias conjeturan lo inverso a lo postulado por Freud, ya que el cerebro en sus primeros momentos de desarrollo, sería femenino en ambos casos. Más allá de estos debates, enfatiza la necesidad de valorizar los aportes teóricos que muestran

que los sentimientos de ser mujer y sentirse femenina son relativamente independientes de los órganos genitales.

Desde el punto de vista de Dio Bleichmar (1997), la anatomía no favorece un temprano descubrimiento de la vagina, dado que por su ubicación es más difícil que reciba tanto estimulaciones directas así como producto de los cuidados e higiene. Sin embargo, considera que esto ha llevado a un malentendido. El hecho que la vagina no se constituya en zona erógena en la niñez no quiere decir que ulteriormente no reaccione al estímulo sexual, que no se produzca la descarga muscular en caso de producirse la masturbación clitoridiana. Sostiene que ésta interviene siempre que la niña o la mujer experimente placer y descarta que pueda diferenciarse entre un orgasmo vaginal o clitoridiano.

La autora expresa que para el varón no hay posibilidad de equivocación, la erección de su órgano y la descarga muscular no le permiten dudar sobre que éste es el órgano que genera placer. La niña “nada en las tinieblas” de su anatomía interna, sólo conoce su clítoris. A causa de la mojigatería y de la moral sexual de las madres, aquellas no reciben información sobre la vagina e interpretan todo lo que les sucede en relación con su clítoris que es lo que ven.

Irigaray (1974), Fernández (1992) y Dio Bleichmar (1997) acuerdan en sostener que debido a las analogías establecidas entre el cuerpo masculino y el femenino, el fundador del psicoanálisis no analizó la importancia de los otros órganos que componen los genitales femeninos, como los pechos por ejemplo. Estos no aparecen mencionados y tampoco se detectan referencias a las fantasías que podrían surgir a partir de su estimulación.

Freud reitera que el niño varón siente desprecio por la criatura castrada, es decir, la niña. Este sentimiento en casos extremos puede generar una inhibición del hombre para realizar una elección de objeto y en otros, si se conjuga con factores orgánicos puede derivar en la homosexualidad.

Benjamin (1996) manifiesta que en el discurso psicoanalítico, el niño se relaciona con la madre como si fuera un objeto de sus pulsiones y la desvaloriza, no reconociéndola con una subjetividad independiente. Para los varones, la esencia de su individualización consiste en la independencia respecto de la madre como objeto, y no en el reconocimiento de ésta como sujeto. Critica que desde esta concepción, el niño deba despreciar la femineidad para construir su masculinidad. Plantea que no han sido tenidos en cuenta los efectos que ello acarrea para los hombres, ya que afectaría su capacidad para relacionarse con las mujeres.

Freud sostiene que el complejo de castración femenino tiene diversas consecuencias. Expresa: “ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad” (1931, p. 231).

Afirma que a partir de este reconocimiento derivan tres orientaciones posibles para el consiguiente desarrollo de la niña. El primer camino llevaría al rechazo por completo de la sexualidad en general. La niña descontenta con su clítoris, no sólo renuncia a la masturbación clitoridiana, considerada masculina sino también a su sexualidad y

virilidad en otros ámbitos de la vida. Cabe señalar, que para el autor la actividad está directamente relacionada con la masculinidad, por lo cual, rechazar su componente viril dejaría a las mujeres sin iniciativa y completamente pasivas, no sólo en lo referido a la sexualidad sino a la vida en general.

La segunda vía que puede seguir la niña es la de desmentir su falta, debido a lo cual permanecería en el complejo de masculinidad. Para Freud, la persistencia de esta actitud puede derivar en una elección homosexual de objeto.

La tercera vía de desarrollo es la única que permitiría lograr un desarrollo normal de la femineidad. Este camino implica que la niña tome al padre como objeto y así ingrese al complejo de Edipo positivo.

Es significativo que de los tres posibles caminos, sólo uno conduzca a la niña a desarrollarse como mujer, es decir tiene más probabilidades de equivocarse el camino que de continuar por la vía correcta. Irigaray (1974) manifiesta que desde esta concepción se propone una penosa evolución a la femineidad.

Es pertinente recordar que la niña se dirige al padre y lo toma como objeto de amor, esperando recibir de él un hijo. Desde la concepción freudiana, el desarrollo normal de la mujer implica que ésta culmine el complejo con el deseo de ser madre. Esta conjetura es objeto de diversas críticas, ya que une indisolublemente femineidad con maternidad. En relación con ello, Fernández (1993) señala que el discurso sobre la femineidad que ha llegado hasta nuestros días se construyó en el siglo XVII. Este es esencialista y globalizante, y a partir de él, se les adscribieron a las mujeres ciertos rasgos como si fueran características biológicas y universales. Se definió a la mujer como frágil, emotiva, dependiente, sexualmente pasiva y predestinada a la maternidad. Desde los discursos médicos y morales se acentuó la virtud del pudor y la obediencia femenina. La mujer perdió la posibilidad de administrar sus bienes y su acceso a la educación fue muy posterior en comparación con el de los hombres.

La educación moral modeló a las niñas con dos objetivos esenciales: que se conservaran vírgenes hasta el casamiento y que fueran esposas sumisas. La inocencia se convirtió en el rasgo más característico, ésta era vinculada por las madres y los médicos, directamente con la ignorancia. La autora expresa que se consolidó un pacto por el cual se construyó una femineidad pasiva, más objeto que sujeto de deseo, más partenaire que protagonista. Esta mujer es el soporte garante de una virilidad activa del hombre, sujeto de deseo, protagonista.

Fernández (1993) manifiesta que esta pasividad construida históricamente tiene como correlato una maternidad que tampoco es natural sino construida. El pasaje de la niña a la mujer se hace a través de una adolescente que pueda garantizar que será una esposa fiel y no demandante en lo sexual. Esta tendrá el matrimonio como proyecto de vida y verá en sus hijos, la máxima realización personal.

Freud postula que el complejo de Edipo es en la mujer el resultado de un largo desarrollo. No culmina debido al complejo de castración, sino que comienza a raíz de éste. Además, en la mujer no está presente la angustia de castración, que en el varón

genera el sepultamiento del complejo. Afirma que es frecuente que la mujer no logre resolver esta conflictiva. Cabe destacar que en su texto de 1924, sostiene que la resolución de este complejo es uno de los elementos centrales para lograr la salud mental; con lo cual, una vez más, el desarrollo psíquico de la mujer es más proclive a conducir a la patología.

Sostiene que debido a las diferencias en la resolución del complejo de Edipo en la mujer: “son más pequeños y de menor alcance los resultados culturales de su descomposición” (Freud, 1931, p. 232). Asevera que esta diferencia en el vínculo recíproco entre complejo de Edipo y complejo de castración incide en el carácter de la mujer como ser social. A pie de página, el autor hace referencia a las posibles quejas que este enunciado generaría entre las feministas y las psicoanalistas mujeres. Explicita que probablemente consideren que sus hipótesis están destinadas a procurar justificación teórica a la tendencia innata del hombre a rebajar y oprimir a la mujer. Las desestima por carecer de fundamento sin brindar mayores aclaraciones. Como el propio autor lo anticipó, las críticas más duras que han recibido sus teorizaciones, apuntan a la contribución que éstas representaron para mantener el sometimiento del género femenino. Es relevante que se refiera a la dominación por parte del hombre como una tendencia innata. Podría inferirse que la consideraba producto de la biología, sin tener en cuenta ningún aspecto cultural y su incidencia en la construcción de los ideales de género propios de cada época.

En este sentido, Chodorow (1984) enuncia que Freud sabía a qué intereses convenían sus posturas y optó por no cuestionarlos.

Respecto a los menores aportes culturales que las mujeres realizarían, Irigaray (1974) expresa que sería pertinente interrogarse sobre qué motivación podrían sentir las mujeres por una cultura que las ignoraba como sujetos, por qué debían realizar aportes a una sociedad que sólo les atribuía intereses mediados siempre por los hombres, nunca como deseos genuinamente femeninos.

Desde la perspectiva de Freud, numerosos hechos de la vida de una mujer adulta logran comprenderse a partir del conocimiento de la relación madre-hija, previa al complejo de Edipo. Entre ellos, la mala relación que muchas de ellas tienen con sus esposos, a pesar de haberlos elegido según el modelo de sus padres.

Señala que la actitud hostil hacia la madre no es una consecuencia del Edipo, sino que proviene de la fase anterior y la vincula con los motivos que condujeron a ésta a alejarse de su madre y dirigir su deseo al padre.

Manifiesta que algunas de estas razones están condicionadas por las particularidades de la vida sexual infantil y por lo tanto, los comparten varones y niñas.

El primer motivo que enuncia son los celos hacia otras personas sentidas como rivales, que pueden ser los hermanos e incluso el propio padre, quienes según la niña reciben la atención que la madre le quita a ella. Freud considera que el amor infantil es desmedido, pide exclusividad y en este sentido, por más dedicada que sea la madre, todo

niño sentirá en algún momento que disminuyen los cuidados que recibe porque se está favoreciendo a otra persona.

Una segunda razón es que este amor no puede acceder a una satisfacción plena, y por ello, está condenado a desembocar en un desengaño y dar lugar a una actitud hostil.

Otro motivo que el autor apunta y que propone como específico de la niña derivaría de las consecuencias que tiene para ella el complejo de castración. La madre es considerada como quien estimula y a la vez prohíbe el placer sexual. En relación con esto, la influencia que ejercen los cuidados del cuerpo sobre el comienzo de la masturbación fálica es revelada por las fantasías que fue la madre o la mujer que se encargaba de atenderla, la seductora.

Irigaray (1974) plantea que Freud le adjudica a la madre la responsabilidad del despertar sexual y a su vez la prohibición del mismo, en especial en el caso de la niña. El padre no seduce ni domina la sexualidad de su hija. Expresa que desde este punto de vista, el padre aparece en definitiva como un personaje borroso, secundario y hasta pasivo, sin ningún tipo de deseos hacia su hija.

El autor señala que la prohibición de masturbarse es motivo para rebelarse contra la persona inhibidora que es por lo general, la madre o la mujer encargada de la educación. El rencor por haberle impedido el libre quehacer sexual desempeña un gran papel en el alejamiento de la madre. Ese mismo motivo vuelve a producir efectos luego de la pubertad, cuando la madre cree que es su deber preservar la castidad de la hija. Señala que la madre también sanciona al varón, generando también en él una rebelión.

Otro reclamo frecuente de la niña hacia su madre es que no ha recibido suficiente leche. Freud conjetura que éste surge independientemente del tiempo durante el cual haya sido amamantada y las características particulares de esta situación, dado que es producto de la voracidad de la libido infantil.

Cuando la niña acepta su castración y comprende que toda mujer carece de pene experimenta una gran desvalorización hacia el género femenino y por lo tanto, también de su madre. Dio Bleichmar (1985) afirma que la niña desvaloriza su género no debido a la castración, sino a la percepción que tanto ella como su madre pertenecen a un género devaluado socialmente. La niña tiene la difícil tarea de desear ser mujer a pesar que ello implique restricciones para sus deseos y limite las posibilidades de su desarrollo.

Freud expresa:

“al final de esta primera fase de la ligazón-madre emerge como el más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre, el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, es decir de haberla parido mujer” (1931, p. 235).

Este es para el autor el motivo más relevante para explicar la hostilidad que la niña siente por su madre y la razón de más peso para que la abandone y tome como objeto de amor a su padre, para recibir el pene que anhela.

Sostiene que en última instancia la ligazón madre-hija tiene que irse a pique, al fundamento porque es la primera y se caracteriza por una marcada ambivalencia. Es debido a ésta y a otros factores, que la niña se ve forzada a separarse de su madre, como consecuencia de un carácter universal de la sexualidad infantil.

Es importante mencionar que esta descripción que Freud realiza de las características del vínculo entre madre e hija, es retomada y valorada por distintos/as autores/as psicoanalíticos/as. Estos señalan que el vínculo que la madre establece con sus hijos, independientemente que sean varones o niñas, posee estas cualidades y reviste una gran importancia para el desarrollo psicológico de ambos.

Freud postula que el varón tiene la posibilidad de trasladar la hostilidad sentida por la madre hacia su padre y tramitar así la ambivalencia. Esta sería la razón por la cual no renuncia a ella como objeto de amor, a pesar de compartir con la niña gran parte de los motivos que despiertan la hostilidad hacia la figura materna.

Chodorow (1984) sostiene que en la concepción freudiana se subraya la totalidad del giro de la niña hacia su padre y el absoluto rechazo a la madre, destacando la profunda hostilidad que sentiría por ella. Desde su punto de vista, cuando la niña ingresa al complejo edípico no abandona completamente la relación preedípica, por el contrario, edifica este nuevo vínculo sobre la base de ésta.

Explicita que no comparte la hipótesis de Freud referida a que las niñas se alejan de sus madres por la envidia del pene. Para la autora, son las características de la relación que la niña y la madre tienen, las que la empujan a buscar un tercer objeto. Sería la naturaleza especial de la relación preedípica, su intensidad, su duración y su ambivalencia las que crean las bases psicológicas para el cambio de objeto de la niña hacia su padre. Ante una madre omnipotente que perpetúa el amor primario y la identificación primaria, el padre se transforma en un símbolo de libertad para ella. Conjetura que la niña se dirige a él sin considerar su sexo ni su orientación sexual, sino porque es la persona que puede ayudarla a tomar distancia de su madre.

La autora analiza los postulados de Chasseguet-Smirgel (1964) quien desde su punto de vista, realiza una reformulación del desarrollo femenino. Esta afirma que la naturaleza del vínculo con la madre preedípica origina una herida narcisista en los niños de ambos géneros. Esta es producto de la impotencia y la dependencia que sienten ante una figura materna omnipotente. Postula que éste sería el factor que genera el sentimiento de hostilidad que los niños sienten hacia sus madres.

Manifiesta que si la niña se siente dolorosamente incompleta, ello se debería al tipo de relación con esta madre preedípica y no a su falta de pene.

Señala que todos los niños deben liberarse de esta madre omnipotente para lograr una sensación de plenitud. El niño obtiene esta liberación mediante su masculinidad y la posesión del pene, su madre lo reconoce como distinto a ella, como otro. En cambio, la niña carece de algo distinto y deseable que pueda oponer a la omnipotencia materna. Además, su madre no la catectiza como a un otro sexual, como hace con el varón. Desde esta perspectiva, la niña puede desarrollar una envidia del pene, producto de la herida

narcisista y la ira que siente contra la omnipotencia materna. Ella desearía poseerlo por los poderes que simboliza y por la libertad que promete, no porque sea mejor ser masculina. La niña tomaría a su padre como objeto de deseo porque la relación preedípica con su madre la impulsa a encontrar un símbolo de su propia autonomía e independencia, por lo cual busca una relación que la ayude a conseguir esto.

Chodorow (1984) puntualiza que en relación con estas teorizaciones no está de acuerdo con el escaso o nulo lugar que queda para pensar el amor entre madre e hija, el cual sin embargo, se da por descontado y obvio. Sostiene que para la niña no habría un modo único y veloz para resolver el complejo de Edipo ni un cambio de objeto absoluto. Si existe un componente definitivo sería la concentración de la catexia erótica de la niña con su padre. Enfatiza que la niña jamás abandona a su madre como objeto de amor interno o externo, incluso si llega a ser heterosexual.

Dio Bleichmar (1997) manifiesta que comparte con Freud su concepción que la relación preedípica de la niña con su madre posee para ella una gran relevancia. Destaca que este vínculo es central para el desarrollo de la femineidad, pero no por la supuesta masculinidad de esta etapa, sino por la feminización que genera. Señala que a diferencia de la masculinidad que se define a partir de la separación de la madre, la femineidad se construye a partir del apego de la niña a ésta. La relación entre madre e hija es diferente a la que una mujer puede tener con un hijo varón, al que reconoce como diferente y no como su igual.

La fase preedípica es en la niña más prolongada y más conflictiva porque la madre no es sólo su objeto de amor del cual depende, sino también el ideal narcisista y el semejante del género.

Para Dio Bleichmar (2010) es importante poder diferenciar aquellos conflictos entre madre e hija que son producto del complejo de Edipo, de las dificultades en el vínculo producto de la negación de la hija a tomar a su madre como ideal de género. Expresa que sólo una vez que se logre realizar esta distinción podrán separarse la madre que es figura de apego y el modelo de mujer que ésta representa para su hija.

De acuerdo con Benjamin (1996), el hecho que la niña desarrolle su femineidad por medio de la identificación directa con la madre ya se encuentra bien documentado. El pensamiento psicoanalítico actual presta mucha más atención a la vida preedípica, a raíz de lo cual el poder de la madre y su impacto sobre los hijos de ambos géneros está siendo estudiada. Afirma que la descripción que Freud realizó de la mujer como castrada e impotente es el opuesto exacto a la imagen inconsciente de la madre que tiene el niño pequeño.

La autora reconoce la existencia de la envidia del pene pero considera que es una manifestación del esfuerzo que hace la niña por identificarse con el padre, para lograr separarse de su madre. Sin embargo, puntualiza que alejarse de esta forma implica para la niña, cambiar un amor por otro. El uso del padre es una solución que forma parte del problema, ya que conduce a la escisión recurrente entre la autonomía y la sexualidad.

Según su punto de vista, lo que Freud llamó la envidia del pene y la orientación masculina de la niña, en realidad refleja el deseo del deambulador de identificarse con el padre, que es percibido como representante del mundo externo. El amor de la niña por el padre es un amor ideal, es idealizado por el niño y la niña porque refleja lo que ellos quieren ser.

Considera que en el momento evolutivo en que el niño comienza a percibir sus deseos y solicita que se lo reconozca como un sujeto, un agente que puede querer cosas y hacer que sucedan, coincide con el tiempo en que comprende la diferencia entre los géneros. De este modo cada uno de los padres puede representar un lado del conflicto entre la independencia y la dependencia.

La autora destaca que en nuestra cultura actual, el padre aún aparece como una figura excitante que vincula con el mundo exterior y la madre como quien sostiene desde el interior. Plantea que deberá esperarse para poder evaluar si las modificaciones en los vínculos filiales, producto de los cambios socio-culturales y económicos, conllevan transformaciones en cómo cada uno de los padres son percibidos. Conjetura que tal vez en un futuro ambos padres puedan ser excitantes y a la vez, figuras de sostén.

Benjamin (1996) sostiene que la niña no toma como objeto de deseo a su padre como producto de su envidia del pene. Desde su perspectiva, el amor preedípico de la niña se convierte en la base del amor heterosexual cuando ésta comprende que ella no puede ser el padre y desea tenerlo.

Freud considera que las metas sexuales de la niña con su madre son tanto activas como pasivas y están comandadas por las fases libidinales que atraviesan los niños. Recuerda su tesis que en todos los ámbitos de la vida, no sólo en lo sexual, una impresión recibida de forma pasiva provoca en el niño la tendencia a una reacción activa, es decir, intenta hacer lo que le hicieron a él. El juego infantil tendría el propósito de convertir una vivencia pasiva en activa.

El autor señala que estos hechos muestran una rebeldía contra la pasividad y una predilección por el papel activo. Postula que no en todos los niños se da con igual regularidad y energía esa alternancia de la pasividad a la actividad. A partir de esta característica realiza una inferencia sobre la intensidad de la masculinidad y la femineidad que mostrarán en su sexualidad. Se advierte la clara vinculación que establece entre femineidad y pasividad, así como entre actividad y masculinidad.

Para Freud, las primeras vivencias sexuales experimentadas por el niño con su madre son de naturaleza pasiva. Una parte de la libido del niño permanece adherida a estas experiencias y otra se dirige a la actividad.

Expresa que la niña cumple sus deseos activos de manera indirecta con la muñeca. La preferencia de la pequeña a diferencia del varón, por el juego con las muñecas suele interpretarse como un signo de la temprana femineidad. Sin embargo, puntualiza que lo que se exterioriza en este juego es la actividad de la femineidad. Supone que esta predilección es muestra del carácter exclusivo de la ligazón con la madre, prescindiendo por completo del padre. La actividad sexual de la niña hacia la madre, se exterioriza

siguiendo la secuencia de aspiraciones orales, sádicas y fálicas. Los deseos agresivos orales y sádicos son reprimidos de manera prematura y resurgen como angustia de ser asesinada por la madre.

Entre las mociones pasivas de la fase fálica, se destaca que la niña culpa a su madre por ser su seductora, lo cual se vincula con que ha registrado las primeras sensaciones genitales a raíz de los cuidados del cuerpo realizados por ésta. Debido a que la madre es la que despierta en la niña la fase fálica, es la responsable que en las fantasías de años posteriores, el padre aparezca como el seductor sexual. Al mismo tiempo que se produce el extrañamiento respecto de la madre, se transfiere al padre la introducción a la vida sexual.

Explicita que el extrañamiento respecto de la madre es un paso de gran importancia en el desarrollo de la niña. Manifiesta que junto con este cambio de objeto, tiene lugar un fuerte descenso de las aspiraciones sexuales activas y un ascenso de las pasivas. Señala que ambos tipos de aspiraciones sufrieron frustraciones, pero son las activas las que la niña abandona con mayor facilidad.

En base a estas teorizaciones, se añade una nueva renuncia de la mujer en el camino al desarrollo de su femineidad. Debe cambiar de zona erógena rectora, de objeto y de metas sexuales, las activas deberán disminuir dando lugar a las de carácter pasivo.

Freud expresa que en la niña se hallan las mismas fuerzas libidinales que en el varón, por un tiempo el desarrollo prosigue por idénticos caminos en ambos. Sin embargo, afirma que factores biológicos desvían a esas fuerzas de sus metas iniciales y guían por las sendas de la femineidad aún a aspiraciones activas, masculinas en todo sentido. Se advierte que recurre a lo biológico para explicar en última instancia las diferencias entre un género y otro.

Cabe destacar que para Meler (2013), fue un vicio epistemológico lo que llevó a Freud a sostener que la pasividad y la preferencia por metas sexuales de este tipo, constituyen una característica del psiquismo de las mujeres. Las mujeres en el contexto social histórico en el cual su destino principal era el matrimonio y su tarea la maternidad, que recién estaban empezando a participar de forma reducida en el campo del saber, no realizaban trabajos remunerados y presentaban tendencias psíquicas hacia la pasividad. Sin embargo, Freud no relacionó estas características subjetivas con la cultura vigente, sino que lo refirió a la estructura receptiva de los genitales femeninos. Considera que de esta forma el autor se equivocó al estudiar la subjetividad como un subproducto del cuerpo erógeno, concebido de modo insular y desarraigado del contexto social, económico, cultural y simbólico en el que se construyen los sujetos.

En relación con ello, la meta sexual de ser penetrada por el padre, fue definida como pasiva y se extendió esta característica de los genitales a toda la personalidad y a las actitudes vitales de las mujeres.

Es significativo recordar que en textos previos, Freud había sostenido que las actitudes de cada uno respecto a la sexualidad se hacían extensivas como modalidad, al resto de los ámbitos de la vida. Por ejemplo, en lo referido al conocimiento.

Meler (2013) sostiene que la concepción freudiana de la vagina como un órgano pasivo fue una caracterización imaginaria, construida a partir de las observaciones clínicas de mujeres pasivizadas por un contexto cultural que les negaba la adultez social, promoviendo un tutelaje que pasaba del padre al marido. En este sentido, la vagina es descrita como un órgano laxo y atónico.

Dio Bleichmar (1985) afirma que la niña no se halla en la posición masculina, sino sólo en una relación narcisista en que aspira al primer puesto, a ser la preferida, amada y satisfecha por la madre con exclusividad. Para aspirar a este tipo de atención no es necesario hacerlo desde la masculinidad, basta ser niño o bebé.

Para la autora, el carácter receptivo-pasivo de los fines sexuales que se consideran propios de las mujeres y que se han extendido a su vida en general, explicando a partir de ellos el fracaso de las mujeres en alcanzar su autonomía. Esto debe repensarse teniendo en cuenta la importancia de los conceptos de género y del rol social en la formación de una femineidad que perpetúa la dependencia de la mujer.

En relación a la faz activa de la femineidad, señala que este término ocasionó un malentendido que continúa vigente. Esto se debe a que en el discurso freudiano, faz activa se comprende como de fines sexuales activos y sinónimo de masculino. Sin embargo, Dio Bleichmar (1985) plantea que en este lugar puntualmente, Freud se refiere a la actividad sin mencionar los fines activos porque lo considera un principio general del funcionamiento de la psique humana, que responde a la necesidad de dominar el mundo exterior. Esta actividad precursora de la masculinidad es una propiedad que sobrepasa el marco de la pulsión sexual.

Desde este punto de vista, postula que el juego de las niñas con las muñecas, no es una expresión de deseo masculino hacia la madre, de poseerla, hacerle un hijo, sino una expresión de su temprana femineidad, ya que la maternidad es lo que desempeñan activamente las mujeres. Este juego se desarrolla de manera previa e independiente del conocimiento sexual sobre los órganos genitales así como sobre el papel del padre y la madre en la procreación. Se trata de una femineidad activa porque la niña se esfuerza en ejercitarla en juegos y fantasías, actividad que no tiene carácter masculino ni fálico.

En relación a la pasividad como un rasgo inherente a la femineidad, Fernández (1993) cita el estudio histórico realizado por Veyne (1984) para mostrar lo que considera como el origen histórico de la ecuación mujer=pasividad y hombre=actividad. Este autor señala que durante los primeros siglos de la era cristiana se produjo un pasaje de una bisexualidad de dominación a una heterosexualidad de reproducción. En Roma, el par antitético era sometedor- sometido/a, en el que estaba mal visto que alguien fuera sometido por un partenaire de menor clase social. Se trataba de la relación del amo con sus subordinados, fueran esposas o esclavos. En esta sexualidad de dominación se habría originado la distinción que luego se realizó entre activo y pasivo, en la que no importaba el sexo del partenaire. La heterosexualidad de reproducción conserva de la antigua sexualidad, la oposición entre actividad y pasividad, referida a partir de entonces a las relaciones entre hombres y mujeres, las únicas permitidas. Al universalizarse la moral y

el matrimonio se produjo una ecuación que igualó mujer=pasividad y hombre=actividad. Esta se naturalizó, olvidando que en su origen estos términos daban cuenta de los lugares de poder de quienes intervenían. En lo que respecta a las prácticas eróticas, activo y pasivo no está referido a los géneros sexuales sino que demarca relaciones de poder: dominador/dominada/o.

Benjamin (1996) critica el hecho que desde la postura freudiana la femineidad se construye mediante la aceptación de la pasividad sexual y la renuncia a la sexualidad. La aceptación de este status inferior sería lo que define la femineidad.

Mujer se asocia con maternidad y fertilidad, la madre no es articulada como un sujeto sexual, como alguien que desea activamente algo para ella misma. La madre es una figura desexualizada, que la autora vincula con la falta de subjetividad.

Manifiesta que el abandono de las hipótesis freudianas referidas a que la identificación materna no es verdaderamente femenina, a que sólo son femeninos el deseo del pene y el amor pasivo al padre, permitió la revalorización de la madre, cuya influencia no fue tenida en cuenta por Freud.

La conferencia N° 33: “La feminidad” (1933[1932]), forma parte de una serie de ellas que Freud dictó para el público en general, abordando diferentes temáticas de su obra. En ésta se ocupa de la mujer, del desarrollo que debe realizar para convertirse en tal. Las hipótesis vertidas en este texto están presentes, en su mayoría, en artículos previos. “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” de 1925, y “Sobre la sexualidad femenina” de 1931, son dos trabajos en los cuales el autor se dedicó exclusivamente a la construcción de la subjetividad femenina y en los cuales se encuentran desarrolladas las conjeturas que retoma y reafirma en esta conferencia.

Freud expresa: “no ofrece nada más que hechos observados, casi sin añadido de especulación” (1933 [1932], p.105). Los/as autores/as posfreudianos/as acuerdan en que él tuvo una gran habilidad para percibir y describir lo que sucedía con la mujer en su época. Sin embargo, enfatizan que no acompañó esta capacidad de observación con una crítica a las convenciones sociales que le imponían a la mujer estos ideales femeninos, más bien los detalló y los naturalizó.

Freud afirma: “el enigma de la feminidad ha puesto cavilosos a los hombres de todos los tiempos” (1933 [1932], p.105). Irigaray (1974) manifiesta que a partir de esta enunciación puede advertirse que la mujer se constituyó como el objeto de un discurso masculino, de un debate entre hombres, del que ella nada tendría que decir. Al respecto Glocer Fiorini (2015), sostiene que la mujer siempre ocupó dentro del psicoanálisis el lugar de objeto de estudio, sin poder constituirse como sujeto de su propio análisis.

Cabe señalar que las primeras autoras que se dedicaron al estudio de la femineidad, en su mayoría acordaron con las teorías freudianas. Este hecho pondría en evidencia la dificultad para cuestionar un saber masculino y posicionarse como sujetos del saber, que tenían las mujeres en esa época, lo cual no se solucionaba con la presencia concreta de las mujeres en los grupos de estudios.

El autor reitera el dilema de poder diferenciar entre masculino y femenino a pesar que en lo cotidiano sea una distinción que se realiza a primera vista. En este punto parece referirse a los aspectos que permiten distinguir a una mujer de un hombre, como puede ser su apariencia física, la vestimenta, también la tarea y el lugar que ocupa. Sin embargo, no hace ninguna referencia a cómo estos elementos que permiten una rápida distinción, se modifican según la cultura y la época, lo que pone en evidencia que lo que sería estrictamente masculino y femenino en un momento histórico, no es válido para otra situación.

Señala que tampoco la anatomía puede brindar una certeza completa respecto a lo que es propiamente femenino y masculino. Si bien cada sexo posee un gameto y los órganos que lo portan, los cuales permiten distinguir entre uno y otro, también es verdad que partes del aparato sexual masculino se encuentran en la mujer en un estado de atrofia y lo mismo sucede con el varón. Cabe recordar que fueron estas hipótesis biológicas las que Freud tomó como base para sostener su tesis sobre la bisexualidad.

Considera que desde la psicología no se puede aportar ningún contenido nuevo a estos conceptos. Cuando éstos se utilizan se lo hace “por mera docilidad a la anatomía y a la convención” (Freud, 1933 [1932], p. 106), es decir tomando el sentido que ya tienen atribuido desde la biología y las costumbres sociales. La calificación de masculino y femenino para tal o cual accionar, se remite en última instancia a la polaridad activo-pasivo, que no surgió de forma original en el ámbito de la psicología.

Freud sostiene como lo ha hecho a lo largo de su obra, que la conducta del espermatozoide (activo) y el óvulo (pasivo) elementales es paradigmática para el comportamiento de los individuos durante las relaciones sexuales. Sin embargo, advierte que cuanto más se aleja de la conducta sexual, más equivocado es relacionar masculino con activo y femenino con pasivo.

Utiliza como ejemplo ciertas especies en las que las hembras tienen conductas activas incluso en la sexualidad y en las que los machos cuidan a las crías. Manifiesta que en el caso del ser humano, la madre es activa hacia el hijo, respecto al acto de amamantar puede decirse tanto que la madre da de mamar como que el niño mama.

Irigaray (1974) expresa en relación a los animales, en los que el macho se encarga de cuidar las crías, que tal vez podría leerse en estas especies la capacidad de distinguir entre lo que son las diferencias sexuales y lo que es la función parental. La discriminación entre femenino y maternidad fue borrada por la cultura occidental.

El autor a pesar de sostener que no se debe hacer coincidir masculino con activo y femenino con pasivo, afirma que “podría intentarse caracterizar psicológicamente la femineidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas”. (Freud, 1933 [1932], p. 107). Desde su punto de vista, esto no es idéntico a la pasividad, ya que en muchos casos hace falta una gran actividad para lograr una meta pasiva.

Conjetura que lo que puede ocurrir es que el modo de participación de la mujer en la función sexual, se difunda a otras esferas de su vida, es decir la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva. Esta hipótesis respecto a la pasividad

femenina ya había sido desarrollada en sus trabajos previos. Irigaray (1974) conjetura que el objetivo de la equiparación entre activo y masculino y pasivo con femenino es el sometimiento de la mujer. Según su postura, Freud al introducir la noción que las mujeres tendrían predilección por metas pasivas, realizó un reparto de papeles que exige que la mujer sea pasiva. Estas teorizaciones resultaron funcionales a la cultura de la época.

Freud señala que no debe olvidarse la influencia de las normas sociales “que de igual forma esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas” (1933 [1932], p. 107). En este punto hace referencia a las prescripciones culturales que pasivizaban a la mujer, pero no realiza una lectura crítica. A pesar de tomar en cuenta esta influencia, expresa que existe un vínculo particular entre femineidad y vida pulsional.

Freud afirma:

“Su propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone, esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es auténticamente femenino” (1933 [1932], p.107).

Se advierte que rápidamente recurre a la biología femenina como explicación última de las características disímiles a la de los varones. La prohibición de dirigir hacia fuera la agresividad es inherente al ser femenino. En este sentido las normas sociales sólo acompañarían y reasegurarían lo que por naturaleza está prescripto.

Para explicar el masoquismo masculino, recurre a la bisexualidad y sostiene que estos hombres presentan rasgos femeninos.

Al respecto, Irigaray (1974) asevera que desde esta perspectiva, la mujer debería contrariar su propia constitución y las reglas sociales para evitar la formación de tendencias masoquistas, erotizando las tendencias destructivas hacia el interior. Nada la autoriza a dirigir su agresión ni actividad hacia el otro.

Meler (2013) sostiene que Freud al estudiar la particularidad humana de obtener placer del dolor se alejó de la versión funcional de la sexualidad y del psiquismo. Sin embargo, no comparte la vinculación que realizó entre la meta sexual femenina caracterizada como pasiva, con la obtención del placer en el dolor, generando la categoría de masoquismo femenino.

La autora afirma que si se acepta que la meta sexual normal femenina es pasiva y la pasividad se transforma en deseo de castigo por regresión, se está propiciando la hipótesis que muchas mujeres soportan el castigo por encontrar en él, un equivalente de la satisfacción erótica. Se desplegaría de esta forma una escena de carácter extremadamente humillante, ya que al hecho de ser objeto de malos tratos se agrega el supuesto que esa condición complace a la víctima.

Manifiesta que el autor relacionó el goce sadomasoquista con el complejo de Edipo y sostuvo que la posición erógena femenina se expresa a través de fantasmas masoquistas. Desde este punto de vista, el masoquismo como precondition erótica se basa en fantasías de ser atacado, maltratado, ensuciado, denigrado. Estas se asocian en el

imaginario freudiano, con lo que describe como una situación característica de la feminidad, es decir que significa ser castrado, ser poseído sexualmente o parir.

Meler (2013) considera que la posesión sexual es una metáfora que expresa fantasías eróticas asociadas al hecho de ser dominada. Estas fantasías en las que existe una referencia a la entrega son parte de una amplia gama de deseos parciales propios de la sexualidad humana. Expresa que la dominación intergenérica ha propiciado estos deseos en las mujeres y los ha reprimido, severamente en los hombres. La asimilación generalizada de la posición femenina al deseo de ser poseída está basada en afirmaciones construidas de modo ideológico, e implica una replicación de la violencia patriarcal dentro de la teoría psicoanalítica. Esta violencia consiste en la denegación de la existencia de deseos activos y aún sádicos en las mujeres, que pueden ponerse en juego de forma flexible según el momento y las características del vínculo.

Desde el punto de vista de la autora, se ha confundido la sexualidad de la mujer con las fantasías masculinas respecto de la posición sexual femenina, fantasías teñidas de sadomasoquismo, que son prototípicas de los varones durante la pubertad. Afirma que en la actualidad existen modelos alternativos para explicar el masoquismo femenino, que naturalizó la tendencia femenina al sometimiento y la búsqueda del dolor a través del autosacrificio. Esta tendencia subjetiva puede ser comprendida hoy, como el correlato de los arreglos culturales que establecen la dominación masculina y sus modos peculiares de inscribirse en el psiquismo.

Benjamin (1996) postula que el reconocimiento mutuo y la capacidad de reconocer al otro es una meta del desarrollo, tan importante como la separación. Desde su perspectiva, la dominación es un intento de negar la dependencia, anulando la subjetividad del otro.

Dio Bleichmar (1985) sostiene que en el proceso de diferenciación reactiva del varoncito respecto de su madre, se favorece el establecimiento de límites del self. Señala que mediante este proceso la empatía se dificulta y el dominio masculino se ve facilitado. Plantea la hipótesis que existe en el niño una tendencia a objetivar a la madre y luego a las mujeres. La empatía supone ponerse en el lugar del otro y eso es lo que los varones buscan evitar, por temor a perder su identidad. A diferencia de ellos, las mujeres no niegan al otro sino que se niegan a sí mismas. Al no necesitar desidentificarse respecto de la madre, no ponen énfasis en la independencia. La percepción que los niños tienen acerca de la carencia de subjetividad de la madre crea una propensión hacia el masoquismo femenino y el sadismo masculino.

Freud puntualiza que el psicoanálisis no pretende describir qué es la mujer, lo cual cree que es una tarea imposible, pero sí trata de conocer cómo deviene mujer a partir de la constitución bisexual infantil. En este punto, manifiesta que sus colegas mujeres ya se encontraban realizando este trabajo. Respecto a éstas, relata que para evitar la disconformidad que podían sentir ante su teoría de la diferencia de los sexos, recurría a la bisexualidad para recordar que en ambos, hay aspectos masculinos y femeninos. Asevera además que esas características, descriptas para el común de las mujeres, no se aplicaban

a ellas que tenían más de masculino que femenino. La manera de no agredir a sus colegas mujeres era consolarlas con la posibilidad que por la bisexualidad constitucional ellas también poseían aspectos masculinos, los únicos valiosos. Se advierte además que éstos estaban más desarrollados en ellas que en otras mujeres, lo cual les permitía formar parte de un grupo de hombres dedicados al estudio de la subjetividad humana.

Puntualiza que en comparación con el varón “el desarrollo de la niña pequeña hasta la mujer normal es más difícil y complicado” (Freud, 1933 [1932], p. 108). Esto se debería a que la mujer debe realizar dos tareas adicionales, haciendo referencia a los cambios de zona y de objeto que son necesarios para que la niña ingrese al complejo de Edipo positivo.

Sostiene que también hay diferencias en la disposición pulsional, lo que permite vislumbrar la posterior naturaleza de la mujer. Freud expresa: “La niña pequeña es por regla general menos agresiva y porfiada, se basta menos a sí misma, parece tener más necesidad de que se le demuestre ternura, y por eso ser más dependiente y dócil” (1933 [1932], p. 109).

Dio Bleichmar (1985) considera que estas diferencias entre las niñas y los niños no se deben a la constitución pulsional de cada uno, sino que se basan en las prescripciones establecidas para cada uno de los géneros.

Freud señala que la niña pequeña es más inteligente y viva que el varón de su misma edad, se muestra más solícita al mundo exterior y sus investiduras de objeto poseen mayor intensidad que las de aquel. Luego de destacar estas características que pondrían en ventaja a la niña, manifiesta que estas diferencias varían mucho debido a lo individual y que se las puede dejar de lado.

Chodorow (1984) y Benjamin (1996) afirman que las niñas desarrollan un mayor interés y preocupación por los otros. Ambas autoras relacionan esta característica femenina con el hecho que el maternaje es ejercido por mujeres. La madre ve a su hija como su igual, a diferencia de cómo percibe a su hijo varón, con el que propicia la diferencia. Esta cercanía e indiferenciación con su objeto materno propiciaría un mayor desarrollo de las capacidades para vincularse y preocuparse por los otros.

Freud realiza un repaso por tesis que ya ha expuesto en artículos previos. Reitera que el desarrollo de ambos niños es semejante al menos en las primeras fases. En relación a la fase sádico-anal puntualiza que en sentido contrario a lo que podría esperarse, la niña no muestra menor agresión que el varón. Expresa que no es posible comprender a la mujer si no se pondera la fase de la ligazón-madre preedípica.

Respecto a las fantasías de seducción por parte del padre, conjetura que éstas son la expresión del complejo de Edipo positivo en la niña. En las fantasías de seducción de la fase preedípica, la seductora es la madre. Plantea que en ese punto la fantasía toca el terreno de la realidad, ya que es efectivamente la madre quien provocó los primeros placeres en las diversas ocasiones de los cuidados corporales. Al respecto, Dio Bleichmar (1997) señala que coincide con Laplanche (1993) en que es de gran importancia poder situar en la obra freudiana un lugar para el paradigma de la prioridad del otro concreto.

El adulto preexiste libidinalmente al niño, se halla dotado de sexualidad, la que transmitirá e implantará, dejando marcas en el cuerpo de la criatura, erogeneizando sus zonas. Desde el punto de vista de la autora, ambos padres libidinizan al niño, aunque aún los cuidados corporales los realice la madre. Esto no significa que la seducción por parte del padre no sea efectiva.

Por su parte, Irigaray (1974) puntualiza que la seducción que el padre realiza de su hija fue encubierta en las hipótesis freudianas por la teoría de la fantasía de seducción primaria. Al calificar el deseo sexual de fantasía, éste deja de ser fantástico, se deja de desear. La niña sostendría con su deseo un engaño del discurso legislador que promulga el no deseo del padre hacia ella.

Freud postula que el extrañamiento que la niña realiza del objeto madre para tomar a su padre se produce bajo el signo de la hostilidad, “la ligazón-madre acaba en odio” (1933 [1932], p. 113).

Reafirma su postulado que la mayor razón que tiene la niña para abandonar a su madre como objeto de amor, la cual a su vez la diferencia del niño, se relaciona con el complejo de castración. La niña le reclama a su madre haberla dotado del genital equivocado “la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio” (Freud, 1933 [1932], p.115).

Irigaray (1974) considera que es importante analizar el paralelismo implícito que Freud propone, cuando plantea que la niña siente una gran hostilidad por su madre, mientras el niño profesa por ella un amor que dura toda la vida. Desde la teoría freudiana desear al padre implica odiar a la madre. Desear al sexo opuesto, requiere al menos para la niña, rechazar al representante de su género e incluso la representación de su propio sexo. Debido a que sólo el sexo masculino es deseable, la niña debe demostrar que ha conseguido desvalorizar el suyo y el de su madre.

Dio Bleichmar (1997) afirma que lo que la niña no le perdona a su madre es su debilidad, el triste papel en que queda ubicada, no acepta que éste sea su modelo, su futuro como mujer. Manifiesta que la desvalorización de la mujer se puede constatar por múltiples experiencias, y que sostener que su origen y principal fundamento es la anatomía, es una equivocación. Para la autora, la niña se separa de su madre con un profundo dolor, por hostilidad, por rencor y por su narcisismo herido. En el sistema narcisista de su identidad de niña bonita, graciosa, con gran habilidad verbal y cognitiva, como lo son las niñas, comprender que su destino son los circuitos domésticos, es lo que la enoja. Expresa que el reclamo por el clítoris es una cuestión mínima en la extensa factura que la niña le pasa a su madre.

Freud postula que los celos y la envidia tienen un papel mayor en la vida psíquica de las mujeres que en la de los varones, ya que son sentimientos acrecentados por la envidia del pene.

El descubrimiento de su castración es central para el desarrollo de la niña. De ahí parten tres orientaciones de las cuales sólo una la llevará a la femineidad normal. Expresa:

“por el descubrimiento de la falta de pene la mujer resulta desvalorizada tanto para el niño como para el varoncito, luego, tal vez, para el hombre” (Freud, 1933 [1932], p.117).

Manifiesta que el deseo con que la niña se vuelve hacia al padre es el del pene que la madre le ha negado. Irigaray (1974) señala que desde esta perspectiva, el deseo por el padre no implica el amor, sino que éste se origina en el deseo de un pene. En este sentido, lo que impulsaría a la niña sería la envidia, los celos y la codicia.

Freud puntualiza: “la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en el lugar del pene” (1933 [1932], p. 119).

La equiparación entre femineidad y maternidad ha sido objeto de múltiples críticas. Numerosos especialistas consideran que Freud con estas postulaciones fue funcional a las exigencias de la cultura patriarcal hacia las mujeres. Normativizó el deseo de ser madres y consideró como una patología, su ausencia.

Irigaray (1974) puntualiza que de esta forma se desdibujó la femineidad y se le dio paso a la maternidad. Desde esta perspectiva, el deseo de un hijo sustituye a la envidia del pene, y es lo único por lo cual la niña se dirigiría al padre y también por lo que buscaría luego a un hombre.

Freud plantea que la mujer se siente gratificada cuando se cumple su deseo de un hijo, pero en especial si éste es un varón, que trae el pene anhelado. Irigaray (1974) manifiesta que las postulaciones freudianas sobre la maternidad, hacen depender el deseo de ser madre de la envidia del pene, negando la posibilidad de un deseo genuinamente femenino. Además, restringe la gratificación que una mujer puede sentir en esta situación, sólo a cuando el hijo es varón.

El autor sostiene que debido a las diferencias entre varones y mujeres respecto al complejo de castración y el sepultamiento del complejo de Edipo, el superyó es diferente en ambos. El de la niña no tiene ni la fuerza ni la misma independencia que el niño y eso menoscaba los aportes a la cultura que puede realizar.

Destaca que el desarrollo de la femineidad puede ser perturbado por los fenómenos de la prehistoria masculina. Considera que el enigma de la femineidad se vincula con la bisexualidad presente en la mujer.

Previamente al postular sus conjeturas sobre la mujer adulta, manifiesta que no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse a la influencia de la función sexual y qué a la domesticación social. En este punto, el autor parece reconocer el peso de las representaciones para determinar la subjetividad femenina. Sin embargo, como puede apreciarse a lo largo de su obra, no le atribuye una importancia fundamental al factor cultural y continuó sosteniendo que lo determinante es la biología.

Conjetura que la femineidad se caracteriza por un alto grado de narcisismo, que influye sobre su elección de objeto. Es decir, para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. La vanidad que siente por su cuerpo, está acrecentada por la envidia del pene. Esta vería en sus encantos un tardío resarcimiento por su inferioridad

sexual. Estas hipótesis respecto al narcisismo femenino, fueron desarrolladas de modo amplio por el autor, en 1914.

Desde el punto de vista de Irigaray (1974), la mujer no tiene posibilidad de optar entre amar y ser amada. La instauración de la femineidad se realiza mediante un impulso a la pasividad y la ubica como objeto. Esta no elegirá, no deseará un objeto de amor, sino que intentará ser deseada por un sujeto. Respecto al narcisismo por su cuerpo, la autora manifiesta que la mujer no puede elegir entre estar o no orgullosa de su cuerpo. El lugar que se le ha otorgado le exige que se ocupe de su cuerpo para incitar, mantener y aumentar el goce del consumidor. Para que la mujer sea un objeto deseable y el hombre quiera poseerla es necesaria su vanidad corporal, la fetichización de su cuerpo.

Freud considera que la vergüenza es una cualidad femenina por excelencia. Reconoce que en parte es debido a las convenciones sociales. Sin embargo, puntualiza que el propósito originario es el de ocultar el defecto de los genitales. Irigaray (1974) expresa que la mujer así como debe exhibirse también por y para el hombre deberá ser reservada, modesta y vergonzosa en relación con su sexo. Es importante recordar que según las conceptualizaciones freudianas, el hombre puede sentir horror y/o desprecio ante el sexo mutilado.

El autor señala que las mujeres son las inventoras de la técnica del trenzado y del tejido. Desde su perspectiva, la naturaleza le habría proporcionado el arquetipo para esa imitación, haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los genitales. Este aporte realizado por el género femenino es entendido por el autor como propiciado por su naturaleza. Reitera la íntima vinculación de la mujer con la naturaleza, alejándola de las producciones culturales, relacionadas a la posibilidad de sublimar.

Respecto a las relaciones entre las mujeres y sus maridos, Freud expresa: “Las condiciones de la elección de objeto de la mujer se vuelven tantas veces irreconocibles por obra de las circunstancias sociales” (1933 [1932], p.123).

Hace referencia a las costumbres epocales, según las cuales la mujer en escasas situaciones podía elegir a su pareja, en la mayoría de los casos, los matrimonios eran decididos por los hombres de la familia.

En cuanto al vínculo que la mujer establece con su marido, sostiene tal como lo hizo en “El tabú de la virginidad” (1918), que éste puede heredar el vínculo que su mujer tuvo con su madre y de esta manera convertir en desdichado el matrimonio.

Postula que la mujer cuando se convierte en madre, realiza un cambio para el cual los hombres no están preparados. Con la maternidad puede revivir la identificación con la madre propia y reproducir un matrimonio desdichado.

Irigaray (1974) manifiesta que las conjeturas freudianas según las cuales las transferencias paternas sobre el marido prometerían una armonía son asombrosas. Con esta idealización se garantiza que la mujer jamás se revelará contra la función paterna, sino contra la madre. De esta forma, se libera de ambivalencia la desfloración, el

embarazo, el parto, el abandono de la casa de origen y el sometimiento de la vida doméstica.

Freud afirma que sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta. Es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad.

Expresa: “El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo y actuar la madre respecto de él” (Freud, 1933 [1932], p.124).

Irigaray (1974) puntualiza que no deja lugar a una relación entre sexos. Considera que se debe al hecho que para Freud, sólo existe un sexo, el masculino. Benjamin (1996) manifiesta que la mujer se equipara a madre, y esta figura es desexualizada.

Si para que el matrimonio prospere la esposa deberá convertirse en madre de su marido, no quedará lugar para la sexualidad entre ambos. Ante esta situación, el hombre amparado en la doble moral sexual podía satisfacer sus deseos con otras mujeres. Ellas debido a las prescripciones morales y la imposibilidad de buscar satisfacción con otros hombres, sólo tenían un camino, el de la enfermedad.

El autor sostiene que la identificación-madre de la mujer permite discernir dos estratos: el preedípico, que consiste en la ligazón tierna con la madre en el que la toma por arquetipo, y el posterior, derivado del complejo de Edipo, que quiere eliminar a la madre y sustituirla junto al padre.

Considera que la ligazón preedípica tierna es la decisiva para el futuro de la mujer, en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y demostrará sus valiosos rendimientos sociales. Se entiende que el autor con función sexual hace referencia al ejercicio de la maternidad. Este rol era lo valorado de la femineidad, capaz de compensar mediante el cumplimiento del mismo sus escasos aportes a la cultura, debidos a las limitaciones de su superyó, producto de su condición física: carecer de pene. En relación a la importancia de la etapa preedípica, cabe señalar que Dio Bleichmar (1997) resalta y revaloriza la significatividad de esta fase. Afirma la importancia de este vínculo con la madre para la subjetivación de la niña como tal. Es en esta relación en la que aprenderá lo que es ser mujer, lo que implica y lo que se espera de ella. La autora destaca que la madre es un modelo de género, que la niña internaliza.

Freud conjetura que el escaso sentido de justicia de las mujeres se debe al predominio de la envidia en su vida anímica, ya que la justicia requiere un procesamiento de la envidia. Asimismo postula que los intereses sociales son más endebles que los del varón y tiene una menor aptitud para sublimar. Estas características atribuidas a la mujer difieren ampliamente de las que le atribuyó a las niñas pequeñas, en este mismo artículo.

Irigaray (1974) expresa que según los postulados freudianos, la mujer carece de todo medio de participar en la vida espiritual, no participa en su elaboración, en su simbolización ni en sus intercambios. Considera que éste es el origen de su despecho por estar excluida como sujeto de una escena falocéntrica, a la que no puede acceder sin culpa y sin tener que perder su femineidad.

Freud enuncia que a diferencia de un varón, cuando la mujer llega a los treinta años "...nos aterra a menudo por su rigidez psíquica y su inmutabilidad...". (1933 [1932], p.125). Señala que el desarrollo de la femineidad habría agotado el desarrollo de la persona.

En referencia a esta descripción, Irigaray (1974) sostiene que la penosa evolución hacia la femineidad radica en las influencias del poder familiar, patriarcal y de la ideología falocéntrica, que la amenaza con la pérdida del amor que se le tiene, si no se somete a ellos. Estas ya ejercieron su poder en la constitución de su subjetividad y a los treinta años sólo le piden que continúe satisfaciéndolas y satisfaciéndose con ellas.

Para finalizar su exposición, Freud manifiesta que su conocimiento es incompleto y fragmentario. Enfatiza que ha descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Expresa: "la mujer individual ha de ser además un ser humano" (1933 [1932], p. 125).

En el artículo "Análisis terminable e interminable" de 1937, Freud señala que éste posee limitaciones y que durante su transcurso se deben sortear numerosas dificultades.

Postula que del interjuego de tres factores dependerán las posibilidades que tendrá el paciente de mejorar: la intensidad constitucional de las pulsiones, la alteración del yo y los traumas externos, presentes en toda patología.

Le atribuye a la fuerza de las pulsiones un papel preponderante en la etiología de las neurosis, a pesar de sostener que en la aparición de éstas, también intervienen factores externos, a los que denomina traumáticos.

Desde su punto de vista, sólo en aquellos casos en los que el elemento determinante fue un trauma, el análisis tendrá mayores posibilidades de obtener logros. Este sería el único caso en que se podría hablar de un análisis terminado definitivamente.

El autor considera que la intensidad constitucional de las pulsiones y la alteración que sufre el yo debido a la lucha defensiva contra ellas son los componentes desfavorables para el efecto del análisis y tienen capacidad para prolongar su duración hasta lo inconcluyente.

Asevera que durante el desarrollo evolutivo, la persona transita por dos momentos en los que las pulsiones se intensifican. El primero de ellos es la pubertad, común a ambos géneros. El segundo sólo atañe a la mujer, ya que es la etapa en que atraviesa la menopausia. En estos períodos es común que el control de las pulsiones que se había logrado fracase, por lo cual quienes no eran neuróticos pueden comenzar a presentar síntomas.

Desde esta perspectiva, la mujer tendría naturalmente una mayor probabilidad de contraer neurosis que el hombre. En este sentido como lo señalan, Irigaray (1974), Dio Bleichmar (1997) y Glocer Fiorini (2015) lo específicamente femenino, lo que no tenía punto de comparación con lo masculino, se convirtió en lo otro oscuro y peligroso, apareciendo en distintos lugares de la obra, patologizado. Es oportuno mencionar que en artículos previos, Freud sostiene que es mayor la exigencia que se le realiza a la mujer sobre el control de las pulsiones sexuales, mientras el varón tiene más posibilidades de satisfacerlas. Esta distinción acrecienta también las probabilidades de que incluso en la pubertad, común a ambos, sea la mujer quien enferme en mayor proporción.

El autor se ocupa en este artículo de examinar cuáles serían los factores que limitan los progresos del análisis e indican su término. En relación a ello, destaca que existen dos temas que siempre le plantean una ardua tarea al analista, uno de ellos es característico de los hombres y el otro de las mujeres.

Puntualiza que es una problemática común a hombres y mujeres que se expresa en cada uno de una manera diversa a raíz de la diferencia entre los sexos.

Cabe señalar que el autor había hecho mención a la diferencia anatómica de los sexos, considerando que ésta posee significativas consecuencias para el desarrollo psíquico de hombres y mujeres. Parafraseando a Napoleón en “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924) Freud afirma: “la anatomía es el destino” (p. 185). Desde su punto de vista, la divergencia entre uno y otro que remite en última instancia a un hecho biológico, el poseer o no pene, determina que el complejo de castración se tramite y tenga consecuencias disímiles para hombres y mujeres.

A lo largo de su obra postula la tesis que la envidia del pene es central para explicar y comprender el desarrollo de la niña hacia la femineidad. Expresa: “Esos dos temas en recíproca correspondencia son, para la mujer, la envidia del pene, el positivo querer alcanzar la posesión de un genital masculino, y para el hombre, la revuelta contra su actitud pasiva o femenina hacia otro hombre” (Freud, 1937, p. 251).

Afirma que en el varón desde un principio está presente una predisposición a la actividad, a la que denomina “aspiración a la masculinidad...y es por entero acorde con el yo” (Freud, 1937, p.252). Por el contrario, toda actitud pasiva en un hombre es comprendida como símbolo de la castración, por lo tanto es reprimida incluso en los niños pequeños.

Se advierte que la masculinidad está vinculada a la actividad y la femineidad con la pasividad. Si bien el autor oscila y duda respecto a la pertinencia de esta relación, a lo largo de sus textos predomina dicha correlación.

Freud señala que en la niña la tendencia a la actividad es compatible con su yo sólo durante la fase fálica. Esta primera etapa de su desarrollo signada por la masculinidad deberá caer luego bajo represión, dando paso a un segundo período propiamente femenino. Resulta pertinente recordar, que el autor considera que una de las mudanzas que la niña debe realizar en el camino a convertirse en mujer, es el cambio de metas activas por otras pasivas. Es decir, para Freud la pasividad es propia del género femenino.

Manifiesta que distintos elementos del complejo de masculinidad sufren una trasmudación por la cual contribuyen a la construcción de la femineidad. Freud puntualiza: “del insaciable deseo del pene devendrán el deseo del hijo y del varón, portador del pene” (1937, p. 252). Sostiene que es frecuente que el deseo de masculinidad que ha sido reprimido, genere efectos perturbadores para la femineidad.

La hipótesis que postula como origen del deseo de un hijo sólo a la envidia del pene, es objeto de numerosas críticas.

Freud afirma una vez más, su teoría que el desarrollo psicosexual de la mujer posee dos etapas, la primera de ella es masculina y sólo la segunda sería propiamente femenina. La actividad es propia de la masculinidad y resulta lógico que esté presente en la niña en la fase en la cual ella se comporta como un varón. La teoría de la masculinidad primaria como etapa normal del desarrollo ha recibido numerosos cuestionamientos por parte de pensadores contemporáneos y posfreudianos. Dio Bleichmar (1997) señala que entre 1931 y 1937, distintos/as autores/as cuestionaron en sus artículos la existencia de una fase masculina en la niña, así como la tesis que la envidia del pene fuera central en su desarrollo. Sin embargo, Freud no realiza ninguna modificación de sus ideas.

Desde la perspectiva del autor, en el hombre y en la mujer caen bajo represión todas aquellas características que pertenecen al sexo contrario al propio.

Benjamin (1996) sostiene que cada uno debe realizar un duelo por el sexo que no tiene; a partir de este proceso podrá elegir al otro género como objeto de deseo y podrá a su vez conservar cualidades calificadas de éste. Manifiesta que actualmente el hombre rechaza todo lo caracterizado como femenino, como modo de separarse de su madre, pero en este camino renuncia a una mayor capacidad de empatía y comunicación con los demás.

Respecto a la actividad como un elemento propio del yo masculino, Dio Bleichmar (1998) señala que el yo como instancia es considerado el órgano ejecutivo. El desarrollo del sujeto requiere de la acción-psíquica, motriz y lingüística de su yo. La actividad es acorde con el yo, mientras que la pasividad implica un peligro para éste y redobla los peligros de la indefensión.

Afirma que entre acción, yo y masculinidad se ha establecido una equiparación. Enfatiza que la equivalencia entre yo y actividad está vinculada con la experiencia, pero la igualdad entre actividad y masculinidad es una cuestión categorial, nocional y valorativa.

La actividad es acorde con el yo del infante, independientemente de que sea niña o niño. Expresa que es el adulto quien aporta la categorización de femenina o masculina para la acción y su valoración como adecuada o no.

Los niños de ambos sexos despliegan una actividad del yo similar entre ellos, con algunas diferencias de mayor competencia verbal en las niñas y más actividad motriz por parte de los varones. La femineidad/masculinidad de ambos se establece a partir de la identidad que los adultos les adjudican. Esta asignación se hace mediante las

representaciones inconcientes de género y de los múltiples comportamientos educativos que éstos despliegan (actitudes, ropas, juguetes, discurso, etc.).

Freud enuncia:

“En ningún momento del trabajo analítico se padece más bajo el sentimiento opresivo de un empeño que se repite infructuosamente, bajo la sospecha de “predicar en el vacío”, que cuando se quiere mover a las mujeres a resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer a los hombres de que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el significado de una castración y es indispensable en muchos vínculos de la vida... A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la “roca de base” y, de este modo, al término de su actividad... Para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente... la desautorización de la femineidad no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran enigma de la sexualidad” (1937, p. 253).

Para el autor, el deseo de poseer un pene presente en toda mujer, representa el límite del análisis. Desde su punto de vista, no puede ayudarse a ésta a aceptarse como tal, sino que este deseo la acompañará por siempre, siendo la causa de diversos malestares femeninos. Es significativo que puntualice que incluso es éste, el que la motivó a comenzar un análisis en busca de la cura. De esta forma queda vinculado a la masculinidad, el deseo de bienestar, de poseer una mayor salud mental.

Dio Bleichmar (1998) afirma que el deseo conservado en toda mujer, al que Freud hace referencia, debe ser comprendido como un deseo legítimo, que busca hacer más acorde el yo. Expresa que si la masculinidad implica mejores condiciones y posibilidades de desarrollo, es lógico que se desee.

La autora considera que en este texto, Freud utiliza la palabra correcta para referirse a lo que el varón siente ante la niña, ya que no es repudio, sino desautorización de la femineidad. Es el adulto quien puede concebir la femineidad como un componente que no es acorde al yo, pero no al yo de la niña sino al suyo propio, desacreditando, desvalorizando el ser femenino. Esto puede deberse a que no esperaba una niña, a los fantasmas y estereotipos sobre la femineidad que posee, entre otros.

Señala que el autor mantuvo a lo largo de su obra, la teoría que el deseo insatisfecho que acompaña a toda mujer es la posesión del órgano anatómico del que carece.

Postula que la envidia del pene es un problema que posee aún la misma vigencia que cuando Freud escribió “Análisis terminable e interminable” en 1937, porque no ha podido ser analizada, deconstruida y dilucidada por las teorías psicoanalíticas. Las diferentes corrientes dentro del psicoanálisis han comprendido y sostenido este concepto de forma literal, es decir, postulan que lo que la mujer desea es el órgano masculino.

Dio Bleichmar (1998) conjetura que la envidia del pene debe entenderse como un símbolo de cualquier forma de poder. En este sentido, lo que se envidiaría es la posición, las atribuciones, las condiciones y las posibilidades de las que el hombre goza, por pertenecer al género masculino y no, el que posea un pene.

Señala que de acuerdo a los postulados freudianos, a diferencia de la envidia del pene, que no admite otra significación, la actitud pasiva del varón frente a otro hombre, puede tener múltiples significados que no se reducen al deseo homosexual.

En relación con el yo y su tendencia a la actividad, sostiene que en la niña puede observarse una fuerte tendencia hacia la actividad de interacción e identificación con la madre. Esta es el adulto igual y semejante, que en esa época temprana concentra todos los atractivos y focos de interés libidinal. Este proceso dotaría a la niña de facultades para la intersubjetividad y las relaciones interpersonales. Estas aptitudes las convierten en seres atractivos, inteligentes, graciosos y con habilidades lingüísticas que superan a los varones de su edad.

Dio Bleichmar (1998) revaloriza la capacidad de la niña de reproducir con las muñecas todas las actividades relacionadas con el rol materno. Enfatiza que esta actitud activa no debe ser considerada como masculina, sino entendida como acorde y potenciadora del yo femenino.

Manifiesta que la niña también puede poseer los atributos de la gracia y la belleza. Estos tienen un incuestionable y enorme valor para la construcción de un sólido sentimiento de bienestar del yo. La niña distinguida por el padre por su gracia y belleza, será quien tenga garantizada una expansión del yo en la línea tradicional de la femineidad. Esta implica la represión exitosa de la masculinidad y la búsqueda del hijo. Este destino sería el más acorde para el yo femenino. La maternidad exige una puesta en acto de capacidades como: disponibilidad emocional, simultaneidad de tareas, regulación de la ansiedad, contención y transformación de emociones displacenteras, así como la posibilidad de otorgar consuelo y alivio.

La autora considera que a partir de la segunda mitad de este siglo, la condición femenina ha sufrido cambios. Se han ampliado las metas que se conciben como acordes con el yo de las niñas, se han comenzado a admitir formas de femineidad que distan de la tradicional. Estas al ser frecuentes y compartidas por un número creciente de personas van siendo valoradas como normales o modelos.

Asevera que la masculinidad, como conjunto de prescripciones y prohibiciones socialmente instituidas, comparte universalmente la desautorización de la femineidad.

Señala que los análisis interminables podrían reducirse, en la medida en que se logre comprender no sólo los trastornos de la femineidad y la sexualidad femenina, sino también los del narcisismo de la masculinidad.

En 1932, a raíz de una invitación que Freud recibe, realiza con Einstein un intercambio epistolar. Uno de los temas que abordan en esos correos es el de la guerra.

Freud menciona los diferentes motivos que impulsan a los hombres a la misma, apunta al poder y al uso de la violencia como expresión de éste. En relación con ello expresa: “la comunidad incluye desde el comienzo elementos de poder desigual, varones y mujeres, padres e hijos, y pronto, a consecuencia de la guerra y el sometimiento, vencedores y vencidos, que se transforman en amos y esclavos” (1932, p. 189).

En esta enunciación se advierte que el autor reconoce como natural la distribución del poder de una manera no equitativa entre hombres y mujeres, tal como sucede en una relación entre adultos y menores. Esta situación era normal en su época, ya que la mujer era tutelada por un hombre a lo largo de su vida, primero su padre luego su esposo. Se advierte que no realiza ninguna crítica respecto a estas costumbres sociales, que colocaban al género femenino en un lugar de subordinación por parte de los hombres, de quienes dependían completamente. La equiparación entre las mujeres adultas y los niños en cuanto a sus derechos y su poder de decisión sobre distintos aspectos de su vida, fue naturalizado por la teoría psicoanalítica. Desde el punto de vista de numerosos/as autores/as que tienen en cuenta la perspectiva de género, el psicoanálisis brindó conceptos teóricos que permitieron explicar y sostener este tutelaje.

En relación al uso del poder que se establecen en los vínculos interpersonales, Schumler (1989) sostiene que las teorías feministas han puesto énfasis en revelar las connotaciones políticas de la dinámica familiar. La afectividad de las relaciones entre los miembros del grupo familiar se considera parte integrante de las relaciones de poder entre los géneros.

La autora señala que el proceso de socialización primaria de los niños transcurre en la familia. Esta institución basa su unidad y persistencia en las relaciones desiguales entre los sexos y entre padres e hijos.

Esto implicaría que durante el proceso de subjetivación, las personas pertenecientes a cada género van naturalizando las relaciones de dominación entre los sexos. Esta naturalización legitima la desigualdad sexual en la sociedad. En las interacciones familiares se comunican permanentemente significados de género. Es así que el grupo familiar apoya su organización de autoridad sobre la base de jerarquías sexuales y de edad.

En la carta a Romain Rolland (1936), al analizar un sueño propio menciona distintas situaciones en que se experimenta cierta incredulidad ante una buena noticia.

Freud afirma:

“cuando uno es sorprendido por una noticia feliz: ya sea que se sacó la lotería o ganó un premio, o tratándose de una muchacha, que el hombre a quien ella ama en secreto se ha presentado como festejante ante sus padres, etc.” (1936, p. 215).

Esta expresión revela que para la mujer dependía de la suerte que el hombre que ella quería la pretendiera, ya que en su posición de objeto de deseo no le era permitido por las costumbres sociales elegir a una pareja. Además, debía evitar mostrar cualquier

signo de interés por un hombre. Aquella que hiciera evidente su inclinación por algún muchacho, se exponía a que la sociedad pusiera en tela de juicio su moral.

Meler (1992), plantea que la sexualidad de las mujeres ha sido objeto de regulación y control, porque el lazo social y la estructura de parentesco se establecieron mediante la reificación de su capacidad sexual y reproductiva. Ello las convirtió en objetos de intercambio entre grupos de hombres. Desde el punto de vista de la autora, esto permitiría comprender la presencia generalizada de inhibiciones sexuales en el género femenino. Afirma que la mayor parte de las mujeres comparten la idea de que ellas tienen una necesidad sexual diferente de la de los hombres. Esto es en dos sentidos: primero porque su deseo sexual es sensiblemente menor y segundo, porque su modalidad de acercamiento a lo sexual se apoya invariablemente en el amor, el romanticismo y la ternura.

Este sistema de valores y representaciones sociales enraizado en los orígenes mismos del parentesco se transmite de modos sutiles. Algunos de ellos son: una mayor protección y limitación de la motricidad temprana. También se advierte en las construcciones imaginarias que la madre realiza sobre la niña a quien visualiza como semejante. Esta autora considera que las dificultades e inhibiciones en el goce erótico de las mujeres no deben vincularse de manera directa y única con la represión del sadismo anal, como derivado inevitable del vínculo primario. Las patologías que afectan la vida sexual del género femenino serían producto de un ordenamiento social ancestral, que desposeyó a las mujeres de su autonomía erótica y reproductiva. A su vez, la sobrevaloración que la mujer realiza del hecho de ser amada por un objeto único no puede explicarse sólo a partir de las características frustrantes del primer vínculo y de la idealización del segundo. Enfatiza que debe tenerse en cuenta que la condición de la mujer es un derivado de su alianza matrimonial. El ser elegida por un hombre y el poder que éste detente, aún sigue definiendo el status social de la mujer y de los hijos, incluso en el caso de quienes tienen sus propios recursos.

La autora sostiene que las niñas aprenden tempranamente que ser deseables y confirmadas a través de la elección de un hombre define su destino social.

Dio Bleichmar (1992) pone de manifiesto que el hecho que la relación de deseo-placer es completamente distinta en los dos géneros. Es decir, que el hombre goce y acreciente su autoestima en cada puesta en acto de su sexualidad mientras en la mujer el acceder al deseo la descalifique, salvo que el hombre lo garantice con su amor, no depende en absoluto de la pulsión, ni de ninguna condición inherente a su sexualidad. Esto se debería a la desigual valoración y legitimación de la femineidad y de la masculinidad en nuestra cultura. Para la autora el deseo sexual no tiene género, sin embargo la ley que regula el deseo humano es sexista.

Capítulo 6. REVISION DE LAS CONCEPTUALIZACIONES DE MELANIE KLEIN SOBRE LA TEMATICA

En “Estadios tempranos del conflicto edípico” de 1928, Klein reúne algunos de sus postulados respecto a este complejo. Sostiene que éste surge en épocas tempranas del desarrollo, previas a la etapa en que lo ubicó Freud. A pesar que al finalizar el texto, ella misma enfatiza que sus conjeturas no modifican lo que el autor había propuesto, se advierten diferencias importantes que no atañen sólo al momento en que se desarrollaría este conflicto.

Desde el punto de vista de la autora, en esta etapa de su obra, la conflictiva edípica surge a fines del primer año de vida y a comienzos del segundo. Conjetura que el niño impulsado por la frustración oral que siente a causa del destete, la cual es acentuada por la anal debido al control de esfínteres, abandona el pecho y toma como objeto al pene.

Cabe señalar que Klein postula que el niño y la niña se dirigen al pene como objeto de amor, a raíz de la frustración que les ha generado el pecho, pero también por la gratificación que han obtenido de éste.

Expresa: “la siguiente influencia determinante en los procesos mentales es la diferencia anatómica entre los sexos” (Klein, 1928, p. 193). Se advierte que al igual que Freud, considera que la diferencia sexual anatómica implica una distinción en los procesos psíquicos, en cómo se desarrollan éstos y sus consecuencias para los géneros. Le atribuye a los factores biológicos la causa de las diferencias psíquicas.

Al respecto Dio Bleichmar (1997) manifiesta que Klein asumió en sus teorizaciones una perspectiva naturalista, comprendiendo lo psíquico como correlato del cuerpo.

Es importante mencionar que en este artículo, Klein utiliza el término posición en un sentido amplio y no con la especificidad que le atribuyó posteriormente. Postula que el varón en la posición genital tiene como fin la penetración, asociada con la posesión del pene. Este cambia su posición libidinal, su fin y retiene su primitivo objeto de amor que es el pecho. La niña, por su parte, traslada a la posición genital el fin receptivo que ya tenía en la posición oral. A partir de este movimiento libidinal, se propicia en la niña la receptividad para el pene por lo que se dirige al padre como objeto.

Considera que estos tempranos deseos edípicos generan el temor a la castración y se acompañan de un sentimiento de culpa. Este último se debe a la introyección, aún en proceso, de los objetos de amor edípicos, es decir la culpa se siente porque se ha conformado el superyó. La hipótesis planteada marca una diferencia central con lo propuesto por Freud, quien sostuvo que el superyó es el heredero del complejo de Edipo, es decir se estructura a partir de la disolución de éste. A raíz de ello, el niño sólo puede experimentar la culpa luego que ha finalizado la conflictiva edípica y no está presente durante su desarrollo.

Esta conjetura kleiniana, conlleva una modificación en los motivos por los cuales los niños de ambos géneros abandonan esta conflictiva. Desde el punto de vista de la autora, la culpa por el daño realizado a los objetos posee un papel relevante en dicho proceso.

Klein plantea que el superyó se constituye a partir de las identificaciones que se realizan en distintos períodos de la vida mental con la madre y el padre. Señala que en un principio coexisten identificaciones contradictorias, como una excesiva bondad y una extrema severidad. Esta característica del superyó temprano sería producto de la introyección de los objetos parciales: bueno y malo, propios de lo que denominará luego posición esquizoparanoide.

Para la autora que el superyó se conforme de manera temprana tiene importantes consecuencias. El sentimiento de culpa se vincula con las fases oral-sádica y anal-sádica que son las predominantes cuando éste se constituye, lo que permitiría comprender la severidad sádica que posee. A su vez, debido a la conexión entre los sentimientos de culpa y estas fases pregenitales, las frustraciones orales y anales son el prototipo de todas las frustraciones posteriores de la vida.

El hecho que el complejo de Edipo y la curiosidad asociada a estos deseos, surja en un momento en el que el yo se encuentra tan poco desarrollado, implica que el niño sea invadido por problemas e interrogantes sin contar aún con un suficiente desarrollo intelectual. Estas primeras preguntas tendrían lugar en una época sin lenguaje y en las que el niño no comprendería las palabras.

Klein considera que estos dos factores son la causa de numerosas inhibiciones del impulso epistemofílico, como por ejemplo la dificultad para aprender lenguas extranjeras y trastornos en el habla.

Señala que la curiosidad que se muestra en el cuarto o quinto año de vida no es el principio sino la culminación de esta fase del desarrollo. Para la autora “el temprano sentimiento de no saber” (Klein, 1928, p. 195), se vincula con el de ser incapaz e impotente. Esta frustración se agudiza porque el niño no posee conocimientos sobre los procesos sexuales.

En este punto, las teorizaciones kleinianas presentan una diferencia respecto a las postulaciones de Freud en relación al deseo de saber. Para éste, el impulso epistemofílico estaba íntimamente vinculado con la posesión del pene, el cual durante la etapa genital infantil impulsaba al varón a la investigación.

Klein sostiene que “en ambos sexos el complejo de castración es acentuado por este sentimiento de ignorancia” (1928, p. 195). Cabe mencionar que ella postula que la niña también experimenta el temor a la castración. Esta ansiedad no se centra exclusivamente en el pene, sino que abarca el temor a perder lo que contiene en el interior del cuerpo, los órganos y los aspectos valiosos.

Le otorga una importancia central para el desarrollo mental, a la conexión que existiría entre el impulso epistemofílico y el sadismo. Afirma que el deseo de saber que surge a partir de las tendencias edípicas, se dirige en un principio al cuerpo de la madre. El niño en la posición sádico-anal, desea apropiarse de los contenidos del cuerpo al que supone el escenario de todos los desarrollos sexuales. El impulso epistemofílico y el deseo de tomar posesión están relacionado uno con otro y a su vez con el sentimiento de culpa.

El deseo de saber qué contiene el cuerpo materno y poseerlo, acompañado por el sentimiento de culpa, son elementos característicos de una etapa del desarrollo de suma importancia para ambos sexos, a la que denomina fase femenina. En ella tiene lugar una precoz identificación con la madre, que desde su punto de vista no había sido suficientemente valorada. Señala que el niño y la niña transitan por ésta de una manera diferente, mientras que la fase previa es común para ambos.

Es significativo que la autora a partir de esta formulación le atribuye al vínculo con la madre una importancia fundamental tanto para el niño como para la niña. Este vínculo primario había sido descrito por Freud de forma específica en el caso de la niña. El autor sostenía que esta relación caracterizaba la etapa preedípica de la mujer y era grávido en consecuencias. Sin embargo, no le había adjudicado una importancia relevante en el caso del varón.

Dio Bleichmar (1997) considera que la teoría kleiniana propone hipótesis endogenistas, que implican el abandono del principio de causalidad *après-coup*, propuesto por Freud, por el de una cronología lineal, según la cual el primer hecho sería el origen del segundo. Desde su perspectiva, esto llevó a una focalización en la relación con el pecho como determinante de las relaciones de objetos posteriores. Postula que esto permitió la revalorización de la relación de la madre con la niña. Sin embargo, asevera que estas hipótesis no contribuyeron a la comprensión de la femineidad porque no se acompañaron de una teoría de la subjetividad en estructuración, sino que se aplicó un modelo *adulthood*.

Para Chodorow (1984), la etapa preedípica caracterizada por una intensa ligazón de los niños con sus madres, es central en el desarrollo de ambos y no sólo en el de la niña.

Benjamin (1996) señala que el pensamiento psicoanalítico actual presta mucha más atención a la vida preedípica, a raíz de lo cual el poder de la madre y su impacto sobre los hijos de ambos géneros está siendo estudiado. La descripción que Freud realizó de la mujer como castrada e impotente es el opuesto exacto a la imagen inconsciente de la madre que tiene el niño pequeño.

Klein (1928) postula que durante el estadio sádico-anal el niño vive un segundo trauma grave, que refuerza su tendencia a alejarse de la madre. Ella ha frustrado sus deseos orales y ahora también los anales. A causa de éstas, las tendencias sádicas se unen a lo oral y anal. El niño desea tomar posesión de las heces de la madre, penetrando en su cuerpo, cortándolo en pedazos, devorándolo y destruyéndolo, en sus fantasías inconscientes. Sin embargo, debido a los impulsos genitales, el niño también comienza a dirigirse a su madre como objeto de amor. Puntualiza que los impulsos sádicos y el odio que siente a causa de las primeras frustraciones dificultan la expresión del amor genital a este objeto. A este obstáculo se le suma el temor a ser castrado por su padre, que surge de sus deseos edípicos.

La autora sostiene que dependerá de la capacidad de tolerar esta ansiedad, el nivel que pueda alcanzar la posición genital. Las fijaciones orales y anales sádicas poseen un

papel relevante, ya que condicionan el monto de odio que el niño siente por su madre. Esto determina la mayor o menor posibilidad de lograr con ella una relación positiva y también condicionan la formación del superyó. Manifiesta que si éste es cruel, el padre será considerado terrorífico por el niño, acrecentando su temor a ser castrado.

Desde esta perspectiva, si bien el temor a la castración posee una gran importancia no es el único factor que podría obstaculizar el que el niño tome a su madre como objeto de deseo. La dificultad de establecer un buen vínculo con la madre a raíz del odio sentido por ella, aparece como el mayor estorbo para la expresión de los deseos genitales en ambos sexos.

Considera que cuando comienza la fase femenina las heces son equiparadas al hijo anhelado y el deseo de robar a la madre se dirige tanto al niño como a las heces. Este impulso de apropiarse del interior materno, posee dos fines, uno es el del deseo de tener hijos y la intención es apropiarse de ellos. El otro se vincula con los celos de futuros hermanos y hermanas, por lo cual se intenta destruirlos atacando el interior de la madre.

Afirma Klein:

“Lo mismo que en el complejo de castración de las niñas, también en el complejo femenino del varón hay en el fondo el deseo frustrado de un órgano especial. Las tendencias a robar y destruir están en relación con los órganos de la concepción, embarazo y parto, que el niño piensa existen en la madre y además con la vagina y los pechos, fuente de la leche, que son codiciados como órganos de receptividad y abundancia desde la época en que la fase libidinal es puramente oral.” (1928, p. 196).

Esta formulación respecto a la envidia que el varón experimenta por cualidades femeninas implica una diferencia fundamental con lo propuesto por Freud respecto a este sentimiento. Para este autor, la envidia fálica era central para el desarrollo de la femineidad en las niñas. Su concepción de la mujer como un ser incompleto y deficitario en relación con el hombre, implicaba que ésta no contara con ninguna cualidad que pudiera despertar envidia en un hombre.

La autora conjetura que el niño teme ser castigado por haber destruido el cuerpo de la madre. El temor a que su cuerpo sea mutilado y desmembrado también significa castración. Señala que la madre que saca las heces es una madre que lo desmiembra y lo castra. Se advierte que en sus teorizaciones la madre también es vivenciada como quien puede castrar, a diferencia de lo propuesto por Freud, según quien a pesar que las mujeres fueran las que realizaran las amenazas, era sólo al varón al que se le adjudicaba la posibilidad de concretarla. El temor a la madre es tan abrumador porque está unido a él, un intenso temor a ser castrado por el padre.

Klein postula:

“La fase femenina está caracterizada por ansiedad en relación con el vientre de la madre y el pene del padre, ansiedad que somete al niño a la tiranía

de un superyó que devora, desmiembra y castra, y que está formado por la imagen del padre y de la madre” (1928, p. 197).

Afirma que cuanto mayor sean las fijaciones sádicas, la identificación del niño con su madre se corresponderá con una actitud de rivalidad hacia la mujer. El niño siente hacia ella una mezcla de envidia y odio, porque en esta posición en la que desea tener un hijo, se siente en desventaja e inferioridad con respecto a la madre. Es importante destacar que la descripción de los sentimientos que el varón puede sentir por su madre, dista de los enunciados por Freud. Según sus teorizaciones, el varón podría sentir horror y desprecio ante la criatura mutilada.

Klein considera que el complejo femenino de los hombres es más oscuro que el complejo de castración de las mujeres. Enuncia que la mezcla del deseo de tener un hijo, propio de la fase femenina, con el impulso epistemofílico, le permite al varón efectuar un desplazamiento al plano intelectual. A partir de éste, su sentimiento de estar en desventaja quedaría disimulado y sobrecompensado por la superioridad que el niño extrae de poseer el pene, reconocida también por las niñas.

La autora comparte lo expresado por Chadwick (1933) respecto a que la sobreestimación narcisista del pene por el hombre y su actitud de rivalidad intelectual hacia las mujeres es producto de la frustración del deseo de tener un hijo, el cual se desplaza al plano intelectual.

Desde el punto de vista de Klein, la tendencia de los niños a expresar excesiva agresión tiene su origen en el complejo femenino. Se acompaña de una actitud de desprecio y suficiencia, es sumamente asocial, sádica y está determinada por el intento de encubrir la ansiedad y la ignorancia subyacente. En este punto se detecta una divergencia importante con Freud, para quien la agresión como expresión del sadismo era propia del hombre y su presencia en la niña revelaba dificultades para elaborar su complejo de masculinidad.

Considera que si la identificación con la madre está basada en una posición genital más fuertemente establecida, la relación con las mujeres será de carácter positivo. Asimismo, el deseo de tener un niño al que le atribuye un papel importante en la capacidad de trabajo de los hombres, contará con oportunidades para la sublimación. Con estos postulados la autora relaciona el deseo de conocimiento y la capacidad de trabajo en ambos géneros con los aspectos femeninos, de manera opuesta a lo que sostuvo Freud, para quien estas aptitudes eran producto de la posesión del pene o movilizadas por el deseo de poseerlo. También se advierte que el deseo de un hijo aparece vinculado estrechamente a lo femenino; es a partir de la identificación con aspectos maternos que el hombre deseará un hijo.

Klein expresa: “En ambos sexos, una de las principales raíces de las inhibiciones en el trabajo es la ansiedad y el sentimiento de culpa, asociados con la fase femenina” (1928, p. 198).

Sostiene que el varón podrá lograr una potencia completa y alcanzar la posición genital, si logra resolver de forma favorable la fase femenina.

En relación a las niñas, postula que a causa del destete la niña se aleja de su madre, las frustraciones anales actúan en esta separación. De forma simultánea a estos hechos, las tendencias genitales comienzan a influir en su desarrollo mental. Asevera que el fin oral receptivo de los genitales, ejerce una influencia determinante para que la niña se vuelva hacia el padre.

Afirma: “En cuanto los impulsos edípicos hacen su aparición no sólo surge un reconocimiento inconsciente de la vagina, sino también sensaciones en ese órgano y en el resto del aparato genital” (Klein, 1928, p. 199).

Esta conjetura respecto a un conocimiento inconsciente de la vagina, implica que para ella no exista una fase del desarrollo en que la niña se considere un varón. Es significativo que proponga una femineidad primaria. La diferencia que plantea respecto a las teorizaciones freudianas ha sido reconocida por los/as autores/as que incluyen la perspectiva de género. Sin embargo, éstos afirman que ha resultado insuficiente para explicar la construcción de la femineidad, porque vincula este conocimiento a fantasías inconscientes y sensaciones corporales, dejando fuera de su análisis los factores socioculturales.

Klein manifiesta que las niñas a diferencia de los varones no logran obtener mediante la masturbación una descarga adecuada de los montos de excitación.

Explicita: “la acumulada falta de gratificaciones proporciona otro motivo para que existan más complicaciones y disturbios en el desarrollo sexual femenino” (Klein, 1928, p. 199). En este punto, parece compartir con Freud la conjetura que el desarrollo de la femineidad es más complejo que el del varón. Esto generaría mayores posibilidades de que tengan lugar perturbaciones del mismo.

La dificultad para lograr mediante la masturbación una gratificación apropiada, sería otra razón que se suma a las ya señaladas por Freud, por las cuales las niñas repudian el onanismo. El autor citó entre ellas, el que el onanismo le recuerda a la niña su carencia de pene. Klein parece concordar con él, en las razones mencionadas y agregar una, sin contradecir lo que sostuvo el autor.

Respecto a los motivos por los cuales la niña tomó como objeto de deseo al pene, postula:

“Además de la cualidad receptiva del órgano genital, movilizadora por el intenso deseo de una nueva fuente de gratificación, la envidia y el odio a la madre poseedora del pene del padre parece ser, en el período en que surgen estos primeros impulsos edípicos, un motivo más para que la niña se vuelva hacia el padre. Sus caricias tienen ahora el efecto de una seducción y se las ve como la atracción del sexo opuesto” (Klein, 1928, p. 199).

Dio Bleichmar (1997) sostiene que Klein fue la primera psicoanalista que le otorgó al padre un importante papel libidinal en las etapas tempranas de la constitución del psiquismo. Señala que éste aparece como objeto de relevo y compensación ante las frustraciones sufridas con el pecho. Considera un aporte valioso su descripción de las

fuerzas motivacionales del deseo del pene del padre. Estas serían de carácter libidinal y no narcisistas, es decir no se lo desearía como atributo propio. De esta manera, la teoría kleiniana contribuye a reducir la importancia de la envidia y el complejo de castración, inclinando la teoría hacia las vicisitudes del vínculo de amor y odio.

Klein considera que la fase femenina en las niñas al igual que en los niños, coincide con las tendencias anal-sádicas de robar y destruir a la madre. Si éstas son muy fuertes, el miedo a un superyó materno primitivo conducirá a la represión y fijación a ésta, e interferirá con el futuro desarrollo genital. El temor a la madre también impulsa a la niña a renunciar a la identificación con ella y comienza entonces la identificación con el padre.

El impulso epistemofílico de la niña es despertado primero por el complejo edípico, a partir de éste, ella descubre que no posee pene. Esta carencia es una nueva causa de odio hacia la madre. Al mismo tiempo por su sentimiento de culpa, siente esta falta como un castigo.

Para la autora la envidia del pene sigue al deseo de tener un niño, que reemplaza nuevamente la envidia del pene en el desarrollo posterior.

Expresa: “Yo veo la privación del pecho como la más fundamental causa del acercamiento al padre” (Klein, 1928, p. 200).

Freud sostiene que la razón fundamental por la cual la niña se aleja de su madre es porque ésta no le otorgó un pene como atributo. Según las postulaciones kleinianas, ésta sería una razón más que acrecienta el odio que la niña siente por su madre que la ha frustrado. Es importante resaltar que, si bien le otorga a la envidia del pene un papel secundario, considera que la mujer, sí la experimenta.

Respecto a la influencia que posee la relación de la niña con la madre para establecer un vínculo con el padre, Klein explicita que ésta generará que la segunda sea tanto positiva como negativa. La frustración que la niña siente que le produce su padre, tiene como bases profundas el desengaño que ya sufrió con la madre. Uno de los motivos por los que la pequeña desea poseer a su padre es el odio y la envidia contra la madre. Manifiesta que si las fijaciones sádicas permanecen, la relación de las mujeres con los hombres se verá afectada. En caso que la niña pueda construir una relación más positiva con la madre, la mujer tendrá luego, un menor sentimiento de culpa en relación con sus hijos y el amor por su esposo se reforzará. Desde su perspectiva, el hombre amado siempre ocupa en las fantasías el lugar de la madre, quien da lo deseado y también ocupa el lugar de hijo amado. Podría conjeturarse que estas teorizaciones brindan nuevos elementos para comprender el deseo de la mujer de establecer una relación con un hombre.

Freud señala que lo que impulsa a la niña a desear un hombre es el recibir el pene. Sin embargo, tampoco habría en estos postulados kleinianos un lugar para el hombre como un otro distinto, con el que se establece un vínculo, mediante el cual se busca la obtención de placer.

Klein considera que en un principio la relación con el padre se centra en la acción del pene en el coito. Este promete la gratificación de los deseos que están desplazados hacia lo genital, lo cual le parece a la niña el mayor logro.

Expresa: “Su admiración es sacudida por la frustración edípica, pero a menos que se convierta en odio, constituye una de las características de la relación de la mujer con el hombre” (Klein, 1928, p. 200).

Postula que cuando la mujer obtiene la gratificación de sus impulsos amorosos, a la admiración que siente por el hombre se le une la gratitud, ésta se debería a la satisfacción luego de una larga frustración.

Afirma: “Esta gratitud halla su expresión en la mayor capacidad femenina para una completa y duradera sumisión a un sólo objeto amado, especialmente para el primer amor” (Klein, 1928, p. 200).

En este sentido, la autora compartiría la tesis postulada por Freud respecto a la servidumbre de la mujer para con el hombre. Ambos explican este sometimiento femenino mediante el agradecimiento que la mujer sentiría hacia aquel varón que sea capaz de satisfacer sus deseos. No incluyen en su análisis la incidencia del factor cultural para que las mujeres experimenten esta dependencia de sus maridos.

Klein sostiene que la niña tiene en comparación con el varón, una desventaja durante su desarrollo. El niño posee el pene, ella en cambio, sólo tiene el deseo insatisfecho de maternidad, un reconocimiento confuso pero intenso.

La autora conjetura que la esperanza de poder ser madre está debilitada por la ansiedad y el sentimiento de culpa, lo cual puede perjudicar de manera permanente la capacidad materna de una mujer. La niña espera debido a los ataques que ella realizó contra el interior materno, que ésta le retribuya estas agresiones y la ataque, destruyendo su propia capacidad materna y los órganos relacionados con esta función.

Dio Bleichmar (1997) en relación a los órganos genitales femeninos manifiesta que se ha repetido innumerables veces que la localización anatómica interior favorece el desconocimiento de su existencia por parte de las niñas. Sin embargo, desde su punto de vista lo que genera este desconocimiento es el silenciamiento y la ignorancia de las niñas y las mujeres adultas sobre sus genitales, lo que no favorece su adecuada feminización.

Klein conjetura que el temor de la niña por el estado en el que se encuentra su interior, es la raíz de la preocupación de las mujeres, por su belleza personal. La tendencia a embellecerse y adornarse surge con la intención de reparar la belleza que creen ha sido dañada.

Afirma: “Es probable que este profundo temor a la destrucción de los órganos internos pueda ser la causa psíquica de la mayor susceptibilidad de las mujeres, comparada con la de los hombres, para la histeria de conversión y las enfermedades orgánicas” (Klein, 1928, p. 201).

En este sentido se advierte que a la par de la creciente importancia que le adjudica al vínculo de la niña con la madre, también acentúa la relación directa entre éste y la patología femenina.

Desde la perspectiva de la autora, la ansiedad y el sentimiento de culpa son la causa principal de la represión de los sentimientos de orgullo y alegría en las mujeres. Esta represión traería como consecuencia el desprecio de la capacidad de la maternidad, que primero fue altamente valorada.

Se detecta que explica por razones internas dos cualidades que considera propias de la mujer. Deja fuera de su análisis, los factores externos que podrían influir en que las mujeres no se sientan orgullosas, como por ejemplo, la escasa posibilidad de obtener logros fuera del ámbito doméstico. En relación con la maternidad, podría decirse que si bien era valorada también era una actividad no reconocida como trabajo, por lo cual las mujeres no recibían rédito, ni reconocimiento por su esfuerzo, ya que era vista como una tarea naturalmente femenina.

Klein manifiesta: “La intensa ansiedad de la niña por su femineidad puede ser vista como análoga al temor a la castración del niño ya que contribuye al rechazo de los impulsos edípicos” (1928, p. 201).

En este sentido ambos géneros sentirían ansiedad de castración y ésta influiría en los dos, como motivo para renunciar a los objetos edípicos. La autora plantea una temprana preocupación de la niña por su femineidad, ya que según su postura ésta nunca siente que es un varón. Esta ansiedad por su capacidad de convertirse en mujer está ligada a la maternidad, como la capacidad que la define.

Klein puntualiza que la angustia de castración sentida por el varón puede calificarse como aguda y la de la niña es una ansiedad crónica por sus órganos internos.

Considera que una diferencia importante entre ambos sexos es que la ansiedad del varón está determinada por el superyó paterno y la de la niña por el superyó materno. Expresa: “Las mujeres poseen especialmente una gran capacidad, no sólo basada en la sobrecompensación, para desatender sus propios deseos y dedicarse con autosacrificio a las tareas éticas y sociales” (1928, p. 202).

Señala que esta capacidad no puede ser explicada por la bisexualidad constitucional, porque esta capacidad es de índole maternal.

Postula que para comprender cómo pueden existir en el género femenino por un lado, los más bajos celos hasta el más completo y generoso olvido de sí mismas, deben analizarse las condiciones en las que se constituye su superyó. Si la identificación que la niña realiza con su madre está determinada por la posición genital más que por la pregenital, ésta se caracterizará por la devoción a una madre generosa. La actitud afectiva positiva depende de las características del ideal materno alcanzado en el estadio pregenital o genital.

La autora comparte con Freud, la tesis que el superyó femenino posee características disímiles con el del varón. Sin embargo, las cualidades que le atribuye no

son en desmedro de éste, como considera el autor. La razón que encuentra para estas divergencias se basa exclusivamente en el rol materno que la mujer puede desempeñar. Adjudica la capacidad de autosacrificio femenino a la función materna, sin tener en cuenta los preceptos culturales y el ideal femenino establecido, que exigía por parte de la mujer esta actitud.

Expresa: “La profunda admiración que siente la niña por la actividad genital del padre, lleva a la formación de un superyó paterno que establece ante ella fines activos que nunca podrá alcanzar totalmente” (Klein, 1928, p. 202).

Sostiene que en algunos casos la imposibilidad de cumplir con estas metas genera un ímpetu que unido a la capacidad de autosacrificio, les permite a las mujeres tener logros excepcionales en planos específicos. A partir de estas conjeturas se advierte que Klein adjudica, al igual que Freud, la capacidad de sublimar y la posibilidad de destacarse mediante logros culturales, casi exclusivamente a los hombres.

El superyó del varón está determinado por la identificación paterna. Para el niño este superyó paterno también impone una figura ejemplar pero no alcanzable. Esta situación contribuiría a que la labor creativa del hombre sea más sostenida y objetiva.

A partir de una lectura crítica del artículo de Klein: “Los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña” (1932), se examinan las hipótesis que postula sobre la femineidad, distinguiendo en particular aquellas que difieren de las propuestas por Freud.

La autora manifiesta que el psicoanálisis freudiano logró un conocimiento complejo respecto a los hombres, pero no sobre las mujeres. La ansiedad de castración que Freud (1908) identificó en la base de todas las neurosis masculinas no era una herramienta útil para comprender, desde su punto de vista, el padecer de las mujeres.

Dio Bleichmar (1997) considera valioso el aporte que Klein realiza en este texto, precisando una ansiedad específicamente femenina y las consecuencias que ésta tiene en la construcción de su subjetividad. Sin embargo, sostiene que, a pesar de haber tomado la femineidad como objeto de conocimiento, no pudo abandonar en sus teorizaciones las categorías propuestas por Freud para comprender el proceso de subjetivación femenina. Se considera que esta evaluación se encuentra sesgada por la valoración que esta autora realiza de la teoría kleiniana, a la cual califica de bióloga. Podría pensarse que, a raíz de ello, les restó importancia a las distintas contribuciones realizadas por la autora.

En su artículo de 1932, Klein especifica cómo la ansiedad que cree característica de las niñas influye en su desarrollo. En concordancia con la tesis de una femineidad primaria, postula hipótesis distintas de las freudianas sobre la constitución del psiquismo femenino. Cabe recordar que desde la perspectiva kleiniana, la niña posee conocimiento inconciente que tiene vagina. Por lo tanto, en su desarrollo no atraviesa por una fase de masculinidad primaria.

Klein considera que el odio de la niña y las fantasías sádicas de atacar a la madre, destruirla y privarla de sus buenos contenidos, se acrecienta por la teoría sexual infantil

de que ella contiene todo lo deseable, incluso el pene del padre. El temor a la retaliación materna genera en ella una intensa ansiedad. Expresa: “el miedo más profundo de la niña es el de que el interior de su cuerpo sea robado y destruido” (Klein, 1932, p. 207).

Es decir, el temor genuinamente femenino estaría vinculado al estado de su interior, específicamente a los órganos necesarios para la procreación.

Sostiene que la primera causa del odio que la niña siente hacia su madre es la frustración que ésta le generó al retirarle el pecho nutricional. Este se intensifica cuando la niña siente que también le niega el pene del padre como objeto de gratificación. En este punto discrepa con Freud, quien conjeturó que la niña ingresa al complejo de Edipo luego del complejo de castración y que el odio que siente por su madre es a causa de que no le otorgó un pene como atributo.

Klein enuncia su divergencia con Freud en este artículo. Afirma:

“Más, de acuerdo con mi punto de vista, lo que ella principalmente desea no es poseer un pene propio como atributo de masculinidad, sino incorporar el pene de su padre como objeto de gratificación oral... Más aún, creo que este deseo no es un resultado de su complejo de castración sino la expresión más fundamental de sus tendencias edípicas, y por consiguiente ella cae bajo el dominio de sus impulsos edípicos no indirectamente, como resultado de sus dominantes componentes instintivos femeninos” (Klein, 1932, p. 208).

De acuerdo a estas hipótesis, la envidia del pene que Freud considera central en el desarrollo femenino, ocupa un lugar menos relevante dentro de la teoría kleiniana. La autora conjetura que la niña en su fase femenina desea tener un hijo. El surgimiento de la envidia sería posterior, cuando ésta se encuentra identificada con su padre, en la fase fálica. Respecto a la envidia por el pene es pertinente mencionar, que incluso los/as autores/as que trabajan desde la perspectiva de género, reconocen su existencia, otorgando una explicación sociocultural y no biológica a su surgimiento. En este sentido, Dio Bleichmar (1997) manifiesta que la niña no envidia al órgano en sí, sino las múltiples oportunidades y beneficios de las que gozan los varones en una sociedad patriarcal.

A pie de página, Klein señala que la ecuación de pene y pecho, acompañada por el desplazamiento de arriba hacia abajo, activa las cualidades oral-receptivas del genital femenino a una edad temprana y prepara la vagina para recibir el pene.

Sostiene que el deseo de la niña por el pene de su padre se ve acrecentado en parte porque los impulsos orales son explotados debido a la frustración que la niña sufre de los pechos de su madre. En su fantasía, el pene es un objeto capaz de proveerle de una infinita gratificación oral. En esta descripción, el pene en tanto representante de lo masculino, aparece como aquello capaz de satisfacer a la mujer, otorgándole lo que necesita y demanda.

Para Klein los niños de ambos sexos le atribuyen al pene mayor capacidad uretral que al órgano femenino de micción, debido a su visibilidad. Para la niña, el pene del padre estaría dotado de una gran virtud y lo convierte en el objeto de su devoción y deseo.

Postula: “Si ella mantiene una posición predominantemente femenina, esta actitud frente al pene de su padre la llevará a menudo a asumir una actitud humilde y sumisa hacia el sexo masculino” (Klein, 1932, p. 209).

En este punto, describe como resultado de un proceso psíquico, el embelesamiento y fascinación por el padre que las niñas pequeñas sienten, así como el lugar de subordinación que ocupa la mujer. No incluye en su análisis, la valoración de lo masculino por sobre lo femenino que predominaba en la época. Benjamin (1996) sostiene que la niña admira a su padre porque a raíz de la división sexual del trabajo y de roles entre géneros, éste es el representante del mundo externo. Es percibido como independiente y activo, cualidades no atribuidas a su madre, que despiertan en ella, el deseo de ser como él. Resulta pertinente recordar que esta hipótesis kleiniana ya estaba presente en su texto de 1928.

Desde la perspectiva de Klein, el coito está representado en la fantasía de los niños de ambos géneros como peligroso, porque en sus fantasías sádicas lo han transformado en una situación violenta para ambos padres. En caso que la niña pueda, bajo el predominio de sentimientos optimistas y de confianza, someter sus temores a un examen de realidad, tomará como objeto en su vida adulta a una persona que represente a un pene bueno. Por el contrario, si lo que predomina son las tendencias sádicas, elegirá un objeto que encarne al pene malo, para poder corroborar en la realidad sus fantasías. Expresa: “porque nada de lo que pueda sufrir por un agente externo puede igualar a lo que está sufriendo bajo la presión del miedo constante y abrumador de fantásticos peligros y daños dentro de ella” (Klein, 1932, p. 213).

Conjetura que la raíz del masoquismo femenino es el temor de la mujer a los objetos peligrosos que ha internalizado, en especial el pene del padre. El masoquismo sería la expresión de los impulsos sádicos contra los objetos internalizados.

Afirma que si el miedo al pene internalizado induce a la mujer a defenderse a sí misma de estas amenazas por medio de la proyección, dirigirá su sadismo hacia el objeto exterior, es decir contra su compañero sexual.

Las tesis propuestas por la autora se apartan de lo sostenido por Freud, quien hipotetizó que el masoquismo derivaba en parte de la pasividad, considerada propia del género femenino a raíz de la anatomía de sus genitales. Cabe destacar que Klein especifica en qué situaciones la mujer puede adoptar un comportamiento sádico, es decir que exteriorice su agresividad. Esta posibilidad parece no haber sido tenida en cuenta por el padre del psicoanálisis, ya que para él, la expresión de la agresividad era un atributo masculino.

En relación al masoquismo, Benjamin (1996) señala que en el sometimiento erótico, el miedo al poder del amo ocupa el lugar del miedo más profundo, el de la separación que se siente como muerte. La angustia más profunda puede controlarse mediante la disciplina del servicio y la obediencia. Esta hipótesis parecería acordar con la tesis kleiniana que ubica la raíz del masoquismo en el temor a los objetos internos, lo

que permitiría pensar que tanto hombres como mujeres tienen la posibilidad de expresar este tipo de comportamiento.

Klein postula que en las fantasías sádicas de niños de ambos géneros las heces y la orina juegan un importante rol. Puntualiza que la vida sexual de la niña y la constitución de su yo, están más influenciados en comparación con el varón, por el sentimiento de omnipotencia de las funciones de los intestinos y la vejiga. En sus fantasías sádicas dirigidas al interior del cuerpo de su madre, la niña realiza ataques secretos y astutos. Estos se basan en la magia de los excrementos y otros productos de su cuerpo. La omnipotencia de sus pensamientos sería mayor, a causa de la naturaleza secreta y escondida del mundo, representado por el interior del cuerpo de su madre y de sí misma. La autora describe las fantasías femeninas utilizando los mismos términos con los cuales en el lenguaje coloquial se hace referencia a ciertas cualidades femeninas de manera peyorativa. En el imaginario social a lo largo de la historia, las mujeres han sido vinculadas a la magia, a la brujería, caracterizadas como personas que generan intrigas, no leales, que recurren a los secretos y a la seducción para lograr sus objetivos. Es posible hipotetizar que las teorizaciones de la autora validarían la atribución al género femenino de estos rasgos, al no realizar ninguna revisión crítica en relación con esto.

En lo que respecta al desarrollo del yo de la niña, Klein afirma que éste recibe un mayor influjo de las fantasías de ataques sádicos contra el interior del cuerpo materno. Expresa:

“sus formaciones reactivas contra su propia omnipotencia sádica y la transformación de esta última en omnipotencia constructiva, le permiten desarrollar sublimaciones y cualidades de espíritu que son directamente opuestas a aquellos rasgos que están ligados a la omnipotencia primaria de sus excrementos...la inclinan a ser veraz, confiada y a olvidarse de sí misma, a estar lista para dedicarse a los deberes que tiene frente a sí y dispuesta a sufrir mucho por ellos y por sus semejantes” (Klein, 1932, p. 245).

Según este punto de vista, las cualidades valiosas para el estereotipo femenino de ese momento histórico no eran genuinas, sino el resultado de un mecanismo de defensa. Cabe señalar que la autora no hace referencia a la capacidad de preocupación por el otro, sino que enfatiza el sacrificio de la mujer en pos del prójimo y sus obligaciones. También resalta su disposición a sufrir por los demás y a no ocuparse de sí misma. Estas características eran consideradas convenientes para el género femenino, ya que la mujer debía ocuparse de cuidar a los niños, a su esposo y al hogar, priorizando sus necesidades y bienestar por sobre los de ella. Burin (1996) especifica que estos caracteres esperados y exigidos para una buena esposa y madre, son contrarios a los identificados como indicadores de salud mental.

Klein explica estas cualidades femeninas como resultado de un proceso intrapsíquico, dejando fuera de su análisis la incidencia de las pautas culturales para la subjetivación femenina.

En relación a la importancia que la imago materna tiene para la niña, Klein postula que en su imaginación la madre posee el pecho nutricio, el pene del padre y los niños, por lo que tiene el poder de gratificar todas sus necesidades. La madre es una figura de amparo y el apego a ella es muy intenso. Desde su punto de vista, el objeto materno posee esta importancia para los niños y las niñas. Freud considera que esta relación es significativa para la niña, pero no se ocupó de estudiarla en el caso del varón. Chodorow (1984) enfatiza la importancia de la figura materna para el desarrollo psíquico de los niños independientemente de su género.

La descripción que Klein realiza de la madre reúne todas las características que luego otros estudiosos de la temática, entre ellas Dio Bleichmar (1997), destacan de la figura materna. Esta última autora sostiene que los niños pequeños perciben a sus madres como un objeto omnipotente. Esto estaría en contraposición a lo propuesto por la teoría freudiana, sobre la percepción que tendrían los niños de la madre como castrada.

Klein manifiesta que en el momento en que surgen los sentimientos de culpa, la niña tiene la convicción que se ha apoderado de los contenidos buenos del cuerpo de la madre y la ha puesto en peligro. El impulso a restituir a su madre todo lo que ha tomado de ella, se expresa en numerosas sublimaciones.

Considera que la relación que la niña establecerá con su padre está teñida por la que ha logrado entablar con su madre. Desde esta perspectiva, la figura materna y la relación con ella es fundante y en cierto punto definitoria para el resto de los vínculos. En palabras de Burin (1996), la madre se convierte, de este modo, en la garante de la salud mental de sus hijos. Esta autora manifiesta que las demandas de la maternidad experimentadas bajo estos parámetros son agotadoras y uno de los factores desencadenantes de trastornos psíquicos en las mujeres.

Klein plantea que la ansiedad de la niña es acrecentada por razones fisiológicas, haciendo referencia a la imposibilidad física de la pequeña mujer de dar a luz un niño, lo que le confirmaría que su cuerpo se encuentra bien y aplacaría su ansiedad. Además, la estructura de éste no la provee de la posibilidad de conocer cuál es la condición real de su interior, a diferencia del niño quien puede realizar un examen de realidad sobre el estado de sus genitales. Ambos factores agravan su temor a tener sus órganos destruidos y contener hijos malos. La autora coincide con Freud al proponer que a causa de la anatomía de sus genitales, las mujeres tienen un desarrollo psíquico más complejo que el varón. Se acuerda con Dio Bleichmar (1997) quien manifiesta que la valoración de la masculinidad ha inducido a atribuirle al órgano masculino una serie de ventajas por sobre los genitales femeninos, que no poseen una base fisiológica sino cultural.

En relación al papel de la vagina en la sexualidad infantil, Klein afirma que la razón por la cual la función de ésta queda relegada por el clítoris en su primera organización sexual, es la intensa ansiedad que la niña siente por su interior. Este órgano es visible y permite constatar su estado mediante un examen de realidad. La vagina es la parte del cuerpo femenino al cual se halla ligada la más profunda ansiedad. La niña la considera peligrosa y en peligro, en sus fantasías sádicas de la copulación entre sus

padres. Estas fantasías estarían en la base de ciertos trastornos sexuales, como la frigidez y la inhibición de la excitabilidad vaginal. En este punto, existen ciertas diferencias con las causas que Freud le atribuía a las dificultades en la vida sexual que presentaban las mujeres. Para el autor, se debían a la imposibilidad de libidinizar la vagina, abandonando el clítoris como órgano de satisfacción y representante de la sexualidad masculina.

A pesar de aseverar que la niña conoce la existencia de la vagina, Klein sostiene que ésta no entra completamente en función hasta que no se ha realizado el acto sexual. Luego de esto, la inhibición de las mujeres a la que califica como tan común que es prácticamente normal, sería reemplazada por un fuerte deseo sexual. Se advierte que vincula únicamente la inhibición sexual de las mujeres, con la ansiedad que la niña siente por este órgano genital. No incluye en su análisis las costumbres y mandatos que sancionaban moralmente, el que una joven tuviese relaciones sexuales previas al matrimonio.

La autora explica que a partir de los procesos de proyección e introyección, la realidad externa adquiere importancia en la conformación del yo, el superyó, las relaciones de objeto y el desarrollo de la sexualidad. Manifiesta que para que la niña confirme su creencia que contiene el pene bueno dentro de sí misma, debe recibir amor y ternura de la figura paterna. Señala que si esto no sucede, ella puede adoptar una actitud masoquista o abandonar su posición femenina. Esta mención del padre real y la importancia que éste tiene para el desarrollo de la niña, parece no haber sido retomada por los/as autores/as que trabajan desde la perspectiva de género, a pesar que la falta de alusión a la relevancia del padre concreto, es una de las críticas que realizan a las teorizaciones freudianas.

En lo que respecta al significado atribuido a la primera menstruación, Klein puntualiza que ésta acrecienta la preocupación de la jovencita por su interior, ya que puede ser interpretada como la confirmación de que éste se encuentra dañado. Desde el punto de vista kleiniano, esta intensa ansiedad permitiría explicar la inhibición sexual de las mujeres durante su pubertad. La autora no toma en cuenta en su análisis, las costumbres y mandatos sexuales propios de ese momento histórico. La mayoría de las jovencitas menstruaban por primera vez sin contar con una preparación que les permitiera anticiparse, ni comprender el hecho. El conocimiento conciente de todo aquello que se vinculara con la sexualidad, incluso los procesos que ocurrían en sus propios cuerpos, estaba vedado para el género femenino. Las reglas de la moral victoriana señalaban que la joven debía llegar virgen al matrimonio, exigencia que sin lugar a dudas influía en la inhibición de su sexualidad.

En relación con el deseo de un hijo, Klein plantea diferencias en relación a las tesis freudianas. El autor sostuvo que éste deriva del anhelo de recibir un pene como atributo. Ella postula que el afán de ser madre reemplaza al de poseer al padre como objeto libidinal. Enuncia:

“la niña normalmente siente un deseo tan intenso de tener niños, deseo que es mayor que ningún otro, debido a que la posesión de niños es un medio de

vencer su ansiedad y aliviar su sentimiento de culpa... Como sabemos, las mujeres desean a menudo más a un niño que un compañero sexual” (Klein, 1932, p. 239).

A partir de esta cita puede inferirse que para la autora la maternidad era definitoria de la femineidad. Desde esta perspectiva, lo que motiva a la mujer a mantener relaciones íntimas con su pareja no sería la búsqueda de placer en sí, sino de un hijo. A pesar de disentir con Freud respecto al origen de este deseo, ambos coinciden en identificar la maternidad como aquello que determina la femineidad. En las dos teorías, el querer ser madre es intrínseco a la mujer. No se advierte un cuestionamiento de los mandatos sociales que así lo disponían, ni la inclusión de estas variables en el análisis de este anhelo.

Para Klein, la maternidad y la actitud de la mujer frente a sus hijos está estrechamente vinculada con la capacidad de sublimación que posee el género femenino. Conjetura que a partir del deseo de un hijo se generan distintas líneas de sublimaciones específicamente femeninas. Las ansias de poseer un niño hermoso, bueno y sano, así como sus esfuerzos por embellecer sus bebés imaginarios y su propio cuerpo están relacionados con su miedo de haber producido, en ella misma y en su madre, niños malos y horribles. Otra línea de sublimación tiene que ver con la idea de contener y poder crear productos buenos y saludables, que refuerzan en ella los sentimientos maternales originarios de dar, que surgen de su posición femenina. En este sentido, el equilibrio mental de la mujer depende de poder tener niños y del estado en que éstos nazcan.

En las teorizaciones kleinianas, el deseo de ser madre no surge de la envidia del pene, pero sí de la necesidad de confirmar que su interior, en especial sus órganos genitales, se encuentran conservados. La no concreción de este deseo haría dudar a la propia mujer de poseer las cualidades necesarias para definirse como tal. Se trata de una postura esencialista, que al igual que las teorizaciones freudianas, definen lo femenino en función de la capacidad biológica de procrear.

La autora acuerda con Freud en que la constitución del superyó es diferente en uno y otro género debido a las diferencias sexuales. Para ella estas diferencias afectan de distintos modos el desarrollo de esta estructura y del yo. Klein conjetura que la dependencia femenina de sus objetos está relacionada de manera directa con su superyó. Manifiesta que la mujer, por la constitución de sus genitales posee una mayor propensión a introyectar su objeto, esto generaría que su superyó sea más poderoso. La autora brinda esta explicación para describir la dependencia de la mujer hacia los varones, sin tener en cuenta las normas sociales que influían para que ésta no pudiera valerse por sí misma. Las mujeres eran tuteladas por estos, primero su padre y luego por su esposo.

A lo largo del artículo analizado, Klein postula hipótesis que difieren de las que sostuvo Freud respecto al desarrollo y la sexualidad femenina. En función de su conjetura de una femineidad primaria, plantea un camino a recorrer por la niña para convertirse en mujer, que no es idéntico al descrito por el padre del psicoanálisis. Las tesis que elabora permiten pensar la subjetividad femenina ya no en desventaja con la masculina sino como diferente. Sin embargo, también se advierte una descripción y atribución a las mujeres de cualidades propias del estereotipo femenino de la época, que la autora considera como

inherentes de la femineidad, sin realizar ningún cuestionamiento. En este punto, son válidas también para la teoría kleiniana, las críticas que le realizan al psicoanálisis freudiano quienes trabajan desde la perspectiva de género y sostienen que sus hipótesis son biológicas, ahistóricas y esencialistas. De todos modos, se considera que estas objeciones no deberían ocultar y desmerecer los aportes que Klein realizó respecto a las mujeres, ofreciendo un punto de vista original.

En “Amor, culpa y reparación” de 1937, Klein describe y analiza la constante interacción entre amor y odio a lo largo de la vida. Hace hincapié en cómo este interjuego se encuentra en la base de las diferentes cualidades y capacidades de las personas. Sostiene que los sentimientos de amor y las tendencias de reparación se desarrollan en conexión con los impulsos agresivos y a pesar de ellos. Conjetura que este elemento es central en el desarrollo de ambos géneros. En este punto difiere con Freud, quien sostuvo que el desarrollo del psiquismo femenino y masculino presenta significativas divergencias, vinculadas a la anatomía.

La autora enfatiza la importancia que tiene el primer objeto para la vida emocional del lactante. Expresa: “Nuestra madre desempeña un papel duradero en nuestra mente porque ella fue la que primero satisfizo todas nuestras necesidades de autopreservación y nuestros deseos sensuales, proporcionándonos seguridad” (Klein, 1937, p. 311).

Se advierte que da por supuesto que quien establece el vínculo primario con el recién nacido es indefectiblemente la madre. Considera que el padre tiene una gran importancia en la vida del niño, pero en un momento posterior y que esta relación estará teñida por la primera.

Chodorow (1984) critica que desde las teorías psicoanalíticas y aquellas que fueron influidas por ésta, supongan como inevitable una relación hijo-madre, exclusiva y necesaria.

Es pertinente destacar que para Klein, la relación con el objeto materno es determinante para los niños de ambos géneros. Esta hipótesis es diferente a la propuesta por Freud, quien sostuvo que este vínculo preedípico es más importante para la niña que para el niño.

El valor y el papel que la autora le otorgó al objeto madre para el desarrollo del psiquismo del infante fue sostenido y enfatizado por teorías postkleinianas, denominadas objetales. Por otra parte, teóricas feministas critican que se haya establecido y naturalizado que esta primera relación sea exclusivamente con una mujer.

Al respecto Chodorow (1984) afirma que se ha establecido que la madre biológica debe ejercer de modo inevitable y necesario la maternidad exclusiva, con la argumentación que el lactante debe contar con cuidados constantes. Sin embargo, éstos podrían ser realizados por una o más personas. Señala que es a la sociedad a quien le sirve que sólo sea la madre quien ejerza la maternidad.

Martínez (1992) considera que para comprender el peso que las teorías psicoanalíticas le adjudicaron al vínculo madre-bebé se debe realizar un análisis del

momento social en que éste surgió como disciplina. Manifiesta que coincide con el reforzamiento de la familia nuclear en su papel reproductor del sistema patriarcal. El hecho que las mujeres ejerzan la maternidad es un rasgo fundamental del sistema género-sexual, ya que produce una determinada ideología sobre las capacidades y la naturaleza de las mujeres y el dominio masculino.

A partir de la modernidad, la esposa-madre adquirió el rol central de preservar la estabilidad del núcleo familiar. Esta se convirtió en la responsable moral del cuidado y la educación de los hijos. Según el análisis de Martínez (1992), la inclusión del afecto en las relaciones familiares se transformó en un modelo mistificado de dominación, siendo el amor romántico y la maternidad los dos ejes principales de este proceso. Mediante estos sentimientos amorosos se prescribieron nuevas formas del ejercicio sexual como la virginidad, la fidelidad conyugal y la procreación. Manifiesta que la histórica entronización de la madre posee una gran eficacia simbólica y es la base que sustenta la organización familiar. Esta se funda en la ilusión de naturalidad de la función materna, a partir de las características y las capacidades biológicas del aparato reproductor de las mujeres.

En este sentido, Klein (1937) elabora sus hipótesis basadas en una experiencia real en ese momento histórico, ya que era exclusivamente la madre quien se ocupaba de la crianza de los niños. Esta situación fue naturalizada y valorada por lo que sus conceptualizaciones sirvieron para sostener, así como para acentuar el estereotipo de mujer-madre.

La autora considera que el amor por los padres coexiste con sentimientos de rivalidad hacia ambos. Los deseos y las fantasías vinculados a la madre y a las hermanas se expresan luego de manera indirecta en la amistad y el afecto entre mujeres.

Señala: “en el desarrollo normal de las cosas, los deseos homosexuales quedan relegados al segundo plano, se modifican y subliman, y predomina la atracción hacia el otro sexo” (Klein, 1937, p. 314).

A través de su expresión puede advertirse que al igual que Freud consideraba a la heterosexualidad como lo esperable y lo normal. Fernández (1992) sostiene que la heteronormatividad es uno de los principales soportes de la monogamia unilateral de gran importancia para la reproducción de la familia patriarcal.

Para Klein, el deseo de brindar felicidad a los demás se halla ligado a un fuerte sentimiento de responsabilidad e interés por ellos. Enuncia:

“la simpatía genuina consiste en poder colocarse en el lugar del otro, esto es, de identificarse con él. La capacidad de identificación es un importantísimo elemento en las relaciones humanas en general, y una condición del amor intenso y auténtico” (Klein, 1937, p. 315).

A partir de estas expresiones podría conjeturarse que desde esta teoría, las diferencias que pueden existir entre las personas, respecto a la posibilidad de identificarse con otro y construir un vínculo de amor, no estaría influida por el género. En este sentido,

no habría diferencias entre hombres y mujeres en la manera de comprometerse afectivamente. Sin embargo, es pertinente recordar que en el texto “Estadios tempranos del conflicto edípico” (1928), la autora señala que la niña desarrolla una mayor capacidad para preocuparse por los demás que el varón. Esto se debería a las diferentes vicisitudes por las que transita, a causa de las diferencias anatómicas y las fantasías inconcientes que de ellas se derivan.

A partir de las hipótesis propuestas por Klein en este artículo de 1937, podría considerarse que la división sexual del trabajo no se corresponde con la posesión natural de cualidades diferentes entre hombres y mujeres. Sin embargo, esta lectura no es incluida por la autora, quien no cuestiona la asignación prefijada de tareas. La actividad femenina que elige para hacer mención de su capacidad constructiva es su labor de ama de casa. Enfatiza además que ésta constituye una muestra de amor y cuidado para sus seres queridos. A través de ella también libera su agresión, dirigida contra la suciedad, que representa en el inconciente los objetos malos.

Cuando hace referencia a los hombres, cita como ejemplo de tareas constructivas que también expresan agresión, el trabajo de abogados, políticos y críticos.

Es importante destacar que según sus hipótesis, la agresividad deriva de la pulsión de muerte y por lo tanto está presente tanto en hombres como en mujeres. Sin embargo, a través del ejemplo que brinda, podría conjeturarse que la manera en que las mujeres expresan su agresión nunca es tan directa como la que le está permitida a los hombres.

Postula que una relación de amor estable y satisfactoria entre un hombre y una mujer implica la capacidad para el sacrificio mutuo y para compartir con el otro, el dolor y el placer, los intereses y el goce sexual. Expresa: “si la actitud de la mujer hacia el hombre es maternal, satisface, en la medida posible, los tempranos deseos de él de recibir gratificaciones de su propia madre” (Klein, 1937, p. 317).

Irigaray (1974) manifiesta que si la mujer debe comportarse como la madre de su marido, se anula la posibilidad de una relación entre sexos.

Klein considera que toda mujer que posea una vida emocional rica además de los sentimientos maternales hacia su esposo, podrá sentir por él la confianza y admiración que de niñas sintieron por su padre. De esta forma, éste se convertirá para ella en una figura protectora y útil. Afirma: “A su vez, esta actitud de la mujer proporciona al hombre la oportunidad de protegerla y cuidarla de mil maneras, es decir, de desempeñar hacia su madre, en su inconciente el papel de buen marido” (Klein, 1937, p. 317).

Según estas conjeturas, la relación entre hombre y mujer será satisfactoria en la medida en que ella se comporte como su madre y también se deje cuidar por él como una hija. En ninguno de estos lugares ella puede ubicarse como sujeto de deseo. Benjamin (1996) plantea que la mujer se equipara a la madre, y esta figura es desexualizada.

Klein pone énfasis en la admiración que la niña y luego la mujer sienten por las figuras masculinas y la necesidad de que éstos las protejan. Ofrece una explicación intrapsíquica para estos sentimientos y no incluye en su análisis los factores culturales

que los podrían haber propiciado. Para Benjamin (1996) la niña admira a su padre, porque a raíz de la distribución de roles, es él quien interactúa predominantemente fuera del hogar. A los ojos de su hija es el representante del mundo, de las aventuras y de lo nuevo.

Meler (2013) sostiene que las teorías psicoanalíticas han favorecido el tutelaje femenino por parte de los hombres.

En referencia al ejercicio de la maternidad, Klein puntualiza: “consideraremos primero una auténtica relación de afecto entre la madre y el hijo, tal como la que se desarrolla si la mujer ha alcanzado una personalidad plenamente maternal” (1937, p. 320).

En esta expresión se advierte la unificación entre femineidad y maternidad. Sólo aquella mujer que ha logrado ser madre y desempeñar este rol con ciertas características, podrá ser considerada plena.

Desde el punto de vista de la autora, la relación de la madre con su hijo está influenciada por la que en la niñez tuvo con su propia madre. Martínez (1992) sostiene que poder pensar la maternidad como una reedición de la relación infantil con la madre, ofrece una posibilidad para comprenderla de manera diferente al resarcimiento por la envidia fálica.

Klein postula: “En todos los niños existe un fuerte deseo consciente e inconsciente de tener niños” (1937, p. 321). Sin embargo, de sus conjeturas se deriva que éste se convierte en el proyecto central para la mujer y no para el hombre.

En este sentido, Chodorow (1984) manifiesta que si se postula que la capacidad para ejercer la maternidad se desprende de la temprana experiencia con la propia madre, los niños y las niñas poseerían capacidades idénticas para practicarlo. A pesar de esto, el deseo sólo parece expresarse en las mujeres.

Según las hipótesis de esta autora estadounidense, esto sucedería porque las mujeres como madres crían hijas con capacidades y deseos de ejercer de madre. A su vez, educan hijos cuyas cualidades para la maternidad son recortadas y reprimidas de modo sistemático.

Para Klein, la niña en su fantasía inconsciente cree que el cuerpo de la madre está lleno de hijos. Expresa: “...se imagina que han sido puestos allí por el pene del padre, que para ella es símbolo de toda creatividad, poder y bondad” (1937, p. 321).

La autora describe mediante la alusión al juego de las niñas, las cualidades de una buena madre. Señala:

“A menudo hacen alarde de su apasionada devoción, tratando a esos juguetes como a niños reales... No sólo no dejan las muñecas, sino que constantemente se ocupan de ellas desde que comienza el día y presentan dificultad en abandonarlas cuando deben hacer otra cosa” (Klein, 1937, p. 321).

Chodorow (1984) considera que estos postulados implican que una conducta maternal apropiada requiere de la continua, delicada y precisa valoración de las necesidades y deseos infantiles, así como del más extremo desprendimiento personal.

Critica el hecho que se borre la asimetría de la relación madre-bebé, ignorando el resto de los compromisos que la madre posee y su posible interés de mitigar la intensidad de esta relación. Es necesario distinguir lo que la relación exclusiva significa para el bebé y su madre. Para el niño o la niña recién nacido, el vínculo con su objeto materno es una experiencia social que garantiza su desarrollo psicológico y físico. Para la mamá la relación es exclusiva y mutua en cuanto no incluye a otras personas y es diferente a la que mantiene con otros adultos.

Klein sostiene que el desamparo del niño y su gran necesidad de cuidados maternos demanda más amor que el que puede proporcionarse a cualquier otra persona. Esto le permite a la propia madre satisfacer sus propias necesidades, dirigiendo hacia el bebé sus tendencias constructivas y afectivas. Afirma: “La gratitud hacia el niño que le proporciona el goce de poder amarlo aumenta estos sentimientos y puede conducirla a subordinar su propia gratificación al bienestar de su hijo, que se constituirá en su interés primordial” (Klein, 1937, p. 322).

Martínez (1992) manifiesta que a partir de estas teorizaciones el psicoanálisis ha legitimado el rol maternal como destino de las mujeres. Al resaltar la profunda gratificación que experimentarían en el ejercicio de la maternidad ha incluso logrado el consenso de las propias mujeres. En otras palabras, ha contribuido a que las mujeres construyan su subjetividad en torno al deseo de ser madres.

Desde el punto de vista kleiniano, algunas madres quieren conservar a sus hijos adheridos a ellas, para gratificar sus propios deseos posesivos y la satisfacción de tener sujetos que dependan de ellas.

La autora considera que un elemento central de la actitud materna es la capacidad de ponerse en el lugar del niño.

Sin embargo, si la culpa es muy fuerte esta identificación puede llevar a una actitud extrema de autosacrificio, sumamente desventajosa para el niño. La indulgencia materna exagerada tiende a fomentar un clima de quietud y además no da campo suficiente para el ejercicio del impulso infantil de hacer reparaciones, sacrificios y desarrollar una verdadera consideración hacia los demás.

En estas descripciones, la figura materna surge como la responsable de la salud mental de los hijos. De su correcta actitud dependerá que estos se desarrollen de manera apropiada. La falta de amor, pero también sus excesos pueden perjudicar la constitución del psiquismo de los niños y las niñas.

Burin (2010) postula que las expectativas sociales sobre el cumplimiento del rol materno son demasiado altas. El ejercicio de éste, constituye un factor de riesgo severo para la salud mental de las mujeres. El ejercicio de la maternidad es agotador, aunque la mayoría de las mujeres no lo reconocen. El cansancio por el trabajo maternal se presenta como angustia, sentimientos de culpa, hostilidad reprimida o trastornos psicossomáticos, entre otros malestares.

Sostiene que las mujeres internalizaron el ideal maternal que se construyó en la modernidad. Este se convirtió en el elemento central de su definición como sujetos. La subjetividad femenina quedó identificada con características psíquicas de receptividad, capacidad de contención y de nutrición.

Klein considera que la relación de la madre con sus hijos cambia cuando han crecido. Expresa: “puede experimentar cierta satisfacción al conservar disponible su amor para cuando sus hijos la necesiten” (1937, p.323).

Se advierte que, a lo largo de la vida, incluso cuando sus hijos ya son adultos, el eje central de la vida de una mujer, continúa siendo la maternidad. La dedicación absoluta, la postergación de intereses personales persiste aunque los hijos ya no sean pequeños. La felicidad ligada exclusivamente a ellos y a que requieran de su atención es uno de los factores que ha incidido para que algunas mujeres padezcan depresión y diversas patologías cuando sus hijos crecen y se marchan del hogar.

En relación con el ser padre, la autora enuncia:

“aunque los hijos no signifiquen tanto para el hombre como para la mujer, desempeñan en su vida un papel importante... la gratificación de sus deseos femeninos al compartir el goce maternal de su mujer constituye una fuente adicional de placer... puede dar hijos a su mujer, verla feliz con ellos, puede ahora, sin sentimientos de culpa identificarse con ella en el parto y el amamantamiento, así como en la relación con los hijos mayores” (Klein, 1937, p. 323).

Es significativa la descripción que realiza respecto a la identificación del hombre con la mujer madre de sus hijos, destacando los aspectos femeninos que éstos poseen. Esta tesis es contraria a la que sostuvo Freud, para quien el varón lo era desde un principio. Si bien el autor plantea la existencia de la bisexualidad, no hace mención de aspectos femeninos valiosos que puedan conservarse el varón.

Klein enfatiza que el papel que cada uno desempeña en la crianza de los hijos es diferente pero complementario. Puntualiza: “Hay mujeres incapaces de amar y de gozar del hecho de tener hijos porque se sienten, en la fantasía, demasiado culpables de ocupar el lugar de sus propias madres” (1937, p. 324).

En este sentido, la ausencia del deseo de ser madre y las dificultades para desempeñar este rol según lo prescripto es considerado como indicador de patología. Las razones que argumenta la autora son sólo intrapsíquicas, no incluye en su análisis los factores culturales que podrían haber contribuido, tales como las grandes exigencias y demandas que recaen sobre las madres. A su vez, naturaliza este deseo, su ausencia no puede ser producto de una decisión personal, sino resultado de una dificultad.

Para Klein, la infidelidad involucra el repetido alejamiento de una persona amada motivada por el temor a la dependencia. Relata dos situaciones en que los infieles son los varones y explica los motivos internos que los impulsaría a esta conducta. En este punto, al igual que Freud, explica este comportamiento masculino, dejando fuera del análisis, las costumbres de la época, según las cuales la infidelidad de los hombres era más aceptada.

Cuando describe las dificultades para tolerar la dependencia de las mujeres, hace hincapié en que éstas demandan constantemente la atención y el amor del objeto. Es decir, el hombre huye ante la dependencia y la mujer la exagera.

La autora enuncia:

“Una combinación exitosa de actitud maternal y filial parece constituir una de las condiciones de una personalidad femenina emocionalmente rica y capaz de amistad...Una personalidad femenina completamente desarrollada involucra la capacidad de mantener buenas relaciones con los hombres en lo que concierne a sentimientos afectuosos y sexuales” (Klein, 1937, p. 334).

Si bien la autora enfatiza la importancia de la relación con la madre, es relevante señalar que el peso recae en el objeto madre interno que el niño ha logrado conformar, a diferencia de otras teorías en que el acento está puesto en el accionar concreto de la madre externa. Klein señala:

“Si por razones internas, que desde el principio varían en cada individuo, existe escasa capacidad para tolerar la frustración y si la agresión, temores y sentimientos de culpa son muy intensos, la mente infantil puede exagerar y deformar grotescamente los defectos de los padres y en especial la intención que determina sus errores” (1937, p. 342).

Enuncia que a diferencia de los mencionados, los niños que por razones internas son más capaces de soportar las frustraciones, serán más tolerantes con los errores que los padres cometan al educarlos.

En el artículo “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas” (1945), Klein reafirma la hipótesis que planteó en 1928 respecto a que este complejo comienza en el primer año de vida.

Señala que si se lo compara con el desarrollo posterior de la conflictiva edípica, estos primeros estadios pueden caracterizarse como más oscuros, debido a que el yo es aún muy inmaduro, se encuentra dominado por fantasías inconscientes y transita una fase polimorfa. Estos estadios tempranos están caracterizados por fluctuaciones rápidas entre diferentes objetos y finalidades, con las correspondientes fluctuaciones en cuanto a las defensas.

La autora enfatiza que las ansiedades tempranas inciden de manera determinante en cómo se desarrolla este complejo. Si éstas no son elaboradas, el desarrollo libidinal y del yo pueden ser severamente afectados, generándose fijaciones a los estadios previos al desarrollo del complejo Edipo.

Según estas conjeturas tanto el niño como la niña podrían tener dificultades en la evolución de este complejo, que derivarían de una fuente en común. Esto es diferente a las teorizaciones freudianas que sostienen que el ingreso y paso por el complejo presenta más escollos para la niña por su condición de castrada.

En este texto, Klein compara sus conclusiones con las de Freud, destacando las diferencias que ella observa entre unas y otras. Cabe mencionar que en 1928 había

minimizado las divergencias entre sus teorizaciones y las del autor, a pesar que estaba postulando la existencia de un complejo de Edipo temprano.

La autora sostiene que el conflicto edípico de Edipo comienza de modo similar en ambos sexos y que la relación con el pecho es fundamental para los dos. La satisfacción experimentada con éste, permite al niño dirigir sus deseos hacia nuevos objetos y en especial al pene del padre. La otra razón que incide para abandonar el pecho es la frustración que éste inevitablemente le genera, porque el deseo es recibir satisfacciones ilimitadas.

De acuerdo con estos postulados, tanto la niña como el niño comienzan su complejo de Edipo a partir de su relación con el pecho materno. Esta es una diferencia significativa con lo propuesto por Freud, quien afirma que la relación de la niña con su madre es característica de la etapa preedípica, siendo una condición para ingresar al complejo de Edipo positivo, abandonarla como objeto.

Las frustraciones experimentadas con el pecho materno impulsan tanto al niño como a la niña a abandonarlo y estimulan en ellos, el deseo de una satisfacción oral a través del pene del padre. Es decir, que también el varón abandona a su madre como objeto de amor y se dirige a su padre, a causa de la insatisfacción experimentada con este primer objeto. Cabe mencionar que una de las críticas realizadas a las conjeturas freudianas por Chodorow (1984) entre otras, es que a pesar de tener las mismas razones que la niña, el varón no se alejaba de su madre.

Resulta relevante destacar que para Klein la razón fundamental por la cual ambos niños buscan nuevos objetos libidinales es la experiencia de satisfacción vivida con el pecho. Es decir, la niña no toma como objeto de deseo a su padre solamente a raíz de la insatisfacción que le habría generado su madre, como propuso Freud.

Para la autora, la frustración y la satisfacción moldean la relación del niño con el pecho bueno querido y con el pecho malo odiado. Estas dos modalidades son trasladadas al vínculo posterior con el pene del padre. La frustración sufrida con el pecho aumenta la exigencia y la confianza en la nueva fuente de satisfacción, estimulando el amor hacia el nuevo objeto. El desengaño inevitable, refuerza la regresión hacia el primer objeto.

Klein remarca que en estos primeros estadios existe una interacción entre Edipo positivo e invertido y entre las diferentes modalidades de satisfacción libidinal. En estos primeros estadios, los impulsos genitales se expresan pero no son los que predominan. Si bien el concepto de un Edipo completo fue postulado por Freud en 1923, el autor no detalló cómo en el desarrollo de ambos niños uno sucede al otro.

La autora conjetura que la introyección del pecho bueno y malo de la madre y del pene bueno y malo del padre conforman los primeros representantes de las imágenes internas protectoras y auxiliadoras, y por otro lado, de las vengativas y perseguidoras. Estas constituyen las primeras identificaciones que desarrolla el yo.

Considera que los deseos genitales tempranos, así como los orales, van dirigidos hacia la madre y el padre. Enuncia: “Según supongo, hay en los dos sexos un

conocimiento inconsciente referente a la existencia del pene, así como de la vagina” (Klein, 1945, p. 411).

Desde su punto de vista, el niño en base a sus propias sensaciones genitales supone que su padre posee un pene, el cual desea siguiendo la ecuación pecho=pene. Estas sensaciones también lo impulsan a buscar una abertura en la cual introducir su pene, tomando como objeto a su madre.

La ecuación que enuncia presupone que el varón y la nena pueden dirigirse al padre si logran reemplazar el pecho como fuente de gratificación por el pene.

Explicita: “De un modo similar, las sensaciones genitales de la niña preparan el deseo de recibir el pene de su padre en su vagina” (Klein, 1945, p. 412).

La hipótesis kleiniana que basa el conocimiento de ambos sexos en las sensaciones provenientes en cada uno de sus propios genitales, ha sido criticada desde la perspectiva de género y considerada una hipótesis biologicista. Podría conjeturarse que este prejuicio respecto a las teorizaciones kleinianas ha impedido que se valore la diferencia significativa que implica pensar el desarrollo de la femineidad sin que la niña atraviese una fase masculina primaria.

Los deseos orales y genitales por el pene del padre forman la raíz de los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo de la niña y del invertido del varón.

Klein sostiene que el temor del niño a perder a sus objetos queridos, como consecuencia de su odio y agresión, influye desde un comienzo en sus relaciones de objeto y el desarrollo de su complejo edípico.

A raíz de la culpa, el niño se siente impulsado a revertir el daño que les ocasionó a sus objetos, es decir a reparar. Señala que las fantasías de reparación representan lo contrario de las sádicas. Por ello, todos los contenidos corporales y también el pene que en las fantasías sádicas de ambos, fue utilizado para dañar y destruir a la madre, se convierte en el medio para restaurarla y curarla en las fantasías de reparación. El niño siente que de este modo, el objeto dañado puede ser restaurado y también que se ha disminuido el poder de sus impulsos agresivos, que sus impulsos de amor tienen curso libre y que su sentimiento de culpa es aplacado.

Postula que si la culpa es demasiado intensa puede inhibir los deseos libidinales, debido a que, si el niño siente que predominan en él los impulsos agresivos, los reprime para no dañar a sus objetos.

Respecto al desarrollo específico del complejo de Edipo del varón, manifiesta que la posición femenina por la que atraviesa es determinante de la actitud que tendrá hacia los dos sexos. Expresa:

“Si el niño puede desplazar una parte de sus deseos tiernos y libidinales del pecho de la madre al pene del padre y al mismo tiempo sigue considerando al pecho como un objeto bueno, entonces imaginará el pene de su padre como un órgano bueno y creador que le causará una satisfacción libidinal y también que le dará niños, como se los da a su madre” (Klein, 1945, p. 413).

La imagen tranquilizadora del pene paterno como un órgano bueno y creador, es condición previa para la capacidad del varón de desarrollar sus deseos edípicos. Es necesario que el temor al padre castrador esté mitigado por la confianza en el padre bueno, para que pueda enfrentarse a su odio y rivalidad edípica.

La autora afirma que las tendencias edípicas invertidas y positivas en el varón se desarrollan simultáneamente y hay una interacción íntima entre ambas. De acuerdo con estas conjeturas, el varón no debería renunciar a sus aspectos femeninos para constituirse como tal. La actitud del niño para con el género opuesto dista de la descrita por Freud (1925), quien sostuvo que el varón siente “horror frente a la criatura mutilada” (p. 271).

Es significativo que las autoras que realizan una fuerte crítica a los postulados freudianos, por considerar que legitimó el menosprecio hacia las mujeres, no hagan referencia a estas hipótesis kleinianas.

Benjamin (1996) postula que ninguno de los dos géneros debe renunciar a las características adjudicadas al otro, sino que debe identificarse con ellas y reconocerlo como aquello que no podrá ser. De esta forma, puede amar a lo distinto. Es decir, plantea que es necesaria la integración de ambos aspectos femeninos y masculinos.

Para Klein desde el momento en que el niño siente sensaciones genitales, surge en él, la angustia de castración. Manifiesta que el temor a que su pene sea atacado, dañado o que le sea quitado es sentido bajo el predominio de la libido oral. Sus impulsos orales sádicos hacia el pecho de la madre se transfieren al pene. Además, la rivalidad y el odio de la situación edípica temprana se expresan en la fantasía de arrancarle el pene al padre mordiéndolo. Esto despierta el temor a que éste le arranque el de él.

Sostiene que el niño también teme por su interior ya que en sus fantasías ha atacado el cuerpo de su madre. La imagen asustadora del interior materno destruido, lleno de contenidos peligrosos y el pene de su padre envenenado, le genera el temor de que su propio interior sea destruido. Estos temores de persecución influyen decisivamente en las ansiedades del varón acerca de su propio pene. Expresa:

“no es solamente el pene lo que el niño siente que debe preservar, sino también los buenos contenidos de su cuerpo, las heces y orina buenas, los bebés que él desea tener en la posición femenina y los bebés que identificándose con el padre bueno y creador desea producir, siguiendo su posición masculina” (Klein, 1945, p. 414).

En este sentido, podría decirse que Klein amplía el conflicto narcisista que atraviesa el niño, descrito por Freud. Desde este punto de vista, el interés no se centra sólo en conservar su órgano genital.

La autora manifiesta que el niño se siente impulsado a proteger y preservar los objetos amados que había internalizado simultáneamente con los perseguidores. De este modo, su temor a los ataques internos en contra de sus objetos está íntimamente unido con el temor a la castración, reforzándolo.

Otra ansiedad que contribuye a su temor de castración procede de fantasías sádicas, según las cuales sus excrementos se han convertido en venenosos y peligrosos. También su propio pene, que es equiparado en su mente a estas heces peligrosas, está lleno de orina mala y, por lo tanto, en sus fantasías de coito se convierte en un órgano de destrucción. Este temor está incrementado por la creencia que él contiene el pene malo de su padre o sea por una identificación con su padre malo. Cuando este tipo especial de identificación se hace intenso, se percibe como una alianza con el padre interno malo en contra de la madre. Consecutivamente, disminuye la creencia del niño varón en la capacidad productora y reparadora de su propio órgano genital, siente que sus impulsos agresivos se refuerzan y que el coito con su madre sería cruel y destructivo.

La autora señala que estos temores están contrarrestados por una imagen del cuerpo de su madre como fuente de toda bondad (leche y bebés buenos), así como su introyección de objetos amados. La sensación que posee el pecho bueno de la madre y el pene bueno del padre generan una confianza en él mismo, que le permite al niño liberar sus impulsos y deseos.

A partir de esta descripción de las fantasías y emociones experimentadas por el varón, se advierte que destaca la capacidad de preocuparse no sólo por él mismo sino también por los otros. Hace hincapié en la necesidad de contar con ambos objetos buenos internos como un requisito para poder confiar en su capacidad, potencia y expresar sus deseos edípicos. En este sentido, las identificaciones con su madre formarían parte de manera indispensable de su masculinidad.

Klein señala que los estadios tempranos del conflicto edípico de la niña coinciden con los del varón.

Enuncia: “A la niña se le presenta el deseo de recibir el pene, cuando dada la naturaleza receptiva de sus órganos genitales, se le refuerzan las sensaciones correspondientes” (Klein, 1945, p. 415).

A pie de página, puntualiza que a partir del análisis de niños y niñas no tiene dudas de que poseen una representación inconciente de la vagina. Agrega que la masturbación vaginal en la primera infancia es más común de lo que se cree. A pesar de las críticas que ha recibido Klein por considerar que el conocimiento de la diferencia de sexos se reduce exclusivamente a fantasías derivadas de sensaciones corporales, el que haya propuesto estas teorizaciones a partir de su trabajo con niños y niñas, es un aspecto no valorado por otros/as autores/as. Chodorow (1984) sostiene que las hipótesis de Klein no se apoyan en evidencias clínicas. Considera que sus conjeturas sólo tienen como base la existencia de una heterosexualidad natural. Al respecto, cabe mencionar que Klein hace referencia a las fantasías expresadas por los niños en sus tratamientos.

Según la teoría kleiniana, la niña posee el conocimiento inconciente de que su cuerpo posee bebés en potencia, lo cual considera su mayor posesión. El pene de su padre como el objeto que da los bebés y equiparado con éstos, se convierte en un objeto deseado y admirado por la niña. Esta relación con el pene, como fuente de felicidad y de dones

buenos, está incrementada por la relación de amor y de agradecimiento con el pecho bueno.

Desde un primer momento, la niña percibe el pene como un órgano ajeno, al que desea como objeto libidinal y no como atributo.

Unidas a este conocimiento, la niña tiene intensas dudas acerca de su capacidad de poder tener niños. Se siente en desventaja respecto a su propia madre. En el inconciente de la niña, la madre está dotada de un poder mágico, porque todo lo bueno procede de su pecho y porque ella contiene el pene del padre y los bebés.

Klein considera que a diferencia del varón, quien puede confiar en su potencia por la posesión del pene, al que puede comparar con el de su padre, la niña no tiene medios para tranquilizarse sobre su fertilidad futura. Además, sus dudas se incrementan por todas las ansiedades referentes a los contenidos de su cuerpo. Estas ansiedades aumentan los impulsos de robar el cuerpo de la madre, sus niños y también el pene paterno, lo cual intensifica su temor a que su propio cuerpo sea atacado y robado por una madre vengativa externa e interna. Expresa:

“los rasgos esenciales del desarrollo de la niña lo constituyen el hecho de que su desarrollo genital esté centrado en el deseo femenino de recibir el pene paterno y que su preocupación inconsciente principal sea la referente a sus bebés imaginados” (Klein, 1945, p. 416).

Es pertinente recordar que ésta es la ansiedad que la autora considera específicamente femenina. Dio Bleichmar (1997) valora este aporte kleiniano ya que especifica situaciones que atraviesa la niña como tal, sin tomar al varón como modelo.

Por su parte, Chodorow (1984) considera valioso que desde las teorizaciones de Klein pueda pensarse que la mujer desea al pene como objeto y no ligado exclusivamente al deseo de tener un hijo, generando un espacio para el deseo femenino.

Consecuentemente, sus fantasías y emociones se constituyen predominantemente alrededor de su mundo y objetos interiores. Su rivalidad edípica se expresa esencialmente en el impulso de robar a su madre el pene del padre y los bebés. El temor a que su cuerpo sea atacado y sus objetos internos buenos dañados o sacados de ella por una madre mala y vengativa, tiene un papel predominante y persistente en sus ansiedades.

En la niña, la envidia hacia su madre forma parte de su situación edípica positiva. Constituye un factor esencial a lo largo de su desarrollo sexual y emocional y tiene un efecto importante en la identificación con su madre, en su relación sexual con su padre, así como en su futuro papel de madre.

En relación con el vínculo madre e hija, Dio Bleichmar (1997) manifiesta que Klein describió un universo materno-infantil terrorífico, atravesado por el sadismo y la hostilidad, fuente de numerosos conflictos humanos. De esta manera, contribuyó a desmitificar la relación entre la madre y su bebé, como completamente placentera, ajena a todo conflicto y frustración, tal como la había concebido Freud y otros/as autores/as.

Para Klein, el deseo de la niña de poseer un pene y de ser varón es una expresión de su bisexualidad, y este rasgo es tan inherente a las niñas, como lo es en el niño, el deseo de ser mujer. Su deseo de tener un pene propio es secundario a su deseo de recibirlo, y está muy incrementado por las frustraciones en su posición femenina así como por la ansiedad y la culpa experimentadas en la situación edípica positiva. La envidia que la niña siente por el pene encubre en cierta medida el deseo frustrado de tomar el lugar de la madre en la relación con el padre y recibir niños de él.

Es de destacar que Dio Bleichmar (1997) considera que Klein es la primera psicoanalista que le otorgó al padre un importante papel libidinal en las etapas tempranas de la constitución del psiquismo. Las fuerzas libidinales del deseo del pene de padre son de carácter libidinal y no narcisista, es decir la niña no lo quiere como atributo. Desde su perspectiva, esta teoría contribuye a reducir la importancia de la envidia y el complejo de castración, inclinando la teoría hacia las vicisitudes del vínculo amor-odio.

Respecto al superyó femenino, Klein postula:

“debido a la gran importancia que tiene el mundo interior de la niña en su vida emocional, siente ella un fuerte impulso a llenar este mundo interior con objetos buenos. Esto contribuye a la intensidad de sus procesos introyectivos, que también están reforzados por la naturaleza receptiva de su órgano genital. El admirado pene del padre internalizado forma una parte intrínseca de su superyó” (Klein, 1945, p.416).

La autora afirma que en la mujer esta estructura posee características diferentes a las del varón. Estas estarían vinculadas a una mayor tendencia a introyectar objetos, debido a la receptividad de sus genitales. Es importante señalar que no realiza una diferencia entre el superyó femenino y masculino en desmedro del primero. Sin embargo, no incluye en su análisis los factores socioculturales que podrían haber influido para que cada uno de los géneros constituya de manera diferente su superyó.

Para Klein, la niña en su posición femenina internaliza el pene paterno por sus deseos sexuales y por el anhelo de tener bebés. Es capaz de una sumisión completa a este padre admirado internalizado, mientras que en la posición masculina desea imitar todas sus aspiraciones y sublimaciones masculinas. La identificación masculina con el padre se conjuga con la que deriva de su actitud femenina, esta combinación caracteriza al superyó femenino.

En la formación del superyó de la niña, el admirado padre bueno coexiste con el padre malo y castrador. Sin embargo, el objeto de su mayor ansiedad es la madre perseguidora. Si logra identificarse con la madre interna buena, equilibra este temor persecutorio. Es significativo que las identificaciones predominantes en la formación del superyó sean sólo las paternas.

La autora plantea que la dependencia del mundo exterior, la necesidad de amor y su relación real con las personas que muestra la niña está reforzada por su necesidad de reasegurar su mundo interior. Se advierte que la autora atribuye a características

intrapsíquicas la dependencia de la mujer con sus objetos, sin hacer una crítica a las costumbres de la época que la naturalizaban.

Klein puntualiza en este artículo, las principales discrepancias entre sus tesis y las freudianas en relación con el desarrollo del complejo de Edipo en el niño y la niña.

Señala que Freud postula que los sentimientos maternales derivan de la relación temprana con la madre en la fase preedípica. Luego hace referencia a la identificación de la niña con la madre a raíz de su complejo de Edipo. Sin embargo, no explicita cómo estas dos actitudes confluyen, ni tampoco señala cómo la identificación femenina con su madre, en la situación edípica, afecta el curso del complejo en la niña.

Klein manifiesta que desde su punto de vista, el desarrollo sexual y emocional del niño y de la niña incluyen desde la primera infancia, sensaciones y rasgos genitales que constituyen los primeros estadios del complejo de Edipo invertido y positivo. Es en el estadio de la primacía genital cuando la situación edípica positiva alcanza su punto culminante.

Según sus conjeturas, tanto el niño como la niña experimentan deseos genitales dirigidos hacia la madre y el padre, y tienen un conocimiento inconsciente tanto de la vagina como del pene. En este sentido, considera más apropiado el concepto de organización genital que el de fase fálica. Esto implica que, según su punto de vista, ni las niñas, ni los niños, atraviesan en su desarrollo una fase en que crean que sólo existe el órgano masculino. Si bien la autora no profundiza en las diferencias que estas hipótesis implican para el desarrollo femenino, éstas son relevantes. Desde esta perspectiva, la niña comienza su desarrollo psicosexual reconociendo su sexo como diferente, lo cual dista de la significación atribuida a que se asuma castrada.

En relación con el superyó, Klein sostiene que su formación se inicia en la fase oral en ambos sexos. El primer objeto introyectado es el pecho materno y forma la base de esta estructura. Los rasgos más importantes del superyó, ya sea amante y protector o destructivo y devorador, provienen de estos componentes tempranos maternales. En este punto, le otorga a la madre un papel central en la génesis de una estructura, que en la teoría freudiana representaba principalmente al padre, con sus aspectos prohibitivos y prescriptivos.

Manifiesta que en ambos géneros, el superyó se constituye de manera temprana y de modo similar. Es decir, elimina las diferencias que para Freud existían entre el superyó masculino y el femenino a raíz del momento de su constitución.

La autora considera que es en la primera infancia cuando se origina el sentimiento de culpa en ambos sexos, como resultado de los deseos oral-sádicos de devorar a la madre. En este sentido, la culpa no surge cuando termina el complejo de Edipo, sino que moldea el curso de éste e influye en su desenvolvimiento final. En relación con el varón señala:

“Así como estoy de acuerdo con Freud en que la angustia de castración es la situación de ansiedad predominante en el varón, no estoy conforme con su

descripción de que es el único factor que determina la represión del complejo de Edipo” (Klein, 1945, p. 420).

Klein plantea que el varón experimenta dolor y pena en relación con su padre, como un objeto querido, provocado por sus impulsos de castrarlo y de matarlo, porque en sus buenos aspectos, el padre es una fuente indispensable de fortaleza. Es un amigo y un ideal al cual el varón se dirige, buscando protección y guía y al cual, por lo tanto, el niño se siente impulsado a preservar.

Sus sentimientos de culpabilidad en relación con los impulsos agresivos hacia el padre le incrementan la tendencia a reprimir sus deseos genitales. El sentimiento de que también la madre está en peligro por la rivalidad del hijo con el padre y que la muerte del padre será una pérdida irreparable para ella, contribuyen a la intensidad del sentimiento de culpabilidad del niño y por lo tanto a la represión de sus deseos edípicos.

Considera que a pesar de haber reconocido el papel del amor del niño por el padre, Freud no destaca la importancia de éste, tanto en el desarrollo del complejo de Edipo como en su superación.

Respecto al desarrollo del complejo de Edipo en la niña, sostiene que la fase en la cual según las teorizaciones freudianas está unida exclusivamente a su madre, incluye desde su punto de vista también los deseos hacia el padre, así como los estadios tempranos del complejo de Edipo invertido y positivo.

En este sentido, podría pensarse que la ligazón de la niña con su madre no es exclusiva por un largo período, sino que de forma temprana el padre se convierte en un objeto importante. A partir de todo ello, cabe preguntarse si este primer vínculo posee la intensa ambivalencia con la que siempre se lo ha caracterizado.

Chodorow (1984) por su parte plantea que, si bien el padre juega un papel en el desarrollo de sus hijos, nunca ocupa el papel central como lo hace la madre, porque no se ocupa en lo cotidiano de los cuidados de éstos.

Benjamin (1996) postula que la posibilidad de compartir entre ambos padres los cuidados primarios del bebé, permitirán que la relación con la madre tenga diferentes características y contribuirá a un mejor desarrollo de los niños.

A pesar de realizar estas consideraciones ninguna de las autoras mencionadas retoma las conjeturas kleinianas sobre un complejo de Edipo temprano.

Klein considera que si bien la niña, en uno de sus estadios, supone que su madre posee un pene, como un atributo masculino, este concepto no desempeña en su desarrollo un papel importante como sugiere Freud. Enuncia: “El deseo femenino de internalizar el pene y de recibir un niño de su padre precede invariablemente al deseo de poseer un pene propio” (Klein, 1945, p. 421).

Las razones por las que los niños y niñas renuncian a sus deseos edípicos son las mismas. En este sentido pierde fuerza la conjetura que el superyó masculino es más severo que el femenino.

En “Sobre la identificación” (1955) Klein señala que a partir de lo postulado por Freud (1917) respecto a ésta como resultado de la introyección, se considera que este mecanismo constituye una parte normal del desarrollo.

En relación con su aporte original, la autora recuerda que la identificación proyectiva implica una combinación de la disociación de partes del yo y la proyección de éstas en otra persona. Enfatiza que no sólo son depositados en otros los aspectos sentidos como malos y destructivos sino también aquellos considerados buenos y valiosos. Postula que este mecanismo influye en las relaciones objetales ya que este proceso subyace al sentimiento de identificación con otras personas, a raíz que se les atribuye cualidades o actitudes propias. Es pertinente mencionar que la autora considera que este mecanismo es utilizado por el niño, y que el objeto que recibe sus proyecciones es por excelencia el pecho materno. En sus conceptualizaciones no describe el uso de esta defensa por parte del adulto siendo el niño el destinatario de las proyecciones.

Dio Bleichmar (1997) sostiene que desde el origen del ser humano existe un proceso de atribución de género a través de los fantasmas y expectativas de femineidad/masculinidad que poseen los padres. De esta manera el género es implantado por el adulto. Después de la mirada conformadora de éstos se le suma el deseo identificador del propio yo del niño/a, al doble igual del género, así como la diferenciación y la complementación con el/la del otro. La identificación proyectiva propuesta por Klein (1946) es el concepto psicoanalítico que permitiría comprender el proceso de implantación de contenidos mentales de los adultos en la constitución de la subjetividad del niño/a. Este mecanismo no es utilizado por el adulto con la motivación que Klein le adjudicó, es decir para dañar, controlar o poseer al otro, sino para conformar a imagen y semejanza, a su complementario o a su contrario.

Puntualiza que la importancia de la identificación que hacen los padres no ha sido suficientemente valorada en relación con la constitución de la feminidad/masculinidad. En la estructura asimétrica de la relación adulto-niño la pareja de padres permanentemente pone en actos sus fantasmas de género, precipitados de lo histórico-vivencial de cada uno de ellos, que funcionará como el troquelado en que el niño/a estructurará sus identificaciones y complementaciones de género.

Es significativo que si bien Dio Bleichmar (1997) valora el aporte de Klein en relación con la identificación proyectiva, cuando hace hincapié en los/as autores/as psicoanalíticos/as que fueron reforzando y acentuando el papel de las relaciones de objetos en la constitución y estructuración de la subjetividad, no hace mención a los postulados kleinianos.

Klein (1955) enfatiza que la internalización del pecho bueno es de gran importancia para los procesos proyectivos, es a partir del cual pueden proyectarse sentimientos buenos en los objetos exteriores. En este sentido acentúa la importancia de este primer objeto que según sus consideraciones es la madre.

En “Envidia y gratitud” (1957) postula que la envidia es una expresión oral y anal sádica de los impulsos destructivos, que opera desde el comienzo de la vida y tiene base

constitucional. Sostiene que ésta ataca la relación temprana que se tiene con la madre, perjudicando el surgimiento de los sentimientos de amor y gratitud.

A diferencia de lo propuesto por Freud, la autora considera que este sentimiento está presente en ambos géneros y que no posee más intensidad en uno que otro. Puede perjudicar por igual, el desarrollo de hombres y mujeres, teniendo para ambos graves consecuencias. Cabe recordar que en la teoría freudiana la envidia fálica es considerada un organizador psíquico de la femineidad, pero no un elemento significativo para la construcción de la masculinidad.

Klein enfatiza la importancia de la primera relación del niño con el pecho y la madre. Manifiesta que si este objeto primario es introyectado y se arraiga en el yo, se sientan las bases para un desarrollo satisfactorio. Señala que el estado prenatal implica un sentimiento de unidad y seguridad. Desde su punto de vista, que éste no sea perturbado depende en gran medida de la condición psicológica y física de la madre. El hecho que el niño goce de la alimentación adecuada y los cuidados maternos y que la madre disfrute de cuidarlo o sienta ansiedad, incide en la capacidad del niño para aceptar la leche con placer e internalizar el pecho bueno. Este es el prototipo de la bondad, la paciencia y la generosidad materna que es inagotable. Este objeto primario permanece como fundamento de la esperanza, la confianza y la creencia en la bondad. Este vínculo temprano sería la base para todas las relaciones posteriores con una persona amada y en él se encuentran las raíces de la gratitud.

Se advierte a partir de la descripción que la autora realiza, que la madre posee según sus conjeturas, un lugar central en el desarrollo de sus hijos e hijas, siendo ésta la garante de su salud mental.

Las cualidades que le atribuye al pecho coinciden con las capacidades que desde el rol tradicional de la mujer se han vinculado directamente con ser madre. Las características que se espera que el género femenino posea, mostraría la influencia de la cultura patriarcal en los escritos de la autora. Estas capacidades enumeradas corresponden a la concepción según la cual la mujer siempre debe estar pendiente de los deseos y necesidades de sus hijos y también de las parejas. En este sentido, como señala Lagarde (2011) las mujeres han sido tradicionalmente para otros, destinando al cuidado y la satisfacción de los demás sus propias energías y tiempo.

Martínez (1992) sostiene que las teorías psicoanalíticas han formado parte de las estrategias simbólicas que intentan imponer una visión de las divisiones del mundo social entre los géneros, naturalizando la dedicación de la mujer a sus hijos. Estos postulados han contribuido a la entronización de la figura de la madre. La exclusividad en los cuidados del niño por parte de la madre, función que ha sido asignada a las mujeres, contribuye a la idea de que éstas han nacido para ser madres. Este destino concuerda con sus propios intereses porque forma parte de la constitución de su subjetividad.

Chodorow (1984) destaca que los analistas no consideran que la mayoría de las madres normales tienen dificultades para cumplir con lo prescripto.

Klein considera necesario establecer una diferencia entre la envidia primaria dirigida al pecho y sus expresiones posteriores, como la que siente la niña cuando desea tomar el lugar de su madre, al igual que el varón en su posición femenina. En estos casos la envidia ya no se centra en el pecho sino en la madre recibiendo el pene del padre. De acuerdo con sus teorizaciones, la envidia que la niña siente no es exclusivamente por el pene. El primer objeto envidiado por ambos niños es el pecho. En un momento posterior, tanto la nena como el varón envidian a su madre porque recibe el pene paterno, objeto deseado por ellos. Esta es una diferencia relevante con lo que Freud sostuvo, ya que según su punto de vista, el varón no sentía envidia por el género femenino y la niña envidiaba al varón por poseer el pene como atributo.

La autora considera que existe una vinculación directa entre la envidia experimentada hacia el pecho de la madre y el desarrollo de los celos. Estos están basados en la sospecha y la rivalidad con el padre, que es acusado de haberle quitado a la madre y a su pecho. Esta rivalidad caracteriza los primeros estadios del complejo de Edipo directo e invertido. Los celos son inherentes a la situación edípica y están acompañados por el odio y los deseos de muerte.

Klein comparte con Freud la conjetura que los celos se ven reforzados por la envidia, pero postula que es así para ambos géneros. Cabe destacar que no hace alusión a las diferencias entre ella y el padre del psicoanálisis respecto a los celos y la envidia así como al rol central que éste le adjudicó exclusivamente en las mujeres. Resulta significativo que autoras críticas de las conceptualizaciones freudianas sobre la envidia del pene como organizador psíquico de la subjetividad femenina, no hagan alusión a las modificaciones introducidas por Klein al respecto. Según las conjeturas kleinianas ambos géneros pueden experimentar celos y su intensidad depende de la envidia, pero ésta no es diferente según el género.

Si la envidia no es excesiva, los celos en la situación edípica se convierten en un medio para elaborarla.

Klein manifiesta que Freud al poner en evidencia la envidia del pene en las mujeres y su relación con los impulsos agresivos, realizó una gran contribución para la comprensión de la envidia. Señala que cuando la envidia fálica y los deseos de castración son fuertes, el objeto envidiado es decir el pene, debe ser destruido privando de él al hombre que lo posee. La autora toma los aportes freudianos al respecto, pero le otorga otro significado. En coherencia con sus propias teorizaciones respecto a la envidia como un sentimiento que busca destruir aquello que no se posee, considera que la niña desea que el varón no tenga este objeto deseado, pero no pone el acento en que la nena quiera tenerlo como órgano propio.

Freud en “Análisis terminable e interminable” (1937) enfatiza la dificultad que surge en el análisis de mujeres por el hecho que nunca pueden adquirir el pene que desean. Klein coincide con él, al considerar que el sentimiento envidioso es el obstáculo más difícil que debe sortearse en un tratamiento. Sin embargo, no hace mención a que Freud

lo propone como una dificultad exclusivamente femenina, mientras ella sostiene que es una problemática que afecta a ambos géneros.

Klein postula que la envidia del pene en la mujer tiene un origen oral. Bajo el dominio de estos deseos el pene es equiparado al pecho, es decir la envidia del pene se origina en la envidia al pecho materno. Manifiesta que cuando la envidia al pecho materno ha sido intensa y es transferida al pene paterno, el resultado puede ser un reforzamiento de la actitud homosexual por parte de la niña. Otro resultado es el abandono repentino del pecho, debido a las excesivas ansiedades y conflictos despertados por la relación oral, por lo que tempranamente se dirige al pene. Esto no conduce a la formación de relaciones estables con el segundo objeto. Asimismo, la relación envidiosa con la madre se expresa en una excesiva rivalidad edípica. El padre y su pene son una pertenencia de la madre y la niña quiere robárselos. Por eso, en la vida ulterior todo éxito en la relación con un hombre se convierte en una victoria sobre otra mujer. La frigidez en varios casos es el resultado de estas actitudes inestables hacia el pene.

La autora no desconoce que la envidia que la niña puede sentir por el pene conlleva consecuencias, pero según sus conjeturas esta es una expresión más de los sentimientos envidiosos, que depende de la intensidad de la envidia que ha experimentado por el objeto primario. Cabe señalar que, desde su perspectiva, la niña puede experimentar o no este tipo de envidia, es decir no ocupa un rol fundamental en el desarrollo de su femineidad.

Klein expresa: “La envidia del pecho materno es también un factor muy importante en los hombres” (1957, p. 206). Enuncia que si ésta es intensa e interfiere con la gratificación oral, el odio y las ansiedades son transferidas a la vagina. Las consecuencias de una relación perturbada primero con el pecho y luego con la vagina son múltiples, tales como el deterioro de la potencia genital, la necesidad compulsiva de gratificación genital, la promiscuidad y la homosexualidad.

Sostiene que la envidia excesiva del pecho se extiende a todos los atributos femeninos, en particular a la capacidad de tener hijos.

De acuerdo a los postulados kleinianos tanto en el hombre como en la mujer, la envidia implica el deseo de quitarle los atributos al sexo opuesto y poseer o arruinar los del padre del mismo sexo. Por ello, en ambos géneros, a pesar de que su desarrollo sea diferente, los celos y la rivalidad paranoides en la situación edípica positiva y negativa están basados en la envidia excesiva hacia el objeto primario, el pecho.

Irigaray (1974) critica el concepto de envidia del pene freudiano y señala que también deberíamos hablar de envidia a la vagina o a la matriz. La envidia experimentada por cada uno de los polos de la diferencia sexual. Este sentimiento descrito por Irigaray (1974) no es privativo de lo femenino como propuso Freud, porque el pene no es el único atributo que se puede envidiar. La autora coincide con lo propuesto por Klein a pesar que no haga mención explícita de su obra.

Para Klein la capacidad de dar y preservar la vida es percibida como la mayor dote, por eso la facultad creadora se convierte en la causa más profunda de envidia. Desde

este punto de vista, es una capacidad femenina la que se envidia en mayor grado. Considera que tanto el hombre como la mujer puede envidiar esta capacidad de su madre.

La envidia de la facultad creadora es un elemento fundamental en la perturbación del proceso de creación.

En el artículo “Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia” de 1959, Klein retoma conceptos centrales de su obra. Reitera que la relación del bebé con el pecho materno es fundante del psiquismo y que desde su perspectiva, el bebé posee una percepción inconsciente, innata de la existencia de la madre. Manifiesta que el animal humano no es distinto del resto y también posee un conocimiento instintivo de la madre que es la base para la relación primitiva con ella. En este sentido, naturaliza este primer vínculo, contribuyendo a afianzar y sostener el mito mujer igual a madre. Chodorow (1984) considera que la capacidad biológica de la mujer para gestar ha sido utilizada para fundamentar el que sea ella quien se ocupe exclusivamente de la crianza y cuidado de los niños, en especial de los pequeños. Esta autora afirma que el hecho que la madre ejerza este rol ha garantizado que las hijas mujeres lo aprendan como inherente a su género. En ellas se fomenta el desarrollo de las cualidades consideradas requisitos para maternar, mientras que en los varones éstas son inhibidas.

Klein afirma que las relaciones de objeto comienzan casi desde el nacimiento. Enfatiza que la madre que ama, ayuda y alimenta al niño es el primer objeto bueno que éste introyecta y se constituye en parte de su mundo interno.

Expresa: “Me atrevería a sugerir que su capacidad para hacerlo es, hasta cierto punto innata” (Klein, 1959, p. 252). De esta forma acentúa, aún más, su concepción de la relación madre e hijo como parte de la naturaleza humana, la cual es según su perspectiva la base de la salud mental.

Manifiesta que el complejo edípico que puede observarse en los niños entre los tres y cinco años existe desde mucho antes y tiene su origen en las primeras sospechas del bebé de que su padre lo priva del amor y de la atención de su madre. Esta afirmación responde a su hipótesis de un complejo de Edipo temprano, teñido por la ansiedad y las emociones propias de las posiciones que atraviesa el niño durante el primer año de vida. Señala que existen grandes diferencias entre el complejo edípico en el varón y en la niña. El varón en su desarrollo genital retorna a su objeto primitivo, la madre, y por lo tanto busca objetos femeninos con los consiguientes celos hacia el padre y los hombres en general. La niña debe apartarse de la madre y tomar como objeto de sus deseos al padre y luego a otros hombres. Sin embargo, plantea que también el niño se siente atraído por su padre y se identifica con él, por lo tanto, en su desarrollo normal interviene un elemento de homosexualidad. Esto mismo es válido para la niña, en quien la relación con la madre, y con las mujeres en general, nunca pierde su importancia. La autora le otorga una gran relevancia a la modalidad con que cada uno de los géneros transita el complejo de Edipo invertido, el cual fue descrito por Freud. Cabe destacar que si bien Klein considera importante cómo la niña y el niño atraviesan el complejo Edipo negativo, sostiene que el desenlace normal es una elección heterosexual por parte de cada uno de los sexos. En este

sentido, al igual que Freud, contribuyó a establecer la heterosexualidad como lo normal y saludable, adhiriendo a la heteronormatividad patriarcal.

En relación al superyó, postula que actúa desde el quinto o sexto mes después del nacimiento. El bebé comienza a temer el daño que sus impulsos destructivos y su avidez podrían causarles a sus objetos amados. A raíz de ello experimenta sentimientos de culpa y siente el anhelo de proteger a estos objetos y repararlos. Afirma que los sentimientos de culpa que los adultos sienten, tienen su raíz en la infancia. Vincula estas emociones a la tendencia a reparar, que desempeña un papel importante en las sublimaciones y en las relaciones de objeto. Si bien la autora no lo enuncia en este texto, en sus teorizaciones previas acentuó que la conformación del superyó no es diferente en niñas y niños. Esto permite inferir que ambos tendrían las mismas tendencias reparatorias y posibilidades de sublimar, lo cual difiere de lo postulado por Freud.

**Capítulo 7. ANALISIS COMPARATIVO DE LAS TESIS
FREUDIANAS Y KLEINIANAS SOBRE LA SUBJETIVIDAD
FEMENINA DESDE LA PERSPECTIVA DE GENERO**

Freud en distintos artículos de su producción teórica se ocupó de la sexualidad y la importancia de ésta en la vida y en la constitución del psiquismo de hombres y mujeres. Es de destacar que fue capaz de elaborar teorías que permitieron diferenciar la sexualidad humana del instinto, postulando que la masculinidad y la femineidad no son innatas, sino que se desarrollan como producto de múltiples vicisitudes. Esta gran contribución abrió un campo de estudio fructífero respecto al desarrollo y a las particularidades que cada persona recorre para subjetivarse como mujer u hombre, más allá del sexo biológico con el que nació.

Numerosos/as autores/as psicoanalíticos/as posteriores realizaron diferentes aportes a las conjeturas propuestas por Freud, en algunos casos continuando en la misma línea y en otros, imprimiendo modificaciones a estas primeras teorías. Entre estos/as últimos/as se encuentra Klein, quien a partir de los conceptos fundamentales de la disciplina realizó sus propias formulaciones. Esta autora postuló un desarrollo del psiquismo y de la sexualidad con significativas diferencias respecto a lo conceptualizado por el padre del psicoanálisis.

Resulta pertinente mencionar que las teorías de Freud y de Klein se encuentran revisadas desde diversos enfoques. Esta investigación analiza los conceptos psicoanalíticos teniendo en cuenta la perspectiva de género. Cabe señalar que la mayoría de los/as autores/as que trabajan desde este punto de vista realizan un análisis minucioso de los textos freudianos y sólo hacen breves menciones a los escritos kleinianos. Utilizan el término psicoanálisis para hacer referencia a las conjeturas freudianas, sin realizar la correspondiente distinción entre sus conceptos y los postulados por otros/as autores/as que difieren de los primeros.

En este sentido, una comparación entre los conceptos centrales de Freud y Klein referidos a la sexualidad, en especial la femenina, que incluya la perspectiva de género, pone en evidencia diferencias significativas entre ambos.

Un concepto central en la teoría psicoanalítica es el complejo de Edipo. Considerado el shibbollet de la teoría freudiana, éste desempeña desde la mirada del autor, un papel fundamental en la estructuración del psiquismo. El desarrollo y la resolución de este complejo está relacionado de manera directa con la patología y la salud mental. Freud conjetura que es a partir del complejo de Edipo que los niños conocen la diferencia de los sexos, construyen su identidad sexual y definen la orientación de su deseo. Es decir, ocupa un lugar fundamental y es con y desde él que pueden articularse las distintas hipótesis propuestas por Freud.

Vinculados a este concepto central se encuentran otros constructos teóricos relevantes para comprender el desarrollo de la femineidad. La etapa preedípica, la organización genital infantil, la teoría fálica, la teoría de la castración, la envidia del pene, el complejo de masculinidad, la identificación con el objeto materno y el deseo de un hijo, son algunos de los conceptos nodales que adquieren significación en relación al complejo de Edipo.

En este sentido, las modificaciones teóricas respecto a la modalidad en que se conceptualizan éstos, implican indefectiblemente cambios en la comprensión del desarrollo del complejo de Edipo.

Klein no cuestiona en su obra el papel central otorgado por Freud al complejo de Edipo. Si bien en escasas ocasiones señala las diferencias que sus conjeturas tienen con las freudianas, las modificaciones que postula sobre el inicio de éste, su desarrollo y su resolución, ponen en evidencia significativas divergencias. Ello tiene por consecuencia que el desarrollo del psiquismo femenino y las características atribuidas a éste en la teoría kleiniana sean distintas.

La comparación entre los postulados de Freud y Klein respecto al complejo de Edipo, así como de los conceptos intrínsecamente relacionados con éste, permite conjeturar que las diferencias existentes implican de forma explícita e implícita que se piense a la mujer desde otro lugar. Sin embargo, esta lectura también revela que ambas teorías naturalizaron el lugar que ocupaba la mujer en la sociedad, el rol que le era asignado y el mito mujer=madre, entre otras caracterizaciones de lo femenino propias de la época.

Para analizar las tesis freudianas relacionadas con la subjetivación femenina se toman principalmente los artículos publicados desde 1923 hasta el final de la obra. En éstos el autor se ocupó del desarrollo de la sexualidad desde la infancia hasta la madurez y elaboró sus últimas conceptualizaciones sobre el tema. Cabe señalar que fue a partir de 1924 en “El sepultamiento del complejo de Edipo” que postuló que la niña recorría un camino diferente al del varón en la construcción de su femineidad, ya que hasta entonces había sostenido que era similar en ambos.

Es importante destacar que en las teorizaciones freudianas lo femenino es descrito por oposición a lo masculino. Es decir, el desarrollo de la niña hasta convertirse en mujer fue conceptualizado por el autor a partir del varón como modelo, por lo que para hablar de femineidad es necesario remitir a la masculinidad. Este es un sesgo en las teorizaciones de Freud, ya que lo llevó a concebir a la mujer como un otro carente, signado por una falta y ubicada en lugar de objeto.

En relación con los textos kleinianos, la relectura que se realiza en esta investigación se centra en los artículos en que específicamente postuló sus hipótesis sobre el complejo de Edipo y en el que se abocó puntualmente a la ansiedad experimentada por la niña.

Klein realizó aportes respecto al desarrollo de la niña, específicamente haciendo hincapié en situaciones propias de su desarrollo, aunque éstos no tengan un paralelo con el varón. Son considerados valiosos porque permiten pensar la femineidad como diferente, sin concebirla como una masculinidad menoscabada. Como resultado de ello, es poco frecuente que en los artículos en que aborda el desarrollo de la sexualidad se refiera a ambos, utilizando al varón como referencia. La alusión a los dos géneros representados por el término hombre, sí aparece en artículos en los que se ocupa de otras

temáticas, lo que pone en evidencia que tampoco escapó a las prescripciones de la época que se manifestaban en el lenguaje.

Cabe destacar que Freud y Klein no hicieron referencia en sus teorizaciones al concepto de género, así como tampoco plantearon el desarrollo del psiquismo y de la personalidad en términos de subjetivación.

El modelo propuesto por Freud es considerado endogenista, ya que hace hincapié en lo que sucede intrapsíquicamente.

Klein es quien inaugura las teorías de las relaciones objetales, en las cuales el objeto cumple un rol central en la estructuración del psiquismo.

Sin embargo, ninguno de los dos autores incluye en sus postulados el peso y la determinación que tiene el medio externo en el que el sujeto se encuentra inmerso, representado por la cultura, las costumbres así como aquello prescripto y proscripto para hombres y mujeres. Es decir, en los modelos identificatorios propuestos por la sociedad en cada momento histórico, a partir del cual el sujeto se construye como tal (Tajer, 2009).

Freud y Klein postulan que los mecanismos mediante los cuales se desarrolla el psiquismo son idénticos en varones y mujeres. Esta conjetura es criticada desde la perspectiva de género. Desde este punto de vista, se plantea que la estructuración de la mente está influenciada desde un comienzo por el género atribuido por los adultos al recién nacida/o. Las fantasías, los deseos y los proyectos imaginados por los adultos son diferentes según se piensen en torno a una niña o un niño. Estos preexisten al recién nacido/a e imprimen en su psiquismo marcas, que se evidencian en la diferente estructuración de su yo e ideal del yo, así como del superyó. Las expectativas y las fantasías inconcientes de quienes esperan y acogen al bebé conforman un troquelado a partir del cual el pequeño/a conformará su identidad de género, en un complejo interjuego de identificaciones (Dio Bleichmar, 1997).

En relación al complejo de Edipo y a la estructuración del aparato psíquico, Freud afirma en “El yo y el ello” (1923) que el mecanismo de la identificación ocupa un papel central en la conformación del yo y del superyó. Este último es el resultado de las identificaciones con el padre y la madre que se concretan con el sepultamiento del complejo de Edipo. Es importante destacar que en este artículo Freud sostiene que el complejo de Edipo es completo, haciendo referencia a que niñas y niños transitan un complejo positivo e invertido, en su desarrollo normal. La conjetura de un complejo de Edipo negativo ya había sido planteada por el autor en otros textos, pero lo vinculaba a situaciones en las que por ciertas dificultades no podía desarrollarse el positivo, lo que derivaba en alguna patología.

Es pertinente señalar que la denominación de positivo e invertido alude a que en uno de ellos la niña toma como objeto al padre, elección esperada y considerada adecuada en función de la heterosexualidad erigida como normativa. Por el contrario, durante el negativo la niña rivaliza con el padre por el amor de la madre.

Klein acuerda con Freud en que el complejo de Edipo es completo y describe de una manera más exhaustiva, cómo fluctúan las posiciones femeninas y masculinas en la niña y en el varón.

Es significativo que Freud a pesar de partir del hombre como modelo y medida no haya descrito de manera más minuciosa su desarrollo. El camino recorrido por el niño hasta convertirse en un varón adulto fue considerado más sencillo y sin escollos que el de la mujer. Se podría pensar que debido a esta idealización de lo masculino quedaron ocultas las dificultades que el niño enfrenta en su desarrollo, las cuales son diferentes a las de la niña, pero implican para éste distintos niveles de padecimiento.

En relación a la temática de la identificación, Freud sostiene que en un momento previo al desarrollo del complejo de Edipo, el niño realiza una identificación tierna con su padre y toma como objeto de deseo a su madre. En el capítulo VII de “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) señala explícitamente que el niño toma a su papá como ideal del yo, es decir éste representa aquello que él aspira ser. En 1923, postula que a raíz de la existencia de esta primera identificación como resultado de la disolución del complejo de Edipo, la masculinidad es reforzada.

A diferencia de lo que plantea para el niño, enuncia que en la niña luego de la resolución de este complejo, se establecería la identificación con el objeto materno. Esta conjetura es coherente con su hipótesis de que la niña atraviesa por una fase masculina en el desarrollo de su sexualidad. Esta teoría había sido expuesta en distintos artículos previos al trabajo citado.

Resulta significativo que al referirse a las identificaciones primarias que el niño realiza, advierta en un pie de página que debería referirse a ambos progenitores y no sólo al padre, ya que antes de conocer la diferencia de los sexos, éstos no son reconocidos como distintos. Es decir, que la niña y el niño se identificarían con su padre y su madre de manera indiscriminada y tomarían aspectos de su madre sólo porque ésta aún no ha resultado desvalorizada, a raíz que en su fantasía posee un pene.

A pesar de estas formulaciones cuestionables, el acento por parte de quienes analizan la teoría freudiana se ha centrado en la descripción que realiza Freud de esta primera identificación con el padre, de manera previa a que sea objeto de deseo en el complejo de Edipo invertido. Se considera que esta hipótesis es fecunda para pensar que el yo se identifica con uno de sus padres y construye su identidad de género de manera temprana e independiente del complejo de Edipo. En este sentido, ser mujer o varón no remitiría exclusivamente a ser castrada o no.

Es significativo que los/as autores/as con perspectiva de género valoren este aporte. Sin embargo, no hacen alusión a las tesis propuestas por Klein, respecto a la estructuración del aparato psíquico, en la cual las identificaciones tempranas son fundamentales. La autora sostiene que rápidamente hay una identificación con el pecho materno y el pene paterno, y que ambas forman el núcleo del yo. Es decir, estos objetos son diferenciados entre sí y ambos desempeñan un rol significativo en la conformación de esta estructura. Estas hipótesis aportarían aún mayores elementos para sostener que las

identificaciones que construyen un yo genérico tienen lugar en épocas tempranas del desarrollo (Dio Bleichmar, 2010).

Cabe destacar que para Klein, el niño y la niña conocen de manera inconciente la existencia de la vagina y el pene, a raíz de las sensaciones que de ellos emanarían. La vinculación de este conocimiento a las sensaciones físicas ha sido fuertemente criticada por las autoras que trabajan desde la perspectiva de género. Esta podría ser una de las razones por las que ciertas tesis propuestas por Klein que podrían contribuir a pensar la subjetivación femenina desde otro vértice, parecerían no haber sido rescatadas.

El aporte kleiniano en relación a las identificaciones que es reconocido como significativo es el de la identificación proyectiva. Este mecanismo de defensa temprano es descrito por la autora como propio de la posición y clima esquizo-paranoide. Se caracteriza por ser violento e intrusivo y es conceptualizado como un mecanismo mediante el cual el/la niño/a deposita en los objetos, aspectos propios y se identifica con ellos.

Desde la perspectiva de género, se considera que este mecanismo es utilizado no sólo por el/la niño/a sino también y principalmente por los adultos, siendo la niña y el niño depositarios de estas identificaciones. De esta manera, queda de manifiesto que son el padre, la madre y otros/as adultos/as significativos/as quienes identifican a la niña y el niño como tales y les transmiten de manera conciente, pero sobre todo de forma inconciente, qué significa ser mujer u hombre en las distintas épocas y culturas. Se hace énfasis en el peso determinante de ser “identificado por” más que en identificarse con, en la construcción de la identidad de género. El proceso de las tempranas identificaciones es complejo y bidireccional (Laplanche, 2007).

La manera en que Freud y Klein conjeturan que se producen estas primeras identificaciones da cuenta de cómo cada autor hipotetiza la estructuración del psiquismo y las etapas previas al desarrollo del complejo de Edipo, así como los elementos con los que cada uno caracteriza este proceso.

Freud denomina prehistoria a la etapa del desarrollo anterior a este complejo y señala significativas diferencias respecto a la duración e importancia de ésta, para la niña y el niño. Conjetura que el complejo de Edipo se desarrollaba entre los tres y cinco años. En un primer momento, propuso que tanto la nena como el varón transitan en esta edad por dicho complejo. Luego a raíz de las diferencias anatómicas entre un sexo y otro, así como por las consecuencias que éstas tendrían en la estructuración del psiquismo de cada uno de los géneros, sostuvo que este período de tiempo era válido para el niño, pero no sucedía así en la niña.

El desarrollo análogo entre ambos géneros es sostenido hasta 1923 en “La organización genital infantil”, cuando postula que tanto la niña como el niño atraviesan la fase genital infantil o fálica. Lo que caracteriza esta etapa es que para ambos niños existe un solo genital, el masculino. Cabe destacar que a pie de página, Freud señala que la atención se centra en el pene y no incluye los testículos. Afirma que basado en la teoría fálica, el niño presupone que todos los objetos animados e inanimados poseen un órgano

igual que él. Postula que también la niña cree que es así, considera su clítoris un pene y desconoce la existencia de su vagina. Esta hipótesis ya la había expresado en “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908) junto con la teoría de la castración y la de la cloaca, como tres presupuestos que ambos comparten y mediante los que elaboran respuestas a los interrogantes sexuales. A partir de esta conjetura, sostiene que la niña atraviesa una primera etapa de su desarrollo sexual que es masculina, en la que producto del desconocimiento de la diferencia de los sexos, ella se cree y se comporta como un varón.

Cabe señalar que Freud formula estas teorías sexuales a partir de su trabajo con adultos y de lo que el padre de Juanito le reveló acerca de su hijo. Se considera que sus tesis, desde una perspectiva epistemológica tienen el sesgo de tomar al hombre como modelo y buscar continuamente un paralelismo con la niña, construyendo una asimetría ilusoria (Irigaray, 1974). A su vez, la validez de estas teorías sexuales para ambos géneros se encuentra en revisión, ya que fueron propuestas desde una mirada adulta y falocéntrica.

La teoría de la castración es aquella mediante la cual la niña y el niño se dan respuesta sobre la diferencia de los sexos. El niño asume que quien no posee un pene es porque lo ha perdido a causa de un castigo, lo cual despierta en él mismo el temor a perderlo, generando la angustia de castración. La niña se asume castrada y por lo tanto no experimenta esta angustia, sino que sobreviene en ella una intensa envidia del pene. A partir de este conocimiento, el desarrollo de cada uno recorre caminos diversos.

Desde el punto de vista del autor, la teoría de la cloaca según la cual el bebé vive en el intestino y nace por el ano, perdura más allá de la fase fálica, por lo que los niños creen que tanto el hombre como la mujer pueden parir. Es significativo que no le haya otorgado ninguna relevancia a la fantasía del varón de que él también podía tener niños. Esta suposición evidenciaría que el niño anhela y envidia esta capacidad exclusivamente femenina.

Resulta pertinente mencionar que Klein a diferencia del Freud, trabaja con niños y niñas pequeñas, en función de quienes realiza sus inferencias sobre el desarrollo sexual temprano. A partir de sus experiencias clínicas postula que las niñas revelan en sus fantasías que conocen que poseen una vagina y los niños un órgano masculino diferente. Si bien Klein no señala expresamente que no considera válidas las tres teorías sexuales propuestas por Freud, en sus formulaciones, éstas no tendrían cabida. Si ambos niños conocen desde un principio la existencia de los sexos, no tendría lugar un período regido por un sólo genital, y tampoco deberían responder a la diferencia sexual recurriendo a la teoría de la castración. El conocimiento de los órganos sexuales propios de la mujer dejaría sin efecto la teoría de la cloaca, porque de manera muy precoz ambos niños saben que es la mujer quien puede parir un hijo/a, capacidad que es valorada y envidiada por el hombre. Estos cambios teóricos implican grandes diferencias respecto a cómo Klein concibe el desarrollo femenino y a cómo la mujer se construye como tal.

En relación al camino diferente que la niña y el niño realizan durante su maduración sexual, Freud explicita en “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924) que el paralelismo entre el varón y la niña no era posible. Señala que ambos transitan por

una fase fálica, un complejo de castración y el complejo de Edipo. Sin embargo, a raíz de la diferencia anatómica, éstos se suceden en el tiempo de una manera diversa para las futuras mujeres y hombres. En el niño la conflictiva edípica surge durante la organización genital infantil y se sepulta a raíz del complejo de castración. En la niña, esta fase y el complejo de castración anteceden y preparan el camino para el desarrollo del complejo de Edipo. Es decir, éste se inicia más tarde, su duración es mayor y su finalización nunca es tan tajante como en el varón, porque no existe en ella la angustia de castración. Resulta significativo recordar que el autor en este mismo artículo enuncia que de la posibilidad de lograr sepultar el complejo de Edipo dependía la salud mental de cada individuo. En este sentido, las niñas a raíz de transitar de una forma diferente su desarrollo psicosexual serían más propensas a padecer enfermedades psíquicas.

Es pertinente mencionar que en artículos previos el autor ya había expresado su conjetura de que la niña atraviesa una fase masculina, en la que se comporta como varón y que siente por el pene de éste una gran envidia. Ello permitiría pensar que desde un comienzo presupuso que el desarrollo era distinto entre un género y otro, siempre conceptualizando la diferencia como desfavorable para la mujer.

En “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924), Freud parafraseando a Napoleón, expresa “la anatomía es el destino” (p. 185). Afirma que los pedidos de igualdad de las feministas son en vano ya que la diferencia morfológica se traduce en desigualdades en la estructuración del psiquismo. Cabe destacar que la divergencia física determinante es la posesión del pene, no se incluye para el análisis del desarrollo femenino, el rol de los órganos reproductivos propios de las mujeres. Se advierte que a partir de tomar el hombre como modelo, se pone el acento en lo que éste posee y la mujer no, desatendiendo la importancia de su propia anatomía para la construcción de su psiquismo.

En contrapunto con esta postura freudiana, Klein describe una ansiedad específicamente femenina, cuyo origen es la preocupación por el estado de sus órganos reproductores. La autora considera que este temor posee un papel relevante en el desarrollo de la niña, restándole significación a la envidia del pene, que ésta podría sentir.

Es pertinente señalar que estudiosos/as de la obra de Freud, sostienen que utilizó el término falo y no pene, para hacer referencia a la importancia simbólica del órgano masculino, vinculado al poder. Sin embargo, el autor en la mayoría de sus artículos habla de pene y parece emplear el vocablo falo como sinónimo de éste.

La relación directa que el padre del psicoanálisis estableció entre ser fálico o castrado con ciertas características del psiquismo y cualidades de la personalidad es objeto de numerosas críticas. Estos postulados biologicistas ponen en evidencia que tomó como natural la sobrestimación de lo masculino en desmedro de lo femenino, propio de la cultura patriarcal en la que se encontraba inmerso. El autor construyó supuestos teóricos a partir de la apreciación de los padecimientos reales de las mujeres, pero los vinculó casi con exclusividad a las diferencias de sus órganos genitales con los del varón. No incluyó en su perspectiva, el conjunto de normas y costumbres sociales que le

asignaban al género femenino un lugar determinado en la sociedad ni el modo en que éstas influían en su desarrollo personal. Las tesis propuestas por el autor sobre la femineidad contribuyeron a la normativización de esta situación.

Los postulados freudianos sobre las mujeres fueron criticados ya en el momento en que los enunció por algunas de sus discípulas, además del movimiento feminista. El autor sostuvo sus conjeturas y tranquilizó a sus colegas apelando al concepto de bisexualidad, por la cual también ellas poseían características masculinas, justamente las que le permitían ser sus alumnas.

Freud considera que la diferencia anatómica entre varones y mujeres es determinante y que la etapa previa al desarrollo del complejo de Edipo está signada por estas divergencias. Desde su punto de vista, la prehistoria de la niña se caracteriza por un apego intenso y prolongado hacia su madre, es más extensa que la del varón, y es la fase masculina de su sexualidad. Estas características y los cambios que la nena debe realizar para ingresar a la conflictiva edípica, lo llevan a sostener que ésta última es secundaria en la niña. Estas particularidades complejizarían el desarrollo femenino y aumentarían las probabilidades que las mujeres padezcan alguna patología. El autor afirma que es durante esta etapa del desarrollo de la niña en la que pueden tener lugar las fijaciones que darían lugar a las distintas neurosis y también a la psicosis. Es tal la importancia que le adjudica a esta primera etapa en el desarrollo femenino, que vacila y expresa que podría tratarse del Edipo negativo de la niña.

A partir de estas conjeturas queda, en las teorizaciones freudianas, directamente relacionado el vínculo con la madre a la patología, en especial en el caso de la niña. Es significativo que no haga mención a la modalidad en que esta primera relación con el objeto materno influye en el desarrollo del varón. Para el autor, el niño la elige como objeto de amor desde un comienzo y al ingresar a la conflictiva edípica, ésta continúa siendo el objeto de sus deseos.

En el caso particular de la niña, ésta debe renunciar a su madre como objeto de amor para poder ingresar al complejo de Edipo.

La ausencia de referencia a la significación de este primer vínculo con la madre para el varón, encubriría el problema que se le planteó a Freud para teorizar sobre las dificultades que el niño posee para alejarse de ella y abandonarla como modelo identificadorio. El autor por un lado, expresa que cuando el niño descubre que la mujer es castrada incluso su madre, experimenta horror y desprecio por el género femenino, pero no realiza ninguna descripción de cómo estos sentimientos pueden interferir en la relación con la madre, así como con el resto de las mujeres. Si bien especifica que en algunos casos puede llevar a la homosexualidad, no analiza cómo puede el varón adulto construir una relación con una mujer si lo que ha sentido por ellas es un profundo desprecio a raíz de su condición de castrada. Se considera que el lugar que ocupa la madre en la teoría freudiana es la de ser un objeto con el cual se satisface la pulsión, pero no adquiere el estatus de un sujeto diferente y autónomo. La esencia de su individuación consiste en la independencia respecto de la madre como objeto y no en el reconocimiento de ésta como

sujeto. El niño tiene que despreciar lo femenino para construir su masculinidad. Esto afectaría las relaciones posteriores con el resto de las mujeres (Benjamin 1996).

En relación a la fase preedípica, Klein considera central el vínculo con la madre para la niña y el niño. La introyección del pecho bueno como primer objeto es determinante para el desarrollo del aparato psíquico de ambos. Otra diferencia significativa con las teorizaciones de Freud, es que la autora conjetura que tempranamente los niños tienen una representación de su padre. El pene, como objeto parcial, al igual que el pecho, es amado y odiado antes que comience el complejo de Edipo. Desde este punto de vista, podría hipotetizarse que la función atribuida a la figura paterna no se remitiría exclusivamente a realizar el corte de la relación diádica madre e hijo. Este influye en la conformación de las distintas estructuras del aparato psíquico y es un modelo identificador del cual no sólo se toman sus aspectos prescriptivos y prohibitivos. A pesar de esta temprana introyección del objeto paterno, la autora continúa atribuyéndole a la madre el papel de garante de la salud mental de los hijos. En este sentido, coincide con las tesis freudianas, aunque para Klein esto es así para el niño y la niña, a diferencia del autor que enfatiza sólo la relevancia de esta relación para esta última.

Sin embargo, estas conjeturas kleinianas constituirían una herramienta teórica para repensar la exclusividad y la extensión del vínculo de la madre con sus hijos, así como de la intensa ambivalencia atribuida a éste por ser el único. Esta reformulación es considerada desde las teorías de género, como necesaria para despatologizar la relación madre-hijo, para lo cual es fundamental distribuir la responsabilidad de la crianza desde el momento del nacimiento.

Klein postula que la conflictiva edípica comienza su desarrollo en una época temprana, por lo que la fase preedípica es más breve. Esta se caracteriza por una fluctuación entre los dos objetos parciales con los cuales los niños de ambos géneros mantienen una relación dual. La fluctuación entre un objeto y otro, previo a la triangularidad edípica, ocurre por frustración y gratificación. La niña y el niño cuando se dirigen al pene lo hacen con grandes exigencias en función del placer experimentado con el pecho. Esta es una diferencia significativa con las razones por las cuales Freud sostiene que la niña abandona a su madre como objeto y se dirige al padre.

Según las formulaciones del autor, la niña se aleja de su madre por varias razones, pero la decisiva es que la ha hecho castrada. Freud (1933) afirma: “la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio” (p.115).

Cabe recordar que según las postulaciones freudianas, la niña debe realizar tres cambios: de objeto, de zona erógena y de metas, para ingresar a la conflictiva edípica positiva.

En la Conferencia N° 33: “La femineidad” (1933 [1932]) sostiene que en la identificación con la madre que realiza la mujer, pueden discernirse dos estratos: el preedípico, caracterizado por una ligazón tierna, etapa en la que el objeto materno es tomado como arquetipo. El posterior deriva del complejo de Edipo y es en el que la niña quiere eliminar a su madre y ocupar su lugar junto al padre. Esta es la única en el que el

autor valora la ligazón preedípica madre-hija. Afirma que es a partir de ésta que se prepara la niña para la futura adquisición de las cualidades necesarias para cumplir su papel en la función sexual. Es decir, es el momento del desarrollo en el que al identificarse con su propia madre se prepara para ejercer este rol a futuro.

Postula que el extrañamiento que la niña realiza del objeto madre para tomar a su padre, se produce bajo el signo de la hostilidad: “la ligazón-madre acaba en odio” (Freud, 1933[1932], p.113). El énfasis que realiza en este distanciamiento es criticado porque desde ese punto de vista, el vínculo madre e hija al comenzar la conflictiva edípica sería el de dos rivales. No se advierte en las teorizaciones freudianas ninguna alusión a cómo la niña recupera la relación tierna con su madre.

Desde la perspectiva de género, se considera necesario analizar la ligazón entre la futura mujer y el objeto materno. Los/las autores/as de esta corriente de pensamiento proponen distinguir por un lado, cómo la niña se vincula con ella como modelo de género, lo cual es previo y posterior a la conflictiva edípica. Por otra parte, analizan cómo la percibe durante el desarrollo del complejo de Edipo. Esta distinción permitiría repensar el vínculo amoroso que se mantiene a lo largo de la vida entre una y otra. De igual modo, es posible considerar que las dificultades que surgen en la relación madre-hija no siempre se deban al complejo de Edipo, sino a la negativa de la niña a identificarse con ella como modelo de mujer (Dio Bleichmar, 2010).

Resulta pertinente señalar que si bien Klein no realiza esta disquisición respecto a la relación entre la niña y su madre, sí postula que ésta nunca se separa de su objeto materno por completo. En este sentido, renunciaría a ella como objeto deseado, pero no se interrumpiría la relación amorosa que ha establecido con ésta. Destaca además, la importancia que poseen las identificaciones que la niña realiza con su objeto materno para la construcción de su femineidad. Es significativo que estos aportes no sean citados por las autoras/res que trabajan con la perspectiva de género.

Freud y Klein comparten la hipótesis que la relación con el padre hereda las características de la que se tuvo previamente con la madre. Para la autora esto es así, tanto para el varón como para la niña.

Según las tesis freudianas la niña traslada las frustraciones de la relación con su madre a la que establece con el padre y luego con el resto de los hombres. Cabe recordar que en “El tabú de la virginidad” (1918), Freud expresa que el hombre que mantiene por primera vez relaciones sexuales con una mujer es objeto de su hostilidad, aunque la reacción normal debería ser agradecimiento. Plantea que la intensa envidia del pene que ella siente es la causa de la mayoría de los malestares en el matrimonio.

La tesis que la mujer revive con su esposo, el vínculo que tuvo con su madre, es sostenida a lo largo de la obra freudiana. En la Conferencia N° 33 “La femineidad” (1933 [1932]) manifiesta que luego de convertirse en madre, la mujer sufre cambios para los cuales los hombres no están preparados y son la causa de un matrimonio desdichado. De esta manera, relaciona las dificultades de las parejas a cualidades femeninas que son producto del desarrollo intrapsíquico de la mujer, signado por la envidia del pene.

Klein considera que la niña y el niño se dirigen al pene en busca de gratificación y por la frustración causada por el pecho. Esta conjetura permite pensar que se traslada de un objeto a otro una modalidad vincular que incluye aspectos amorosos y hostiles. Cabe recordar que para la autora, el complejo de Edipo temprano se caracteriza porque el yo es inmaduro y está dominado por las ansiedades típicas de cada una de las posiciones. Las pulsiones orales, anales, uretrales y genitales confluyen desde un primer momento, pero con distintas intensidades. La capacidad del yo para elaborar las ansiedades es determinante para el desarrollo de la conflictiva edípica; las dificultades para hacerlo pueden generar obstáculos en el desarrollo libidinal. En este sentido, tanto la niña como el niño podrían quedar detenidos en un momento previo del desarrollo sexual al comienzo del Edipo.

En este punto, Freud y Klein coinciden en sostener que por distintas circunstancias el desarrollo psicosexual puede verse perturbado y detenido antes que comience la conflictiva edípica. Sin embargo, para Freud el transitar por este complejo y su sepultamiento es fundamental, no sólo para la sexualidad sino para la estructuración del aparato psíquico. La salud mental está directamente vinculada a su resolución. Además, afirma que este camino posee más escollos para la niña que para el niño.

A diferencia de Freud, Klein considera que la elaboración de la posición depresiva es determinante para la construcción adecuada de la mente. Es durante esta posición, que transcurriría el desarrollo y la finalización del complejo de Edipo temprano, aunque comienza a fines de la esquizo-paranoide. Las posibilidades de elaborar esta posición incide directamente en los recursos para poder resolver este complejo.

Las divergencias entre las teorías freudiana y kleiniana respecto a la fase preedípica y su desarrollo, implican que para cada uno de ellos, el comienzo y la dinámica del complejo de Edipo posee diferencias significativas.

Freud sostuvo a lo largo de su obra que la primera etapa de la sexualidad de la niña era masculina, ésta coincide con la etapa preedípica en la cual la ligazón madre-hija es intensa. Incluye dentro de este período, la organización genital infantil, durante la que tiene lugar el complejo de castración y de masculinidad de la niña. Según sus postulaciones, dependerá de cómo la niña transite por estas etapas que pueda ingresar al complejo de Edipo y las características que tendrá su desarrollo. La niña deberá asumirse castrada, tomar a su padre como objeto de deseo y cambiar sus metas sexuales activas por las pasivas. Cabe señalar, que Freud considera que la construcción de la femineidad implica este arduo camino porque la niña no posee un pene.

Klein parte de la premisa de que ambos géneros conocen la existencia de la vagina y del pene. Sin embargo, coincide con Freud al conjeturar que el desarrollo psicosexual posee diferentes características según los órganos sexuales de cada uno. En este sentido, los dos autores elaboraron hipótesis teóricas que explicaban la presencia o ausencia de ciertas capacidades, cualidades y características femeninas y masculinas, relacionándolas exclusivamente con el desarrollo físico y psíquico de cada uno de los géneros. Ninguno incluyó en sus postulados las variables culturales para comprender las diferencias entre

la femineidad y la masculinidad. A pesar de ello, en las tesis kleinianas estas divergencias no conllevan una desvalorización del género femenino, como sucede en las freudianas.

Klein establece diferencias entre los géneros en relación a cómo transitan el complejo de Edipo temprano en su modalidad positiva y negativa, según su anatomía. Considera que cuando la conflictiva edípica comienza, la niña y el niño toman como objeto de amor el pecho materno. Así se configura el Edipo positivo para el niño y el invertido para la niña. Para ambos tiene una importancia fundamental la fase femenina, ésta coincide con el Edipo positivo de la niña y el invertido del niño.

La descripción de la modalidad negativa de esta conflictiva en el varón es una diferencia significativa con las tesis de Freud. El autor no sólo no describió el complejo negativo en el varón, sino que tampoco consideró valioso ningún aspecto del vínculo temprano con la madre, ni de ésta como objeto edípico para la construcción de su masculinidad. Según las teorizaciones de Klein, dependerá de cómo el niño transite su fase femenina, el que pueda posicionarse como hombre e identificarse con su padre como modelo. Asimismo, el tipo de identificación que logre con su madre influirá en la relación que establecerá luego con las mujeres.

En esta fase el varón desea tener un hijo como su madre. Es debido a ello que el hombre podrá identificarse con su esposa y disfrutar la crianza de los niños. Este deseo influye también en la capacidad de trabajo y de conocimiento de los varones.

La autora no cuestiona las costumbres de la época que establecían que eran las madres quienes se ocupaban del cuidado y la crianza de los niños. Sin embargo, considera que ésta es una tarea que genera una gratificación que también el varón anhela.

La conjetura kleiniana de que los hombres desean ser padres es diferente a la formulación de Freud. Según sus teorizaciones, el deseo de hijo surge en la mujer a raíz de su falta, es decir en el hombre que es un ser completo, no habría posibilidades de que se genere.

Desde la perspectiva de género, se considera necesario reconocer y desarrollar en las niñas y en los niños la capacidad de cuidado. Esta ha sido hasta el momento reprimida en los varones y fomentada en las niñas, siendo las mujeres las cuidadoras por excelencia (Lagarde, 2011). Sin embargo, el aporte de Klein sobre el deseo de los varones de ser padres no es mencionado en los estudios que realizan las autoras/res que incluyen la perspectiva de género.

Respecto a la relación que la niña tiene con su madre, Klein plantea que si ésta es positiva, la futura mujer tendrá un menor sentimiento de culpa en la relación con sus hijos y el amor por su esposo se reforzará. Desde su perspectiva, el hombre amado ocupa en la fantasía femenina el lugar de la madre que da lo deseado y el del hijo querido.

Estas elaboraciones kleinianas difieren de las tesis freudianas, según las cuales el marido era objeto de los reproches y los enojos que habían sido dirigidos a la madre.

Para Klein, los motivos por los que la niña toma como objeto a su padre, incluyen la búsqueda de gratificación de impulsos libidinales, entre ellos los genitales y no sólo el

deseo de recibir un hijo de él. Estas hipótesis permiten pensar que el vínculo entre padre e hija y luego entre mujer y hombre no se basa exclusivamente en la necesidad de ésta de resarcir su falta. Es decir, desde este punto de vista habría un espacio para que surja el deseo femenino, que se encuentra ausente en las teorías freudianas.

Cabe señalar que para Klein el factor determinante en la relación de la niña con su madre es la envidia que siente por ella durante su Edipo positivo. Es este sentimiento y no el reclamo por haberla hecho castrada, el que puede generar dificultades en el vínculo. A su vez para la autora, la ligazón madre hija no es reprimida, como postuló Freud, sino que perdura a lo largo de la vida.

Es pertinente recordar que durante el tiempo en que Klein conjetura que la niña y el niño transitan por el complejo de Edipo temprano, desde el punto de vista de Freud la niña se encontraría en la fase masculina de su sexualidad.

Para el autor, en este período la niña cree que su clítoris es un pene y se comporta como un varón. Freud considera que ésta actúa como un niño porque las metas de su sexualidad son principalmente activas.

En “Análisis terminable e interminable” (1937) plantea que en el varón la predisposición a la actividad es acorde a su yo. En la niña esta tendencia sólo es compatible con su yo durante la fase fálica. Según su perspectiva, para que la niña pueda construir su femineidad, estos aspectos masculinos de la sexualidad deben ser reprimidos. Es decir, para transformarse en mujer tendrá que renunciar a la actividad, porque ésta es signo de masculinidad.

Desde las teorías de género, se sostiene que a partir de estas tesis, Freud estableció que para ser mujer se debe ser sometida y pasiva, avalando el estereotipo femenino de la época. Postula una equiparación entre actividad y masculinidad, sin embargo, esta tendencia a la acción es propia del yo, independientemente de que se trate de una niña o un niño. Son los/as adultos/as que los/las rodean, quienes le adjudican la cualidad de masculino o femenino a cada acto y valoran como adecuada o no su expresión según el género al que se pertenezca.

En función de la equivalencia entre actividad y masculinidad, Freud afirma que el juego que la niña realiza con las muñecas no es muestra de su femineidad sino de la fase masculina de su sexualidad. En esta actividad lúdica la niña actúa activamente lo que vivió de forma pasiva con su madre. Señala que esta tendencia es propia de todos los juegos y que es así en los niños de ambos géneros. Es significativo que a pesar de expresar que tanto las niñas como los niños se rebelan contra la pasividad y que hasta cierta edad comparten características similares, sostenga que la actividad es inherente a la masculinidad. El autor no incluye en su análisis la influencia de los patrones culturales que ceñían los intereses y actividades de las mujeres de manera tal, que éstas se convertían en pasivas. Por el contrario, sostiene que es parte de su desarrollo normal renunciar a la actividad. Se considera que fue un vicio epistemológico lo que llevó a Freud a plantear que la pasividad y la preferencia por metas sexuales de este tipo, son propias del género femenino (Meler, 2013).

La interpretación freudiana del juego con las muñecas ha sido criticada por las autoras/res que trabajan con perspectiva de género. Según su punto de vista, éste debe ser comprendido como muestra de su femineidad porque lo que la niña ensaya en él es su rol de madre, tarea que ejercen activamente las mujeres. Se trataría de un accionar acorde y potenciador del yo femenino. La niña se identifica con su madre que es el adulto semejante, que concentra en ese momento del desarrollo, todos los atractivos (Dio Bleichmar, 1998).

La vinculación entre actividad y masculinidad, así como de pasividad y femineidad está presente en toda la obra freudiana. En diferentes artículos, se cuestiona si esta equiparación es correcta y señala que es válida para la actividad sexual. Sin embargo, postula que la función de cada género en la sexualidad es una modalidad de funcionamiento que se hace extensiva al resto de las áreas de la vida de cada uno.

En la Conferencia N° 33 “La femineidad” (1933 [1932]) Freud expresa: “podría intentarse caracterizar psicológicamente la femineidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas” (p. 107).

En este sentido, debido a que la mujer posee metas sexuales pasivas porque sus genitales son receptivos, esta tendencia a la pasividad incide en todas las tareas que pueda realizar. Desde las teorías de género, se considera que Freud elaboró una representación de la vagina como un órgano pasivo. Esta caracterización del genital femenino es construida a partir de las observaciones de mujeres pasivizadas (Meler, 2013).

A partir de esta concepción de la vagina y su función, Freud hipotetizó que las cualidades femeninas que detectaba en las mujeres de su época eran el resultado de la pasividad de sus genitales.

En algunos artículos, Freud menciona la necesidad de incluir para el análisis de esta predilección por la pasividad que toma como inherente a la femineidad, la influencia de la cultura. Sin embargo, la tesis que predomina en su obra es que la propia anatomía femenina determina esta elección.

Según las conjeturas freudianas, la niña presenta diferencias en su disposición pulsional con el varón, que permiten vislumbrar las características posteriores de la mujer. Freud (1933 [1932]) expresa: “La niña pequeña es por regla general menos agresiva y porfiada, se basta menos a sí misma, parece tener más necesidad de que le demuestren ternura, y por eso ser más dependiente y dócil” (p. 109).

Señala que la niña pequeña es más inteligente y vivaz que el varón de su misma edad y se muestra más interesada por el mundo exterior. Los/las autores/as que tienen en cuenta la perspectiva de género critican que Freud explique estas cualidades femeninas, presentes desde la niñez, a partir de la biología, sin tener en cuenta las prescripciones culturales. De acuerdo con el ideal femenino hegemónico, la mujer no es agresiva y está siempre pendiente de las necesidades de quienes la rodean. Estas características son necesarias para cumplir el rol de esposa y madre abnegada. Se considera que las teorizaciones freudianas colaboraron en el sostenimiento y normativización de este estereotipo, ofreciendo una teoría científica que lo convalidara. Se asume que es

fundamental repensar el carácter receptivo-pasivo de los fines sexuales, a partir del cual se explicó el fracaso para obtener la autonomía, teniendo en cuenta la importancia de los conceptos de género y rol social, en la formación de una femineidad que perpetúa la dependencia de la mujer.

Es pertinente recordar que para Klein, la niña no transita una fase masculina durante su desarrollo, porque tiene un conocimiento inconciente de que posee una vagina.

Respecto a la equiparación entre actividad=m masculinidad y pasividad=femineidad, cabe señalar que no es un tema que Klein aborde explícitamente. A partir del estudio de sus artículos se puede conjeturar que no comparte esta hipótesis freudiana. Es interesante que se refiera a los genitales femeninos como receptivos y no como pasivos. Sin embargo, considera que esta cualidad de la vagina interviene en la conformación del psiquismo, acentuando la tendencia a introyectar objetos. En este sentido, comparte con Freud la tesis que las características de los órganos genitales influyen en la estructuración del psiquismo.

Freud postula como correlato de la predilección por la pasividad, que en la mujer existe una tendencia natural a inhibir la expresión de la agresividad y dirigirla a sí misma.

En la Conferencia N° 33 “La femineidad” (1933 [1932]) expresa:

“Su propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone, esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es auténticamente femenino” (Freud, 1933 [1932], p. 107).

Para explicar el masoquismo masculino concluye que, por la bisexualidad constitucional, los hombres también poseen características femeninas, y son éstas las que se expresan cuando un varón es masoquista.

De igual modo, la equiparación entre masculino-activo y femenino-pasivo, la tesis que el hombre exterioriza su agresividad y la mujer no, se reitera en distintos artículos desde el comienzo hasta el final de la obra freudiana. La cita seleccionada muestra que, si bien el autor hace mención al factor cultural, según sus teorizaciones éste no es determinante y no hace más que enfatizar lo que la propia naturaleza femenina establece.

Cabe recordar que en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), Freud manifiesta que la mayoría de los varones exhiben en su sexualidad un componente de agresión que se expresa en la inclinación de éstos a someter al objeto. Le atribuye a esta característica de la sexualidad masculina un valor biológico, vinculándolo con la necesidad de vencer la resistencia del objeto. En este mismo texto, enuncia que en las niñas las inhibiciones de la sexualidad como la vergüenza, el asco y la compasión se instalan antes y con menores resistencias que en el varón.

En “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908), Freud señala que la excitación del pene se conecta con impulsos que promueven al niño a un obrar violento.

El autor convalida la exteriorización de la agresividad por parte del varón y la considera una expresión de su masculinidad. Esta tendencia agresiva aparece relacionada directamente a la posesión del pene y a los impulsos que de éste surgen. A su vez, las niñas aparecen como naturalmente predispuestas a inhibir estos impulsos y los sexuales. Es pertinente recordar, que para Freud las características pasivas de los genitales femeninos determinan la predilección por metas sexuales de este tipo. A raíz del sadismo/masochismo, la mujer se ubicaría en un lugar pasivo recibiendo la agresión, mientras que la puesta en acción de ésta, sería propia del hombre. En este aspecto, el género femenino presentaría una mayor tendencia a erogeneizar situaciones dolorosas.

En “El problema económico del masochismo” (1924) Freud sostiene que la fantasía masochista se expresa en el deseo de ser amordazado, golpeado, maltratado, ensuciado, denigrado. Afirma: “es fácil descubrir que ponen a la persona en una situación característica de la femineidad, vale decir significa ser castrado, ser poseído sexualmente o parir” (Freud, 1924, p. 168). Es debido a su interpretación que para la mujer no tener pene, mantener relaciones sexuales y parir son experiencias humillantes, equivalentes a recibir malos tratos, que denomina femenino a este masochismo.

La conjetura que la mujer es por naturaleza masochista se encuentra en revisión desde las teorías de género. Consideran que al estudiar la particularidad humana de obtener placer en el dolor, Freud logró separar la sexualidad humana de la funcionalidad reproductiva. Sin embargo, no comparten la vinculación que realizó entre la meta sexual femenina, caracterizada como pasiva y la obtención de placer en el dolor. A partir de esta relación, podría proponerse la hipótesis criticada también, que muchas mujeres soportan la violencia de la que son objeto, por encontrar en ella una satisfacción erótica.

En la actualidad, existen modelos alternativos para explicar el masochismo femenino, concepto con el que se naturalizó la tendencia femenina al sometimiento y a la búsqueda de dolor a través del autosacrificio. La niña, la joven y la mujer transitan por diferentes situaciones displacenteras que se encuentran erotizadas o investidas de un valor narcisista, lo cual lleva a que éstas se reproduzcan en lugar de oponerse y luchar contra ellas. Esto no es el resultado de su naturaleza sino producto de los pactos culturales que establecen la dominación masculina, cuyas normas se inscriben en el psiquismo de diferentes formas.

Se considera que el término masochismo erótico propuesto por Freud posibilita captar el aspecto pulsional de las relaciones de dominio y maltrato. El concepto de “erogeneidad de subordinación” permitiría explicar por qué diferentes sujetos, no exclusivamente mujeres, inmersos en situaciones dolorosas, ligan el estímulo que los desborda mediante la coexcitación erótica (Meler, 2013).

En la teoría freudiana, la masculinidad y la femineidad están asociadas con las condiciones de amo y esclavo, uno es el sujeto y el otro es el objeto que debe servirle. Esta íntima vinculación no es producto de la naturaleza femenina ni masculina, sino el resultado de la diferente relación que la niña y el niño mantienen con su padre y su madre. El varón logra su masculinidad negando la identificación con su madre. Como resultado

de esta separación, el amor erótico se convierte en dominio erótico. De esta manera, la identidad masculina tradicional privilegia la diferencia por sobre el compartir, la separación por sobre la conexión, la autosuficiencia por sobre la dependencia (Benjamin, 1996).

La mujer de modo opuesto al varón, a raíz del vínculo con su madre, privilegia la fusión y continuidad a expensas de la individualidad y la independencia.

En este sentido, las pautas establecidas para que niñas y niños se subjetiven como hombres y mujeres, propician que ellas sean sumisas y ellos dominantes.

Esta tendencia a la dominación masculina y el sometimiento femenino también se expresa en los vínculos amorosos que hombres y mujeres establecen. A través de los procesos de subjetivación de cada uno de los géneros, esta dicotomía entre sujeto y objeto se ha instituido como parte del psiquismo. Desde el discurso hegemónico se naturalizó negando su construcción socio-histórica. Es necesario repensar las teorizaciones que ubicaron a la mujer como objeto con un destino masoquista y al hombre como sujeto activo, para comprender esta tendencia femenina.

En relación al masoquismo femenino, Klein realiza conjeturas que se alejan de lo propuesto por Freud. La autora sostiene que el masoquismo es la expresión de los impulsos sádicos contra los objetos internos. En el caso de la mujer, éste sería el temor a los objetos peligrosos que ha internalizado, en especial el pene del padre.

La mujer para defenderse de este temor puede dirigir la agresión hacia su compañero sexual, por lo que tendrá un comportamiento sádico.

Klein no relaciona el masoquismo con la femineidad y el sadismo con la masculinidad. A su vez, la expresión de uno u otra en la conducta de la mujer no depende de sus genitales sino del estado de su mundo interno. Este aporte teórico que distingue femineidad de tendencias pasivas y conductas masoquistas no es tenido en cuenta por las/los autoras/res que desde la perspectiva de género, analizan las tesis psicoanalíticas respecto al masoquismo femenino.

Freud afirma que para ingresar al complejo de Edipo, la niña durante la fase fálica debe reconocer que no posee un pene. Ella a diferencia del varón que teme perder su órgano genital, se acepta castrada. A partir de esta carencia comienza a sentir una intensa envidia del pene. Según sus postulaciones, este sentimiento tiene diversas consecuencias para el desarrollo sexual femenino. La falta de un pene como atributo provocaría una herida narcisista que generaría en todas las mujeres un sentimiento de minusvalía respecto del varón. Freud (1931) expresa: “ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad” (p. 231). El autor ofrece de esta manera una justificación a la diferencia de poder establecida entre los géneros, a partir de la diferencia anatómica entre ellos.

Desde el punto de vista freudiano, la envidia fálica es inherente al género femenino y perdura a lo largo de toda la vida. En “Análisis terminable e interminable” (1937) Freud afirma: “A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los

estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la roca de base, y de este modo, al término de su actividad” (p. 253).

Para el autor, a causa de la envidia del pene, la niña transita por el complejo de masculinidad, abandona la masturbación clitorídea y es más celosa y envidiosa que los hombres. Cabe recordar que además, el reproche por haberla hecho castrada es la razón definitiva por la que ella se aleja de su madre.

Los efectos de este sentimiento en la niña son perjudiciales y dificultan la constitución de su femineidad. Para Freud, ella desde pequeña se reconocería a sí misma como menos valiosa que el varón y se ubicaría en un lugar de inferioridad a causa de su falta de pene. El autor ofreció una explicación intrapsíquica basada en la diferencia anatómica del comportamiento de las mujeres de su época. Ellas dependían de sus padres y luego de sus esposos, tenían menos derechos y oportunidades de desarrollo, por lo que es posible que verdaderamente se sintieran inferiores a los varones. Sin embargo, esta emoción no se debería a la falta de un pene como atributo, sino a las prescripciones culturales según las cuales socialmente ocupaban un lugar menos relevante que el hombre.

La hipótesis de Freud sobre la envidia fálica es criticada por los/las autores/as que adscriben a las teorías de género. Se cuestiona que este sentimiento se haya comprendido como el deseo de la mujer de poseer un pene propio. Según esta perspectiva, la envidia del pene debería ser analizada como el anhelo de toda mujer de poseer para sí, las mismas posibilidades de crecimiento y desarrollo que los varones. La niña pequeña percibe que el varón de su edad tiene permitidas actividades y expresiones que en ella son sancionadas. A su vez, advierte sobre la diferencia entre los lugares que ocupan las mujeres y los hombres en la sociedad. Comprende que cada uno puede aspirar a distintas metas y que no podrá tener los mismos logros que ellos. Es decir, lo que las mujeres reclaman son las mismas posibilidades para ellas que las que poseen los hombres, por el sólo hecho de serlo.

Cabe mencionar que incluso los aportes que una mujer puede realizar a la sociedad como resultado de su enriquecimiento personal, son entendidos desde las conceptualizaciones freudianas, como vestigios de la envidia fálica que la lleva a comportarse de manera masculina.

A partir de estas formulaciones, Freud contribuye a sostener el discurso hegemónico patriarcal, según el cual lo femenino posee menor valor que lo masculino. El autor niega que la mujer posea aspectos valiosos así como la envidia que los varones sienten por su capacidad exclusiva de gestar y amamantar.

Klein elaboró conjeturas diferentes a las de Freud respecto al complejo de castración y la envidia fálica.

Según las teorizaciones freudianas la angustia de castración sólo es sentida por el varón que teme perder su pene.

La autora sostiene que el niño y la niña sienten temor a la castración que es una preocupación por el interior del cuerpo y los contenidos buenos que cada uno siente que posee. A raíz de los ataques que ambos niños realizan en sus fantasías contra el cuerpo de la madre, temen ser dañados por ella. Desde este punto de vista, la niña y el niño consideran que tienen aspectos valiosos que deben preservar.

Klein afirma que el varón también tiene el deseo frustrado de un órgano especial, haciendo referencia al útero y los pechos. Para la autora, cada uno de los géneros envidia aquello que específicamente le pertenece al otro. Destaca la intensa envidia que el niño siente por la madre que es capaz de tener hijos. De acuerdo a las formulaciones kleinianas, el sentimiento envidioso no es exclusivo ni más intenso en el género femenino. Las dificultades que genera en el desarrollo una intensa envidia, afecta por igual a hombres y mujeres.

En relación a la envidia fálica, Klein conjetura que el deseo de poseer un pene en la niña es secundario al de recibirlo. Este sería expresión de la bisexualidad, al igual que el deseo del varón de ser mujer. Es decir que le atribuye un papel secundario en el desarrollo de la femineidad.

Cabe señalar que la autora sin enfatizar las divergencias entre sus tesis y las de Freud, valoriza la femineidad. Si bien resalta especialmente la capacidad de ser madre, lo reconoció como un atributo exclusivamente femenino, apreciado y envidiado por los hombres.

Klein expresa que el eje central del desarrollo de la niña lo constituye su deseo de recibir el pene paterno y su preocupación inconsciente por sus bebés imaginados.

Según sus teorizaciones, la ansiedad que la niña siente por el estado en que se encuentran sus órganos internos y sus potenciales bebés, es determinante para el desarrollo de su femineidad. Klein afirma que el mayor temor de la niña es que el interior de su cuerpo esté dañado. Manifiesta que a causa de la diferencia anatómica de los genitales de uno y otro, la ansiedad en la niña es crónica y la del varón es aguda. El niño puede observar su pene y tranquilizarse, la niña deberá esperar para poder confirmar que sus órganos internos y bebés en potencia no fueron dañados. Es pertinente recordar que esta preocupación es el resultado de sus propios ataques al interior materno, por lo que teme su retaliación. Considera que si esta ansiedad y el sentimiento de culpa son intensos, la mujer puede reprimir sus sentimientos de orgullo y alegría, despreciando la capacidad de ser madre. En este sentido, conecta el devenir de la sexualidad de la niña con la preocupación y angustia que siente por sus órganos vinculados a la procreación y no con la envidia del pene. Sin embargo, al igual que Freud relaciona exclusivamente con los genitales femeninos, las dificultades que la mujer puede atravesar en su subjetivación como tal. Ambos autores consideran que a raíz de las características de la vagina, el género femenino posee mayores posibilidades de contraer distintas patologías psíquicas.

Las conjeturas kleinianas sobre una ansiedad específica de la niña han sido valoradas desde las teorías de género, porque la autora propuso un modelo para pensar el desarrollo femenino sin tomar al hombre como parámetro.

Freud postula que la niña y el niño poseen durante la organización genital infantil la fantasía de una madre fálica. Ellos creen que ésta y otras mujeres significativas en su vida, debido a sus cualidades no fueron castigadas y conservan el pene como atributo. Se considera que Freud caracteriza como masculino el poder que los niños le atribuyen a su madre, porque es ella quien los satisface y los cuida.

Klein plantea que para los niños de ambos géneros, en sus fantasías la madre posee en su interior todos los objetos buenos y deseados: el pene del padre y los niños. Ella es para los dos, la fuente de las mayores gratificaciones y de amparo. En la descripción del objeto materno que realiza la autora, enfatiza el poder que ésta tiene para sus hijos, pero no le atribuye cualidades masculinas. Estas formulaciones respecto a la percepción de la madre que tienen los niños y niñas son similares a las que sostienen las teóricas que incluyen la perspectiva de género. Sin embargo, a pesar de destacar la relevancia de este objeto considerado omnipotente por los niños, no mencionan las conjeturas kleinianas.

Es pertinente señalar que Freud y Klein relacionan las particularidades del desarrollo de la niña y el niño con la anatomía de sus genitales, sin incluir en sus postulaciones el papel de los mandatos culturales en la subjetivación de cada uno de los géneros. A pesar de estas similitudes, en la teoría kleiniana ser mujer no significa tener una falta, no implica una inferioridad biológica y las cualidades femeninas no derivan de la envidia a un órgano que no posee; sino que se deben a aquellos con los que cuenta.

El deseo de ser madre es para Freud y Klein definitorio de la femineidad. Ambos autores naturalizan este anhelo y lo consideran inherente al ser mujer. Se considera que sus teorizaciones resultaron funcionales a los intereses patriarcales propios de la cultura en la que se encontraban inmersos. El ideal femenino de la época que se ofrecía como modelo de subjetivación, establecía la maternidad y el rol de esposa como los dos mayores logros a los que podía aspirar una mujer. Las teorías psicoanalíticas al igual que otros discursos científicos, colaboraron en sostener y afianzar la equiparación mujer=madre.

La ausencia del deseo de tener hijos es para ambos autores sinónimo de dificultades en la constitución de la femineidad. Para las conceptualizaciones psicoanalíticas toda mujer tiene inconscientemente el anhelo de maternidad. La imposición social de que la mujer debe ser madre a partir de estas conjeturas, se constituyó como un deseo propio del psiquismo femenino.

Si bien las tesis freudianas y kleinianas parecieran no tener diferencia sobre este tema, respecto al origen del deseo de un hijo presentan una significativa divergencia. Freud hace derivar el anhelo de ser madre de la envidia fálica. Según su perspectiva, la niña logra ingresar al complejo de Edipo cuando renuncia a poseer un pene como atributo y desea recibirlo.

Freud (1933 [1932]) expresa: “La situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en el lugar del pene” (p. 119).

Esta hipótesis ha sido objeto de numerosas críticas porque anula el deseo sexual femenino; la mujer sólo se dirige al varón esperando recibir un hijo de él. El anhelo de

ser madre no sería genuino sino resultado de su carencia anatómica. El hijo/a sería entonces una forma de resarcir la herida narcisista que tiene la mujer por no poseer un pene. A raíz de que es esta falta la que promueve que se convierta en madre, será completamente feliz si el hijo es varón y porta el pene deseado.

A diferencia de estas postulaciones, Klein afirma que el deseo de ser madre está presente en todas las mujeres desde un principio, es decir no surge a raíz de la envidia fálica. La niña posee un conocimiento inconsciente de su vagina y de los bebés en potencia que contiene. La autora describe el ejercicio de la maternidad, destacando que una madre devota es capaz de preocuparse constantemente por sus hijos y priorizar su bienestar por sobre el propio. La felicidad de ellos/as es la mayor gratificación para una mujer. Las sublimaciones que una mujer puede realizar están relacionadas directamente con el ejercicio de la maternidad. Resulta pertinente señalar que, si bien Klein valora esta capacidad femenina y la tarea que la mujer desempeña como madre, la caracterización que realiza de esta función, contribuyó a erigir esta figura como la garante de la salud mental de los hijos. De este modo, sus teorizaciones resultaron funcionales a las costumbres establecidas en la época, según las cuales la crianza de los/las niños/as pequeños/as era una tarea exclusivamente femenina. Sin embargo, se considera que ella a diferencia de Freud, describió a la par de lo placentero, las dificultades que una mujer puede tener para ejercer adecuadamente este rol. El autor percibía la relación madre e hijo varón como el vínculo en el que la intensidad de la ambivalencia es menor que en cualquier otro caso.

La forma en que la niña y el niño ingresan al complejo de Edipo y lo transitan determina la manera en que cada uno de los géneros resuelve esta conflictiva.

Para Freud, el niño renuncia a sus deseos edípicos porque prima el interés narcisista de conservar su pene. A diferencia de él, la niña se asume castrada por lo que carece de una razón determinante para abandonar el complejo de Edipo. Ella permanece por más tiempo ligada a su objeto de deseo edípico y luego renuncia a él, por temor a perder el amor de sus padres. Es decir, que el varón renuncia a su objeto de amor para preservar su integridad física y con la promesa de que podrá elegir a otras mujeres. La niña por el contrario renuncia a sus deseos para no dejar de ser querida. A través de la resolución edípica que Freud plantea, el varón se constituye en un sujeto deseante mientras la niña se posiciona como objeto de deseo. La mujer anhela ser amada y elegida y para lograr este objetivo es capaz de renunciar a sus propios deseos.

La conjetura freudiana que el género femenino antepone el bienestar del prójimo al suyo propio como resultado de la manera en que resuelve su conflictiva edípica; excluyó del análisis las prescripciones culturales que establecen que la mujer debe cuidar a los demás. El rol de cuidadoras se naturalizó y se explicó a partir del desarrollo intrapsíquico individual y no como una tarea exigida al género.

Cabe recordar que en “Introducción del narcisismo” (1914), Freud afirma que debido a las particularidades de su desarrollo físico y psíquico, la mujer es más narcisista que el varón, en función de lo cual ella desea ser amada más que amar. Esta dificultad

para lograr un pleno amor de objeto estaría compensada por su capacidad para establecer un estado de servidumbre sexual respecto del hombre que satisfizo su deseo de amor; de este modo su esposo tendría garantizada su fidelidad. A partir de estas teorizaciones, Freud avala el vínculo de dependencia que la mujer tenía con los hombres.

Desde la perspectiva de género, se sostiene que la necesidad de ser amada no es el resultado de un mayor narcisismo femenino sino la consecuencia de que la mujer necesita ser deseada, porque de ello depende socialmente su valor como persona. En tanto no es sujeto, requiere de otro que confirme su valía y buen desempeño como mujer.

Klein no se refirió al narcisismo en los mismos términos que Freud. La autora postula que como consecuencia de un uso excesivo de la identificación proyectiva se pueden establecer vínculos narcisistas. Este mecanismo de defensa es utilizado por niñas y niños, por lo tanto, los dos géneros pueden construir relaciones de objeto con estas características.

En relación a las cualidades del vínculo de pareja entre hombre y mujer, Freud sostuvo que sólo cuando ella logra comportarse con su esposo como una madre estará garantizada una buena relación. Esta hipótesis es coherente con la conjetura freudiana que la mujer debido a su narcisismo es capaz de amar plenamente sólo a su propio hijo. Estas conceptualizaciones son criticadas desde las teorías de género, porque excluyen incluso de la relación de pareja, el deseo sexual femenino. Además, colabora con la naturalización de que la esposa debe cuidar y atender a su pareja como a un hijo más.

Klein plantea que una relación estable y satisfactoria entre un hombre y una mujer implica la capacidad de sacrificio mutuo, de compartir con el otro/a el dolor y el placer, los intereses y el goce sexual. Sin embargo, también afirma que si ella tiene una actitud maternal con su esposo podrá satisfacerle los deseos de recibir gratificaciones de su madre. A su vez, la mujer sentirá por él la admiración que sintió por su padre, lo verá como una figura protectora y confiable.

La autora considera que la satisfacción sexual mutua es parte del vínculo de pareja y que ambos deben cuidarse entre sí. En este sentido, podría pensarse que propone un modelo de pareja en que ambos se relacionan como pares.

A pesar de ello, sostiene al igual que Freud, que la elección y la constitución de la pareja dependen de cómo se haya elaborado la conflictiva edípica. Es decir, ninguno de los autores incluye en su análisis, la incidencia de la cultura en las características de las relaciones establecidas entre hombres y mujeres. Tampoco puntualizan que las costumbres de la época definían qué cualidades debía tener una buena esposa.

Para Freud, como resultado del sepultamiento del complejo de Edipo se constituye el superyó. Las diferencias en cómo cada género resuelve este complejo, determinan que esta estructura psíquica posea características diferentes. Respecto al superyó femenino, Freud (1925) afirma: “el superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos, como lo exigimos en el caso del varón” (p. 276).

De acuerdo a sus conjeturas, la ausencia de angustia de castración en la mujer provoca que su salida del complejo edípico sea más lenta, por lo que el superyó femenino será menos estricto y severo que el del varón. Debido a ello, la mujer realizaría escasos aportes culturales.

Desde las teorías de género se sostiene que el superyó de la mujer es diferente al del hombre, pero no porque éste sea deficitario sino a consecuencia de que la escala de valores que incorpora cada uno a través de la educación es distinta. El superyó femenino se rige por la ética del cuidado, por lo que privilegia la atención y el bienestar de los otros.

Klein plantea que el superyó se constituye en ambos géneros de manera previa al desarrollo del complejo de Edipo. Esta estructura no es la heredera de esta conflictiva, sino que juega un papel central en el modo en que cada niño transita por este complejo. Cabe recordar que según las tesis kleinianas, tanto el niño como la niña renuncian a sus deseos edípicos porque prima en ellos el amor por sus objetos. Postula que el superyó femenino posee características disímiles al del varón, pero atribuye estas diferencias a factores diversos a los propuestos por Freud.

Klein (1928) expresa: “Las mujeres poseen especialmente una gran capacidad... para desatender sus propios deseos y dedicarse con autosacrificio a las tareas éticas y sociales” (p. 202). La autora vincula estas cualidades femeninas con la identificación e introyección del objeto materno, que constituye el superyó.

El superyó también está conformado por la identificación con el padre del cual incorpora los fines activos. Señala que éstos, unidos a la capacidad de autosacrificio, les permite a las mujeres obtener logros excepcionales.

La autora valora y enfatiza estas exigencias del superyó femenino a diferencia de Freud, quien lo caracterizaba como menos severo que el del varón. Sin embargo, las considera el resultado de las diferencias existentes entre hombres y mujeres en su desarrollo psíquico debido a la anatomía de sus genitales. Según las teorizaciones kleinianas, la niña posee una mayor preocupación por su mundo interno, lo que la impulsa a introyectar objetos buenos. En este sentido, otorga al igual que Freud una explicación intrapsíquica, al hecho que esta estructura posea en cada uno de los géneros cualidades diferentes. De este modo, la necesidad de recibir mayores demostraciones de amor y el énfasis puesto en contar con buenas relaciones de objeto derivarían en la mujer de su preocupación por cuidar su mundo interno.

A partir del análisis comparativo de los postulados centrales de Freud y Klein sobre la construcción de la femineidad se concluye que las diferencias entre ambos son significativas. Cada uno de los autores en función de sus divergencias respecto a la diferencia sexual y a sus tesis sobre la constitución del psiquismo ofrece un modelo distinto para pensar el desarrollo femenino.

En la teoría freudiana, la sexualidad y la diferencia entre los sexos es el eje central desde el cual se formulan y articulan las hipótesis referidas a la temática en estudio. El complejo de Edipo es un punto nodal y determinante, en la estructuración de la mente y es a partir del cual se establece la identidad sexual.

Klein hace énfasis en la importancia de las primeras relaciones de objeto caracterizadas por el intenso amor y odio presentes en todo vínculo, como factores decisivos para la conformación del psiquismo. El complejo de Edipo temprano es una conflictiva en la que es relevante la capacidad del yo para tolerar la culpa y sus posibilidades de reparar el objeto. Considera que la elaboración de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva es decisiva para la integración mental.

La discrepancia más relevante para explicar la constitución de la subjetividad femenina radica en la hipótesis de la que cada uno parte, respecto al conocimiento que los niños de ambos géneros tienen de la diferencia sexual anatómica. Freud sostiene que la niña desconoce la especificidad de sus genitales y cree que es igual al varón, es decir, su desarrollo comenzaría con una masculinidad inicial. Para convertirse en mujer deberá recorrer un largo camino con varios obstáculos. La envidia del pene es un sentimiento que perdurará en el inconsciente femenino toda la vida y del cual dependerá el desarrollo de su femineidad.

Según las conjeturas kleinianas, la niña posee un conocimiento inconsciente de su vagina, a partir de las sensaciones que provienen del cuerpo. Sus formulaciones parten de una femineidad primaria. Klein construyó un modelo teórico en el que conceptualizó a la mujer como diferente al varón, pero no en desventaja. Consideró relevante para su maduración sexual, situaciones específicamente femeninas. La crítica que desde la perspectiva de género se le realiza a sus hipótesis como biologicistas y endogenistas señala un aspecto deficiente de sus teorizaciones. Sin embargo, la autora realizó aportes que podrían ser herramientas útiles para repensar la femineidad.

Las tesis enunciadas por Freud y Klein también presentan algunas similitudes. Estas derivan del sesgo que incidió en que naturalizaran los mandatos de la época y de la relación directa que establecieron entre las cualidades psíquicas y la anatomía de los sexos. Es pertinente recordar que ninguno de los dos autores incluyó en sus teorizaciones el factor cultural (normas, mandatos, costumbres, representaciones, estereotipos, entre otros) como un elemento importante para la construcción de la femineidad. Desde la perspectiva de ambos, la conformación del aparato psíquico y el establecimiento de la identidad sexual, son producto del crecimiento y de las vicisitudes individuales. Si bien Klein hace énfasis en la relevancia de la relación con los objetos como fundantes de la mente, remite a los padres y a las personas significativas en su singularidad y no como representantes de las prescripciones y prohibiciones según el género.

El padre del psicoanálisis postuló que en la sexualidad humana nada está determinado desde un principio, desligando la sexualidad humana de lo puramente biológico y reproductivo. Sin embargo, tanto Freud como Klein, le otorgan a los órganos sexuales un papel relevante en la construcción de la femineidad y de la masculinidad y vinculan las diferencias psíquicas de hombres y mujeres a la anatomía.

En sus formulaciones no realizan una distinción entre el género y la orientación del deseo. Para ambos, la elección del objeto es inherente a la identidad sexual que se ha conformado y depende del desarrollo y de la resolución del complejo de Edipo. La

elección podrá ser heterosexual u homosexual dependiendo de la bisexualidad constitucional y de las identificaciones que primen. Sin embargo, ambos sostienen que una adecuada resolución de la conflictiva edípica tiene como resultado una elección heterosexual, es decir tienen una concepción heteronormativa de la sexualidad, que resulta funcional a la cultura patriarcal.

El deseo de ser madre es para los dos autores inseparable de la femineidad. Postulan que este anhelo está presente en toda mujer y en caso de no ser así, se debería a una dificultad en la constitución de la subjetividad. Estas teorías contribuyeron a afianzar y naturalizar la equiparación impuesta por el ideal femenino de la época mujer=madre. Los enunciados freudianos y kleinianos instituyeron este mandato en un deseo, otorgándole un papel relevante en su psiquismo. Klein a partir del papel que le otorgó al vínculo con el primer objeto, el pecho materno, valoró la labor de la maternidad y destacó la importancia de ella para los hijos, pero a su vez contribuyó a que se la ubique como la única capaz de ocuparse y velar por la salud mental de ellos.

La teoría freudiana ha sido revisitada desde diversas perspectivas. Las/os autoras/res que han incluido los estudios de género acuerdan en que es necesario reformular sus conjeturas sobre la sexualidad femenina. Sin embargo, debido a la función atribuida a la diferencia sexual en las tesis de Freud, incluir esta perspectiva implica una revisión de conceptos centrales tales como: la estructuración del aparato psíquico, las cualidades de cada instancia, las identificaciones, la función del complejo de Edipo y la vigencia del complejo de castración, entre otros. A su vez debería continuar la deconstrucción de las conjeturas sobre el narcisismo y el tipo de elección de objeto que le adjudica el autor a la mujer, la predilección por metas pasivas, la existencia de un masoquismo femenino y la predisposición a padecer ciertas patologías.

Las autoras contemporáneas a Freud que formularon hipótesis diferentes sobre el desarrollo femenino son reconocidas desde la perspectiva de género, como voces disidentes que intentaban pensar la femineidad desde otro lugar. No obstante, Karen Horney, Helen Deutsch, Ruth Mack Brunswick, entre otras, no lograron elaborar conceptualizaciones que implicaran una reformulación de la concepción freudiana de la sexualidad femenina.

Capítulo 8. A MODO DE CONCLUSION

El análisis sistemático de los textos freudianos y kleinianos en los que enuncian sus principales conjeturas sobre la femineidad se realizó a partir de la propuesta de autoras que consideran posible una articulación entre el psicoanálisis y las teorías de género. En función de esta revisión puede concluirse que el vínculo entre ambas disciplinas sin dejar de ser conflictivo ha sido y es fecundo. Se realiza una lectura crítica de las tesis freudianas, para detectar cuáles de ellas tienen en su base el sesgo de la cultura patriarcal. Se proponen aportes que han permitido pensar al sujeto, e incluso generar espacios para disentir y repensar las formulaciones propuestas. Es importante señalar que se ha detectado que la revisión de las teorías se ha centrado casi con exclusividad en los postulados de Freud. Los aportes de autores/as posteriores, como Klein, que realizaron cambios significativos en las conceptualizaciones de éste, son escasamente mencionados. Sin embargo, se considera que algunas de las hipótesis kleinianas ofrecerían un terreno más fructífero desde el cual realizar las reformulaciones propuestas por los estudios de género.

Quienes trabajan la articulación de los estudios de género y la teoría psicoanalítica, acuerdan y enfatizan la necesidad de reescribir el proceso de construcción de la femineidad, que fue descrito desde el punto de vista y en comparación con el varón. En las hipótesis de Freud, lo específicamente femenino está influenciado por los modelos e ideales del contexto sociocultural en el que estaba inmerso el autor.

Sin embargo, esta reformulación no se concibe desde otro lugar que no sea partiendo del reconocimiento que la diferencia anatómica y sus consecuencias psíquicas resultan insuficientes para dar cuenta de las características disímiles que varones y mujeres presentan en cada sociedad. Repensar la construcción del psiquismo otorgándole un papel relevante a la cultura en la que se desarrolla, implica una reformulación de las teorías freudianas sobre la diferencia sexual. El desafío es comprender de qué manera, mediante qué mecanismos la sociedad con sus reglas y normas se instituye en el sujeto, lo forma, lo delimita, hace que se desee y se valore tales o cuales cosas y no otras.

El objeto propio de nuestra disciplina es la construcción del psiquismo y sus avatares. Se han ensayado diferentes propuestas para explicar el complejo interjuego entre la subjetividad y el desarrollo del psiquismo individual, que da por resultado sujetos singulares que a su vez comparten ideales, costumbres, entre otras, que les permiten convivir y desarrollarse en una determinada sociedad. Tajer (2009) propone el concepto modos de subjetivación para dar cuenta de las formas en que se desarrollan y expresan los afectos, los deseos y se erigen los modelos a imitar. A partir de ellos los sujetos conforman su identidad y su autoestima y esto se modifica a través del tiempo. Los cambios sociales implican el surgimiento e imposición de nuevos ideales y exigencias a partir de los cuales se conforma el psiquismo.

Se considera que con el término construcción de la subjetividad utilizado por las autoras psicoanalíticas con perspectiva de género, se enfatiza que las cualidades esperadas y exigidas en la mujer y en el hombre en determinado momento histórico, son el resultado de pautas culturales. También señala que producto del proceso de construcción del

psiquismo y las experiencias singulares, cada uno tomará de estos modelos identificatorios ciertos aspectos y no otros, acatará algunos y se opondrá a otros.

El concepto freudiano de identificación es el proceso que permite explicar cómo las estructuras psíquicas se constituyen a partir de un otro que es representante de la sociedad en la que se encuentra inmerso. Por su parte Klein, al postular la identificación proyectiva aportó un mecanismo desde el cual pensar cómo se puede adjudicar a alguien distinto, aspectos propios. Este constructo ha sido relevante para conjeturar cómo los/las adultos/as depositan en las niñas y los niños sus propias representaciones de lo que significa ser varón o mujer.

Es importante señalar que a la vez que se sostiene que no puede pensarse la sexualidad humana por fuera de la sociedad en que se está inserto, se estima que las diferencias anatómicas influyen y generan diferencias psíquicas. Se parte del supuesto que la libidinización del cuerpo, de los órganos sexuales de cada sexo forja fantasías diferentes en hombres y en mujeres. La anatomía ya no es el destino, pero a su vez se reconoce que el yo es desde el principio un yo-cuerpo. Delimitar que factor ejerce más peso para que se defina la identidad sexual de un psiquismo en desarrollo: el sexo con el que ha nacido, el proyecto que sus padres han delimitado para el/ella (de forma consciente e inconsciente) parece una empresa muy compleja. Sin embargo, cuestionarse cuál es el significado que las mujeres le otorgan a su cuerpo en un momento en que la maternidad ha comenzado a dejar de ser definitoria de la femineidad, ya no se acepta el lugar de objeto de deseo y el género femenino lucha para subjetivarse como personas con pleno derecho al placer, podría contribuir a comprender cómo se construyen las nuevas subjetividades femeninas.

Referencias

- Allegue, R. y Carril, E. (2000). *El género en la construcción de la subjetividad. Un enfoque psicoanalítico*. En L. Souza., L. Guerrero y A. Muñiz (Eds) (pp. 2-12). Montevideo, Uruguay: Psicolibros.
- Althusser, L. (1967). *Sobre el trabajo teórico: dificultades y recursos*. Barcelona, España: Anagrama.
- Althusser, L. (1968). *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bachelard, G. (1979). *El racionalismo aplicado*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos del amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Bleichmar, S. (2003). Acerca de la subjetividad. Seminario EPIS 1. Recuperado en <http://seminario-rs-gc-rosario.com.ar>.
- Burin, M. (1996). Género y psicoanálisis. Subjetividades femeninas vulnerables. En M. Burin y E. Dio Bleichmar (Eds.) *Género, Psicoanálisis, Subjetividad* (pp.61- 91). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Burin, M. (2010). Género y salud mental: construcción de la subjetividad femenina y masculina. Recuperado en <https://es.scribd.com/document/283385817/Genero-y-Salud-Mental-Construcción-de-La-Subjetividad-Femenina-y-Masculina>.
- Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona, España: Gedisa.
- Dio Bleichmar, E. (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudios de los trastornos narcisistas de la feminidad*. España, ADOTRAF S.A.
- Dio Bleichmar, E. (1992). Los pies de la ley en el deseo femenino. En A.M. Fernández (Ed), *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias* (pp.136-146). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *La sexualidad femenina. De la niña a la mujer*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Dio Bleichmar, E. (1998). “Femenino/masculino. La “roca de base” de Análisis terminable e interminable”. En M.L. Rubí Cid (Ed), *Psicoanálisis e identidad de género* (pp. 79-91). Madrid, España: Biblioteca Nueva S. L.
- Dio Bleichmar, E. (2009). Las teorías implícitas del psicoanalista sobre el género. [Panel "Teorías implícitas de los analistas sobre la feminidad". Congreso IPA, Chicago, 2009]. En Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de Psicoanálisis. N° 34. <http://www.aperturas.org/>
- Dio Bleichmar, E. (2010). “Otra vuelta más sobre las teorías implícitas del psicoanalista sobre el género”. Publicado en Inglés "Thepsychoanalyt'simplicittheories of gender", en el libro "*OnFreud'sFemininity*", editado por Leticia GlocerFiorini y Graciela Abelin-Sas Rose, publicado por la International PsychoanalyticAssociation (IPA), Londres: Karnac (2010). Traducido y publicado con autorización de la editorial. En Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de Psicoanálisis. N° 36. <http://www.aperturas.org/>

- Fernández, A. M. (1992). La diferencia en psicoanálisis: ¿teoría o ilusión? En A.M. Fernández (Ed.), *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias* (pp. 105-129). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Fernández, A.M. (1993). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. 2014
- Fernández, A.M. (1998). “Los géneros al desnudo: subjetividad, poder y psicoanálisis”. Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Tomo 22- Numero 1- 1999. Buenos Aires.
- Fernández, A.M. (2009). “Las lógicas sexuales amor política y violencias”. En A, M. Fernández “*Violencias, desigualaciones y género*” (pp.31-50). Buenos Aires, Nueva Visión.
- Freud, S. (1905 [1901]). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 7) (pp. 1-108). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 7) (pp. 109-222). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1908). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 9) (pp. 137-148). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1908). La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 9) (pp. 159-182). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1908). Sobre las teorías sexuales infantiles. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 9), (pp. 183-202). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1910). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 11), (pp. 155-168). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1912). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 11), (pp.109-118) Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14), (pp. 65-98). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1918 [1917]). El tabú de la virginidad. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 11), (185-203). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1919). Pegan un niño. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 17), (pp.173-200). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 18), (pp. 63-136). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Págs. 1-59).
- Freud, S. (1923). La organización genital infantil. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19), (pp. 141-150). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19), (pp. 161-176). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19), (pp. 177-187). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19), (pp. 259-276). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 21) (pp.223-244). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1933 [1932]). Conferencia No 33: La feminidad. En Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 22) (pp.105-125). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1933 [1932]). ¿Por qué la guerra? En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 22) (pp. 179-198). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1936). Carta a Romain Rolland. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 22) (pp. 207-221). Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Págs. 211-254).
- Gilligan, C. (1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica México.
- Gloer Fiorini, L. (2015). *La diferencia sexual en debate. Cuerpo, deseos y ficciones*. Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.
- Irigaray, L. (1974). *Speculum. Espejo de la otra mujer*. Madrid, España: Saltés.
- Klein, M. (1928). Estadios tempranos del conflicto edípico. *Obras Completas*. (Vol. 1) (pp.193-204) Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Klein, M. (1932). Los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña. *Obras Completas*. (Vol.2) (pp.206-248). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Klein, M. (1937). Amor, culpa y reparación. *Obras Completas*. (Vol.1), (pp.206-248). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Klein, M. (1945): El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. *Obras Completas*. (Vol.1), (pp.372-421). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Klein, M. (1955). Sobre la identificación. *Obras Completas*. Vol. 3 (pp.147-180). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Klein, M. (1957). Envidia y gratitud. *Obras Completas*. Vol. 3 (pp. 181-240). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Klein, M. (1959). Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia. *Obras Completas*. Vol. 3 (pp. 251-267). Buenos Aires. Paidós.
- Lagarde, M. (2001) “Claves feministas para la negociación del amor”. Memorias del curso en Managua 5 y 6 de diciembre de 2000. Managua. Puntos de Encuentro.
- Lagarde, M. (2003) Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción”. Congreso Internacional SARE: “Cuidar Cuesta: costes y beneficios del cuidado”. México, Emakunde.
- Martínez, E. (1992). Hacia una crítica de la maternidad como eje de construcción de la subjetividad femenina en psicoanálisis. En A.M. Fernández (Ed), *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencia* (pp. 191-205). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Meler, I. (2012). Las relaciones de género. Su impacto en la salud mental de mujeres y varones. En C. Hazaki, (Ed.), *La crisis del patriarcado* (23-45). Buenos Aires, Argentina: Topía.
- Meler, I. (2013). *Recomenzar. Amor y poder después del divorcio*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Tajer, D. (2009). *Vulnerabilidad coronaria en varones y mujeres*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Tubert, S. (2010). *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Buenos Aires, Argentina: Librería de Mujeres Editoras.
- Rubí Cid, M. L. (1998). La feminidad en el psicoanálisis. Una revisión crítica. En M. L. Rubí Cid (Ed.), *Psicoanálisis e identidad de género* (pp.21-78). Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Rodríguez Gómez, G. y otros (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Málaga, España: Ediciones Aljibe.

La Colección: **Tesis doctorales en Psicología calificadas sobresalientes** de la Universidad Nacional de San Luis, Coordinada por la Doctora Alejandra Taborda, busca acercar a la comunidad académica en general y a la del campo psicológico en particular, la producción destacada en el Doctorado en Psicología que ha sido evaluada con la máxima calificación que dicha institución otorga.

En esta entrega, nos encontramos con la Tesis Doctoral de Silvina Arias que aborda la temática de la construcción de la subjetividad femenina desde una perspectiva psicoanalítica. Se analizan de manera sistemática los textos freudianos y kleinianos en los que cada uno de los autores enunció sus principales hipótesis sobre la sexualidad y la constitución de la femineidad. Esta relectura crítica se realiza teniendo en cuenta las formulaciones de los estudios de género.

Es una investigación interpretativa y descriptiva, configurando un estudio teórico de tipo documental, bibliográfico y cualitativo.

Las unidades de análisis son las obras de Freud, Klein y los textos de los/las autores/as psicoanalíticos/as que realizan una articulación en su obra con la perspectiva de género.

Las teorizaciones freudianas y kleinianas, en función de sus divergencias respecto a la diferencia sexual y a sus tesis sobre la estructuración del psiquismo, ofrecen dos modelos distintos para pensar el desarrollo femenino. La discrepancia más relevante para explicar la constitución de la subjetividad femenina radica en la hipótesis de la que cada uno parte, respecto al conocimiento que los niños/as de ambos géneros tienen de la diferencia sexual anatómica.

La crítica que desde la perspectiva de género se le realiza a sus hipótesis biologicistas y endogenistas señalando un aspecto deficiente de sus teorizaciones. Sin embargo, la autora realizó aportes que podrían ser herramientas útiles para repensar la femineidad.

Las tesis enunciadas por Freud y Klein también presentan algunas similitudes. Estas derivan del sesgo que incidió en que naturalizaran los mandatos de la época, así como de la relación directa que establecieron entre las cualidades psíquicas y la anatomía de los sexos. Desde la perspectiva de ambos, la conformación del aparato psíquico y el establecimiento de la identidad sexual, son producto del crecimiento y de las vicisitudes individuales.



Facultad de
psicología



Universidad
de San Luis



neu
nueva editorial
universitaria